

LA VENGANZA DE RICHARD RAMIREZ

KATHERINE VEGA

NO PODRÁS ESCAPAR

LA VENGANZA DE RICHARD RAMIREZ

Katherine Vega

Directamente del infierno.
Único en su especie.
Acechando a su víctima.
No mires detrás de ti.
Cuidado con la bestia de negro.
Sabes que va a volver.

Night Crawler, Judas Priest

Aviso de contenido

No sé si has leído los otros libros que forman parte de la colección American Killers. Si la respuesta es afirmativa, ya sabrás que estos no son libros de *true crime* al uso, y no hace falta que te diga que me gusta mezclar los hechos reales con otros ficticios. Eso es lo que vas a encontrar en este libro sobre Richard Ramirez.

Si es el primer libro de *American Killers* que ha caído en tus manos, no te preocupes. Por descontado, no hace falta que leas sus predecesores. Son libros independientes, y como tal pueden leerse. Pero sí que me veo en la obligación de avisarte de que esto no es una biografía de Richard Ramirez, aunque narre hechos biográficos suyos. Si eso es lo que buscas, hay cientos de libros en los que encontrarás ese contenido con datos y cronologías. No es el caso de *No podrás escapar: la venganza de Richard Ramirez*.

Esta historia arranca de una premisa totalmente inventada en la que se mezcla la verdadera historia del llamado Acosador Nocturno y una trama de ficción que espero que disfrutes tanto leyendo como yo la disfruté escribiendo.

Por supuesto, no me queda otra que señalarte los avisos de contenido sensible que vas a encontrar en este libro, por si deberían ser una razón para no continuar leyendo:

Abuso sexual
Abuso emocional
Violencia explícita
Incesto
Racismo
Hibristofilia

Quizá no conozcas esta última palabra: es una parafilia sexual que consiste en la atracción física y psicológica hacia un criminal —normalmente un asesino—. Richard Ramirez fue uno de los *serial killers* que más hibristofilia despertó en muchísimas mujeres, quienes le enviaban cartas románticas y fotografías muy explícitas mientras estuvo encerrado en la prisión de San Quintín. Sus seguidoras se contaban por cientos, eso es un hecho. En ningún caso pretendo romantizar o justificar nada de lo que hizo Ramirez. Tan solo creo que ignorar esta parte de la historia de Richard es, en mi opinión, una equivocación. Forma parte de la leyenda negra del Acosador Nocturno y es, también, el punto de partida de la historia que tienes en tus manos.

Aunque me he tomado algunas libertades narrativas para juntar las piezas del puzle que son la vida y crímenes de Richard Ramirez, he intentado —como siempre que escribo sobre alguien real— ser lo más fiel a la verdad que he podido.

Espero que disfrutes de la compañía del Acosador Nocturno.

No olvides cerrar bien la puerta de tu casa.

El *walkman* de Richard Ramirez

Puedes escuchar la *playlist* aquí:

 Spotify: El *walkman* de Richard Ramirez



Prólogo

El guardia del corredor seis de la prisión estatal de San Quintín golpeó con hastío la puerta de acero. Lo hizo dos veces, con el puño cerrado e impaciente.

—Eh, tienes visita. La loca de tu novia está aquí.

Tras tantos años trabajando en aquel lugar infecto, Jemore Kelley no lograba comprender cómo tipejos desalmados como aquel lograban echarse novia con tanta facilidad. ¿Es que las mujeres se habían vuelto locas de remate? ¿Cómo podían enviarle cartas a diario a ese engendro del diablo con todo lo que había hecho? Era algo que se escapaba a toda razón.

Jerome deslizó la compuerta de la estrecha ranura por la que le pasaban las bandejas con el rancho y por la que el preso debía deslizar ambas manos para ser esposado antes de salir de su celda. Esperó unos segundos, impaciente y cansado de tener que lidiar con aquel tipo que lograba sacarlo de sus casillas con solo una mirada.

—¿No me has escuchado? —golpeó de nuevo el acero reforzado que lo separaba del preso más famoso de San Quintín.

Luego, se asomó a una de las dos pequeñas aberturas de doble cristal para ver cuál era el problema. Al hacerlo, los rasgos afilados del preso lo miraron con condescendencia desde el otro lado. Lo cual tampoco era nuevo en él. Estaban más que acostumbrados a sus ademanes de superioridad, como si fuese una fulgurante estrella del rock en vez de un asesino en serie condenado a muerte, esperando a que se ejecutase su sentencia.

—¿Ahora además de gilipollas te has vuelto sordo?

El preso no contestó a la increpación del guardia. Se limitó a alargar las manos y colocarlas en la ranura. Cuando lo hizo, las mangas del buzo azul marino dejaron al descubierto dos expuestas muñecas, aparentemente dispuestas a ser esposadas; con el paso del tiempo aquel gesto se había vuelto rutinario. Jerome no pudo evitar pensar, tal y cómo había hecho tantas veces, que aquellas manos, aquellos brazos, aquellas muñecas, aquellos músculos, habían perpetrado actos que la humanidad consideraba horribles. Y lo que es peor: el asesino lo había disfrutado.

Este sonrió ligeramente al comprender la clase de pensamientos que nublaban la cabeza del guardia. Sí, había disfrutado de todos y cada uno de esos actos tremebundos. Empuñar una pistola, apalizar hasta la muerte, cortar gargantas… La sangre había sido eliminada de

debajo de sus uñas años atrás, pero Richie la tenía muy presente en su mente, como si apenas hubieran transcurrido unas horas de su último crimen. La sangre. La jodida y pegajosa y caliente sangre salpicando su cara, escurriéndose por sus labios, pringando su cabello, negro como su propia alma.

Sí, la sangre. Podía verla y podía olerla sin necesidad siquiera de cerrar los ojos.

Y la anhelaba.

Jemore lo esposó primero de manos y luego de pies —llevaba muchos años encarcelado sin dar problemas a nivel de resistencia física, pero el guardia sabía que con tipos como aquel uno nunca podía estar del todo seguro— y lo hizo caminar frente a él hasta la sala de visitas.

—Hoy no tenía visita programada —comentó Richie, abriendo la boca por primera vez.

—¿Y a mí qué me cuentas? ¿Crees que soy tu asistente personal y que controlo tu apretada agenda? —replicó el guardia con fastidio.

La nuca de Richard se crispó.

«Un día no muy lejano te arrancaré esa sucia lengua de negrata y te la haré tragar».

No volvieron a cruzar palabra hasta que llegaron a la sala de visitas, en la que cada mesa circular estaba ocupada por un preso y su familia, si es que el encarcelado la tenía y esta aún sentía la necesidad de visitarlo. Muchos de los encarcelados llevaban años sin recibir siquiera una triste llamada por compromiso.

No era su caso. Su fama, aunque menguante con el paso de los años, seguía despidiendo un brillo oscuro que atraía a todo tipo de seguidores hasta él. Y en especial a las crías, como la que ahora esperaba su visita previamente aprobada. Richie sonrió sin que ningún gesto llegase a dibujarse en su boca al distinguirla.

En un rincón, apartada de todos como si fuera una apestada, aguardaba la chica. El guardia volvió a sorprenderse al comprobar lo guapa y joven que era, y lo muy cuerda que parecía a simple vista. Una chica normal y corriente de California, como tantas otras.

Una chica que había decidido enamorarse de un monstruo.

—Aquí lo tienes, encanto —soltó con desprecio Jemore, haciendo sentar a Richie frente a la mesa asignada con un gesto brusco. A continuación, pasó las esposas por la solitaria argolla de acero fijada a la superficie para limitar su movilidad e impedir así que pudiera dañar a la chica. Aunque, la verdad sea dicha, ella nunca lo había denunciado por ataque alguno—. Ya conoces las reglas a estas alturas: ni besos, ni caricias, ni mamadas.

La chica le devolvió una mirada llena de asco.

Sí, Hollie ya las conocía. Sabía que si quería intimidad tendría que

pagarla, y lo cierto es que no tenía ni un dólar que pudiera invertir en sobornar a uno de los guardias para lograr quedarse a solas con Richie. Mantuvo sus ojos castaños brillando con un odio incandescente en el rostro de Jerome y este captó que su compañía sobraba entre aquellos dos chalados. Los dejó a solas, no sin antes chasquear la lengua como único gesto para indicarles que no aprobaba esa relación en absoluto.

Ambos esperaron a que el guardia se alejase lo suficiente para hablar con algo parecido a la intimidad. Hollie se inclinó sobre la mesa, con las palmas de las manos abiertas sobre la desgastada superficie de metal llena de garabatos de la infinidad de presos que habían pasado por ahí. Tenía una noticia que comunicar. Una que llevaba meses guardando, y que ahora, por fin, era una realidad.

Él aguardó, sin mostrar ninguna emoción.

—Richie —dijo ella, excitada e incapaz de disimular lo más mínimo lo mucho que necesitaba soltar aquello que la había traído a San Quintín sin previo aviso—. Hoy lo he recibido en el correo. El *Ars Daemonum*.

Solo entonces el rostro hierático de Richard Ramirez esbozó la sonrisa más escalofriante del mundo.

Pronto sería libre.

Y nadie podría escapar del Acosador Nocturno.

Capítulo 1

Treinta y tres años de vida. Ocho de ellos cumpliendo su sentencia en la prisión de San Quintín y siendo el recluso más famoso de la institución californiana de alta seguridad.

Aunque al principio había disfrutado de toda aquella atención mediática, y no podía negar que se había divertido de lo lindo, ya hacía tiempo que parecían haberse olvidado de él. Tanto la prensa como el mundo entero. Solo sus admiradores —y Richie contaba con un buen puñado de ellos— se acordaban de su existencia. Ellos y las familias de las víctimas, cuyas vidas él fue el último y postrero dueño. Aún lo era. Todas aquellas muertes, las que el mundo conocía y las que solo sabía él porque jamás las habían logrado relacionar con su caso, le pertenecían. Siempre sería así.

Cada uno de esos capullos débiles y de esas zorras cabronas que él asesinó serían para siempre las víctimas de Richard Ramirez.

«No está mal, colega», se decía en la soledad de aquella celda en la que pasaba veintitrés horas diarias con una luz que jamás se apagaba. «No, nada pero que nada mal».

Pero él quería más. *Necesitaba* más. Se negaba a aceptar que aquello era todo: un juicio lleno de periodistas ávidos de captar su rostro, la televisión montando un circo escandalosamente morboso y el estado de California haciéndose cargo de su existencia hasta que la pena capital cayese al fin sobre él.

Ocho años encerrado, cuatro en el corredor de la muerte, dos desde que había conocido a Hollie y uno desde que habían empezado a planear su fuga. Richie llevaba bien contados todos los números de su vida. La información era poder. Y él quería recuperarlo.

A cualquier precio.

—Piénsalo —le había dicho a Hollie pocas semanas antes de su cumpleaños—. Jesús murió a los treinta y tres años. ¿No es premonitorio que el Oscuro haya elegido este momento para devolverme lo que es mío?

—Porque a los tres días, Jesús resucitó —había respondido ella, una sonrisa ansiosa y complaciente dibujada en aquel rostro con el que Richie se masturbaba cuando se aburría demasiado, atrapado como estaba entre las cuatro paredes de una celda que conocía de memoria.

—Exacto. Esa es una de las muchas cosas que me gustan de ti, nena. Eres bastante astuta para ser tan joven.

—¿Preferirías a una estúpida a tu lado?
—Depende de para qué —escupió él.
—Una estúpida nunca te hubiera conseguido el libro.
—No te pases de lista. Tengo a cientos de tías ahí afuera dispuestas a todo lo que yo les pida. Recuerda siempre que te elegí a ti, pero que puedo cambiar de opinión rápidamente.
—Pero tú me prometiste que…
—Cállate —ordenó Richie.
Hollie, como siempre había hecho, obedeció con una mezcla de fastidio y excitación que era habitual en ella. Richard había aprendido que la chica siempre oscilaba entre lo que ardía en su sangre adolescente y su deseo de agradarle a cualquier precio. Y esa era una dicotomía de la que sabía sacar provecho.
Frente a él, siempre separados por una mesa de metal clavada al suelo y prohibido cualquier contacto entre ambos, Hollie se lamió el labio inferior con nerviosismo y Richie quiso morderlo hasta hacerlo sangrar para poder sentir de nuevo el líquido caliente y pegajoso sobre su rostro. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez. Pero ya llegaría el momento. No faltaba mucho.
Ahora debía centrarse en lo que verdaderamente importaba.
—¿Tienes lo que te pedí?
Hollie parpadeó unos segundos, confusa, hasta que se centró de nuevo en la conversación y no en sus propios pensamientos.
—Sí —asintió—. Me ha costado conseguir lo que el grimorio pedía, pero lo tengo todo preparado. ¿Lo estás tú?
—Llevo preparándome para esto desde que me metieron en el talego.
—¿Y cómo…?
—Dámelo —ordenó él, abriendo la mano derecha, con sus dedos largos y delgados desplegándose como tentáculos.
La chica tragó saliva. Miró a su alrededor, en busca de ojos ajenos que les prestasen más atención de la habitual. Había logrado pasar el control de seguridad sin que nadie sospechara, si bien eso era una cosa y, lograr entregárselo a Richie, otra muy distinta. Se había asegurado de meterlo en un envase tan inocuo como anodino. Pero nunca se sabía.
La mano le tembló ligeramente cuando se inclinó sobre su bandolera decorada con chapas de Take That, de esas baratas que regalaban en *Top of the Pops*, no de las que se podían conseguir en los conciertos —Hollie jamás había tenido tanto dinero como para permitirse ir a ver a la popular *boyband*—. El frasquito se le antojó resbaladizo cuando lo atrapó entre sus dedos y lo escondió bajo su puño cerrado, aún sin decidirse a alargar la mano y dárselo a Richie.
Si la pillaban… Dios mío, si la pillaban. Su padre le iba a dar una

buena paliza. Aunque una paliza no era lo peor que podría hacerle Benton Randall.

—Nena —su voz ronca y arrastrada la atrapó como una tela de araña y la chica se fijó en aquellos dedos que la apremiaban—. Ahora.

Ella asintió, sacó la mano de debajo de la mesa y la deslizó sobre la superficie fría que la separaba de Richie; alcanzó una piel con la que había fantaseado cientos de inconfesables noches, pero que jamás, hasta ahora, había logrado tocar. La palma de Richie estaba caliente y seca, un poco áspera. Soltó el frasco en ella y él aprovechó para atraparle la mano durante un segundo. El contacto fue estremecedor, tan solo separado por el pequeño y estrecho recipiente que ambas manos escondían.

La excitación se coló por la columna vertebral de Hollie, recorriendo cada una de sus vértebras y explotó en su nuca como una nube cargada de tormenta eléctrica. La mirada de Richie estaba hecha de tinieblas y ella quería adentrarse en aquella oscuridad sin mesas que los separasen ni ojos vigilantes ni nada que se interpusiera entre ambos.

—Dime todo lo que me harás en cuanto estemos solos —pidió Hollie, apenas consciente de que estaban en inminente peligro de ser descubiertos.

Tan solo quería alargar aquel momento prohibido. A cualquier precio. Pero, por supuesto, no pudo ser.

La voz del odioso guardia los interrumpió enseguida:

—¡Ramirez, está prohibido tocar! —le gritó Jemore desde el fondo de la sala.

Hollie retiró la mano al instante y la colocó bajo la mesa de nuevo. Los labios de Richie se curvaron hacia arriba, con aquella mueca de depredador que solo mostraba cuando se salía con la suya. Deslizó el frasco con pericia en la manga de su buzo azul y estiró el tejido hasta cubrirlo del todo, justo cuando Jemore llegaba hasta su mesa con la porra en la mano.

—Así me gusta, muchacho. En el fondo eres un buen chico, ¿verdad que sí? Excepto en los días en que te gusta dar por el culo, claro. —Sonrió el guardia, golpeando de forma rítmica la superficie de metal con la porra—. Si vuelvo a verte con las manos en la masa te llevaré a tu celda y no volverás a olerle el coñito a tu chica en un mes.

Richie ni siquiera lo miró, sus ojos negros y despiertos fijos en la cara de Hollie. Ella bajó las pestañas, incapaz de soportar aquella intensidad que siempre lograba turbarla.

Por fin el guardia pareció satisfecho con la actitud obediente de ambos y regresó a su sitio habitual durante las horas de visitas. Cuando volvieron a quedarse solos, Hollie repitió:

—Dímelo, Richie.

—¿Qué quieres que te diga? —Aunque él sabía perfectamente a qué se refería Hollie. Jugar al gato y al ratón con ella era a veces tan divertido como provocarla.

—Lo que haremos. Lo que me harás. Todo.

Richie sonrió. Hollie se lo pedía a menudo desde que se habían conocido, y él solía recompensarla con aquellas diminutas migajas que tanto parecía necesitar la chica, como aceite engrasando un viejo motor que se quejaba por la falta de atención.

Al principio sus cartas habían sido tímidas, típicas de una buena colegiala que sabía que estaba haciendo algo realmente malo y que buscaba cualquier excusa para ser reprendida por sus actos.

«No debería estar haciendo esto, pero te vi en la tele y creí que quizás te iría bien tener una amiga».

Así empezaba su primera carta, la misma que Richie había releído varias veces antes de decidirse a contestar. La foto que Hollie le había adjuntado sin duda ayudó a su decisión. Era guapa, aunque no era eso lo que más la atrajo de ella, sino aquel tono inocentón que transmitía en cada una de sus frases, y que poco tenía que ver con la foto que le había adjuntado. La chica realmente creía ser la primera que le escribía desde que había entrado en San Quintín.

«Seguro que te sientes muy solo ahí, en el corredor de la muerte. Ningún hombre debería estar solo. Especialmente uno joven como tú. Por eso he creído que te alegraría recibir una carta de alguien que no fuese de tu familia o de tus abogados».

Aquello había hecho reír a Richie. Recibía docenas de cartas de mujeres, especialmente durante los meses en que había durado el juicio. Luego, ya sentenciado a muerte, las cartas habían continuado llegando sin parar. Algunas con fotografías muy explícitas. Otras con proposiciones de matrimonio. Una ama de casa de Sacramento incluso le había rogado que la asesinara: deseaba ardientemente convertirse en la última víctima mortal del Acosador Nocturno. Él le había respondido que fuera a verle y que cumpliría sus deseos. Al fin y al cabo ya estaba condenado a la cámara de gas. ¿Qué más daba una muerte más? La mujer nunca apareció y tampoco volvió a escribirle. Supuso que lo único que necesitaba aquella ama de casa aburrida era una fantasía tan prohibida como perturbadora que la sacase de la rutina.

La carta de Hollie era distinta, o al menos en parte. Tenía cierto toque ingenuo que contrastaba con el tipo de foto que le había enviado. Aquella dualidad le intrigó lo suficiente como para tomarse la molestia de gastar papel e invertir su tiempo escribiéndole de vuelta.

Además, debía admitir que últimamente no recibía tantas cartas como antaño. Habían aparecido otros como él, y el foco de la fama

había acabado por alejarse del rostro de Richard Ramirez para concentrarse en los nuevos asesinos que el país daba a luz, uno detrás de otro, como insectos que aparecían al olor de la carne muerta.

Al principio aquello lo había molestado sobremanera. Se había sentido desplazado de la atención mediática cuando las luces de la prensa se habían fijado en los horrores del apartamento de Jeffrey Dahmer, quitándole el lugar que se había ganado como el asesino más terrorífico de los últimos años. Durante un tiempo había creído que él sería el último de un legado sangriento, el hijo más bastardo de los artesanos de la muerte, el nombre que marcaría el horror de toda una década. Pronto comprendió que siempre acababa por llegar alguien nuevo y terrible para sacudir el mundo.

Y Hollie necesitaba recordar a quién pertenecía. Quién mandaba. Por eso no respondió a su desesperada petición. Se limitó a observar sus rasgos, en un silencio penetrante que todavía despertó más el ansia en la chica.

—No puedo esperar a verte fuera de este sitio, Richie. —Se volvió a morder los labios ella, inquieta.

—Pronto, nena. Pronto. La Noche del Diablo está a la vuelta de la esquina.

La chica se clavó aún más los dientes sobre la carne blanda de su labio inferior. Richie no pudo evitar pensar cómo sería el aspecto de esos mismos labios abiertos en canal, supurantes de la vieja amiga carmesí. Sintió un tirón entre los muslos, justo donde el buzo carcelario aprisionaba su entrepierna entre irritantes y mal hechas costuras, y se recolocó sobre el frío asiento de metal para disimular su excitada incomodidad.

No era el momento, no era el lugar. Ya llegaría. No quedaba mucho.

—¿Has podido averiguar quién estará de guardia esa noche?

—¿Crees que tengo acceso a los horarios de esos imbéciles? —respondió Richie con voz cortante.

—No, claro. Ha sido una pregunta estúpida. Pero, Richie… ¿y si…? ¿Y si no funciona?

—Si lo has hecho todo bien, funcionará. Más te vale que funcione —advirtió él.

Hollie tragó saliva ante la velada amenaza.

—¿Estás nervioso?

Richie sacudió la cabeza, inclinándose ligeramente para lograr que una de sus manos esposadas alcanzasen el largo cabello oscuro. Se lo ahuecó y se colocó bien, consciente del embrujo que aquellos bucles negros ejercían sobre su devota chica.

—Salir de San Quintín será la parte *sencilla.* Eso no me preocupa. Lo he repasado un centenar de veces, sé lo que ocurrirá, conozco el

procedimiento. Lo difícil, nena, es lo que viene después de eso. Por eso más te vale no fallarme.

—¿Fallarte, Richie? —Palideció ella, solo un poco—. Yo jamás…

—Eres una jodida cría —siseó él—. Ni siquiera puedes entrar en un bar y pedirte una puta cerveza. Acabas de graduarte. Si es que a eso que has hecho se le puede llamar graduación.

La chica enrojeció, escondiendo el mentón en su cuello.

—Tú sabes que este último año ha sido… complicado. Me lo he pasado haciendo todo lo que me has pedido. Y eso me ha llevado tiempo. No he podido estudiar para los finales como hubiera podido hacer en *otra situación*.

Richie se incorporó ligeramente en su metro ochenta y cinco, los codos apoyados contra la mesa, los ojos avellana oscurecidos por la amenaza brillando en el fondo de sus iris. Hollie se echó de forma instintiva hacia atrás, como si él pudiera lanzarse a su cuello en cualquier momento.

—Tengo cientos como tú queriendo chuparme la polla, nena. Si no lo haces tú, lo hará cualquier otra que yo elija. Pero te he escogido a ti. Lo sabes, ¿no?

—¡Sí! —respondió con frustración ella, en un murmullo.

—Cuando salga de aquí lo quiero todo tal y como te ordené.

—Y así será.

—Te recompensaré como te mereces.

—¿Cómo?

—Ya lo sabes.

—Cuéntamelo otra vez —rogó.

Richard se regodeó en su poder. Puede que el mundo se hubiera olvidado de que dentro de las paredes de San Quintín vivía retenido el Acosador Nocturno, pero su embrujo sobre ella —y sobre todas las demás que aún le enviaban cartas, fotos, dinero, libros— no había disminuido ni un ápice. Más bien había ocurrido lo contrario: la cercanía de la huida solo estrechaba el lazo invisible que mantenía sobre el cuello de Hollie.

Y él sabía como nadie cuándo era el momento de apretar hasta la asfixia y cuándo el de aflojar para dejar circular el oxígeno.

—Aún no he decidido si te la voy a meter en la boca mientras conduzco a través de San Rafael, porque quiero saber de lo que eres capaz de hacer con esos labios vírgenes que tienes, o si me voy a esperar a tenerte entera para mí. A solas. Tú y yo. Quiero ver cómo se eriza esa piel blanca al contacto del filo de una navaja.

A pesar de que no podían tocarse, ni siquiera acercarse el uno al otro, Richie pudo sentir el estremecimiento que sus palabras habían causado en Hollie. Se había llevado la mano a la nuca y se la apretaba, como si quisiera imaginar que aquellos finos y delicados dedos con

uñas pintadas de rosa eran los de él, comprimiendo músculos, vértebras y nervios, tal como un felino lo haría con sus dientes para mantener a la hembra bajo su peso, quieta y dispuesta para el apareamiento.

Su respiración se había vuelto agitadamente superficial; sus pulmones, apenas pudiendo contener el aire que necesitaba para respirar; su pecho, perlado de un sudor salado y frío que la retenía inmóvil en aquel asiento anodino de la sala de visitas de San Quintín.

Antes de que pudiera añadir nada más, el estridente sonido del timbre que anunciaba el fin de las visitas retumbó en la desangelada estancia. Presos y familiares se apresuraron a despedirse con palabras cariñosas que prometían futuras reuniones. Richie y Hollie, en cambio, no. Ambos sabían que el siguiente encuentro sería al otro lado del muro. O puede que, simplemente, no hubiera nada. Que el plan fallara. No existían más opciones ni más oportunidades: o funcionaba o lo pillaban, y él se pegaría un tiro antes de volverse a ver encerrado en San Quintín. Sería huir o morir. Richie estaba bien con ambas.

—Vamos, amigo. Tu hora feliz ha terminado —escuchó la voz de Jemore a su espalda.

Esa voz de negrata complacido que conoce su limitado y patético poder, y que no es nadie más allá de los terrenos de San Quintín. Richie quiso estallarle el puño en aquella jodida cara. Llevaba queriendo hacerlo desde que habían puesto al guardia en los turnos de vigilancia del corredor de la muerte.

«Ojalá seas tú quién me lleves a la puta morgue, Jemore».

Saboreó aquel pensamiento que, con solo un poco de suerte, se haría realidad en breve. Conocía de sobra el procedimiento, porque había visto muchos fiambres de presos desde que había ingresado en prisión. Y porque Jemore, el muy cabronazo, tenía la lengua muy suelta a veces. Es lo que tenía ser un idiota. Un idiota con demasiado poder, en opinión de Richie.

«Más te vale no estar ahí cuando me despierte. Más te vale mover tu gordo trasero antes de que el Acosador Nocturno te abra una raja más profunda de la que ya tienes», pensó.

—¿A qué cojones estás esperando, Ramirez?

Richie no se levantó. Tampoco apartó la vista de una tensa Hollie cuando le replicó con una sonrisa de dientes apretados:

—A que me escoltes por la alfombra roja, Jemore. ¿Acaso no soy tu celebridad favorita?

El guardia lo pescó por el hombro, atrapando entre sus dedos la tela azul marina del mono carcelario, y lo levantó del asiento de una poco amable revolada.

Hollie fue a protestar de forma instintiva por el trato, pero Richie le ordenó con los ojos que ni se le ocurriera. No necesitaban escenas de

ese tipo. No cuando estaban tan cerca.

Como cada vez que lo sacaban del corredor de la muerte y le permitían mezclarse —aunque fuese en la distancia— con el resto de presos y sus familiares, decenas de miradas se detuvieron en su figura. Todos habían escuchado hablar de él y de su particular «Verano del terror». Era el recluso más famoso de San Quintín, incluso por encima de ese perdedor de Richard Chase, quién había acabado por suicidarse. Y esa era una sensación casi tan gratificante como el tacto de una garganta recién cercenada.

Pronto esa sensación se desvaneció en el aire, justo cuando la sala de visitas quedó a sus espaldas y comenzaron a traspasar rejas metálicas que se abrían y se cerraban con un desagradable sonido mecánico de bisagras sin engrasar, marcando el camino de vuelta a su celda.

Cuando la penúltima puerta de barrotes bloqueó aún más su libertad, Richie supo que Jemore no había terminado con su actuación. Eran demasiados años aguantándose el uno al otro, en una clara desigualdad de poder. El guardia tenía toda la autoridad federal en sus manos y Richie no contaba con otra supremacía que la de su propia fama. Y esta se iba diluyendo conforme los años pasaban y su nombre iba cayendo en el olvido.

—¿Te has divertido con tu novia loca? ¿Te ha prometido una mamada imaginaria?

—Espero que eso sea lo que te ponga cachondo, Jerome: el pensar en cómo una buena chica blanca me la chupa cuando a ti no te tocaría ni con un palo.

Richie sabía que había cometido un error al soltar semejante réplica. Lo supo tan pronto hubo escupido las últimas palabras y estas viajaban hasta los oídos de un guardia mal pagado, poco reconocido y hastiado de un trabajo cuyo mayor atractivo era poder maltratar internos a discreción. Y en eso el puto Jemore era un as, el muy gordo asqueroso.

No cerró los ojos ante lo que se venía. Se negaba a darle ese gusto. Tan solo escuchó el silbido que provocaba la porra del guardia elevándose en el aire y descargando en su espalda, justo entre los omoplatos. Sus piernas resistieron el embiste y sus dientes se apretaron entre sí, con la mandíbula tensa y agarrotada por el odio.

Los alaridos mezclados con las risas que provenían de los cuatro pisos repletos de reclusos esperando su sentencia final invadieron sus oídos, y esos sonidos dolían mucho más que el garrotazo recibido, porque Richard no podía distinguir quién se indignaba y quién se carcajeaba ante la imagen de él siendo apaleado por Jemore.

Aunque tras cierto tiempo compartiendo espacio con esos especímenes ya podía saber bastante bien de qué pie cojeaba cada

uno. Todos lo hacían; qué otro remedio quedaba que conocerse las miserias de aquellos con quienes habías sido encerrado.

—¿Quieres otra, Ramirez?

Esta vez se obligó a mantenerse callado. Bien sabía que tenía una bocaza que a veces le perdía, y si le había ordenado a Hollie no montar numeritos de ningún tipo era por un motivo más importante que su propio ego. No quería echar a perder el plan.

La Noche del Diablo estaba cerca.

Y con ella, la libertad.

Capítulo 2

Abandonar San Quintín tras una visita siempre la revolvía de múltiples formas.

Odiaba aquel sitio. Supuraba tanta pena como desesperanza a través de unos muros desgastados por el paso del tiempo y las miserias humanas. A Hollie le gustaba pensar que el hormigón armado y los alambres de espino contenían la maldad humana. Aquellos que no eran ciudadanos libres y habían elegido el camino de la vileza y la crueldad permanecían controlados, incapaces de volver a hacer daño alguno. Al otro lado del muro de la prisión la vida era decente, ordenada y presentable. Pero si cruzabas las puertas de San Quintín… Bueno, nada ahí dentro era decente, ordenado o presentable.

Y sin embargo, cuando se subía en su coche y regresaba a casa, no podía evitar sentir un halo de desesperanza al dejar a Richie atrás. Él apenas le hablaba de cómo era vivir en el corredor seis —al menos no con detalles desagradables—, como si no tuviera importancia pasarse los días, las semanas, los meses, los años encerrado, esperando que la condena a muerte se ejecutase al fin. Tampoco la aburría con detalles jurídicos sobre apelaciones. Ni siquiera sabía si sus abogados habían solicitado recurrir su sentencia a muerte. A Richie nada de eso parecía importarle lo más mínimo.

Hasta donde ella sabía, Richard se pasaba encerrado veintitrés horas al día en su reducida celda, apartado del resto de reclusos con los que apenas compartía unos pocos ratos. Leía. Eso sí lo sabía. Leía decenas de libros al mes, todos aquellos que Hollie le enviaba y otros muchos que recibía por correo desde cualquier punto del país de los millones de seguidores que permanecían fieles a todo lo que el Acosador Nocturno representaba.

No era tan ingenua para ignorar el tipo de correspondencia que las chicas le enviaban, pero tampoco le importaba. O no del todo. Porque la había elegido a ella. A ella. Solo a ella. Y era la primera vez que alguien la elegía solo a ella. Era una sensación tan nueva como el contacto de Richie sobre su piel. Igual de abrumadora.

Cuando condujo el Buick hasta San Rafael, lo hizo en un silencio reverencial, apenas conteniendo el aire en sus pulmones y dejándolo ir en respiraciones descontroladas. El ambiente la oprimía conforme se adentraba en las viejas y conocidas calles de la ciudad californiana en la que había vivido desde que tenía recuerdo. No había nacido ahí, sino más al norte del estado, pero tampoco es que eso importase,

porque Hollie no recordaba nada que no fuera San Rafael y sus suburbios, el club de yates de los ricos, el instituto en el que había logrado graduarse a duras penas, las tardes desperdiciadas en el aparcamiento del Trader Joe's esperando que algún adulto les comprara cerveza o las horas con sus amigas.

Las mismas amigas que no sabían con quién intercambiaba cartas.

¿Qué iban a saber ellas de lo prohibido? ¿Qué podían saber ellas de lo que Hollie sentía cada vez que destapaba su bonito bolígrafo multicolor con plumas y escribía al mismísimo Acosador Nocturno en el papel rosa pastel que su madre le compraba cada pocos meses —creyendo que había hecho alguna amiguita por correspondencia—? ¿Qué sabían ellas de las fotos que Hollie se sacaba sobre su colcha de adolescente, rodeada de posters de River Phoenix, Mark Wahlberg y Corey Haim, y que luego tenía que llevar a revelar hasta el centro comercial de Corte Madera —para que nadie la reconociera y le fuera con la cantinela a sus padres—? ¿De querer andar con el diablo, de desear abrazar la muerte, de las fantasías perturbadoras que invadían sus sueños y le agitaban el pecho hasta despertarla entre estertores en los que se mezclaba el miedo y la lujuria?

Ellas no sabían *nada* de ese lado suyo, porque Hollie se ocupaba de mantenerlo tan oculto que a veces ni ella misma recordaba que un día, a sus dulces dieciséis años, había echado al buzón la primera carta de las muchas que seguirían, y que tenía como destinatario al preso más famoso de la cercana prisión de San Quintín.

Kaya le decía a menudo que era una tonta por seguir siendo virgen a los dieciséis. También se burló de ella cuando a los diecisiete continuaba siéndolo. Al llegar a los dieciocho, la que consideraba su mejor amiga la llamó directamente bicho raro. Ella y Noelle se rieron de ella durante horas. Aunque era Kaya quien hacía los comentarios más incisivos y que se le clavaban en el alma uno a uno, aguijonazo tras aguijonazo.

Cuando devolvió el Buick al garaje de coches de segunda mano de su padre se tomó un momento para recomponerse antes de entrar en casa, a pesar de que, estaba segura, a esas horas no habría nadie esperándola. Su madre aún estaría en su turno en el trabajo, y su padre en el maldito bar poniéndose ciego a cerveza barata y jugando a los dados. Como siempre.

Aún así, por pura costumbre, aparcó el Buick con las luces apagadas en su sitio correspondiente en el Garaje de Saldos Randall, y volvió a colocar sobre su capó el cartel con la cifra por la que su padre lo vendía. A Benton no le gustaba nada que tomara prestado el Buick para conducir hasta San Rafael, pero lo toleraba siempre y cuando lo devolviera a su sitio de venta tan intacto como se lo había llevado. Se aseguró de que la carrocería estaba tal cual y que no tenía más polvo

encima del habitual que podía coger aparcado al aire libre.

Luego, entró en la casa prefabricada y encendió la luz del salón que ella presupuso vacío. Pero no lo estaba.

—¿Dónde cojones te habías metido, niña?

La voz gutural de su padre —gutural y borracha— la recibió. Estaba sentado en esa butaca asquerosa que se caía a pedazos y que siempre olía a sudor concentrado, el mismo que emanaba el cuerpo de Benton Randall.

Hollie se quedó petrificada en el umbral de la puerta, incapaz de decidir si era mejor huir como alma que lleva al diablo o entrar y dejar que su padre acabase lo que justo estaba iniciando en aquel momento

—Estaba en el Ejército de Salvación, ya lo sabes. Hoy me tocaba el voluntariado.

—Y una mierda, el Ejército de Salvación. He pasado por ahí después del bar y me han dicho que no has aparecido en los últimos putos meses.

—Pues bueno, vale, estaba por ahí con Noelle y Kaya —volvió a mentir Hollie, aún sin moverse del quicio de la puerta de entrada.

—Y una mierda dos veces. —Benton se apoyó en los reposabrazos de la butaca y se levantó lentamente, con la cabeza ladeada y el aliento apestando a destilado casero—. Las zorritas de tus amigas estaban pimplando en el aparcamiento del Trader Joe's. Pero mi preciosa pequeña no estaba ahí. Y eso solo puede significar que mi única y querida hija me ha mentido. Así que te voy a dar una oportunidad para que digas la verdad: ¿dónde estabas?

Hollie quiso gritarle la verdad. Quiso gritarle todo lo que llevaba haciendo desde que había cumplido los dieciocho y al fin había logrado poner un pie en San Quintín. Quiso gritárselo todo. Absolutamente todo. Todos y cada uno de los secretos que guardaba y todos y cada uno de los motivos por los cuales no había aparecido por el Ejército de Salvación aquellos últimos meses.

Pero Richard le había pedido que no montase una escena. No cuando apenas quedaban escasos días para la Noche del Diablo. Y calló.

—¿No quieres contestarme? No pasa nada, mi niña. Si no hablas, gritarás. A no ser que tengas la boca ocupada.

Aquel olor a sucio, a sudor rancio que salía de las axilas de Benton Randall como vapor tóxico, alcanzó la nariz de Hollie cuando su padre se inclinó sobre ella y cerró la puerta con su manaza aún llena de grasa de coche. Apenas podía respirar cuando notó la mano que la atrapaba por la muñeca y la arrastraba a trompicones hasta la butaca.

«Dios mío, la butaca no. Otra vez no», pensó, temblorosa.

La odiaba con todas sus fuerzas. A veces soñaba que la quemaba y

que la condenada butaca ardía purificando cada acto atroz cometido sobre ella; pero en cuanto las llamas se extinguían volvía a estar intacta, y Hollie era arrastrada de nuevo hasta su cuero sembrado de penuria.

Benton se sentó primero, con las piernas ligeramente abiertas. Hollie sabía lo que ocurriría a continuación. Quiso impedirlo, como siempre había querido desde que aquellos castigos habían empezado, pero el miedo, de nuevo, la dejó bloqueada. Su padre la tumbó de un empujón brusco sobre esas dos extremidades duras como rocas en la postura condenatoria que ella conocía tan bien. La mirada fija contra el desgastado suelo enmoquetado del salón, el pelo teñido de rubio cayéndole por delante, el estómago contraído y el trasero expuesto a las manos de su padre.

Lamentó haber elegido una falda para llevar ese día.

Pero a Richie le gustaba que llevase falda. Que estuviera accesible, incluso cuando él *aún* no podía disfrutar de ella. Porque era su chica. La había elegido de entre cientos de tías dispuestas a todo por complacerlo. Ella era la especial, y no esas otras.

Notó la mano de su padre subiendo por sus muslos desnudos, en un contacto familiar y desagradable, el mismo que llevaba soportando años sin que su madre supiera nada de esos castigos en la butaca, de cómo aquella mano se estampaba contra la piel de su trasero hasta dejarla al rojo y de cómo, conforme Hollie crecía, la mano que la hería de forma superficial empezó a hacerlo de forma íntima, colándose entre sus piernas, explorando unos pliegues que nunca, jamás, hubieran debido pertenecer a su padre. Porque eran de Richie. Aunque él todavía no los hubiera reclamado con sus dedos, sí lo había hecho con sus palabras. Y Hollie era suya.

Cerró los ojos cuando llegó el primer azote. Luego el segundo y el tercero. Los volvió a abrir al cuarto y con el quinto golpe sí que gritó, complaciendo a Benton Randall. Si bien sabía Hollie que esa no sería la única satisfacción que su padre buscaría esa noche. Hacía años que Benton no se conformaba solo con azotarla.

—¿Dónde has estado? —le repitió la pregunta.

«En San Quintín, con el Acosador Nocturno, al que llevo enviándole cartas y fotos desnuda desde los dieciséis años. El mismo que en breve volverá a ser libre y que me librará de ti de una vez por todas», pensó Hollie, humillada, con las braguitas por los tobillos y la falda levantada por la cintura.

—¿Has estado con un chico, verdad? Eres como las putas de tus amigas, ya lo sabía yo… Sabía que no podía confiar en ti, que serías una zorra.

—¡No lo soy! —intentó protestar ella, removiéndose en su regazo para intentar incorporarse y alejarse de su padre, a pesar de saber que

no tenía donde ir, que no conocía lugar seguro para esconderse, que no podría escapar de aquel yugo que llevaba demasiado tiempo soportando.

Quiso decirle muchas cosas a Benton Randall cuando este la obligó a arrodillarse sobre esa moqueta inmunda en la que las chinches pululaban a placer. Quiso gritarle, por mucho que él fuera un animal —uno que la había ido cazando durante años, conquistando un cuerpo que llevaba su misma sangre de la forma más antinatural posible— ignoraba que allá afuera, en la jungla urbana, existía un depredador infinitamente más peligroso, más cruel y más loco que el asqueroso Benton Randall. Y que en la cadena alimentaria de los cabrones ella había sido elegida por el cabrón mayor del reino.

Cuando Hollie obedeció y abrió la boca para recibir la erección de su padre, tal y como llevaba haciendo desde los nueve años, se regodeó en el pensamiento de que a todo cerdo le acaba llegando el día de la matanza. Que en breve ella iba a dejar abierta las ventanas en una noche sin luna, una noche aparentemente como cualquier otra, una noche en que ella se iba a entregar al mal y a dejar que este arrasara con todo aquello que la había dañado.

Una noche en que por fin el diablo andaría libre y desatado.

—Ojo por ojo y diente por diente —le dijo Hollie a su reflejo en el espejo del único baño de la casa, tras recibir la descarga de su padre en su garganta, solo cuando obtuvo el permiso para ir a lavarse la boca—. Pronto sabrás qué significa esa frase, papá.

Al meterse en la cama rescató la primera carta que Richie le había escrito y la releyó, aunque se la sabía de memoria. Rememoró, como siempre le ocurría, la excitación sentida al abrir el buzón y descubrir que había tenido respuesta. En el fondo jamás había soñado con que una celebridad como él se tomase la molestia de responder. Leyó la misiva ahí mismo, de pie junto al buzón, a plena luz del sol californiano que le amarilleaba el pelo teñido de rubio platino. Solo más tarde había sido consciente del peligro que había corrido si su padre la hubiera pillado con una carta de Richard Ramirez en la mano. Una en que le hacía la primera pregunta comprometida de las muchas que el Acosador Nocturno formularía en los meses venideros:

«¿Eres virgen?».

Sus mejillas habían enrojecido al leer esas palabras escritas en letras mayúsculas —Richie siempre escribía en mayúsculas, con letra nervuda y frases cortas en las que, a menudo, se mezclaban las preguntas y las exigencias—, e inconscientemente había mirado a su alrededor por si alguien la pillaba en falta. Pero no. Su padre estaba bebiendo en el bar y su madre haciendo el turno que le tocaba en el club.

«No pareces virgen a juzgar por la foto que me envías. Pero a mí

me *gustaría* que lo fueses».

Y sí, Hollie lo era. No por la boca, claro, pero sí lo era en términos bíblicos. Su padre había tenido la *decencia* de respetar al menos eso.

Había tardado cierto tiempo en contárselo a Richie, y lo había hecho a través una de sus cartas, cuando aún no lo conocía en persona. Él no respondió a aquella confesión de forma directa en su siguiente misiva. Se limitó a decirle que fuera a verlo, que la pondría en la lista de visitas permitidas. La adrenalina que eso le provocó apenas podía describirse con palabras.

Desde su cama, con aquella primera carta contraída contra su pecho, Hollie suspiró de placer. Su boca ya no sabía a su padre —gracias al cepillado insistente con el que se limpiaba los dientes hasta que le sangraban las encías y a los varios tragos de colutorio mentolado con los que lograba esconder el agrio deje seminal de Benton Randall—. En aquel momento su boca sabía a la misma saliva impaciente que esta había producido cuando, sentada en la mesa de acero de la sala de visitas de San Quintín, se había encontrado por primera vez con Richard Ramirez.

Recordaba la sensación de estar en un lúcido sueño y también el vuelco en el estómago al verlo caminar en su dirección: indolente, subversivo, perturbador todo él.

Hollie se sintió intoxicada de un placer extraño que le enturbiaba la mente y las piernas cuando Richie se sentó frente a ella y le espetó, sin saludarla siquiera:

—O sea, que tienes un padre hijo de puta que juega contigo a lo que no debe, ¿no?

—Él… sí. Pero yo no…

Richard la calló con una sonrisa taimada. Una que la envenenaría una y otra vez en los meses venideros y que jamás parecía perder su poder. Al contrario.

—Bueno, deberíamos hacer algo al respecto. ¿No crees, nena?

Ella no supo qué contestarle a eso. Richie le explicó tiempo después que seguramente el único motivo por el que su padre no se había atrevido a metérsela era para evitar dejar un rastro más evidente de su delito.

—Es mucho más difícil demostrar una mamada que una follada —había comentado él, como si tal cosa, en una de las muchas visitas que habían compartido.

Ella se limitó a mirar las uñas pintadas de un bonito azul turquesa. Tenía muchas preguntas y pocas respuestas. Richie no era de los que solían hablar alto y claro de sus crímenes, si bien Hollie había leído mucho sobre cada uno de ellos.

—¿Es por eso que en alguno de tus asaltos tú…?

—¿Yo qué? —había replicado Richie, con la voz llena de inquina y

cortante como un cuchillo.

Hollie calló.

Sí, era virgen. En muchos sentidos.

Capítulo 3

Richie sonrió al quedarse solo en su celda y descubrir cómo Hollie había logrado pasar aquel tóxico a través del control de seguridad de la prisión: en un inofensivo y muy anodino frasco de colonia Gap. El mismo perfume barato que usaba ella y otras tantas adolescentes del país. El mismo que todas ellas llevarían en sus bolsos de niñatas precozmente presumidas.

Levantó el frasco para observarlo a contraluz de la única bombilla amarillenta, fea y desnuda, que colgaba del techo de su celda.

Una de las muchas ventajas de ser considerado tan peligroso como indeseable era que le habían asignado una de esas celdas de máxima seguridad, con una puerta de hierro pesado con dos diminutas ventanas rectangulares —por las que, solo a veces, se colaba la mirada de los guardias— y la rendija como único contacto con la realidad del mundo exterior. A diferencia de la mayoría de sus compañeros, confinados en celdas compartidas cuya puerta estaba hecha de unos recios barrotes que apenas dejaban intimidad, él gozaba de cierta privacidad y podía permitirse el lujo de observar un objeto prohibido en su celda sin demasiado temor a ser pillado.

A aquellas horas de la noche solo había un guardia haciendo la ronda nocturna, y tras tantos años escuchando los pasos de esa panda de cabrones, Richie había memorizado cuántos minutos tardaba uno u otro en llegar a su celda, mirar por una de las ventanas y proseguir su camino.

Desenroscó el tapón y olió el contenido del interior, esperando encontrar ese mismo aroma floral que la mano de Hollie había dejado en la suya cuando se lo había entregado. Un aroma que él conocía de memoria a pesar de que, hasta esa misma tarde, jamás había podido tocarla.

Pero aquel brebaje transparente no olía a flores, precisamente. Richie reconoció el láudano, la ricina y poco más. El líquido desprendía una fetidez cadavérica, rancia y plomiza, una mezcla de azufre y alcanfor que lo repelió de forma automática, a pesar de saber que esas pocas gotas guardaban la clave de su libertad. Su propio e inalterable instinto de supervivencia se impuso y supo que se tragaría el tóxico sin titubear, por muy asqueroso que este fuera.

Porque vivir encarcelado iba en contra de todo lo que Richie era: un predador hecho de asfalto y oscuridad, destinado a la caza que encontrase en las aceras, en las casas, en los parques. Y ningún animal

como él podía existir sin la libertad de vagar por las calles en busca de la presa indefensa que complacería sus sentidos.

Volvió a tapar el frasco y lo escondió dentro de su colchón, a través de un pequeño agujero que el tiempo y el uso prolongado había abierto en sus capas. Luego se tumbó sobre él, contemplando un techo que le resultaba demasiado familiar. Cerró los ojos.

Aquel era su momento preferido del día; sabía que nadie vendría a molestarlo en un buen rato y podría revivir el poder exultante que había sentido en esos últimos días de invierno de 1984, y que se había prolongado durante algo más de un glorioso año. Sonrió al recordar su primer asalto en una casa ajena: lo hizo agitado y nervioso, sin pensar. Y luego el siguiente, y luego todos los que se sucedieron y lo acabaron convirtiendo en una macabra leyenda. Hubo algunos que recordaba con total viveza, y otros que se habían ido diluyendo y deformando con el paso del tiempo, dependiendo del placer que hubiera obtenido.

Jamás podría olvidar cómo usó un cuchillo para dibujar una sangrienta cruz invertida en el pecho de Maxine Zazzara. Por aquel entonces, por supuesto, no tenía ni jodida idea de cómo se llamaba la mujer. Lo supo más tarde a través de las noticias un par de días más tarde, cuando dejó Los Ángeles para ir a El Paso a ver a sus padres. Fue una de esas visitas raras que Richard realizaba tras cometer un crimen y temer ser descubierto; con el tiempo, se irían espaciando más, mientras él se hundía en una espiral de sangre y asesinatos que solo pudo acabar con su detención.

La Fox escupía las noticias con planos aéreos de la casa de los Zazzara en Whittier, a muchas millas de su El Paso natal, y Richie prestaba atención a cada palabra e imagen mientras su primo Mike fumaba marihuana tirado en el sofá de los Ramirez. La sábana cubría el cuerpo de Maxine cuando la sacaron de la casa que él había asaltado, y la cruz no podía verse a través del tejido, pero Richard sabía que estaba ahí, obscena y sangrienta.

Un corte muy parecido sería el que le harían a él si el tóxico que Hollie le había preparado no funcionaba: había memorizado bien el proceso y conocía uno a uno todos los pasos por los que pasaría su cuerpo en cuanto abriera el frasco de Heaven Gap y engullera su contenido.

—¿A donde se llevan al viejo Billy? —le había preguntado a un recluso del corredor seis al poco de ingresar en San Quintín, cuando uno de los internos más antiguos de la prisión había sido encontrado muerto en su celda. Tenía hepatitis B y el sistema carcelario no contaba con una buena cobertura médica, precisamente.

—A una funeraria de San Rafael.

—¿No hay morgue en San Quintín? —se interesó de inmediato Richie.

—Claro que no. A ver si te crees que esto es el puto hotel Carlyle.

Con el paso de los años Richard había visto morir a unos cuantos presos, y el proceso siempre era el mismo: el enfermero de guardia certificaba su defunción, se avisaba a la familia, la funeraria enviaba un coche, un funcionario de prisiones acompañaba al muerto hasta que la autopsia se completaba, se firmaban unos cuantos papeluchos y eso era todo. Tan sencillo como solo la propia muerte podía llegar a serlo.

El pacto con el Oscuro le iba a otorgar cierta inmunidad, al menos en teoría, pero Richie no quería arriesgarse más allá de lo necesario: matar a un solo guardia en una morgue solitaria sería mucho más fácil que enfrentarse a doscientos tíos armados para lograr fugarse de San Quintín. Richie solo esperaba que fuese el puto Jemore al que le tocase cargar con el muerto.

Llevaba demasiado tiempo sin empuñar un cuchillo. Sin sentir el tacto de una hoja afilada cubierta de sangre viscosa que se derramaba por su mano. Sin aquella sensación de absoluta impunidad que daba el deslizarse en casas ajenas en mitad de la noche para contemplar vidas muy alejadas de la suya. Las mismas vidas que estaban a punto de quedar quebradas para siempre, sin que esos desgraciados que dormían en sus camas pudieran siquiera imaginar lo que les estaba a punto de ocurrir. Porque él iba a destrozar y mancillar la inviolabilidad del hogar, a arrancar la paz de sus sueños, a joderles en la oscuridad y demostrarles que las peores pesadillas pueden hacerse realidad; y que nada, absolutamente nada, puede salvarte de la sed de un criminal.

Pronto sus pensamientos tornaron, lenta y delicadamente, hacia Hollie y las demás. Hacia todas aquellas fotos que le enviaban; las explícitas y las inocentes. Y aunque las fotografías eran excitantes y había pasado un buen rato con todas ellas, lo más estimulante no estaba en esos papeles satinados. No.

Lo más provocador se escondía entre las palabras que ellas le escribían, en las fantasías que le confesaban y de las que él formaba parte. Sueños húmedos e inconfesables que ninguna de esas chicas podría contar jamás a nadie, pero que sentían que debían hacerle partícipe. Y Richie, que no siempre había tenido la atención femenina que deseaba, se encontró con un nuevo poder que nunca creyó poseer, casi igual de enloquecedor que el que sentía al matar.

Con el paso de los años encerrado en San Quintín, empezó a preguntarse cómo sería fundir esos dos poderes en uno solo. Y justo entonces, cuando la idea de escapar de la prisión empezaba a obsesionarlo y las ganas de volver a las calles para satisfacer todos y cada uno de sus instintos más primarios amenazaban con enloquecerlo, llegó la primera carta de Hollie Randall.

«¿Te sientes solo ahí, en la prisión? Yo sí, aunque no estoy encarcelada como tú, claro».

Dulce Hollie de dieciséis años, con su papel rosa pastel y sus cartas perfumadas con colonias afrutadas y su letra redondeada e infantil, coronadas las íes con pequeños corazoncitos hechos de tinta de colores. Richie le había preguntado por qué se sentía sola, entre otras muchas cosas.

«¿Acaso no tienes amigas, no vives con tus padres?».

Y ella le había contestado que sí, que tenía amigas y que vivía con sus padres, pero que, aun así, se sentía muy sola. También había contestado a su pregunta de si era virgen: quería esperar a alguien especial *de verdad*. Alguien como…

«Alguien como tú».

Esa noche se había pajeado furioso, como hacía tiempo que no lo hacía, y ni siquiera llegó a entender del todo la razón de aquella excitación feral, tan similar a aquella que había sentido al degollar por primera vez a una mujer. ¿Por qué Hollie, y no las demás, que eran mucho más explícitas en sus retorcidos deseos?

Poco después llegó la confesión. La bomba escrita con esa caligrafía infantil, las palabras dolorosas que Hollie había vomitado sobre el papel rosado que escondían la esencia de la pura maldad humana. Una con la que Richie estaba más que familiarizado. Sonrió al leerlas. Al comprender lo que esas escasas frases que guardaban el peor secreto de Hollie significaban.

Solo tras esa confesión le había dado permiso a la chica para presentarse en San Quintín.

«Ven a verme».

Con aquella simple orden la rueda de los acontecimientos que pondrían al Acosador Nocturno de nuevo en las calles había empezado a girar. Porque Hollie, obediente, tan inocente como mancillada por las manos incestuosas del cerdo de su padre, había obedecido. Como siempre hacía.

Cuando la tuvo delante, vestida con un conjunto de lo que sin duda ella debía considerar provocativo —Richie debía admitir que tras años contentándose con fotos, tener a una chica joven frente a él era más que suficiente para encender sus sentidos—, supo que Hollie era la clave de su futuro.

—Sé lo que quieres de mí.

—¿Lo sabes? —La muchacha de ojos castaños le miró con una mezcla de esperanza y necesidad.

Si hubieran estado solos —y no a plena vista en la sala de visitas de San Quintín—, Richie no lo habría dudado ni un segundo. Se hubiera inclinado hacia ella, la hubiera atrapado por la nuca y hubiera presionado sus dedos contra su cuello. Habría ejercido presión sobre

su cuello y sobre su alma, todo el que fuese necesario hasta que obtuviese lo que necesitaba de esa adolescente californiana que soñaba con follarse a un asesino en serie.

—La pregunta es: ¿lo sabes tú, nena?

—Yo…

—Dilo. Dime el motivo real por cual una niña como tú escribiría a alguien como yo.

Hollie titubeó, como si las palabras que habían rondado alrededor de su corazón herido siempre hubiesen estado ahí, pero ella las hubiera silenciado apartando la vista una y otra vez. Miró a su alrededor. Se miró las uñas pintadas con purpurina plateada. Y luego lo miró a él. Primero su boca, y luego fue subiendo su mirada desvaída hasta encontrarse con los ojos de aquel hombre malvado; el mismo que podía salvarla del otro hombre malvado.

—Quiero que mi padre muera —murmuró.

La sonrisa de Richie se convirtió en la de un lobo hambriento. Abrió las piernas para inclinarse ligeramente sobre la mesa que los separaba, con las manos entrelazadas, como si se dispusiera a hablar de vulgares negocios.

—Eso puede arreglarse. Pero a cambio vas a tener que hacer lo que yo te diga.

—¿Sexo? —se atrevió a preguntar Hollie.

—¿Sexo? —repitió Richie, riendo entre dientes—. No. No es eso lo que necesito de ti. Aunque sé que llegado el momento serás tú quien me lo implore, y puede que yo acceda a dártelo. No, no es sexo lo que quiero.

—Entonces… ¿Qué es?

—Un libro.

Hollie abrió mucho sus ojos, pero su expresión seguía siendo la de una niña dócil que prestaba atención a cada una de sus palabras. Richie aprendería con el paso de los meses —y las cartas intercambiadas y las visitas puntuales— que aquella adolescente de pelo teñido y uñas de colorines escondía mucho más de lo que parecía a simple vista: una determinación fría y una muy útil falta de escrúpulos a la hora de conseguir lo que precisaba.

Por eso sabía que no le iba a fallar, y que gracias a aquellas cualidades de Hollie pronto el asfalto y la noche volverían a ser suyos para encontrarse de nuevo con la muerte.

Y cuando eso ocurriera Richard no volvería a cometer los mismos errores que al final lo hicieron caer cuando su presencia aterrorizó por primera vez California.

Cuando nadie lo conocía aún como Acosador Nocturno.

Intersección: Mei Leung

It burned like a ball on fire
When the rebel took a little child bride
Billy Idol - *Cradle Of Love*

Cuando pienso en esa noche lo primero que recuerdo es el chute de cocaína líquida entrando a través de mis venas. Y el viento. El puto, jodido viento de San Francisco que se me metía en los ojos y me volvía loco. Me sentía como un animal continuamente azotado que al final acaba por atacar, preso de la enajenación mental.

En realidad prefería moverme por Los Ángeles, pero había tenido que largarme de ahí tras unos cuantos robos en los que la pasma casi me había puesto sus sucias garras encima. Sabía que las cosas se me estaban escapando de las manos, algo íntimamente ligado a mi adicción —aunque en aquellos días, si un pavo se hubiera atrevido a llamarme yonqui, le habría roto la nariz de un puñetazo—.

Vivía en un puto bucle constante: robo el primer coche que pillo. Entro en un bloque de apartamentos. Me llevo lo que se me ponga por delante. Lo vendo en una casa de empeños. Uso el dinero para comprar farlopa. Me chuto. Me siento ido, esquizofrénico perdido. Me dan ganas de follarme a una guarra. Necesito más billetes. Vuelvo a robar. Consigo más dinero. Pago a una puta de diez dólares para que me deje romperle el culo o follarme sus pies. No me quedo satisfecho. Me vuelvo a chutar. Me pongo cachondo de nuevo. Ya no me queda dinero para echar otro polvo o pillar más nieve. Y vuelta a empezar. Ese era el ciclo sin fin de mi vida desde que me había mudado a Los Ángeles en 1982. Llevaba viviendo así dos años.

Comer, ducharme o dormir eran acciones intrascendentes que no tenían la menor prioridad en mi existencia. Apenas comía, no me duchaba y, si dormía, era solo por unas pocas horas intranquilas en algún hotel de Skid Row, o en cualquier cementerio que se me cruzase en el camino.

—Pírate una temporadita de L. A., Richie, porque al final los maderos te van a pillar —me aconsejó el primo Mike, que a veces venía desde Texas para pasar unas semanas divirtiéndose conmigo. En aquella época nuestra relación ya no era la misma que nos había

unido de críos; yo me había convertido en un lobo solitario que prefería acechar sin compañía e ir a mi rollo sin que nadie me tocase las narices.

Mi visión de él como un héroe y figura a la que imitar se había ido diluyendo, pero aún era capaz de apreciarlo. Y de vez en cuando incluso me daba buenos consejos.

—Como vuelva y hayas vendido mis *cassettes* para comprar marihuana te voy a romper la cara esa de mierda que tienes —le advertí antes de robar un Pontiac y emprender camino a San Francisco para volar por debajo del radar durante uno o dos meses.

Así que no, no estaba ahí por gusto. Estaba cabreado. Cabreado con el mundo. Los chutes de coca, los robos de poca monta y los polvos de pago empezaban a perder parte de su gracia. Seguían siendo emocionantes y me daban ese subidón de adrenalina que duraba hasta que la droga se diluía en mi sangre, hasta que abandonaba las casas asaltadas, hasta me corría. Después llegaban el sopor y el aburrimiento. Y yo me ponía febril, buscando algo que no sabía exactamente qué era. O quizá sí que lo sabía y me negaba, en parte, a aceptar esa parte de mí. La coca enturbiaba todos mis pensamientos. La hierba tampoco ayudaba.

Deambulaba por las calles del distrito de Tenderloin vestido de negro, a veces a pie con el *walkman* en la cintura, a veces con algún coche robado en el que metía una cinta de Judas Priest a todo volumen. Dejaba que el *heavy metal* se me metiera en las venas como la cocaína líquida. Encontraba estimulantes los ritmos frenéticos, así como los mensajes violentos que la música me daba. A veces, ciego hasta las cejas, comprendía que esas letras que hablaban de asesinatos, de sangre, de lo impío y lo malvado se referían en realidad a mí, a todo con lo que yo fantaseaba sin atreverme a llevarlo a cabo. Dormido y despierto, la violencia era intrínseca en mí. Mi lenguaje natural. Mi don particular. Y yo era jodidamente bueno en hablar ese idioma que solo entendía de crueldad y excesos.

A mis veinticuatro años mi mayor talento era el de ser un buen ladrón. Había aprendido a ser sigiloso como un felino, a confundirme entre las sombras de la noche, a que mis movimientos fueran apenas perceptibles, a colarme en las casas sin que mis deportivas crujieran ni una sola vez, a que mis manos —siempre cubiertas por guantes negros— no dejaran ni una sola huella dactilar. Podía robar en apartamentos habitados sin que sus habitantes sospecharan siquiera que alguien como yo había perturbado lo sacrosanto de su hogar. Me permitía el condenado lujo de acercarme a sus camas para oler su respiración de gilipollas de mierda, para verlos dormir, tranquilos y reposados, seguros entre esas paredes que ellos creían inviolables. Incluso me sacaba la pistola que había comprado en Tijuana y les apuntaba con

ese calibre del 22 que podía haberles desparramado los sesos en sus putas sábanas compradas en Walmart. Hubo infinidad de veces en que quité el seguro y rocé al gatillo, deseando saber qué ocurriría si me atrevía a apretarlo: si la sangre me salpicaría en la cara, si la muerte llegaría en el acto, si ellos abrirían los ojos justo antes del estallido para descubrir al demonio que ocupaba su dormitorio.

Pero al final nunca lo llevaba a cabo, y me retiraba tan silencioso como había llegado, llevándome conmigo radios, aparatos de vídeo, relojes, joyas, sin dejar ni rastro más allá de la ausencia de esos bienes que luego vendía a cambio de unos pocos dólares.

La noche en que crucé el umbral de la maldad parecía una de tantas. Yo, vestido de negro, escuchando una cinta de AC/DC mientras callejeaba a pie mirando aquí y allá en busca de una ventana abierta por la cual pudiera colarme. El Tenderloin estaba lleno de hoteluchos y turistas despistados que a veces se echaban a dormir sin asegurar puertas o ventanas. Robar era extremadamente sencillo.

Fue enfrente de uno de esos hoteles de poca monta, que yo conocía bien, cuando la vi. Asiática, pequeña, el pelo lacio recogido en dos coletas, piernas flacuchas y zapatos con calcetines blancos inmaculados. No podía tener más de diez años.

—¿No es un poco tarde para andar sola por aquí, niña? —le pregunté, deteniéndome a su lado. Ella me observó un momento. Hubo un deje de inquietud en su mirada, pero solo duró un par de segundos.

—He perdido un billete de un dólar que me ha dado papá y me ha dicho que salga a buscarlo o me dará una buena tunda —respondió, y luego prosiguió con su búsqueda, examinando el suelo a su alrededor.

—Bueno, ¿dónde se te ha perdido?

—No lo sé. No hemos salido del hotel hoy.

—¿Y qué haces buscándolo afuera? —chasqueé mi lengua con desenfado. Luego sonreí. La visión de mis dientes torcidos la hicieron dar un leve paso atrás—. Aquí no lo vas a encontrar.

Mis ojos se desplazaron al callejón lateral del hotel, donde estaba la puerta del servicio y los contenedores de basura. Ni una sola luz lo iluminaba.

—¿Cómo te llamas?

—Mei Leung.

—Pues te diré una cosa, Mei Leung: cuando el dinero se pierde, siempre suele estar en el sitio en el que menos pensamos. Fijo que puedo encontrar tu dólar. —La pellizqué suavemente en su estómago blando y ella, un poco más relajada, soltó una risita tímida.

—No puedes.

—¿No? ¿Te apuestas ese dólar conmigo a que lo localizo antes que tú?

—¡No!

—Anda que no. Si lo pillo, me lo quedo.

Y sin más eché a andar hacia el callejón. Hacia la puerta que yo sabía que estaría abierta y que daba al sótano del hotel. Como un ratoncito siguiente al flautista, Mei vino trotando detrás de mí.

—Oye, pero esto es trampa —bromeé cuando la niña se me coló por delante al abrir la puerta de servicio.

—¡El dólar es mío! —Me sacó la lengua cuando yo descendí las escaleras y ella me siguió, tan molesta como intrigada por ver si lograba dar con su condenado billete.

Fue en ese instante, en ese anodino instante, cuando la puerta del sótano se cerró a mis espaldas y encendí la única luz de esa guarida improvisada cuando sentí su presencia, tan tangible como el olor a humedad o el aire viciado que se te metía hasta la garganta.

Simplemente lo supe. Supe que El Oscuro me protegería si iba más allá, siempre y cuando no titubeara y me mantuviese tan cruel como él demandaba a sus siervos. No algo malvado, ni ligeramente perverso. No.

«Maligno hasta la infamia, ni rastro de piedad».

Creo que la cría aún tardó un par de minutos en comprender que se había metido en la guarida del lobo feroz. Quizá fue la bombilla amarillenta que iluminaba tétricamente el sótano. Quizá fue el siniestro sonido de las tuberías y el viejo calentador del hotel que retumbaba contra las paredes desconchadas. O quizá fue mi mano sobre su boca y las palabras que vertí en su oído de niña.

—Al menos no morirás virgen.

Gritó. O al menos lo intentó. No le sirvió de nada. Ese era mi verdadero bautismo de sangre y yo lo sabía. Puede que ella, en el fondo de su inocencia, también lo supiera cuando empecé con los golpes, cuando su cabeza rebotó contra mis puños, cuando mis manos se cerraron sobre su cuello, cuando desgarré su ropa interior, cuando la sangre que salió de entre sus piernas empapó sus prístinos calcetines blancos de colegiala.

De su boca solo salieron gemidos moribundos cuando saqué la navaja automática de mi bolsillo trasero y el filo cortante se desplegó ante sus aterrados ojos con un suave chasquido. Le cubrí los labios con un último beso antes de hundir el acero en su vientre, justo encima de su pubis. Dejé que corriera la sangre y se mezclara con mi semen, que su cuerpo expulsaba entre estertores. Me congratulé en la mirada que se apagaba y en el olor metálico de su muerte mezclándose con el sudor humano y el moho de ese sótano, creando una miasma hedionda que se pegó a mi rostro, a mi cabello y a mis ropas. Un bautismo maldito: el primer sacrificio de mi vida ofrecido a Él.

Fue glorioso.

Usé su blusa para colgar lo que quedaba del pequeño cadáver en una de las tuberías del sótano. Le acaricié la mejilla con un pulgar ensangrentado. Lamí la hoja de la navaja. Crují los nudillos. Sonreí.

Y luego regresé a las sombras con el mismo sigilo con el que ellas me habían cobijado.

Capítulo 4

Richie pensaba a menudo en la muerte; no solo en todas aquellas que había provocado, si no también en la suya propia.

Cuando era un crío y todavía vivía en El Paso, aquella idea de la muerte —a veces intangible, a veces real— rondaba con asiduidad su mente. Por aquel entonces aún tenía amigos a los que solía contar que él ya había muerto una vez, cuando su hermana Ruth lo golpeó sin querer con un columpio y lo dejó inconsciente durante al menos una hora. Los niños hablaban del fallecimiento de una mascota, de un tío lejano o incluso de algún abuelo, pero la experiencia de Richard con la muerte iba mucho más allá de esas vivencias que él consideraba superfluas.

Quizá por ese motivo no la temía. Quizá por eso la abrazaba en todas sus vertientes, incluso si se trataba de la suya.

—Tengo miedo de que no salga bien —le había confesado Hollie semanas antes, cuando ya casi todo estaba preparado—. ¿Y si mueres? O peor aún: ¿y si empiezan la autopsia antes de que tú puedas…?

—Hay pocas cosas más sólidas en este mundo que el instinto de supervivencia de un asesino en serie.

Esa frase no era una bravuconada. Pocas cosas en él lo eran. Y Richie lo creía de verdad: en su opinión, los *serial killers* eran los superdepredadores de la cadena alimenticia humana. Por encima de ellos no había otra especie que pudiera devorarlos. Los ciudadanos podían identificarlos, los policías podían detenerlos y el Estado podía ejecutarlos, pero en el inmenso océano de la humanidad, ellos eran las bestias que nadaban en las aguas más profundas y aterradoras, donde nadie que no fuera como ellos podría llegar. Allá abajo, en la oscuridad inexplorada, donde la vida ordinaria era imposible, estaba el lugar al que pertenecían.

Un convencimiento tan sencillo como aplastante, al que le había seguido una conclusión de forma completamente natural: juntos serían más fuertes. Era de una lógica abrumadora.

Richie paseó una vez más por su reducida celda. La conocía palmo a palmo: cada grieta, cada desconchón, cada humedad, cada mancha humana de todos los que habían pasado por ella antes de su llegada. Ahí estaban las cartas de Hollie y de las demás, los libros que sacaba de la biblioteca, un par de pósteres de tías buenas, el retrete y el duro camastro sobre el que fantaseaba, ya fuera dormido o despierto.

No había ni una sola ventana que diera al exterior. Y sin embargo

supo que la Noche del Diablo vibraba allá afuera, más allá de los muros de San Quintín. No podía contemplar los fuegos fortuitos, tampoco los atracos a gasolineras, ni siquiera las gamberradas que los adolescentes díscolos cometían en nombre de Satán. Pero no importaba, en realidad. No necesitaba ver nada de eso para comprender que esa noche su poder brillaba en su máximo apogeo.

Esa noche sería la noche en la que todo cambiaría.

Hollie le había preguntado, no sin un deje de timidez, si Halloween no sería más adecuado para sus propósitos.

—No seas estúpida, nena. Halloween es la noche en que las almas despiertan.

—¿Y la Noche del Diablo…?

—Es en la que el Oscuro elige a sus seguidores más devotos. Cualquier acto de maldad cometido esa noche…

No había añadido nada más. Porque ella no necesitaba saber nada más. Cuanta menos información conociera Hollie más poder tendría él.

—Limítate a tener lo que te pedí.

Por un momento creyó que Hollie le iba a recordar su pago, pero finalmente pareció optar por callar. Richie sonrió.

—Buena chica.

Y ella le había devuelto una sonrisa tan dócil como fascinada.

Aspiró por última vez el aire viciado de una celda que le había visto cabreado, excitado, enajenado, hastiado. Pero nunca vencido. No por un sistema que deseaba quebrar y convertirlo en lo que jamás sería.

Puso una palma sobre el hormigón armado, como si con aquel contacto pudiera abrir una brecha en la argamasa que lo mantenía prisionero.

No, en ese condenado sitio no había ventanas que le permitieran disfrutar de su noche favorita del año. Ese no era un privilegio que los condenados a muerte disfrutaran en sus habitáculos particulares. Vivían bajo luz artificial, como plantas de interior, debilitados por la falta de libertad para saciar sus instintos. La mayoría de presos se iban dejando vencer por el sistema que los mantenía quietecitos y dóciles, pero Richie no. Y los que eran como él, tampoco.

Ellos no eran asesinos ordinarios, unos de esos vulgares ladrones de vidas que mataban para vengarse, cobrar un seguro o para librarse de la parienta.

No. Ellos eran artesanos de la muerte.

Puede que algunos fingiesen arrepentimiento, como Jeff. O que simulasen haber vuelto sus ojos hacia Dios, como David. O incluso que colaborasen con el FBI por diversión, como Ed. Nada de eso importaba: para Richard esas eran simples técnicas de resistencia, de

intentar confundirse entre la sociedad carcelaria para mantenerse vivos. Porque como le había asegurado a Hollie, nada podía quebrar el instinto de supervivencia de un asesino en serie.

Y las cárceles de Estados Unidos retenían en aquel mismo momento a varios de sus congéneres, que languidecían en celdas cuando deberían estar en su lugar natural. Afuera, cazando. Afuera, libres. Afuera, en las aguas profundas.

Por eso no titubeó cuando la hora llegó. Era el momento que llevaba esperando años.

Empezó a contar los pasos cuando lo escuchó caminar, acercándose por el extremo opuesto del corredor seis.

Uno, dos, tres.

Conocía la cadencia de esos pasos y también el molesto frufrú que los pantalones desgastados de ese guardia en concreto producían con el roce de sus gordos muslos cuando caminaba arriba y abajo. Y ese conocimiento lo hizo sonreír al comprender quién tenía turno nocturno esa madrugada.

Cuatro, cinco, seis.

Richard aflojó el cierre del frasco de Heaven Gap. Esta vez el hedor no lo repelió.

Siete, ocho, nueve.

Se lo tragó. De golpe. Sin pensar.

Diez, once, doce.

Escondió el recipiente en su colchón.

Trece, catorce, quince.

Se sentó en el borde del camastro, con los ojos fijos en la pared desconchada de su celda.

Dieciséis.

Dieciséis pasos. Los mismos jodidos dieciséis pasos que siempre recorría ese desgraciado que se creía superior a él hasta detenerse en su habitáculo. En cada maldita guardia nocturna. Los mismos pasos, la misma mirada altanera, la misma jodida pregunta:

—¿Cómo va tu noche, Ramirez?

Richie giró la vista hacia la puerta de su celda, dónde el hinchado rostro de Jerome Kelley se asomaba. Sonrió al verlo.

—A punto de mejorar, negro cabrón.

La expresión complacida del guardia se transmutó al momento por una de rabia. E hizo exactamente lo que Richie sabía que haría: abrió la puerta de la celda con la porra desenfundada y lista para entrar en acción.

—Me tienes tan harto, Ramirez, que esta vez te la has ganado bien. Vas a terminar en enfermería de la paliza que te voy a dar, y…

Pero Jerome se detuvo, estupefacto. Porque la sonrisa soberbia del preso se había borrado de un plumazo.

Richie notó cómo su cuerpo empezó a convulsionar de la nada: sus músculos se agitaban unos contra otros como dientes rechinando de frío, y sintió cómo una ola de calor sofocante nacía en su nuca e invadía su cerebro. Luego, cayó al suelo en un ataque muy similar a los que tenía de pequeño, desde el golpe sufrido en los columpios con su hermana Ruth.

—¡Joder, joder! —escuchó gritar a Jerome, y luego el chasquido del *walkie* que llevaba en su cintura—. ¡Llamad a enfermería, hostia! ¡Necesito ayuda médica en el corredor seis, en la celda…!

El corazón le bombeaba sangre a toda velocidad, furioso, combatiendo el veneno que invadía sus venas. Era la lucha de lo natural de la vida contra el horror de la muerte que conquistaba su organismo y lo empozoñaba.

—¡Me cago en mi vida!

La estúpida voz de Jerome sonaba apagada, como si estuviera amortiguada por varias capas de tejido. Richard se retorcía en el suelo de su celda mientras aquel guardia odioso que llevaba tocándole las narices desde que había entrado en San Quintín se arrodillaba junto a él e intentaba detener sus convulsiones sin éxito.

Richard, incluso en aquel estado moribundo que lo llevaría a la morgue de San Rafael, se regodeó en su pánico y en el papel que aquel cabrón de mierda, sin saberlo, estaba interpretando en el orden de todas las cosas que estaban por llegar.

Tras un último estertor provocado por el tóxico ingerido, su corazón se detuvo. Sus pulmones se quedaron sin aire. Sus extremidades dejaron de obedecer. Su cuerpo se quedó laxo, inmóvil. Sin vida.

Richard Ramirez, el Intruso del Valle, el Asesino Merodeador, el Acosador Nocturno de California, había muerto.

Capítulo 5

Jerome Kelley maldijo su suerte.

—Y encima el desgraciado la ha palmado con los ojos abiertos.

No solo debía desempeñar un trabajo de mierda, mal pagado, en una noche tan asquerosa como aquella, sino que además se veía en la obligación de lidiar con el farragoso papeleo burocrático. Era su responsabilidad encargarse de retirar el cadáver de un preso para poder llevarlo hasta la morgue, autorizar la autopsia y después esperar a que esta finalizara para poder recoger el certificado de defunción. De todos los guardias de San Quintín y de todos presos de la cárcel, le había tocado a él ser el maestro de ceremonias fúnebres del jodido Acosador Nocturno.

—Me cago en mi vida —repetía, una y otra vez, ofuscado.

El enfermero no había podido hacer nada por Ramirez. Al llegar al corredor seis se lo había encontrado sin vida y su ayuda se había limitado a confirmar que estaba muerto y debía ser trasladado de inmediato a la funeraria. Con dicha empresa tenían firmado un convenio desde hacía años para ocuparse de los reclusos finados.

—Ya sabes lo que toca.

—Sí, ya lo sé —murmuró de mal humor Jerome al guardia que vino a sustituirlo—. Quien se lo encuentra, carga con el muerto.

—Eso es.

Jerome volvió a maldecir al alcaide. Tanto pedir subvenciones para luego no tener la decencia de construir una morgue propia y así evitar esa pantomima de ir hasta San Rafael con un cadáver.

Por lo menos se libraba de tener que continuar tratando cada día con el malnacido de Ramirez. El tipo era un verdadero grano en el culo, tan altivo como impertinente. Iba a disfrutar mucho cuando el doctor Pearson le abriera la cocotera y le metiera el cerebro en un tarro con formol. Seguro que era digno de estudio. Quizá incluso acababa en un museo de crímenes reales.

—¿Te encargas tú de llamar a Ruth Flores? —inquirió su compañero mientras rellenaban el papeleo del traslado.

—¿Quién coño es Ruth Flores?

—La hermana de Ramirez. En su ficha pone que para cualquier cosa hay que avisarla a ella…

—Hazlo tú —espetó Jerome—. Yo tengo que irme ya a San Rafael.

El cuerpo de Richard Ramirez lo esperaba en el coche funerario. Lo habían cubierto con un plástico y metido en la amplia parte trasera

del vehículo. Jerome se subió al asiento del copiloto, saludó al somnoliento tanatopractor de la funeraria y se abrochó el cinturón con un bufido de fastidio.

—El doctor Pearson estará contento —le dijo Jeremiah, arrancando el vehículo—. Por fin le lleváis una celebridad.

—Me importa un carajo si Pearson está o no contento. Quiero que lo haga rápido para que yo pueda volver a San Quintín lo antes posible.

Era una noche desapacible, sin luna, en la que la niebla cubría las calles y las sombras parecían más oscuras de lo normal. Un par de hogueras lejanas relucían en la negrura y Jerome maldijo su suerte de nuevo.

—Me cago en mi vida.

* * *

El doctor Pearson ladeó la cabeza con interés científico al comprobar que, en efecto, a quien le habían traído era al mismísimo Acosador Nocturno. Con toda probabilidad iba a ser la autopsia más célebre de su carrera forense.

—Es curioso.

—¿Qué es curioso? —masculló Jerome tras sorber de su café de máquina. Estaba asqueroso, pero en esa puñetera morgue era lo único que se podía tomar caliente y con cafeína. Tenía hambre, pero el olor a desinfectante, formaldehído y alcohol siempre lograban revolver su estómago.

—Pensar en quién tenemos en la mesa de autopsias —comentó el doctor Pearson, preparando los bisturís, las tijeras de disección, la guía metálica, las balanzas y el enterótomo.

Ya tenía lista la máquina extractora de sangre y la solución embalsamadora, en caso de que los Ramirez quisieran un cuerpo preservado al que poder darle sepultura. Difícilmente sería así: la mayoría de familias de asesinos tan notorios como aquel que ahora estaba desnudo en la mesa de autopsias optaban por la cremación. Enterrar a un *serial killer* de la fama del Acosador Nocturno solo traería curiosos a su sepultura, además de saqueadores de tumbas y multitud de gamberros de toda índole. Era mucho más sencillo entregar una urna con cenizas que un cuerpo, pero aun así Pearson se veía en la obligación de dar la opción del embalsamado, en cuyo caso la noche se le alargaría unas horas más.

—¿Es que no sabe qué es lo que hizo este mamonazo, doctor?

—Creo que debe haber poca gente en California, y si me apuras en el país entero, que no conozca a Richard Ramirez.

—Entonces, ¿qué narices es curioso para usted?

El doctor observó los rasgos silenciosos del cadáver. Quiso decirle a Jerome que lo que le causaba curiosidad era el cúmulo de circunstancias y decisiones que llevaban a uno a terminar en una mesa de autopsias con un historial tan terrible como el de Ramirez. Tenía unos rasgos hispanos cincelados, objetivamente atractivos, que quizá lo hubieran podido convertir en un actor o, incluso, en un modelo de pasarela. En ese caso, en otra vida, no hubiera sido él el encargado de abrirlo en canal en su último viaje. Pero Ramirez había elegido una vida maldita, regida por la sangre; el hecho de no poder siquiera optar a una tumba digna era una de sus finales consecuencias.

Sin embargo, prefirió no optar por ponerse a filosofar delante del irritado guardia de San Quintín.

—Y bien, Jerome, ¿qué ha ocurrido? —preguntó finalmente el forense.

—No lo sé. Empezó a convulsionar en su celda, se desplomó y en menos de un minuto la había palmado.

Pearson consultó el expediente médico de Ramirez. Jerome no podía apartar la vista del difunto con el café en la mano.

—Aquí pone que de pequeño tuvo varios episodios de epilepsia. También fue consumidor de cocaína y marihuana. Aunque según el expediente, Richard había dejado las drogas años atrás. En los últimos análisis de sangre todo parece correcto. Ni siquiera bebía alcohol. Ya veo…

—Oiga, doctor, ¿podría cerrarle ya los ojos? Me da un mal rollo tremendo. Siento como si el mamón aún me estuviera mirando de esa manera en que lo hacía siempre.

—Aún no, pero enseguida. Primero debo hacer un examen rápido. Además, no es necesario que estés presente durante la autopsia. Puedes esperar en recepción.

Jerome aceptó la invitación.

—De acuerdo, pero avíseme cuando le saque el cerebro y lo meta en un tarro en formol. Quiero disfrutar de ese momento.

—Eres de lo más desagradable —rio el doctor.

Pearson agradeció la soledad. Jerome le caía bien, pero prefería trabajar en silencio y sin más presencia que la suya y la del finado. Era una cuestión de respeto hacia la muerte. E incluso alguien como Ramirez merecía esa última deferencia.

Empezó anotando la altura y el peso. Un metro ochenta y cinco, ochenta y tres kilos. Etnia: hispana. Tomó sus huellas dactilares, una muestra de sangre y retiró la toalla que cubría sus genitales solo para asegurarse de que no había recibido abusos sexuales en San Quintín. Luego lo volvió a tapar y lo observó con sus ojos de forense experimentado.

En su cuerpo no había rastro alguno de violencia física. Su primera

conjetura fue que habría muerto de alguna cardiopatía no diagnosticada, posiblemente agravada por años de abusos de drogas. Según tenía entendido, el Acosador Nocturno había llevado una vida salvaje desde su adolescencia hasta su detención con tan solo veinticinco años. Solo quedaba comprobar si sus sospechas eran acertadas.

—Bueno, Richard, es hora de ver qué tienes ahí dentro —comentó, levantando el bisturí para empezar la incisión en forma de T que iniciaría en uno de los hombros, para continuar hasta el otro y luego bajar a lo largo del pecho hasta llegar al hueso púbico.

Clavó la hoja en la carne blanda del hombro derecho con la seguridad de quien había realizado aquel ritual miles de veces. Pero se detuvo al instante, confuso. Le había parecido ver algo fuera de lugar. El bisturí se quedó anclado en la carne, sin llegar a avanzar. Pearson quiso soltar el instrumento médico y apartarse unos pasos de la mesa de autopsias, pero su profesionalidad se lo impidió.

Era la Noche del Diablo, y los ánimos andaban caldeados en la noche previa a Halloween. Se había dejado cuestionar por la negra noche que rodeaba la morgue y la neblina que cubría las ventanas.

Crujió su cuello y sus dedos volvieron a tomar el control del bisturí clavado en el hombro derecho. Intentó continuar con el corte.

Un parpadeo se lo impidió.

Pearson miró el rostro del Acosador Nocturno, sin darse cuenta de que estaba conteniendo el aliento. Debía ser un reflejo muscular, sin duda. A veces los cuerpos fallecidos los tenían. Aunque jamás lo había visto en los ojos. Nunca había visto un muerto parpadear.

Sacudió la cabeza, dispuesto a proseguir con su trabajo de una vez.

Pero no pudo hacerlo. El bisturí hundido en el hombro derecho de Richard Ramirez no avanzó ni un milímetro más. Porque unos dedos que parecían de acero le agarraban la muñeca. Y unos ojos oscuros llenos de vida lo miraban. Un cuerpo que debía estar muerto se incorporaba sobre la mesa de autopsia.

—Dios mío… —alcanzó a murmurar Pearson, incapaz de reaccionar.

Fueron sus últimas palabras.

Intentó llegar hasta la puerta, intentó pedir ayuda a Jerome Kelley, intentó escapar. Pero los instintos de Richie habían despertado con su cuerpo y fueron mucho más rápidos que los del forense. Atrapó el bisturí que aún tenía clavado en el hombro, se lo sacó de la carne revivida y atrapó al doctor por el cuello. El hombre jadeó cuando el brazo de Richie empezó a privarle de aire, apretado contra su garganta. Sus piernas patalearon débilmente. Le arañó el antebrazo. Richard rio en silencio.

Y volvió a reír cuando le clavó el bisturí bajo la oreja izquierda, tan

profundamente como la afiladísima hoja se lo permitió, y lo deslizó a través de la carne blanda, por la garganta por la que ya no pasaba oxígeno, rasgando músculos, tráquea, cuerdas vocales, cartílago, arterias carótidas. No se detuvo hasta que el bisturí alcanzó la oreja derecha y la sangre empezó a caer como una cascada bermeja y pegajosa.

Pearson se desplomó a sus pies, aún vivo. Se desangraba rápidamente, la vieja amiga carmesí deslizándose de la obscena abertura de su cuello. Richard se agachó a su altura con una sonrisa sardónica para contemplarlo morir.

—Alégrese, doc. Con usted he sido rápido y clemente. Porque con ese negro cabrón que está ahí afuera no pienso serlo.

El cuerpo del doctor soltó un par de espasmos más antes de quedarse inmóvil para siempre. Richard era consciente de que no tenía demasiado tiempo, y necesitaba algo mejor que un ordinario bisturí para lo que tenía pensado hacer. Un cuchillo de autopsia era una buena opción, aunque no fuera el tipo de hojas con las que él estaba acostumbrado a actuar.

Sus ojos se fijaron en el instrumental médico que Pearson había dispuesto para usarlo en él. Utilizar lo que fuera que el Oscuro pusiera en su camino era uno de sus más preciados talentos. Y esta noche era la noche en que el Acosador Nocturno volvería a brillar.

—¿Pearson, todo bien por ahí? —escuchó la voz de Jerome acercándose por el pasillo—. He escuchado un par de golpes raros…

Richie no respondió. Apenas era consciente de su desnudez, pero sí de la sangre de Pearson que le cubría brazos y piernas. No se molestó en cubrirse. Tampoco en apartar el cuerpo del doctor. Simplemente se deslizó hasta la puerta, sigiloso como siempre lo había sido, sus músculos respondieron a las viejas costumbres de no producir ni un sonido. Ni un roce. Ni un solo ruido. Absolutamente nada que pudiera delatar su presencia.

Y esperó.

* * *

Jerome Kelley siguió maldiciendo. Aunque esta vez lo hizo de verdad cuando recuperó la conciencia.

—¿Qué…?

—Hola, negro cabrón —lo saludó una voz que él conocía a la perfección.

Levantó la cabeza y lo vio. Desnudo, ensangrentado, el pelo largo revuelto, los brazos cruzados bajo su pecho y la mirada malévola que tan bien conocía.

Intentó incorporarse, confuso. Pero no pudo. Estaba atado de pies y

manos en la mesa de autopsias, desnudo de cintura para arriba. El pánico lo invadió. Un pánico viscoso que sabía a bilis. Ni siquiera percibió el dolor de la herida sangrante que tenía en la cabeza; allá donde Richard lo había noqueado al entrar en la sala para ver si Pearson estaba bien.

—¿Pero… cómo? —balbuceó, incapaz de procesar lo que estaba ocurriendo.

—No estoy aquí para responder tus preguntas.

Richard se separó de la pared en la que se había apoyado, esperando que el guardia despertase.

—Tengo cosas que hacer esta noche y lo cierto es que debería pirarme ya, pero no haría honor a mi buen nombre si me largarse de aquí así como así, ¿no?

Jerome se ahogó en su propio pavor al ver cómo Richard se acercaba a él.

—Tengo hijos, Richard. Por favor…

—¿Y a mí qué coño me importa que tengas unas cuantas larvas, cara de mierda? ¿De verdad piensas que eso te va a salvar esta noche? Creía que después de tantos años juntos ya sabrías de que pasta estoy hecho —rio Richie, inclinándose sobre él, con el cabello oscuro manchado de sangre y los ojos inyectados en odio—. Espero que en los próximos minutos recuerdes todas las vejaciones, todos los insultos, todas las hostias que creíste tener el derecho de darme. Porque vas a pagarlas muy caras. Todas y cada una de ellas.

Antes de que Jerome pudiera suplicar más Richard agarró el cuchillo de autopsia y se lo clavó de golpe bajo un hombro. El guardia gritó y continuó gritando conforme Richie dibujaba con la hoja del cuchillo la misma T que hubiera recibido él en esa misma mesa.

—Alégrate, Jerome. Últimamente he leído mucho sobre el paso a paso de una autopsia. De hecho —comentó Richard, seccionando el esternón hasta llegar al pubis, rajando el ombligo por la mitad. Los alaridos del guardia se volvieron más agudos, más inhumanos. Música para sus oídos—, considero que tengo el conocimiento suficiente para realizarte una. ¿Qué opinas, cabronazo? ¿Hasta dónde crees que aguantarás?

Jerome fue a rogar de nuevo, pero no pudo hacerlo. Tan solo fue capaz de observar con sus propios ojos cómo Richard le abría la pared abdominal con ambas manos, hasta dejar sus órganos aún palpitantes a la vista. Rogó a Dios que le dejara desmayarse.

Pero Dios no estaba presente esa noche en la sala de autopsias de la morgue de San Rafael. Solo el diablo y su más devoto discípulo.

—Por desgracia, no tengo tiempo para hacerlo todo lo bien que querría, porque ahí afuera hay quién me espera y seguramente tus gritos de cochino habrán alertado ya a los vecinos. Así que…

—No, no por favor. Richard… —tartamudeó Jerome. Lloraba, gritaba, temblaba, con todo su cuerpo entrando en *shock* por el dolor, y su sangre se escurría por la mesa de autopsia hasta llegar al sumidero—. Por favor…

—¿Sabes cuántas súplicas he tenido que escuchar en toda mi vida?

—Yo… no...

—¿Y sabes a cuántas he hecho caso?

—¡Por favor!

—Esta es la última vez que suplicas. Esta es la última vez que respiras.

—Richard.

—Y esta —le murmuró Richie al oído, justo antes de clavarle en el estómago expuesto la cánula conectada a la máquina de embalsamamiento— es la última vez que pronuncias mi nombre.

Richard encendió la máquina que habría tenido que drenar su sangre hasta dejarlo vacío. El tubo empezó a succionar. Jerome bramó cosas ininteligibles mientras la máquina succionaba sus líquidos y deshacía sus órganos en una pulpa sanguinolenta que se iba colando por el tubo de extracción con un borboteo imparable.

Richard contempló su muerte. Lenta, terrible, patéticamente. Disfrutó de cada segundo de agonía. Duró más de lo que pensaba.

Cuando el cuerpo gordo de Jerome Kelley dejó de temblequear y los gritos se extinguieron, Richard miró el reloj de la pared de la sala de autopsias. Era tarde.

Y él tenía otra visita ineludible esta noche.

Capítulo 6

Richard llevaba años sin acariciar el filo de un cuchillo. En San Quintín les obligaban a comer con cubiertos de plástico y ni siquiera les dejaban tener cuchillas de afeitar. Había anhelado volver a sentir el frío de una navaja, el poder que un arma como aquella otorgaba a un hombre, la excitación de todo el mal que un simple acero cortante podía llegar a provocar.

Volver a tener una navaja automática en sus manos había sido como correrse en el polvo más guarro imaginable con la mejor puta posible. Hollie se la había dejado encima de un montón de ropa negra pulcramente doblada en el Buick que había localizado bien aparcado detrás de la morgue de San Rafael, tal y como le había solicitado que hiciera. Sus ojos habían visto el arma nada más abrir el maletero y sus manos se habían lanzado sobre ella, olvidando por un momento que estaba desnudo y cubierto de sangre en un callejón. Una vez acariciada la navaja, Richie había sopesado en sus manos el Colt del calibre 22 y se había tomado un rápido minuto para cargarlo de balas.

Luego regresó al interior de la funeraria, se limpió la sangre que le cubría torso, cara y brazos y se vistió con la ropa proporcionada por Hollie. La felicitó en silencio por las prendas oscuras, en especial por la cazadora de cuero de segunda mano y las deportivas flexibles y ligeras.

No obstante, la guinda a todo el tesoro ofrecido por su chica había sido la cinta que esta le había dejado puesta en el reproductor de música del coche.

—El puto Billy Idol —sonrió Richard, ajustando el retrovisor antes de subir el volumen del equipo de sonido y contemplando el reflejo que el estrecho espejo le devolvía.

Ya no era el mismo veinteañero indolente que había aparecido en su juicio con traje y gafas de sol saludando con complacencia al puñado de *groupies* que se sentaban tras él. La vida en San Quintín había acerado sus rasgos físicos, sí, pero también había agudizado su inteligencia. Así como sus objetivos vitales.

Había tenido tiempo de sobra para analizar sus errores y aciertos. Durante lo que la prensa llamó el verano del terror —por la oleada de asesinatos que sus intrusiones provocó—, Richard se había dejado llevar por el cóctel de adrenalina y ansias de sexo que lo conducía por las calles de Los Ángeles, merodeando durante horas en busca de la casa perfecta en la que colarse para llevar a cabo sus fantasías. No

había tenido un plan concreto, excepto el de satisfacerse a sí mismo, y había tomado decisiones muchas veces precipitadas que le habían hecho cometer algunos errores imperdonables.

Ahora tenía una segunda oportunidad para hacer *bien* las cosas. Ahora, tenía un propósito: un plan definido y un tiempo concreto para completarlo. Un tiempo que el Oscuro le regalaba para cumplir con su destino y proclamarse el asesino en serie definitivo, por encima de las soplapolleces de Charles Manson, los lamentos arrepentidos de Jeffrey Dahmer y de la arrogancia *yuppie* de Ted Bundy.

En todo eso pensaba cuando conducía por San Rafael en dirección al Garaje de Saldos Randall, mientras su cuerpo acababa de despertar del todo del tóxico que lo había paralizado; músculo a músculo, nervio a nervio, sentido a sentido. La música de Billy Idol atronaba en los altavoces del Buick Somerset del ochenta y siete, y Richie contemplaba el mundo en libertad por primera vez en ocho años.

Los gustos musicales habían cambiado. La televisión. La forma de vestir de la gente. Los coches. El cine. Él mismo había cambiado también.

Pero la magia de la Noche del Diablo permanecía intacta y Richie podía sentirla en todas partes, desde la neblina acuosa que flotaba en las aceras de San Rafael hasta el ánimo pícaro de la adolescente que lo miró a través de la ventanilla de su coche cuando se detuvo en un semáforo en rojo de Miller Creek Road y le hizo un gesto para que se acercara a él. La chica lo hizo con una sonrisa, las manos en las caderas y mascando chicle con la boca.

—¿Cómo llego al Garaje de Saldos Randall, muñeca?

Ella, que apenas rondaba la mayoría de edad, rio juguetona al escucharlo llamarla así.

—Sigue por esta carretera hasta llegar a la 101. Lo verás nada más tomar la autopista. Está en las afueras, antes de llegar a la reserva de Loma Verde. No tiene pérdida.

—Gracias por las indicaciones. —Sonrió encantador. Ella continuó apoyada con ambos brazos en la ventanilla bajada del Buick, mirándolo—. ¿No es muy tarde para que una jovencita como tú ande por la calle?

—Estoy practicando para mi Truco o Trato.

—Aún faltan unas horas para Halloween.

—Por eso digo que estoy practicando —se burló ella—. Me gusta hacer bien las cosas.

—Seguro que sí.

—¿Y a ti también te gusta hacer bien las cosas?

—Depende de con quién.

—¿De veras? Cuéntamelo mientras me llevas a casa.

Richard se carcajeó en voz baja, ladeando la cabeza y

repiqueteando con los dedos sobre el volante. Billy Idol cantaba en su *White Weeding* que era un buen día para empezar de nuevo.

—No es mi estilo recoger niñas con el coche.

—No soy una niña.

—¿No? Pero aún juegas a Truco o Trato.

—También juego a otras cosas.

—Pero no a las que jugamos los adultos —la provocó Richie.

Ella se mordió el labio, se incorporó, rodeó el Buick, abrió la puerta del copiloto y se metió en el interior del coche.

—Me llamo Kaya.

—Richie.

—Bueno, Richie, ¿qué se te ha perdido en el garaje de los Randall? A estas horas me temo que no venden coches.

—No voy a por un coche —respondió él, arrancando en la dirección que Kaya le había indicado.

—¿Vas de trapicheos con Benton? Porque en ese caso no le diría que no a un tirito.

—¿De verdad pretendes que te invite a una raya?

—No, no me invitarías. Yo pagaría por ella.

—¿Con qué dinero, muñeca?

—No te pagaría con dinero.

Richie desvió la vista de la carretera para mirarla. Se pasó la mano por la boca. Estaba sediento. Kaya no era la más bonita de las chicas que se habían cruzado en su camino, pero estaba delgada y tenía un buen culo, y él llevaba ocho jodidos años sin hacer *nada*.

—No me has contestado, Richie.

—¿Acerca de qué?

—De para qué vas a ver a los Randall.

—¿Tienes un piti?

—Sí.

—Un cigarro, una respuesta —alargó la mano hacia ella, esperando el pitillo. Kaya buscó en su bolso, encendió un cigarrillo y se lo pasó. Richie pudo notar en el filtro el sabor a brillo de labios de ella.

«Cereza», pensó, dando una calada.

—Voy a visitar a una amiga.

—Espera, ¿vas a ver a Hollie?

Él asintió, tomando la salida de la 101.

—Me habló de un noviete o algo así que tiene y que vivía fuera del condado, pero Noelle y yo no la creemos. Hollie siempre está con historias raras. ¿Eres tú el tipo del que habla?

—Pues no lo sé. ¿Qué más te ha contado Hollie?

—Poca cosa. Que era… mayor que ella. Y guapo. Como una estrella del rock.

—¿Y tú qué opinas, Kaya? ¿Podría ser yo?

—¿Por qué no tomamos un desvío y te demuestro lo que opino?
—Creía que Hollie era tu amiga.
—A ver, sí. Lo es. Pero venga ya. Es más virgen que una puta monja. Nunca ha estado con un tío.
Richard sonrió, sin llegar a replicar. Kaya se inclinó hacia él y le puso una mano en el muslo. Se lo apretó en una caricia llena de promesas.
—Además… es medio estúpida.
Lanzó el cigarro a medio fumar por la ventanilla. Dejó que la chica lo acariciara, con la vista fija en la carretera mal iluminada que lo llevaba a su destino. Pronto divisó el cartel del Garaje de Saldos Randall, tal y como Kaya le había indicado.
Atrapó la mano de ella en un movimiento rápido y seco que sobresaltó a la chica.
—Tu amiga puede ser muchas cosas, pero lo cierto es que, a diferencia de ti, no es tan estúpida como para subir en mitad de la madrugada en el coche de un asesino.
La mano de la chica se tensó bajo la suya.
—¿Cómo dices?
—Deberías ver más el canal de Ley y Crimen, Kaya.
—Por… ¿por qué? —tartamudeó ella, intentando apartar la mano.
Richie no la dejó ir, apretando sus dedos contra su pierna.
—Porque me habrías reconocido.
—Por favor, déjame aquí mismo. No diré nada. No sé quién eres. Seas quien seas, te juro que no iré a la policía con…
Disparó el puño contra su cara, aburrido ya de la conversación. Las súplicas eran divertidas durante un rato, pero terminaban por cansarlo tras unos pocos minutos de escucharlas. Siempre eran iguales, se repetían hasta la saciedad. Kaya protestó débilmente por el puñetazo. Richard la agarró por la cabeza y la golpeó contra el salpicadero. Dos veces. Hasta que ella perdió el conocimiento.
Sí, Billy tenía razón: era un buen día para empezar de nuevo.

Intersección: Jennie Vincow

It's a nice day to start again
Billy Idol - *White Wedding*

Skid Row.

El centro de Los Ángeles siempre ha sido mi lugar favorito para deambular por las noches, especialmente las calles que confluyen alrededor de la estación de autobuses de la Greyhound. Una mezcla de atracadores, traficantes, adictos, borrachos y prostitutas merodeaba como una masa infectada que representaba lo más bajo de la sociedad. Y yo me sentía plenamente a gusto entre esa inmundicia, a pesar de que por aquel entonces ya sabía que en la jerarquía de los desheredados, los que eran iguales a mí eran la especie más peligrosa.

Esa tarde de junio le pillé un par de gramos a un traficante colombiano que solía moverse por los alrededores de la estación, y pasaba tanta coca al día que jamás hubiera recordado mi cara. Yo sabía que se llamaba Roberto —o al menos ese era el nombre que usaba—, pero él no tenía ni idea de quién era yo. Para Roberto solo era un tipo de pelo corto, ropa negra y rasgos chicanos, nada más.

Un par de horas antes había robado un Toyota azul oscuro en el que nadie reparó. Había problemas más graves en Skid Row que un mexicano conduciendo un coche demasiado caro para su aspecto de maleante. En un lugar como aquel, donde abundaban las putas de diez dólares, los hoteles baratos en los que chutarse, las casas de empeño y las licorerías abiertas veinticuatro horas, nadie reparaba en nadie.

Yo era un asiduo a los hoteles de mala muerte. A veces me perdía durante días enteros en sus habitaciones de mierda, sin comer ni dormir, tan solo poniéndome ciego de coca intravenosa.

Esa tarde había resucitado de una estancia particularmente larga en el hotel Cecil y me había lanzado a las calles de Skid Row con una sed que reconocí enseguida. Era la misma que había sentido un par de meses atrás en San Francisco, con la niña asiática. Su recuerdo había resultado recreativo durante unas pocas semanas, hasta que se había convertido en algo desgastado que me había cansado de utilizar. Necesitaba crear un recuerdo nuevo.

Y esa era la noche en que ocurriría de nuevo.

Lo supe tan pronto me clavé la jeringuilla usada en el brazo y la cocaína deshecha en agua penetró en mi torrente sanguíneo a través de la vena basílica de mi brazo izquierdo. La droga corrió en dirección a mi cerebro como una rata huyendo de la luz, encendiendo cada uno de mis sentidos y disparándolos en todas direcciones. Sentí balas disparadas a discreción dentro de mi cabeza, la piel sensible y sudorosa y los ojos agudizados a cualquier estímulo que se cruzaba ante ellos.

Fue entonces cuando de verdad me apeteció follar, y el pensamiento se me volvió viscoso y tangente en la mente. Durante el resto del día también pensaba en ello, claro, pero solo cuando el chute estaba reciente y fresco me lo planteaba en serio. No obstante, para echar un polvo necesitaba dinero y me lo había gastado todo en coca.

Los deseos y las necesidades pueden mezclarse rápidamente, especialmente cuando uno va puesto hasta el culo de nieve. El tiempo pasa distinto, distorsionado, y lo que primero creíste un requisito para satisfacer un antojo de pronto se convierte en un ansia que yo conocía bien.

Y para ser un buen asesino tienes que planear ciertas cosas. No puedes lanzarte así como así a por el primer desgraciado que te pase por delante solo porque tengas ganas de rebanar un cuello. A no ser que quieras que te pillen a la primera de cambio, claro. Tienes que estar preparado para cuando llegue el momento perfecto; cuando llega, tú ya no puedes dudar. Sin embargo, esa era una lección que aprendí a las malas.

Por ese motivo me tomó cierto tiempo encontrar la casa. El efecto de la coca me estaba bajando y lo iba sustituyendo un nerviosismo que solo podía satisfacerse con más droga o con un subidón de *otra cosa.* Y yo conducía y conducía, tomando salidas y esquinas, mis ojos oteando edificios, viandantes y conductores que se detenían al lado de mi Toyota robado.

Al final acabé por aparcar en la calle Chapman de Glassell Park. Me puse los guantes negros. Tomé aliento. Me miré en el espejo del retrovisor. Esperé a que no hubiera nadie que pudiera verme y me apeé del coche.

Recuerdo a la perfección aquella noche. Oscura, silenciosa, con pequeñas nubes escondían las estrellas y la luna, cuyas sombras me escondían conforme yo me pegaba a la pared de ese edificio de dos pisos. Conté cinco apartamentos arriba, cinco abajo. Escaleras exteriores metálicas. Ventanas que daban a los callejones adyacentes. Y una de ellas, abierta.

—Estúpidos gilipollas —susurré a la negrura.

Claro que no tenía ni idea de quién vivía ahí. No saberlo formaba parte de la diversión, de ponerme a mí mismo a prueba. En mi mente

imaginé a una mujer joven, durmiendo en su cama con un camisón ligero, y esa imagen me persiguió cuando intenté remover la mosquitera que cubría la ventana. Los guantes me lo dificultaban, así que me quité uno para que la red saliera y yo pudiera dejarla apoyada en el interior del apartamento. Siempre atribuí ese error a que la coca me estaba pegando la bajona y yo no tenía todo el control de la situación tal y como creía tenerlo.

En ese momento yo solo sentía la excitación de estar asaltando una casa ajena, de esperar encontrarme a una chica a la que poder follarme antes de pillar pasta o algo que pudiera vender e irme a por una puta y más coca. Cuando volví a colocarme el guante, mi huella dactilar ya había quedado en la puta mosquitera. Una de los muchas migajas que la policía iría recogiendo tras mis pasos y que finalmente terminaría con mi detención, aunque aún quedaba bastante para que eso ocurriese.

En dos movimientos bien aprendidos me colé en el interior del apartamento. Los había llevado a cabo decenas de veces. Apoyarse en el alféizar, darse un ligero impulso y listo. Ni un ruido. Ni un roce. No llevaba monedas en los bolsillos del pantalón, ni vestía cinturón con hebilla metálica, ni anillos en los dedos, ni botas de cuero que pudieran crujir y delatarme.

Me mantuve agachado y dejé que los ojos se acostumbraran a la oscuridad, mientras estudiaba lo que había a mi alrededor. De un simple vistazo vi que era la casa de alguien pobre —puede que incluso más que yo—: una sola habitación, viejos electrodomésticos, un ventilador viejo que giraba y giraba, marcos de fotos, una tetera de cobre, un diminuto armario y nada más. Había entrado en el sitio equivocado, al menos para robar algo.

«Más le vale a la tía estar buenísima», pensé. Estaba cabreado. Cabreado con la tía que vivía ahí siendo pobre como una rata y cabreado conmigo mismo por no haber elegido una casa mejor. Y yo nunca había controlado bien la rabia ni la frustración.

Aun así, encendí la linterna de bolsillo, estrecha y fina, y recorrí la habitación en busca de algo que robar. No había nada. Nada, excepto una maleta de cartón situada bajo la cama. Me dije que quizá ahí encontraría objetos de valor que pudiese vender.

Fue entonces cuando la divisé. Durmiendo a pierna suelta, la hija de la gran puta. La jodida vieja, con su pelo de vieja y su camisón de vieja.

La miré mientras respiraba. Total y absolutamente ajena a mi presencia. El odio corriendo por mis venas, la furia palpitando en mis sienes. Mi corazón empezó a latir deprisa, espoleado por los últimos retazos de cocaína que tenía en mi torrente sanguíneo.

El cuchillo de caza lanzó un destello en la oscuridad cuando lo

empuñé. Pude ver la hoja de doble filo con la tenue iluminación que se colaba por la misma ventana por la que había entrado. Dos bultos de sangre palpitaban detrás de mis ojos, se apretaban contra mis sienes y se me secó la boca cuando levanté el arma en el aire, encima del pecho de la vieja. Se me puso dura al pensar en lo que estaba a punto de hacer.

«Maligno hasta la infamia, ni rastro de piedad».

El cuchillo bajó en la penumbra, con un silbido, y lo hundí hasta la empuñadura entre sus costillas.

Luego llegó el grito, el aullido animal de la vieja. Yo seguí apuñalándola. Escuché mi propia risa mezclada con sus bramidos entre gorgoteos. Sentí la sangre salpicándome la cara y colándose en mi boca, y también la dureza de mi polla encerrada en los pantalones.

Intentó defenderse, por supuesto que lo intentó. Quiso detenerme por todos los medios hasta que la golpeé en la mano y la agarré de la barbilla; se la levanté para tener un acceso directo a su cuello y se lo corté de oreja a oreja lo más profundo que pude. Por un momento pensé que no habría sido suficiente, pero ella empezó a emitir un gorgoteo agónico. Se llevó las manos arrugadas a la garganta rebanada y yo me aparté para contemplar el espectáculo de la muerte, la conmoción en la que se deslizaba aquel cuerpo débil que temblaba y cómo la cabeza —casi cercenada del cuello— se tambaleaba hacia adelante y hacia atrás como un muelle. La sangre estaba por todas partes y empezaba a empapar el colchón y a gotear en el suelo.

Se ahogó en su propia sangre, mirándome con un espanto indescriptible, como si aun en sus últimos segundos de vida no pudiera comprender qué le había ocurrido.

Lo último que vieron sus ojos fui yo: una figura de negro con el diablo en los ojos que se inclinó sobre su estómago para apuñalarla tres veces más, como si mi cuchillo la estuviese follando. Furioso y desatado, sexualmente tan excitado que creí que iba a perder el control ahí mismo.

«¿Y ahora, qué?» me dije cuando la vieja estaba muerta y yo me quedé en aquel apartamiento de mierda.

Bueno, estaba demasiado cargado para irme en aquel momento. Estaba fascinado conmigo mismo, con la sangre que seguía conquistando el suelo y el colchón, con los sonidos que su cuerpo muerto producían —un burbujeo constante, como de neumático desinflándose— y con el poder omnipotente que era mío y solo mío.

Así que me quedé una hora más ahí. Me la pelé durante casi todo ese rato. Ni siquiera me importaba no haberme encontrado con una tía buena. La excitación iba mucho más allá del físico de mi víctima: era la humedad, el calor y el olor que la sangre emanaba, la sensación de control absoluto y el dominio sobre una vida lo que me hacía que se

me pusiera dura y no se me bajase. El hedor inconfundible de la muerte, la sensación de un asesinato que ha salido perfecto es como una buena comida o una mamada con una chica guapa: quieres hacerla durar lo máximo posible.

A las cinco de la mañana me lavé las manos, robé la radio portátil de la vieja y me largué.

Nadie me vio.

El Oscuro estaba conmigo y yo estaba con él.

Capítulo 7

Hollie lo tenía todo preparado y aguardaba. Lo hacía en la oscuridad de la noche, escuchando cómo, en la otra punta de la casa, su padre dormitaba sobre el butacón de cuero raído. Escuchaba su respiración farragosa, etílica, y también el sonido de la televisión y de ese programa de telerrealidad sobre policías que Benton solía ver con malsana obsesión. A veces incluso lo ponía de fondo mientras ella estaba de rodillas, entre sus piernas, y Hollie cerraba los ojos intentando concentrarse en los ruidos de persecuciones, en las discusiones entre polis y ladrones que la tele vomitaba sobre el salón de los Randall.

Y su madre, siempre ausente. Siempre trabajando. Siempre sirviendo copas en el club. Siempre durmiendo. Siempre ajena lo que ocurría en casa. Hollie la odiaba. Aunque no tanto como a su padre.

No había podido evitar fijarse —antes de acostarse y asegurarse de nuevo de que las ventanas de su casa permanecían abiertas— en que la niebla cubría las calles desangeladas de San Rafael. Jamás había visto una neblina tan espesa, tan palpable, tan pegajosa como la que rodeaba el Garaje de Saldos Randall. Era húmeda y se mantenía baja, por debajo de las rodillas, y esta te envolvía en las piernas como finos tentáculos. Si se hubiera tratado de cualquier otra noche Hollie hubiera cerrado la ventana de su habitación, temerosa de ese fenómeno natural tan poco habitual en un lugar como California. Pero esa noche iba a dejar entrar la niebla y lo que pudiera traer con ella.

Tapada con la colcha, los ojos bien abiertos y el corazón palpitando de nervios, Hollie era incapaz de dejar de pensar que algo saldría mal. Quizás no había preparado bien el brebaje. Nunca fue buena en las clases de Química. En realidad nunca fue buena del todo en clase alguna, pero las de Química se le daban especialmente mal.

No había dudado en hacer nada de lo que Richie le pedía: había ido a verlo, le había conseguido el libro, había enviado todas las cartas que Richard le entregó para *ellos*, había aparcado el Buick tras la funeraria, le había dejado armas y una muda de ropa negra en su maletero, su ventana estaba abierta. Y jamás se había cuestionado si debía o no hacerlo, porque el simple hecho de negarse haría que Richie se lo pidiera a cualquiera de las otras que tenía a su disposición y… no. Hollie lo necesitaba.

Aunque lo que había empezado como una práctica necesidad había evolucionado en algo más que ella nunca previó. Pero no le

importaba. Lo que sentía por él era real; puede que fuera turbio y malo, pero era real. Como el propio Richard.

Sin embargo, al abrir el *Ars Daemonum* por primera vez para buscar lo que él le pedía, había dudado de ser capaz de preparar aquella mezcla de toxinas que conseguirían paralizar el cuerpo de Richie sin llegar a matarlo durante un par de horas. Los ingredientes eran complicados de conseguir. Incluso había un par de sustancias ilegales, las cuales le había costado meses encontrar, y otras… Bueno, había tenido que conceder un par de favores a un médico para lograr la receta.

«¿Y si no ha funcionado? ¿Y si no ha despertado antes de…?».

Hollie cerró los ojos, agarrada a su colcha. Deseaba verlo deslizarse por su ventana, convertido de nuevo en el Acosador Nocturno, algo que en el fondo nunca había dejado de ser, y a la vez le paralizaba el terror de sentirlo allí, con ella, sin una mesa de acero que los separase ni unas esposas que mantuvieran las manos de Richie bajo control. Si entraba por su ventana lo haría sediento de sangre y… de muchas otras cosas. Cosas que Hollie deseaba entregarle a la vez que la atemorizaban. Y esa era una mezcla que le provocaba un sinfín de emociones contradictorias que hacían que su entrepierna se tornara húmeda.

Se obligó a abrir los ojos para mantenerse en alerta cuando una mano ancha y rugosa le cubrió la boca. Ahogó un grito al ver su rostro inclinado sobre el suyo, el largo cabello oscuro revuelto y los ojos llameando de satisfacción. Su sonrisa fue apenas visible en la negrura de su habitación.

—Hola, nena.

—Richie —susurró ella, emocionada.

Él se llevó el índice a aquella boca ancha para indicarle silencio. Luego le hizo un gesto para que saliera de la cama. Obedeció, aún conmocionada por su presencia antinatural. Allí estaba él, en su habitación, rodeado de todos y cada uno de los tesoros baratos de una adolescente cualquiera, y vestido con la ropa negra que ella misma le había dejado lista en el maletero del Buick. ¿Cómo había logrado colarse sin hacer un solo ruido, incluso cuando había estado esperando su presencia, atenta a cualquier sonido ajeno a los habituales que rodeaban la casa del Garaje de Saldos Randall?

Bueno, supuso que no le apodaron el Acosador Nocturno por nada.

Hollie creyó que la besaría. Pero Richie no se inclinó hacia ella ni la tomó de la cintura ni nada remotamente similar que pudiera haber calificado como romántico.

En lugar de eso se llevó la mano al bolsillo trasero de su tejano y sacó la navaja automática que Hollie le había dejado en el Buick. La hoja afilada se desplegó con un apenas perceptible clic que la hizo

estremecerse con anticipación.

—¿Y bien, nena? ¿Dónde está el hijo puta de tu padre?

Ella le señaló la puerta de su habitación, que daba al pasillo de la casa. El salón quedaba al final de este y Benton Randall aún dormitaba en su butacón.

Hollie por fin pudo admirar los movimientos felinos de Richie en plena acción haciendo lo que mejor se le daba hacer. La forma en que colocaba una pierna tras otra, ligeramente separadas para que el tejido del pantalón no produjese ni un roce. Los brazos en tensión y la mano derecha empuñando la navaja en la que aún había sangre. Una criatura nocturna lista para atacar y matar.

Excepto en las fotos de los periódicos y en las noticias, jamás lo había visto vestido con otra cosa que no fuese el mono carcelario azul marino que todos los presos llevaban. Era extraño contemplarlo ahora con unos tejanos y una sencilla camiseta negra. Siempre había sido delgado y nervudo como un gato callejero, y los años en la cárcel no habían cambiado apenas nada de su físico. Seguía llevando el mismo peinado con el pelo alborotado, de león joven y arrogante, de estrella del rock. Solo sus rasgos mexicanos se habían endurecido, dándole un aspecto más de hombre y menos de muchacho recién salido de la adolescencia, como el que tenía cuando lo detuvieron en las calles de Los Ángeles.

A Hollie le pareció que Richie tenía toda la situación bajo control, que sabía perfectamente qué movimiento debía realizar a continuación. Había un aura feral en él que en San Quintín ya había intuido, pero que ahora, avanzando por el pasillo de su casa para cumplir con la parte del trato que ella le había exigido a cambio de ayudarlo a escapar de la cárcel, era más palpable que nunca. Y si una se junta con el depredador más peligroso de la jungla… ¿acaso la seguridad no estaba asegurada?

Así era como se sentía en aquel momento, caminando tras los pasos de Richard: protegida y resguardada bajo la capa sangrienta del Acosador Nocturno. A su lado nadie podría dañarla de nuevo.

Cuando llegaron al salón, Richie se incorporó cuan alto era para evaluar la situación, si bien esta estaba meridianamente clara: su padre roncando en el butacón, las latas de cerveza a sus pies y la sala solo iluminada por la luz azulada del aparato de televisión encendido.

Con absoluta calma, Richard guardó la navaja en el bolsillo trasero de su pantalón, agarró una de las sillas de la mesa donde la familia Randall comía en las ocasiones especiales —Navidad, Acción de Gracias, Cuatro de Julio— y la colocó frente a la butaca en la que Benton roncaba su sueño etílico. Luego se sentó, las piernas indolentes y abiertas y la pistola apuntando directamente a la cabeza de su padre.

—Despiértalo, nena —exigió Richie con la voz arrastrada.

Tan nerviosa como una ardilla, Hollie se inclinó sobre la figura de su progenitor.

—Papá. —Lo sacudió un poco por el hombro. Benton Randall protestó entre sueños—. Papá, despierta.

—Joder, Hollie, ¿qué narices quieres ahora?

La mano se levantó en el aire, dispuesta a descargarla contra la carne de su hija, cuando Benton percibió la presencia del hombre de negro que lo apuntaba con un Colt.

—¿Qué pasa, Benton? —lo saludó Richard, como quien se dirige al vecino en un domingo de barbacoa—. ¿Durmiendo el sueño de los justos?

—¿Y tú quién mierda eres? —espetó Randall, apretando los reposabrazos de su butacón. Fue entonces cuando reparó en cómo su hija se parapetaba tras la figura del intruso y lo abrazaba por el cuello, sin dejar de mirarlo—. ¿Hollie, qué crees que estás haciendo?

—No es de ella de quien deberías preocuparte —espetó Richie, el dedo índice acariciando el gatillo de su 22—. Mírame bien a los ojos, Randall. Sé que lo sabes. Sé que tienes edad suficiente para adivinar quién soy.

Benton Randall hizo el amago de levantarse del butacón, pero Richie adivinó sus intenciones y se lo impidió, inclinándose sobre él para clavarle el cañón de la pistola en la frente. No fue necesario pronunciar ni una palabra. Benton comprendió: si se movía, le pegaba un tiro.

Fue en ese momento, atrapado entre una pistola y su querido butacón, cuando se fijó en el extraño que se había colado en su casa. ¿De qué coño le sonaba? ¿Le había vendido algún coche? ¿Le debía pasta? ¿Se había peleado con él en el bar flotante de Zeke? ¿Se había tirado a su mujer? Lo cierto es que no lo conseguía ubicar del todo. Sabía, eso sí, que lo había visto antes. Pero… ¿dónde?

Luego, poco a poco, los fragmentos de información empezaron a llegar a su etílico cerebro. Retazos de periódicos leídos de pasada, de noticias escuchadas en la televisión. Partes que encajaron lentamente en un puzle imposible.

«El Intruso del Valle desafía el patrón de los asesinos en serie».
«Muertes seriales tiñen California de satanismo».
«Verano del terror por la presencia sin identificar del Asesino Merodeador».
«ATRAPADO. ES ÉL: RICHARD RAMIREZ, el Acosador Nocturno».

Cuando Richie se supo identificado los labios se le curvaron hacia arriba en una sonrisa perversa que estremeció a Benton Randall. Se notó la nuca helada y los dedos agarrados a los reposabrazos tensos y

frágiles, como huesos de pollo a punto de partirse.

—Pero… tú no… no puede ser. Estás en la cárcel.

—Ya no, gracias a tu preciosa hija —respondió Richie. Sin apartar los ojos de Benton, se dirigió a Hollie—. Cuéntale a papá qué has hecho estos últimos dos años, nena. No seas tímida, vamos.

Benton contuvo el aliento al ver a su hija estrechar el brazo en el cuello del asesino, abrazándolo en un gesto íntimo que no dejaba lugar a dudas del mensaje que le mandaba.

Su hija. Su Hollie. Su niña. La misma que había visto nacer y jugar entre los coches de segunda mano, a la que le había cambiado los pañales para luego ponerle braguitas limpias, la niña de tetitas incipientes y coñito rosado cuyos pliegues él había apartado por primera vez para meterle un dedo. Su Hollie, la puta de un asesino.

—¿Hollie?

Ella no contestó. Sin duda quería escupirle en la cara que muchas de esas mañanas que le decía que estaba de voluntaria en el Ejército de Salvación, lo que hacía era conducir el Buick hasta San Quintín para sentarse frente a Richard Ramirez. Deseaba confesarle que, durante meses, cada vez que se metía su polla en la boca lo hacía pensando en que ojalá fuese la de Richie. Y también quiso decirle que había pagado un precio alto para liberarlo y que esa deuda iba a ser saldada en los próximos minutos.

Richie pareció comprender que, incluso protegida por su cuerpo y agarrada a él como si se tratase de un salvavidas, Hollie aún sentía ese yugo paterno que Benton había tejido alrededor de su cuello durante años a base de palizas, gritos, dolor, insultos y abusos. Y Richard la comprendía. Julián Ramirez había sido también un cabronazo con él desde bien pequeño, y se había llevado tantas somantas de palos que pronto había empezado a asociar el daño con la atención paterna. Su manera de rebelarse contra Julián había sido la de convertirse primero en un consumidor, luego en un ladrón y finalmente en un asesino en serie.

Así que tomó la iniciativa por ella:

—Verás, Benton: un día me llegó una carta y una foto muy especial. Tu hija tiene unos gustos sexuales peculiares, como los míos, aunque seguramente cuando me escribió aún no los tenía tan claros. Es raro tenerlos claros a los dieciséis años, que es cuando encontró mi dirección y decidió enviarme una carta en papel rosa, con una fotografía de ella amordazada por la boca y maniatada por las manos. Aún no entiendo cómo logró atarse así ella sola pero lo que sí sé es que le concedí toda mi atención. Siempre he sido agradecido con mis fans. Especialmente con una tan dedicada como tu niña. —Rio Richard, sin dejar de apuntarle a la cabeza—. Un día me contó lo que le hacías en ese butacón tuyo que tanto te gusta. Me explicó lo mucho

que disfrutas cuando te la chupa, de rodillas ante ti mientras tú miras tu *reality* de *Policías*. Desde los… ¿nueve años, no, nena?

Hollie, aún enlazada en su cuello, asintió. Muda y atenta a sus palabras.

—Nueve años —repitió Richie, silbando con admiración—. No está mal, Benton, nada mal. Pero bueno, permíteme que te cuente algo sobre mí. Algo que supongo que ya sabrás, pero que no está de más recordar.

Benton Randall apenas podía respirar, con los ojos de comadreja temblando de pavor.

—Me encanta matar a la gente —bisbiseó Richard, su voz convertida en la de una serpiente a punto de atacar—. Me encantaba verlos morir. Les pegaba un tiro en la cabeza y se contoneaban y se retorcían por todas partes, hasta que paraban y morían. O les cortaba con un cuchillo y veía cómo iban palideciendo conforme la palmaban. Me encantaba toda esa sangre. Una vez le dije a una señora que me diera todo su dinero. Me dijo que no. Así que la apuñalé en la garganta y le saqué los ojos.

Richie se relamió los labios. Hollie lo abrazó aún más. Benton empezó a orinarse encima.

—Así que, de cabronazo a cabronazo, te doy mi más sincera enhorabuena. Los hay que tener muy gordos para obligar a tu niña a que te la mame. Sin embargo… me parece que has olvidado un detalle fundamental.

Toda esa cerveza barata convertida en orina que se le escurría por los vaqueros. Ese hedor ácido que empezó a calar en la moqueta sucia. Ese sudor que apestaba a miedo, a terror en estado puro, y que impregnaba ya todo el salón. Richie sabía que ningún producto de limpieza podría quitar jamás ese olor a degradación humana.

—Por muy hijo de puta que uno sea en esta vida, ahí afuera siempre hay un hijo de puta peor.

Solo entonces Hollie se atrevió a hablar:

—Hazlo.

Richard quitó el seguro.

—Hazlo por mí.

Richard acarició el gatillo.

—Y hazlo ya.

Y Richard disparó.

Capítulo 8

—Quiero que lo mates, pero…

—¿Pero…?

—No acuchillado —le había rogado Hollie, cuando ya llevaban varios encuentros en San Quintín y su aparente timidez inicial se había ido diluyendo conforme la fascinación por Richard había ido en aumento.

—¿Por qué no?

No es que la forma de morir de Benton Randall le importase un carajo. Era cierto que su método favorito era la navaja —porque no había nada más íntimo que una hoja cortante penetrando un cuerpo humano—, si bien en realidad se sentía cómodo con cualquier opción: la asfixia, martillazos en la cabeza, incluso una pistola, que era la forma más impersonal de matar. Pero sentía curiosidad por la petición de la chica.

—Sigue siendo mi padre —se limitó a contestar ella.

Él había accedido a su petición. Le parecía más que justo el tener que añadir una nueva muesca a su largo historial de vidas robadas a cambio de la libertad que Hollie le había procurado.

Sin embargo, en aquel instante, con Benton ya muerto con un limpio agujero en la frente y los pantalones meados, Hollie sintió que le faltaba algo. Que el karma no había sido compensado del todo. Que casi diez años de vejaciones sexuales y toda una vida de guantazos no se podían pagar con una simple y pulcra bala.

—Dispara otra vez.

—Ya está muerto, nena.

—Dispara otra vez —imploró, agarrada a su camiseta negra, incapaz aún de soltarlo.

Richard no preguntó. Volvió a levantar el Colt, volvió a disparar. Nunca había sido el mejor de los tiradores, pero a aquella distancia una puntería mediocre no tenía la menor importancia.

La pistola vomitó una bala tras otras, formando un estruendo tan terrible que si el Garaje de Saldos Randall hubiera tenido vecinos hubiera despertado hasta a un abuelo completamente sordo. Pero estaban rodeados de un bosque de pinos y cornejos y un mar de coches de segunda mano. Nadie podía escuchar los disparos y nadie llamaría a la policía.

La cabeza de Benton se fue convirtiendo en una pulpa sanguinolenta irreconocible conforme las balas le arrancaban piel,

mucosa, nariz, ojos. Richie notaba el brazo de Hollie tenso contra su cuello, como si quisiera asfixiarlo, y su respiración entrecortada mientras la cara de su padre desaparecía con cada nuevo disparo.

Al final, el Colt se quedó sin munición, Richard bajó el arma y el cadáver humeante de Benton se escurrió por el butacón hasta desplomarse en el suelo. Todo olía a pólvora y a fuego, a orín y sudor. A la vieja amiga carmesí. A muerte.

Hollie lo dejó ir.

—Gracias.

—Un trato es un trato. —Richie se incorporó, empezando a recargar de nuevo la pistola sin prestarle más atención.

—¿Eso es todo? ¿Soy libre?

—¿Libre? Nunca has sido mi rehén —mintió él, sin pararse a especificar que había muchos tipos de prisioneros en el mundo.

Hollie se había metido sola en la boca del lobo, había cerrado ella misma sus fauces y había esperado encantada a ser devorada por el animal que tanto admiraba. Él lo sabía, aunque ella no parecía ser muy consciente de aquel juego de poder al que ambos jugaban pero del que solo Richie conocía las reglas.

—¿Y ahora? ¿Qué va a pasar?

Richie sonrió y se metió la pistola en la cintura del pantalón. Luego agarró los bordes de su camiseta negra y se la sacó por la cabeza, solo para lanzársela a Hollie. Ella atrapó la prenda ensangrentada al vuelo.

—Ahora esperarás a que me duche mientras me limpias la camiseta —le ordenó, aunque no se movió del salón—. No me apetece ir oliendo al mierdas de tu padre.

—Luego… ¿te irás?

El leve rastro de pena en su voz lo conmovió. Era tan leal, tan devota. No había dudado jamás en nada de lo que le había pedido. Había robado y engañado por y para él.

—Tengo que irme —dijo, caminando hacia ella—. Y tú lo sabes.

Hollie retrocedió. Richard siguió avanzando

—Todo lo que me dijiste que me harías…

—¿Aún quieres que te lo haga?

El tabique que separaba el salón de la cocina detuvo su retroceso y Hollie se vio atrapada entre aquel muro y el cuerpo de Richard, quien se inclinó sobre ella apoyando un brazo en la pared. Tragó saliva.

—¿Vas a matarme?

Él se tomó unos segundos para examinar su rostro antes de contestar:

—No.

—¿Matarías por mí?

Hollie contuvo la respiración cuando Richie le acarició el labio inferior con el pulgar, sin delicadeza alguna. El dedo le sabía a sangre.

—¿Acaso no lo he hecho ya?
—No me refiero a él.
—Sé a qué te refieres. —Le sonrió con la boca ancha tan cerca de la suya que, si se ponía de puntillas, podría rozar con los suyos aquellos labios gruesos, bien formados, sensuales y obscenos, que parecían tan suaves como feroces.
Supo que la iba a besar. Por fin iba a ocurrir. Había esperado tanto aquel momento… que cerró los ojos.
Pero él no la besó. Hollie sintió cómo se alejaba de ella y volvió a abrir los ojos, confusa. Lo vio salir por la puerta principal y se quedó ahí sin saber qué hacer. Escuchó unos ruidos extraños en el exterior. El ruido de un maletero abriéndose y luego cerrándose. Unos pasos que se arrastraban en la gravilla. Unos murmullos de protesta. Después, Richie regresó al interior de la casa y le pegó una patada a la puerta para cerrarla.
—¿Kaya? —preguntó, sin comprender.
Su amiga se retorcía, atada por las muñecas a su espalda y la boca amordazada con lo que parecía ser una toalla quirúrgica. La miraba suplicante. Tenía la cara amoratada. Y Richie la tenía agarrada por la nuca.
—¿Qué haces con ella? ¿Qué le has hecho?
—Amansarla un poco —rio él—. Para ti, nena. No me gusta que llamen a mi chica estúpida.
—¿Qué?
—Me la encontré de camino. Se subió al coche conmigo en cuanto le conté que iba a tu casa. Dijo cosas muy feas de ti. Me cabreó.
—Kaya… —murmuró Hollie.
—Me has preguntado si mataría por ti. La respuesta, nena, es que haría muchas cosas por ti. Y eso incluye dejar libre a la perra de tu amiguita si eso es lo que quieres.
—Pero te ha visto… Nos ha visto a los dos. Juntos. Irá a la policía.
—Eso no importa —aseguró Richie—. La policía no va a atraparme otra vez.
Kaya se revolvió más. Richard, cansado de sujetarla, la lanzó al suelo y la adolescente cayó a los pies de Hollie. Luego se agachó y le arrancó la mordaza. De forma inmediata la chica empezó a gritar:
—¡Hollie, por favor! ¿Qué estás haciendo? Este tío está pirado, joder, es el puto Acosador Nocturno, ¿es que te has vuelto loca? ¡Suéltame ahora mismo! ¡Hollie!
Los gritos, exigencias y súplicas de Kaya continuaron, aunque ella dejó de escucharlos. Richie la miraba, esperando a que tomase una decisión.
—La soltaré si tú quieres —repitió. Su mano se deslizó hasta el bolsillo trasero de su pantalón y sacó la navaja automática, que giró

entre sus dedos con pericia, como si fuese un artista de circo. Le tendió el arma—. A no ser que te ocupes tú de ella.

—Yo no…

—¡Hollie, por Dios! ¡No le escuches! ¡Tú y yo hemos sido amigas desde sexto! Joder, Hollie, ¿qué estás haciendo? Tú no eres así, no lo eres… —empezó a sollozar Kaya.

Richard aún tenía el brazo extendido y la navaja brillaba en sus manos. Hollie miró el arma. Y a la chica que siempre había considerado una de sus mejores amigas, junto con Noelle.

—Tú no sabes cómo soy yo —escupió de pronto, con una rabia fiera que salía de algún lugar recóndito de su corazón—. En realidad no sabes nada de mí, porque Noelle y tú os habéis pasado los dos últimos años liándoos con todo el equipo de fútbol e ignorándome cuando más os necesitaba.

—¿Qué dices, puta loca? ¡No hacemos más que escuchar tus gilipolleces cada puñetero día!

—Me llamasteis gorda, me dijisteis que no entraría en la universidad, que mis deportivas son demasiado baratas para ser *cool,* que la música que escucho es una mierda, que si no me desvirgaba cualquier tío continuaría siendo una perdedora, que mi casa huele mal y que mi madre es una puta.

Richard advirtió cómo Kaya palidecía. Puede que fuera una niñata, pero empezaba a comprender hasta dónde era capaz de llegar Hollie. Él ya lo había intuido hacía tiempo; primero a través de sus cartas, luego en las visitas de San Quintín. Puede que su chica no fuese la bombilla que más luz daba, pero tenía otros rasgos que Richie valoraba mucho más que la inteligencia: determinación y resentimiento mezclados en una cólera que fluía bajo varias capas de pretendida serenidad.

También fue la primera vez que Kaya advertía el cuerpo sin vida y cosido a balazos de Benton Randall. Empezó a gritar cosas ininteligibles mezcladas con insultos y amenazas.

«Hay que reconocer que la zorra tiene agallas», le concedió Richard.

Con cada nuevo improperio, con nada nuevo aullido pidiendo ayuda, Hollie se iba crispando. Como el agua que va hirviendo hasta llegar al punto máximo de ebullición y se convierte en un líquido capaz de causar el daño más atroz.

Richard disfrutó de esa transmutación. Disfrutó de cada rasgo de Hollie que pasaba de la calma al odio. Y disfrutó mucho más cuando ella le arrebató la navaja y se abalanzó sobre su amiga.

—¡Puta, zorra, alimaña asquerosa!

Se agachó a la altura de ambas crías para disfrutar del espectáculo, aunque no intervino. Aquel era el bautismo de Hollie y solo de Hollie.

Pero ¿ser testigo de cómo su chica, sin apenas parpadear, le agarraba la lengua a su amiga y se la serraba con la navaja? Bueno, eso sí se la puso dura de verdad.

Fue una verdadera carnicería, quizá porque Hollie jamás había usado un cuchillo en algo que no fuese un filete, quizá porque Kaya se revolvía como un pez fuera del agua. Richard no se perdió detalle de los jadeos, del sonido de la lengua siendo cortada, de las patadas de la chica contra el suelo, de la concentración furiosa de Hollie, de la sangre empapando sus manos y goteando y salpicando por todas partes.

En ese justo instante, en el que Kaya se desmayaba por el dolor y la perdida de sangre y Hollie se incorporaba, Richard tomó la decisión que, sin saberlo, lo cambiaría todo. La orden fue tan clara como sencilla:

—Huye conmigo, nena.

Capítulo 9

Richie siempre había sido un lobo solitario; no solo en su particular verano del terror y en las fechorías que lo precedieron. También en su vida personal. Su única conexión real había sido con el primo Mike, en aquellas tardes calurosas de su existencia ya olvidada en El Paso. Y, por supuesto, con todas y cada una de las personas que convirtió en sus víctimas. Nadie había dicho que una conexión íntima tenía que ser bonita, ¿no?

Sin embargo, al contemplar a Hollie ensangrentada, pensó que quizá el camino que estaba a punto de emprender podía hacerlo en compañía, con ella. ¿Quién sabe de qué otras formas podría servirle aquella chica de lealtad incondicional?

—¿Cómo has dicho?

Hollie pareció salir de un trance extraño, como si regresase de un viaje alucinógeno que de pronto la hiciese aterrizar de vuelta al mundo real.

—Huye conmigo —repitió Richard, pasando por encima del cuerpo inconsciente de Kaya. Tomó a Hollie por la nuca. Apretó hasta que sus dedos, largos y huesudos, se clavaron en la delicada piel femenina.

—Yo…

Richie no la dejó hablar. Su cuerpo se abalanzó sobre el de ella, hasta tenerla contra la pared, aprisionada e inmóvil. Su boca buscó la de Hollie, el sabor de la sangre y la muerte en los labios femeninos, apretando su erección contra el estómago de la chica. Hollie gimió, tan sorprendida por el arrebato como excitada. Los dedos que aún sujetaban la navaja se le aflojaron y Richie atrapó al vuelo el arma que ya se precipitaba hacia el suelo enmoquetado.

Apenas recordaba la última vez que había echado un polvo —fuese o no de pago, fuese o no a la fuerza— pero sintió cómo cada pulgada de su cuerpo despertaba con el anhelado contacto femenino, la humedad que empapaba los pantaloncitos del pijama de la chica, la forma en que ella respondía al beso agresivo con el que Richie le violentaba la boca. Era una intrusión que rozaba la violación y el daño, y sin embargo el cuerpo de Hollie reaccionó como un polvorín tras un chispazo.

Había pasado demasiado tiempo encerrado como un animal en San Quintín, reprimiendo su auténtico ser. Se sintió como un lobo aullándole a la luna llena tras una larga noche sin nada que llevarse a la boca. Ahora era libre, el Oscuro estaba de su lado y tenía a una

chica joven y guapa en sus brazos que se deshacía ante cada palabra que él pronunciaba. Era un poder nuevo y embriagador que amenazó con derramarlo antes siquiera de poder disfrutarlo en su plenitud.

Porque aquello era totalmente distinto a cualquier sexo que hubiera experimentado jamás. No solo ella respondía a sus avances, si no que lo hacía sabiendo que quien estaba a punto de follarla era el Acosador Nocturno. La sumisión. La seducción. La muerte. Todo mezclado en un cóctel imposible que amenazaba con desbordarlo cuando Richie usó la cuchilla ensangrentada para rajarle el pijama. Primero la camiseta, que arrancó arañándole la piel. Luego el pantalón, que cayó a los pies de Hollie.

Cuando deslizó dos de sus dedos entre las piernas de la chica y la penetró violentamente con ellos, la encontró tan estrecha como resbaladiza.

—Buena chica. —Vertió las palabras en su oído como veneno, hurgando en su interior hasta toparse con la fina membrana virgen que Hollie había guardado para él—. Tienes el coño como el de una niña. Y me encanta.

Subió la navaja por su esternón, deslizándose entre los dos diminutos pechos juveniles y dejando un ligero reguero de sangre en su avance, hasta llegar a su cuello. Hollie fue incapaz de distinguir si era suya o era de Kaya, que permanecía desmayada muy cerca de ellos. Pero no le importaba. Lo único que le importaba era que él la hiciera suya de una condenada vez. Lo deseaba con cada fibra de su ser.

—Richard —logró articular ella, tan trémula como excitada cuando sintió el acero de la navaja contra la piel de su garganta—. ¿Vas a matarme?

—¿A matarte? —se carcajeó él, aún en su boca. Su mirada se desplazó momentáneamente hasta la butaca de cuero, allá donde Benton Randall había violado a su hija infinidad de infames veces y a cuyos pies su cadáver empezaba el lento pero implacable proceso de descomposición. Sus ojos brillaron de diversión—. No. Voy a hacer algo mucho mejor contigo que matarte.

Hollie contuvo la respiración.

—¿Crees en los exorcismos, nena? —le susurró Richie, apretando su erección contra ella con una urgencia que la mareó de anticipación.

—No —apenas pudo contestar Hollie.

—Bueno, pues esta noche empezarás a creer en ellos.

Y sin más, la arrastró hasta el butacón.

* * *

Hollie se acurrucó en su regazo, encogiendo las piernas, y Richie le

apartó distraídamente de la cara un mechón rubio y pegajoso con restos de sangre y sudor. Acababa de echar un polvo, tenía una cerveza fría en una mano y un pitillo en la otra, y esa noche había matado a tres personas. Estaba satisfecho como un gato que recién se hubiera zampado toda una camada de ratones.

—Nos atraparán.

—¿De quiénes hablas?

—De la policía.

Dio una calada al pitillo y luego un trago a la cerveza.

«El cabronazo de Benton tenía un gusto atroz a la hora de elegir birras», pensó al tragar el líquido amargo. Aunque después de ocho años sin probarla cualquier cerveza podría resultar un elixir maravilloso.

—En San Quintín hay un certificado de defunción firmado por un médico. Varios guardias han visto mi cadáver.

—Pero…

—No me interrumpas cuando hablo —la cortó Richie, ligeramente molesto por las dudas que parecían invadir a Hollie—. Nadie va a venir a por mí. Al menos no todavía. Lo más probable es que lleguen a la conclusión de que uno de mis admiradores robó mi cuerpo. He guardado en mi celda varias de las cartas más locas que me han ido llegando estos años. Créeme, hay chalados por ahí afuera que serían capaces de eso y de mucho más.

La adrenalina de la fuga y de los primeros asesinatos que cometía en ocho años se había ido diluyendo, como cuando el efecto de la cocaína iba perdiendo fuelle y de repente su cuerpo parecía estar a punto de desfallecer. Para Richie aquel era su momento más vulnerable, más débil. Durante el verano del terror solía recuperar las fuerzas durmiendo en cementerios, en casas ocupadas o en moteles de poca monta. Aquella noche se iba a permitir el lujo de dormir en la cama de Benton Randall.

Pero antes…

—¿Qué vas a hacer con Kaya? —le preguntó a Hollie, señalando con la cabeza el cuerpo desmayado de la chica deslenguada.

—Creo que… que no puedo matarla.

—¿Quieres que lo haga yo por ti?

—No estoy segura. Aunque supongo que no podemos dejar testigos, ¿no?

Richie dio una infinita calada al cigarro antes de tirarlo al suelo y aplastarlo con la zapatilla deportiva.

—En realidad, no importa.

—¿Cómo no va a importar? No querrás que nadie vaya diciendo por ahí que el Acosador Nocturno está vivo.

Su mirada furibunda la hizo callar y encogerse en su regazo.

—Hay detalles de todo esto en lo que tú has participado que no sabes, nena, y que de momento no vas a conocer, pero sí que puedo adelantarte algo: nadie va a atraparme. Da igual que mates a tu amiga o la dejes viva. Satán está de mi lado.

Hollie no preguntó más. No sabía si creer aquella afirmación. Por un lado ella misma había contemplado el poder que escondía aquel libro maldito que había recibido meses atrás, y por otro le costaba creer que el diablo fuera capaz de impedir que la policía uniera cabos y fuera tras los pasos de Richard.

Pero aquella noche él había cumplido con su palabra. Había matado a su padre, había tomado su virginidad, la había hecho sangrar, gritar y gemir y ahora era más suya que de ninguna otra persona. Sus dedos buscaron el rostro de Richie, aquel que había deseado acariciar en cada visita a San Quintín y que durante tantos años había estado prohibido. Los labios gruesos y anchos, los pómulos afilados y cortantes, el mentón duro. Y aquellos ojos negros que la miraban como ningún hombre la había mirado antes.

—¿Por qué quieres que vaya contigo?

Él la atrapó por la barbilla. Se la apretó. Se la levantó para mirarla a los ojos.

—Porque aquí no te queda nada y porque ahora ya has probado la sangre. Eres un pez de las profundidades nadando en un ridículo estanque artificial. Para ser verdaderamente libre de la sociedad que te ha querido convertir en lo que no eres necesitas nadar en las aguas del océano. Anhelas la libertad y yo te la daré, si huyes conmigo.

Hollie se aferró a sus hombros desnudos.

—¿A dónde iremos?

—Todo a su debido tiempo, nena. Todo a su debido tiempo.

Dejó que Richard se llevase a Kaya y se ocupase de ella. No le preguntó si la había dejado viva en alguna cuneta de la 101 o si la había rematado. Lo único que supo, acostada en la cama de sus padres, es que Richie tardó una escasa media hora en volver al Garaje de Saldos Randall y que parecía sumamente satisfecho consigo mismo cuando lo hizo.

El sol estaba a punto de asomar por el horizonte, su madre no volvería a casa hasta pasado el mediodía y su padre estaba muerto en el salón, frente al butacón en el que Richie la había puesto a cuatro patas y la había penetrado por detrás hasta que la sangre virginal se le había escurrido entre las piernas.

Hollie comprendió que de ninguna manera era la misma persona que había abierto los ojos esa mañana en su cama de adolescente.

Cuando Richie se deslizó en la cama junto a ella le hizo una última pregunta antes de quedarse dormida:

—¿Recuerdas la primera vez que disparaste una pistola?

Richie se tomó unos segundos antes de responder, sin dejar de mirar el techo de aquella habitación anodina.

—Sí, la recuerdo.

Intersección: María Hernández y Dayle Okazaki

Oh, what a riot
I said yeah, come on
It makes my life feel real
Billy Idol - *Shock To The System*

Cuando escuché su nombre fue cuando decidí matarla. También fue la noche en la que disparé mi primera bala.

Había pasado un año desde el asalto a la vieja: un año malviviendo en hoteles, gastándome la pasta en zorras y cocaína, sin rumbo ni objetivo alguno más que el de sobrevivir en las despiadadas calles de Skid Row. Lo cual, ya de por sí, era toda una odisea.

En aquel año de transición, el último que pasaría libre, me desvinculé de mi familia prácticamente del todo, en un proceso lento pero inexorable que había iniciado en mi temprana adolescencia y que acabaría completando durante ese verano que llené de sangre y miedo. Mi vida nada tenía que ver con la que mis padres y hermanos llevaban en Texas. Apenas sabía nada de ellos ni ellos de mí. Solo el primo Mike me visitaba de vez en cuando para chutarnos juntos y malvivir trapicheando por ahí y por allá, pero conforme yo me transformaba en algo que él nunca sería, su presencia se fue volviendo más molesta y yo más huraño.

Cuando vives en los estratos más bajos de la sociedad acabas desconectando de todo lo que hay humano en ti. Y a mí me parecía bien esa transformación que iba tomando forma durante los primeros meses de 1985, mientras el invierno dejaba paso al calor asfixiante de Los Ángeles y la sangre empezaba a bullir en mi interior, arrastrándome poco a poco hasta el que yo sabía que sería un punto de no retorno.

La noche en que inicié el que luego la prensa bautizaría como el verano del terror y que me acabaría granjeando el apelativo de Acosador Nocturno —mucho mejor que esa mierda de Intruso del Valle o el Asesino Merodeador—, había dormido en uno de los muchos cementerios de Los Ángeles por el simple gusto de hacerlo. La cercanía de la muerte, en cualquiera de sus estados y formas, siempre me había reconfortado de una manera que la compañía humana jamás

haría. Me tumbaba sobre una tumba y me sobaba, aunque nunca del todo, porque mi estado natural era el de estar en alerta continua. Dormitaba unas horas y luego salía cuando amanecía, entonces me lanzaba a las calles a buscarme la vida.

Sin embargo, ese día encontré la primera señal de las muchas que acabarían por marcar mi destino.

Alguien había grafiteado una estrella de cinco puntas, un pentáculo invertido y rodeado de un círculo. Era un dibujo tosco y hecho sin ningún tipo de intención excepto la de promover aquel pánico satánico que asolaba el país entero. Por lo general, cuando esos símbolos aparecían, los vecinos se quejaban y el ayuntamiento enviaba a alguna patrulla de mantenimiento a borrarlos. Y si eso no ocurría, una buena alma samaritana bajaba con un bote de pintura para hacerlos desaparecer lo más deprisa posible. Nunca duraban demasiado.

Pero esa estrella en concreto debía llevar meses ahí pintada. El sol la había descolorido y la lluvia la había vuelto borrosa. No era reciente. Y yo, que pasaba a menudo por delante de esa pared del cementerio, jamás la había visto.

Tiempo después declararía que el Oscuro me había hablado a través de ese símbolo desvaído que nadie parecía haber sido capaz de borrar.

—¿Por qué compraste una pistola esa noche, Richard? —me preguntaron en el juicio.

—Porque Satán me dijo que lo hiciera.

Y eso hice.

Se la pillé a uno de los mexicanos que pululaban alrededor de la estación de la Greyhound y que solían traer armas sin marcar desde el otro lado de la frontera. El Colt del 22 que compré venía desde Ciudad Juárez, me aseguró el tipo, como la mayoría de armas que se movían por California. Yo había comprado una semiautomática en Tijuana que, sin embargo, me había visto obligado a vender para poder costearme la coca. Pero ahora tenía algo de pasta y un propósito muy concreto: volver a matar. Y para eso, pensé, me vendría bien una pistola.

—Es el calibre favorito de los asesinos a sueldo —me dijo el mexicano que me vendió la 22.

—¿Por qué? —pregunté yo, que aunque ya sabía de muchas cosas aún era bastante imberbe en armas de fuego.

Mi único contacto real con ellas hasta el momento había sido cuando el primo Mike disparó a su mujer con un revólver. La mató enfrente de mí y la sangre de esa zorra, que no hacía más que ponerlo de los nervios, me salpicó en la frente. Yo tenía trece años.

Había empuñado pistolas antes, pero jamás me había atrevido a

usarlas.

—Porque dicen que la bala entra en la cabeza haciendo zigzags, sin llegar a salir. Deja el cerebro hecho puré. Fatal de necesidad casi siempre.

—Casi siempre —murmuré, tomando el arma en mis manos.

Al primo Mike lo enviaron al Hospital Mental Estatal de Texas, y a mí a vivir con Ruth. Ahí fue cuando empecé a espiar mujeres a través de sus ventanas, pero esa es otra historia.

La noche que disparé por primera vez en mi vida robé un coche de una gasolinera mientras el dueño entraba a pagar el combustible y me largué del centro de Los Ángeles en dirección a los suburbios. Donde las casas no tenían sistemas de seguridad ni perros, donde aún, en ciertas zonas, había gente suficientemente imbécil como para no cerrar ni puertas ni ventanas durante la noche.

A diferencia de otras veces, no iba puesto de coca. La había dejado tras el asalto a la vieja porque creí —y el tiempo acabó por darme la razón— que la droga me hacía bajar la guardia y cometer errores que podrían suponer mi final. Había aprendido que ahí afuera había otro subidón mucho mejor que cualquier chute que pudiera comprar en Skid Row. Y también, a diferencia de las otras veces, iba con la firme determinación de matar.

Deambulé por Rosemead, una comunidad suburbana que antes de mi llegada había sido considerada segura, hasta que la vi. Se paró a mi lado en un semáforo en rojo en su Camaro dorado. Era hispana, abultado cabello negro, mofletes regordetes, ojos redondos y grandes. Cantaba en el interior de su coche, aunque nunca pude saber qué música escuchaba porque yo llevaba *Highway to Hell* a toda mierda.

No me vio. No me prestó la más mínima atención. Para ella yo solo era un tipo con una gorra de AC/DC detenido en el coche de al lado.

La seguí durante tres bloques de condominios hasta que metió el vehículo en el garaje de un edificio, y yo aparqué justo en la puerta, apagando música y motor, para esperar a que saliera. Lo hizo cargada con su bolso en el hombro, con llaves y un libro de bolsillo en la mano derecha. Tendría que evitar las llaves cuando saltara sobre ella. No sería difícil. A pesar de su juventud, a mí me parecía tan débil como la niña o la vieja que me había cargado.

Aún así, no estaba convencido del todo de que ella fuese la elegida hasta que escuché su nombre.

—¡Hola María! ¿Cómo fue la cena? —le preguntó un hombre que paseaba a su chucho por las aceras.

—Bien, aunque de verdad que el tráfico en Monterey Park es una pesadilla —contestó ella risueña, sin detenerse en su camino, y adentrándose a pie entre las calles peatonales que llevarían a su piso —. ¡Buenas noches, señor Khan!

María. Devoré su nombre, hambriento. Conocer aquellas sílabas que conformaban su identidad convertía su muerte en algo mucho más íntimo. Más personal. Porque si me la cargaba, esa María anónima para el mundo entero sería para siempre mi María.

Y así, sin más, decidí matarla.

Clavé la mirada en su nuca mientras seguía sus pasos. La gorra bien calada, las manos fuera de los bolsillos por si tenía que moverme rápido, los músculos en tensión y listos para saltar sobre la presa elegida. María caminaba entre una de esas calles peatonales típicas de los edificios de condominios de California, ajardinadas y estrechas, un poco laberínticas y mal iluminadas. Y justo detrás iba yo.

Sentía el peso de la 22 en la cintura de mis pantalones. No llevaba nada más que eso: nada de licencia de conducir —no era tan estúpido, joder—, nada de calderilla, nada. Solo yo, mi pistola, la ropa negra y la gorra azul oscuro de AC/DC.

María se detuvo en la puerta de un garaje y apretó el botón que la abría. La persiana empezó a levantarse. Yo la vi entrar agachándose un poco, sin esperar a que la persiana llegase hasta arriba del todo, y su figura se adentró en la oscuridad. Luego escuché cómo la persiana iniciaba su descenso.

Perdí la gorra cuando me colé en su interior.

La persiana continuaba bajando. Distinguía su espalda mientras María buscaba la llave que abriría la puerta de su apartamento. Agarré la pistola, la apunté a su cabeza. Ella seguía buscando la llave correcta.

—Maldita sea —murmuraba.

De pronto se quedó quieta como un animal asustado y el tintineo de las llaves se detuvo. Yo no me había movido de su espalda. La pistola seguía apuntando a su nuca. Se giró poco a poco. Escuché su respiración asustada.

—¡No, Dios, por favor! ¡No! —gritó.

Avancé un paso hacia ella. Ella lo retrocedió. Levantó las manos para protegerse la cara. La persiana hizo contacto con el suelo y la oscuridad fue total durante un segundo.

Disparé.

La única iluminación fue el destello de mi pistola.

Escuché cómo su cuerpo se desplomaba y encendí la luz para contemplar un pequeño garaje de dos plazas repleto de trastos. Había un coche aparcado ahí.

—O sea que no vives sola, María —le susurré, apartándola de mi camino con una puntada de pie—. Espero que tu compañera de piso sea más guapa que tú. Con que sea rubia me conformo.

Por supuesto que si había alguien más en casa debía haber escuchado la detonación, por lo que subí los diez escalones que me

separaban del piso en grandes zancadas y disparé a la cerradura. De pronto me encontré en una habitación ordenada, mitad sala de estar mitad cocina, con un pequeño mostrador entre ambos espacios. Encima, un vaso lleno de flores decorando la estancia.

Bueno, la compañera sí era más guapa que María aunque no fuese rubia. La divisé aterrorizada durante un breve segundo mientras se escondía tras el mostrador de la cocina.

Reí en silencio.

«Sal, sal de donde quiera que estés», canturreé en mi interior. «Sal, pequeña puta».

Aquel era un nuevo juego que nunca había experimentado. El del gato y el ratón. Sabía que los nervios la acabarían por traicionar a ella, y no a mí. Era ella quien estaba siendo asaltada en la seguridad de su hogar y yo el intruso. Podía sentir su miedo condensado en su sudor, los dientes que repiqueteaban en el interior de su boca. Luchaba por contener su respiración y por no moverse detrás del mostrador, esperando que yo no la hubiese visto y me fuera por donde había venido.

Pero yo era paciente. No estaba ahí solo para robar ni necesitaba dinero urgente para un chute. Estaba ahí para divertirme. Y nada me parecía más divertido que acechar a una presa asustada.

Ralenticé mi propia respiración para que ella no pudiera percibir mi presencia. Me quedé quieto en el sitio, con los ojos fijos en la superficie del mostrador, por donde sabía que la chica acabaría asomando la cabeza tarde o temprano. Apenas parpadeaba, con la pistola en la mano y apuntando a un espacio en blanco que pronto su cara llenaría.

Tan solo necesité unos pocos minutos. Unos silenciosos, húmedos y tensos minutos. Escuché cómo su respiración agitada se iba calmando. También percibí el roce de su ropa conforme se iba poniendo en movimiento. Luego vi sus dedos aparecer en la madera del mostrador. Le temblaban.

«Sal, conejita. Sal y enseña tus orejitas».

Y eso hizo.

Sus ojos se dilataron de terror al verme ahí, de pie. Se quedó paralizada. Vi todo el espanto reflejado en sus pupilas oscuras. Su cuerpo menudo agitándose como un junco. El hedor de sus axilas rezumaban cada gota del pavor que debía sentir en los últimos momentos de su vida.

Yo podría haberme detenido ahí, por supuesto. Podía haberla cogido del pelo, arrastrarla hasta el sofá, destrozarla a hostias, follármela y robarle hasta el último de sus miserables dólares. Pero ya no era un vulgar ladrón ni un puto yonqui. Ya no. Yo era algo más.

«Maligno hasta la infamia, ni rastro de piedad».

El mexicano que me vendió la pistola no me engañó. La bala se le coló en la cabeza abriendo un orificio del tamaño de una moneda de diez centavos. Primero de color púrpura, luego de un rojo opaco, con la sangre empezando a salir de él cuando la chica cayó a mis pies. La miré mientras moría. Lo hizo en silencio, sin estertores. Solo se escuchaba un leve burbujeo: el que provocaba la sangre que salía de su cerebro.

Había sido rápido y fugaz. Entré, las disparé y hui por donde había venido. No demasiado distinto a mis otros asaltos. Excepto que había sido descuidado y había dejado mi primer testigo.

La vi correr delante de mí en cuanto abandoné el edificio y la reconocí al instante. ¿Cómo no iba a hacerlo? Uno nunca olvida las caras de quienes ha matado. O de quienes *cree* que ha matado.

—¡Por favor! ¡Por favor, no me mates! ¡Por favor, no me dispares otra vez! —me suplicó María.

Yo aún no comprendía cómo cojones se había librado de una bala a tan corta distancia. Días después leería en la prensa que fue gracias a las llaves que llevaba en la mano. Las putas llaves. Las putas y jodidas llaves le habían salvado la vida.

Levanté la pistola, dispuesto a rematar lo que yo creía finalizado. Pero escuché los sonidos de las sirenas acercándose y ella se parapetó tras un coche. Las luces de los edificios vecinos empezaron a encenderse. Algunos perros ladraron.

—Volveré a por ti —le escupí, rabioso, antes de subirme de nuevo en el coche robado y perderme en la noche.

Nunca supe si me había llegado a escuchar.

Lo que sí supe fue que esa noche aprendí varias lecciones: la primera es no llevar una gorra que podría perder en un asalto. La segunda fue que la pistola no era tan divertida como una navaja.

Y la tercera y más importante lección: asegúrate de que la muy zorra esté muerta.

Capítulo 10

Se pusieron en marcha antes del mediodía.

Richie se subió al Buick, fresco y descansado. Hollie lo hizo dubitativa, con ojeras bajo los ojos. No había dormido tan bien como él y le habían temblado las manos al meter algo de ropa y todas las cartas que Richard le había escrito en su mochila escolar. Por supuesto, también introdujo el valioso libro que tanto le había costado conseguir y que había utilizado para preparar el tóxico que había liberado a Richie.

—¿Quieres… echarle un vistazo?

—No, aquí no. Esta noche, con calma, cuando lleguemos a nuestro primer destino.

Luego había subido el volumen de la radio y había conducido sin descanso hasta abandonar el condado de Marín y cruzar al de Solano.

Se detuvieron en una cafetería y Richard aprovechó para desplegar un inmenso mapa del país sobre el capó del Buick. El sol californiano arrancaba destellos azulados en su pelo oscuro conforme recorría las carreteras dibujadas sobre el papel, deteniendo su dedo en diferentes puntos. Hollie lo observaba en silencio, sin atreverse a averiguar a dónde se dirigían.

Sabía que la chica deseaba respuestas y se moría de ganas de preguntarle, y que dependiendo de su humor, contestaría o no. Siempre había sido curiosa, más en las cartas que en persona, pero nunca perdía la oportunidad de intentar conocerlo un poco más allá de todo lo que la prensa había dicho de él.

«¿Admiras a otros como tú? Ya sabes… Ed Gein, Albert Fish, Charles Manson».

Esa era una pregunta que recibía con asiduidad, y no solo por parte de Hollie.

«Admiro a cualquiera que haya tenido la valentía de hacerle un corte de mangas a la sociedad hipócrita que nos rodea, porque vivimos en un mundo de mentirosos y los que son como yo hemos trascendido a esa moral tramposa que nos dice que está bien que el Estado mate, pero que si lo hacemos nosotros, somos monstruos».

Nunca mencionaba nombres concretos, excepto el de Jack el Destripador, aunque pensaba en todos ellos a menudo. Los que ya habían sido ejecutados, los que habían muerto de viejos en la cárcel, los que aún no habían sido atrapados, los que estarían por llegar en el futuro y los que vivían encarcelados, como él.

Por descontado que el contacto con los de su especie estaba terminantemente prohibido. En San Quintín filtraban sus cartas si llegaban desde otras cárceles y no le permitían mantener correspondencia con nadie que no fuese gente de a pie.

Pero Richie tenía graves problemas con eso de acatar las normas. Si existía una ley también existía la forma de saltársela. Solo necesitaba un poquito de ayuda.

—En breve te llegará un sobre con otro sobre en su interior. Hay una carta para ti pero el otro sobre… —le había dicho a Hollie—. No lo abras. Si lo haces lo acabaré sabiendo y te aseguro que no quieres que me enfade contigo por algo así, ¿verdad que no?

—No, Richie, claro que no.

—Buena chica.

Aquel sobre cerrado que su chica había hecho llegar a Vacaville sería el primero de muchos que Richie le ordenaría enviar. Las respuestas —si es que llegaban— también pasaban por ella y Hollie jamás había abierto ninguno de esos sobres, tal y como le juró. A cambio había alimentado su imaginación y sus fantasías de niña descarriada con promesas que, quizá, algún día podría cumplir. No estaba en sus prioridades jugar a Bonnie y Clyde con una postadolescentes con claros traumas paternos, pero tampoco iba a negarse a las pocas diversiones de las que gozaba en San Quintín.

Aun así, al recibir la primera carta llegada desde Vacaville envuelta en uno de los familiares sobres rosas de Hollie, Richard había sentido una emoción extraña y desconocida para él: la ilusión.

«¿En serio eres tú? Colega, vaya par de huevos tienes».

Aquella primera frase le había hecho reír de verdad por primera vez en mucho tiempo, y el sonido de esa risa despreocupada se había mezclado con esa sensación que bullía en su interior. No se había equivocado en contactarle a él en primer lugar. Había sido una decisión más o menos consciente: primero por cercanía —Vacaville estaba a unas escasas cincuenta millas de San Quintín— y segundo por similitudes de estilo.

La conexión fue instantánea, y aunque jamás había podido usar una de sus llamadas para telefonearlo, lo cierto es que Richie había empezado a considerarlo como un igual, como alguien que de verdad podía entenderlo. No lo admiraba —ya no admiraba a nadie, excepto quizá a Billy Idol y Jack el Destripador, claro—, pero sí que sentía algo que podía considerarse como complicidad. No pensaba en él como en un amigo, eso no, pero sí como en un… compañero.

No podía negarse que estaba emocionado por llegar a su primera parada.

Richard dobló el mapa de carreteras y lo metió en la guantera del Buick. Luego se apoyó en la puerta del copiloto y encendió un pitillo

para disfrutar de aquella mañana de otoño en que el sol brillaba y él volvía a ser libre.

Hollie estaba inquieta y miraba a su alrededor, escrutando en las caras que se cruzaban una señal de que alguien lo había reconocido. Había tenido la osadía de sugerir que quizá era una buena idea cortarse el pelo o teñirlo de rubio, al menos, porque ese era su rasgo más reconocible. Richie se había limitado a reírse de ella, sin llegar siquiera a contestarle.

Pudo notar la tirantez de su cuerpo, pegado al suyo, cuando habían entrado en aquella cafetería de carretera a plena luz del día y se habían sentado a una de las mesas a esperar que una camarera se acercase con café recién hecho. Era la primera vez desde que habían abandonado el Garaje de Saldos Randall que Richard se había mostrado ante el mundo. Y lo había hecho con una tranquilidad inalterable que a ella solo la había puesto más nerviosa.

La pierna de Hollie se había empezado a mover, arriba y abajo, toda ella hecha un manojo de nervios, cuando la camarera se había aproximado para tomarles el pedido.

—Buenos días, parejita. ¿Qué va a ser?

—Dos especiales de la casa, encanto —le contestó Richie, de buen humor—. Y mucho, mucho café.

La camarera, risueña y amable, les había rellenado ambas tazas hasta arriba de café.

—¿Una noche dura?

—Las he tenido mejores. Pero también peores.

Ni siquiera había parpadeado al mirarlo. Ni el más leve rastro de reconocimiento. La pierna de Hollie, inquieta, seguía repiqueteando de nervios. Richard no intentó calmarla. Pronto comprendería que sus miedos eran infundados.

Volvió con dos platos repletos de tostadas, *bacon* crujiente, huevos benedictinos y patatas con mantequilla. Richard, muerto de hambre y acostumbrado al triste rancho de San Quintín, empezó a devorarlo todo en un silencio tranquilo y relajado. Hollie lo observó, sentada frente a él, sin tocar su plato. Su ropa oscura y su aspecto contrastaba con la colorida decoración *googie* típica de esas cafeterías de paso.

Justo cuando apuraba sus últimos sorbos de café, la televisión del establecimiento empezó a dar la noticia que tanto había temido escuchar Hollie.

«El Acosador Nocturno vuelve a causar muertes en California».

Hollie se tensó al instante, girándose en dirección a la tele situada al fondo del restaurante. Richie se limitó a levantar la mirada de su plato y a encender un pitillo, contemplando su propia imagen en la pantalla. Eran viejas grabaciones de archivo, del día en que lo detuvieron y él, en un acto reflejo, había mantenido la vista clavada

en el suelo para evitar que las cámaras que lo rodeaban mientras la policía lo conducía a la comisaría grabasen su rostro. Era la última vez que se había sentido cohibido en presencia de los medios. Luego había accedido a varias entrevistas y había buscado de forma consciente que cada una de las lentes que apuntaba a su cara pudiesen grabar su expresión indolente y desafiante.

«Ricardo Leyva Ramirez, el conocido Acosador Nocturno, quien causó más de una docena de muertes en California entre 1984 y 1985 durante el que se conoció como el verano del terror, murió anoche en su celda de San Quintín debido a lo que se cree que fue un ataque al corazón. Su cuerpo fue de inmediato trasladado a la única morgue de San Rafael, donde aparentemente alguno de sus fieles seguidores aguardaba para robar su cadáver. Esta mañana han sido hallados los cuerpos sin vida del guardia de San Quintín, Jerome Kelley, y del doctor John Pearson. Ambos han sido brutalmente asesinados y se desconoce quién o quiénes perpetraron los crímenes. La policía del condado de Marín no ha querido hacer declaraciones a los medios, si bien han asegurado que la investigación para esclarecer los hechos ya está en marcha».

La chica devolvió la mirada a Richard, que sonreía tan arrogante como satisfecho.

«Te lo dije, niña de poca fe», pensó, sin llegar a verbalizar su complacencia.

Luego su atención se centró en el resto de comensales de la cafetería; cada par de ojos presentes estaban clavados en las noticias de última hora. La camarera que antes les había atendido se había detenido en mitad del pasillo central, con la cafetera en la mano y la boca medio abierta.

Richie le hizo un gesto para que se acercase de nuevo hasta su mesa. Hollie abrió mucho los ojos ante aquella osadía.

—Me temo que voy a necesitar un poco más de café, encanto.

—Claro, sí, sí —murmuró la camarera, distraída. La mirada se le iba a la televisión, que seguía emitiendo imágenes de uno de los juicios en los que Richard había aparecido con traje oscuro e impenetrables gafas de sol.

—Terrible lo de ese Richard, ¿no? —comentó como si tal cosa. Hollie se encogió en su asiento.

—Ay, sí. Tengo una amiga que vivía en el Valle cuando ese tipo se colaba en las casas. Lo pasó fatal. Se gastó lo que no tenía en un sistema de seguridad y en un perro guardián para evitar que ese tipejo… bueno, ya sabes.

—Sí, ya sé —replicó Richard. Fue entonces cuando la camarera lo miró a los ojos *de verdad*. Se quedó quieta en el sitio, con la jarra de café en la mano. Él se inclinó por encima de la mesa—. Lo que tu

amiga no sabe todavía es que esta vez nadie podrá escapar del Acosador Nocturno.

La mujer parpadeó un par de veces, todavía incapaz de moverse. Hollie pensó que estaban perdidos, que empezaría a gritar. Lo había reconocido, claro que lo había reconocido, porque un chispazo de miedo cruzó los ojos de la camarera. Fugaz y sutil.

Y desapareció tan rápido como había llegado.

Volvió a sonreírles.

—¿Os traigo algo más, parejita?

—Nada más. Solo la cuenta —le devolvió la sonrisa Richie—. A no ser que invite la casa.

—¡Por supuesto que invita la casa!

Luego se alejó para atender al resto de las mesas, sin prestarles más atención. Hollie no lograba volver a tragar saliva. No entendía nada.

—¿Qué acaba de pasar, Richie? Esa mujer sabía quién eras. ¡Lo he visto en sus ojos!

Esta vez Richard sí lo verbalizó:

—Te lo dije.

Y no añadió nada más al respecto. Hollie dejó que se terminara la comida y, al fin, un poco más relajada, picoteó ella también de su plato.

—¿No vas a preguntarme ahora a dónde vamos?

—¿A dónde vamos?

—A Vacaville.

—¿De qué me suena ese nombre? ¿Qué hay ahí?

—La cuestión no es qué hay, sino *quién*.

—Vale. ¿Pues *quién* hay en Vacaville?

Richie tomó la taza de café, pegó un buen trago y luego se limpió la comisura de la boca con su mano derecha.

—Bueno, nena… ¿Has oído hablar del Asesino de las Colegialas?

Capítulo 11

Ed Kemper solía recibir pocas visitas personales desde que había ingresado en la prisión estatal de Vacaville. Al fin y al cabo había asesinado a la mitad de su familia, y la otra mitad lo odiaba por ello. Tampoco había tenido nunca muchos amigos y, aunque su comportamiento en Vacaville era modélico, sus dotes sociales no eran lo suficientemente sobresalientes como para ganarse la amistad de otros reclusos.

Por eso se sorprendió un poco al saber que tenía visita. Pensó que quizá se trataría de John Douglas, a quien sí consideraba su amigo, si bien este llevaba tiempo sin ir a verlo.

—No sabía que habías cambiado de abogado, Ed —le comentó el guardia cuando lo acompañó a una de las salas privadas de la prisión. Era la misma en la que había recibido a John por primera vez, y también en la que Douglas había grabado todas esas cintas que luego utilizaría para perfilar criminales.

—¿Cómo dices? —le preguntó Ed, sin comprender a qué se refería.

El guardia no llegó a contestarle. Se limitó a abrirle la puerta de la familiar sala.

Cuando entró en el habitáculo y lo reconoció, se quedó estupefacto. En una esquina aguardaba una chica rubia, jovencita, pero Ed apenas le prestó atención, porque estaba demasiado atónito por una presencia que jamás creyó que tendría delante. Le costó unos segundos reaccionar, hasta que Richie tomó la iniciativa por él.

—¿Qué pasa, follatráqueas?

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no me llames así?

Hollie creyó que aquel gigante de dos metros iba a partirle la cara a Richard, pero enseguida ambos estallaron en una risa cómplice y se fundieron en un abrazo que solo podía calificarse como fraternal.

Ed no podía creerlo.

—Lo conseguiste… Que hijo de puta, lo conseguiste.

—Y tú lo dudabas —se burló Richard, aún atrapado en el abrazo de oso de Ed. Pensó que si el cabrón apretaba más le iba a romper la columna vertebral. Al fin el gigantón lo soltó parcialmente, cogiéndolo solo por los hombros y mirándolo con atención, como si en verdad quisiera asegurarse de que estaba ahí, en Vacaville—. Joder, eres aún más grande de lo que parece en las fotos.

—Pero… ¿cómo has podido entrar aquí sin que te detengan? Debes ser el hombre más buscado del país en este momento y… —Ed se

golpeó la frente y se dirigió a la mesa de madera de la sala, apartando un par de sillas para sus invitados—. Perdonad, soy un maleducado. Por favor, tomad asiento. ¿Queréis un café, un té, un refresco? Tengo algo de dinero del economato.

Richie aceptó la invitación para sentarse, pero rechazó cualquier refrigerio. Hollie fue a sentarse a su lado. Él negó con la cabeza y le señaló la puerta por la que habían entrado.

—Tú, afuera.

—Pero…

—No me repliques. Afuera y vigilando.

Ed contempló cómo la jovencita hacía un pequeño puchero antes de obedecer y dejarlos solos. La puerta se cerró con un pequeño portazo, mientras Richie encendía un pitillo.

—¿Esa es la chica de la que me hablaste en tus cartas? ¿La que te ha ayudado a salir de San Quintín?

—Sí.

—¿Te la has tirado ya?

—Solo una vez, de momento. —Richard hizo un gesto despreocupado, como si no tuviera la menor importancia.

—Eres un cabrón con suerte, Rich.

—Pronto tú también lo serás, si aceptas el trato.

Edmund soltó un suspiro, entrelazando las manos. Estas eran enormes, en concordancia con su colosal cuerpo. A Richard no le costaba imaginarlo haciendo lo que hizo. Había que estar hecho de una pasta muy especial para ser un asesino en serie, y todavía necesitabas un aderezo más mágico para ser capaz de asesinar a tu propia familia. Ed lo tenía todo: inteligencia, fuerza y cero escrúpulos, además de un aspecto bonachón y simpático que hacía que nadie pudiera sospechar lo que en verdad era.

A diferencia de él, que llevaba escrito el peligro en los ojos y la mala vida en la piel, Edmund solo transmitía afabilidad.

No podía negar que era su favorito de entre todos los que aún quedaban vivos.

—No sé, colega… Aquí me tratan bien, ya te lo dije en las cartas. Soy un preso de confianza, tengo ciertos privilegios y, a diferencia de ti, no estoy condenado a muerte. Puedo llevar una vida larga y tranquila en la cárcel.

—Puede que sí —concedió Richie— pero también puede que una parte de ti esté deseando saber cómo ha cambiado el mundo ahí afuera. Llevas… ¿cuánto? ¿Veinte años encerrado?

—Sí, veinte años.

—Veinte putos años inactivo, Ed.

—John me dijo que…

—John Douglas no te va a sacar de aquí. Jamás te concederán la

condicional, por mucho que colabores con el FBI —lo cortó sin miramientos y Ed se revolvió en su silla, incómodo. Era tan alto y tan grande que su carne parecía salirse por todas partes.

—No sé si puedo hacer lo que esperas de mí.

—¿Por qué no?

Ed suspiró. Ya no era el mismo jovencito que había recorrido las calles de Santa Cruz en busca de universitarias. Los años de encierro habían mellado su espíritu en cierto modo: había perdido empuje y algo de su instinto natural para la violencia. Se había convertido en un interno dócil y afable, amigo de los guardias y colaborador del FBI.

—Puedo hacerlo con o sin ti, grandullón, pero admito que contigo sería más divertido. Satán me ha dicho que puedo confiar en ti.

—¿Satán? —rio Kemper, incrédulo.

—¿Cómo crees que he entrado en Vacaville y he llegado hasta aquí?

Ed se fijó entonces en la identificación que Richie llevaba sobre su camiseta.

—Ricardo Leyva, abogado —leyó en voz alta. Luego sacudió la cabeza—. Tampoco te has matado por buscar un nombre falso, eh.

—No necesito esconderme. Y si aceptas el trato tú tampoco lo necesitarás.

A pesar de su altura, de su corpulencia y de la fuerza que escondían sus brazos, Ed siempre se había sentido poca cosa. Richard conocía su historia, porque el propio Edmund se la había ido desgranando lentamente en sus cartas, ansioso de hablar con alguien de igual a igual. Richie siempre había sido reacio a rememorar su propia infancia, pero dejó ir detalles en su correspondencia con Kemper. Las similitudes estaban ahí, esperando a ser descubiertas.

Años de maltrato y desprecios habían convertido a Ed en alguien profundamente frágil, mientras que a Richard las palizas de su padre lo habían lanzado a una vida de vagabundo adicto a la coca. Ed vivía rodeado de inseguridad, Richie lo hacía envuelto en rabia. Los dos habían cazado en California. Y ambos eran igual de listos, con la ligera diferencia de que Edmund no parecía ser plenamente consciente de sus capacidades y Richard sí.

—Quizá Manson te serviría mejor para tus propósitos —insinuó el grandullón—. No está lejos de aquí. Un viaje rápido a Corcoran y seguro que acepta lo que tengas que proponerle.

Richard no cayó en aquella trampa. Ed le había hablado más bien poco del tiempo en que compartió espacio con Manson en Vacaville, antes de que el popular líder de La Familia fuera trasladado a otro centro institucional, pero lo que había sacado en claro al respecto a través de sus cartas era que no se habían hecho amigos, precisamente. De hecho, Ed se había referido a él en una ocasión como «el jodido

enano melenudo tocahuevos».

Dedujo que Ed simplemente necesitaba que le comieran un poco la oreja. Era natural querer sentirse deseado por encima de alguien que, sin duda, les ganaba a ambos en popularidad, aunque nunca hubiera matado ni al perro del vecino.

—Manson es un puto *hippie* trasnochado. No es más que un triste cobarde que jamás ha asesinado a nadie y que mandó a sus chicas a hacerle el trabajo sucio.

—Pero es inteligente, ¿no?

—Cualquiera puede ser inteligente puesto de ácido y rodeado de imbéciles. —Richie aplastó lo que quedaba del cigarro—. Por mí a Charles Manson le pueden dar por el culo y que se pudra en Corcoran. He venido a liberarte a ti, colega. Y puedes ser libre esta misma noche.

Los ojos de Ed no perdieron detalle cuando Richard puso sobre la mesa un vial repleto de un líquido transparente. Sabía lo que era y lo que significaba. Lo sabía muy bien.

—Muchos ahí afuera han olvidado que son ovejas balando en el matadero. El mundo debe arder de nuevo y es nuestro deber recordarles que el mal siempre acabará triunfando.

Edmund no dijo nada. Miraba el vial, cuyo contenido era un billete de ida hacia lo desconocido. Un billete sin regreso, eso sí. Si lo tomaba no habría vuelta atrás. Si lo tomaba el trato quedaría cerrado alrededor de su cuello y estaría bajo el mando de alguien tan inestable como Richard Ramirez.

Pero a cambio…

—¿Venderé mi alma al diablo si lo tomo, Rich? —se limitó a preguntar.

—Conoces perfectamente la respuesta.

Tenía muchas preguntas que hacerle antes de tomar una decisión que podría dar al traste con la vida que había construido en Vacaville. Una vida monótona, en la que todos los días discurrían igual: rodeado de drogadictos, camellos, homicidas y pederastas.

Una vida que estaba en sus propias manos cambiar y que el Acosador Nocturno —Rich, para él— le había ofrecido en bandeja. Solo había un precio a pagar a cambio.

—¿Durante cuanto tiempo?

—Unas semanas, puede que unos meses, colega —contestó Richard.

—Si lo hago…

Richie comprendió que había ganado la partida.

—Si lo haces… ve a Los Ángeles y espera mi regreso en el hotel Cecil. Consigue la habitación 1419. Nadie te hará preguntas. Volveré a la ciudad de las estrellas antes de que termine el mes. Y no lo haré solo.

Antes de incorporarse y dar por finalizada la visita se arrancó el

identificativo y lo lanzó junto al vial.

No iba a necesitarlo más.

Capítulo 12

Había olvidado cuánto disfrutaba conducir hasta que tomó el Buick y enfiló el largo camino hacia el este.

En el asiento del copiloto Hollie no abría la boca. Estaba molesta por cómo la había tratado en Vacaville y se había subido en el coche con un mohín de disgusto en la cara. A Richie no podía importarle menos aquel enfado de adolescente. Sabía qué era lo que ella necesitaba para volver al redil, y pensaba dárselo esa misma noche.

No fue hasta que cruzaron la frontera del estado que la chica volvió a hablarle:

—No me gusta tu música —repuso.

Él se echó a reír, con el codo apoyado en la ventanilla bajada.

—¿Y qué música te gusta, nena? Espera, no me lo digas: tienes pinta de que te molan los Hootie & The Blowfish, U2, Ace of Base o cualquier mierda blandengue de esas.

—Bueno, me gustan los Take That.

Richard aún se carcajeó más. Y el enfado de Hollie aumentó.

—Tampoco me gusta lo que has hecho en Vacaville. No me he escapado contigo para que me trates mal delante de tus amigos.

—¿Sabes una cosa? Este es uno de los aspectos que más me gustan de ti. Los tienes bien puestos y admito que hasta me divierte que me desafíes. Pero no te acostumbres, nena. No siempre seré paciente contigo.

«Puede que yo tampoco lo sea contigo», se dijo fugazmente ella, aunque luego desechó aquel pensamiento. No tenía dónde ir si no era con él. Era cómplice. *Su* cómplice. Estaba bailando con el diablo y todo el mundo sabe que el diablo jamás te deja ir así como así. Y, en el fondo, Hollie no quería irse de su lado. Estaba a salvo junto a Richie.

Se acomodó en el asiento, resuelta a llevar la conversación por otros derroteros.

—¿Ese Kemper es el primero al que me hiciste enviarle una carta, no?

—Sí.

—¿Y quién es, exactamente?

Richard buscó un cigarro y lo encendió, sin perder de vista la carretera. Le dio un par de caladas lentas y tranquilas, dejando que el humo se escurriera por la ventanilla bajada.

—Aún no habías nacido cuando lo detuvieron, así que supongo que

es normal que apenas te suene. Lo pillaron cuando él tenía veinticinco años.

—Los mismos que tú tenías cuando te atraparon —indicó Hollie.

—Sí, es cierto.

—¿Qué hizo?

—Si quieres saber lo que hizo Ed lee un puto libro.

—Prefiero que me lo cuentes tú —espetó Hollie.

Richie, con el cigarrillo colgando entre sus labios, alargó la mano derecha y le atrapó los carrillos con sus dedos huesudos. Se los comprimió más allá de la caricia, hasta que los labios de Hollie se fruncieron y la mandíbula le empezó a doler. No intentó liberarse de aquellos dedos de hierro.

—Quieres saber demasiadas cosas —dijo Richie antes de soltarla, de subir el volumen de la radio y de pisar el acelerador.

No se detuvieron ni volvieron a hablar hasta cruzar la frontera del estado para adentrarse en el árido paisaje de Arizona. Por un momento, Hollie pensó que Richie querría ir a El Paso, allá donde aún tenía familia, y quizás de ahí pasar a México, a la vecina Ciudad Juárez. Allá sería fácil pasar desapercibido, desvanecerse y empezar de cero. Richard hablaba un perfecto español, herencia de sus padres. Al menos eso le había asegurado en una ocasión, porque ella jamás lo había escuchado hablar en ese idioma.

Pero enfiló el Buick hacia el norte del estado en vez de en dirección a Nuevo México y Texas. Esta vez Hollie no le preguntó a dónde se dirigían y su silencio pareció complacer a Richie, que finalmente detuvo el coche en un motel de carretera, poco antes de llegar a un lugar en mitad de la nada llamado Yucca.

Hollie volvió a temer que el encargado del motel los reconociera, pero no fue así. El tipo se limitó a sonreírles y a darles la llave de una de las habitaciones de la planta de abajo. No les pidió documentación ni dinero a cambio.

El sol se escondía en las llanuras de Arizona, dejando paso a la oscuridad que bañaría aquella yerma y baldía tierra en la que Richard completaría el ritual que había iniciado meses atrás.

—Dame el libro —indicó a Hollie en cuanto la puerta de la habitación se cerró a sus espaldas.

Ella corrió a obedecer. Había envuelto el objeto en una vieja manta para protegerlo, tal y como Richie le había pedido que hiciera. Era su posesión más valiosa, aunque Hollie no entendía el motivo. Solo era un viejo libro escrito en diferentes idiomas que ella apenas lograba reconocer. De ahí había sacado la mezcla de sustancias que había liberado a Richie, pero poco más. Lo había ojeado con curiosidad en la soledad de su habitación, porque Richard nunca le prohibió explícitamente que lo hiciera, como sí le había prohibido abrir las

cartas que luego ella había enviado a diferentes cárceles del país. Una de las razones por las que Richie confiaba tanto en Hollie era porque lo obedecía a ciegas, incluso cuando él no podía comprobar que lo hiciera. Se sentía bien obedecerlo a él. Incumplir sus órdenes era algo por completo descartado, porque si lo hacía, Richie elegiría a cualquiera de las otras tías que le enviaban fotos y cartas subiditas de tono. Y Hollie deseaba desesperadamente ser la escogida, la que destacase por su acatamiento y sumisión, aunque eso implicase complicarse la vida.

«Si eres buena chica, te recompensaré», le había escrito él.

Y sí, lo había hecho. Hollie recordaba la sensación de tenerlo en su interior, de la penetración furiosa y de su mano alrededor de su nuca para mantenerla quieta, del sabor de él en su boca, tan distinto al de su padre. Benton era agrio. Richard, salífero.

Benton jamás se había ocupado de nada más que no fuese su propio placer. Richard la folló hasta hacerla correrse entre gemidos ahogados.

—Quiero más —le dijo Hollie, con el libro aún envuelto entre la manta, reteniéndolo contra su pecho como un rehén.

Sentado en la cama, con las piernas abiertas y descalzo, los ojos de Richie chispearon de diversión.

—Luego. Ahora no me cabrees y dame el puto libro.

Alargó la mano, impaciente. Cuando las cosas se torcían, aunque fuese ligeramente, todo su cuerpo se agitaba, nervioso e inquieto. Era como un chacal hambriento y herido si lo contrariaban en lo más mínimo.

Hollie le entregó el paquete y él lo desenvolvió.

Había escuchado hablar del Ars Daemonum por primera vez cuando ya era un residente fijo de San Quintín. La información le había llegado a través de una larga carta que él había estudiado con atención, intentando dilucidar si ese cabrón era un farsante que quería tomarle el pelo o hablaba en serio. Se notaba que el inglés no era el idioma natural de ese tío, porque usaba frases cortas y no siempre bien construidas, pero lo que contaba era lo suficientemente interesante como para captar su atención.

Al final, tras un par de intercambios de información por correspondencia, había recibido una llamada desde el viejo continente.

—Vi tus crímenes en la televisión.

—¿Quién coño eres?

—Morten.

—Espera un momento. —Richie había mirado a su alrededor. Otros presos lo rodeaban hablando a través de los teléfonos públicos de la cárcel, y no quería que nadie escuchase su conversación, por más intrascendente que esta fuera—. ¿Tú no eres el de…?

—Sí, lo soy.

—¿Cómo has logrado telefonearme? Solo tengo autorizadas llamadas de mi familia y de mis abogados.

Al otro lado de la línea, Morten había soltado un chasquido que Richie interpretó como una risa.

—¿Quieres ese poder tú también, Ramirez?

Sí, lo quiso. Así había aprendido que el *Ars Daemonum* llevaba circulando de mano en mano desde hacía siglos, llegando a quien más lo necesitase en ese momento. Morten le dijo que estaba a punto de cumplir con su destino y que, una vez terminase, se encargaría de hacérselo llegar.

—Una vez tú hagas lo que tengas que hacer, tendrás que enviárselo a su siguiente siervo.

No hizo falta especificar quién era Él. Tenía muchos nombres y Richard los conocía todos. Morten también.

—Así es como funciona —había afirmado Richard.

—Así es como funciona —le confirmó Morten.

La comunicación entre ambos se había cortado prácticamente tras aquella única llamada. No era necesario más. El pacto estaba sellado y el grimorio tenía un destino marcado.

Meses más tarde, Richard había recibido un disco desde Noruega que jamás pudo escuchar, porque en San Quintín no tenía acceso a un equipo de música. Pero sabía quién lo enviaba y lo que significaba. Luego, cuando vio las noticias de las iglesias incendiadas y de los brutales asesinatos rituales que asolaban el país nórdico, comprendió que el *Ars Daemonum* estaba a punto de llegar a sus manos.

O a las de Hollie, más bien.

Y en ese momento, en aquel motel anodino perdido en la inmensidad de la meseta de Arizona, estaba a punto de contemplarlo por primera vez.

Afuera, la noche de Halloween de 1993 empezaba.

Sería una noche que Richard no olvidaría jamás. Una de las que guardaría en su memoria para disfrutarla en los días y semanas posteriores. Una casi tan emocionante como las que había vivido en Los Ángeles en aquel verano del terror.

Intersección: Veronica Yu

Hanging out for a body shot at night
Ain't it strange what they do to feel all right?
Billy Idol - *Flesh For Fantasy*

María se me había escapado. Había perdido mi gorra de AC/DC. Estaba tan cabreado por no haberme asegurado de que esa zorra estuviera muerta como por haber dejado un rastro, aunque fuera en forma de una vulgar gorra.

Pero sobre todo, por encima del enfado, estaba sexualmente excitado por cada aspecto del asalto: la caza, el acecho, la matanza, la sangre, el poder. Era una mezcla embriagadora que me endurecía y me ponía al borde de un abismo de adrenalina y vigor que ninguna droga podía darme.

El coche que conducía encontró el camino hacia la autopista de San Bernardino, mientras me repetía en voz alta lo que acababa de hacer.

—Puedo olerla. Puedo verla. Puedo escucharla.

Olía la detonación. Veía la sangre. Escuchaba la respiración. Olía el miedo. Veía el terror. Escuchaba las súplicas. Olía la caza que había llevado a cabo, veía la mujer que pronto se convertiría en mía, escuchaba la muerte abriéndose paso en su carne.

—Joder —me dije, recolocándome la polla para que me resultara más fácil conducir sin pegármela. La tenía dura y necesitaba descargar. En todos los sentidos posibles.

En el carril de mi derecha ella conducía a mi altura, hasta que tomó la salida de Monterey Park y yo la seguí sin pararme a pensar que dos veces en una misma noche era, sin lugar a dudas, un riesgo que podría dar con mis huesos en la cárcel.

Pero en esos momentos tenía un solo pensamiento en la cabeza: uno que envolvía asfixiar, follar, robar, dañar, disparar, apuñalar, correr, acechar, escupir, desgarrar, matar. Lo quería todo y lo quería ya.

Así que la seguí. Ella no tenía ni puta idea de que la muerte la acosaba, silenciosa y azarosa, desde el coche situado a sus espaldas. Simplemente conducía tranquila a través de Monterey Park hasta que detuvo el coche en una maniobra repentina que me obligó a continuar

mi camino.

—Mierda. Su puta madre… —la maldije, todavía más cabreado.

Yo seguí conduciendo. Por esas calles sería fácil encontrar a otra.

Hasta que miré por el retrovisor y me di cuenta de que los papeles se habían invertido y esta vez era ella quien me seguía. Tenía que largarme. Aquello no auguraba nada bueno, yo estaba a la que saltaba y no podía pensar con claridad.

Años después de ese incidente he pensado muchas veces en lo aleatorio de la muerte. Una simple decisión, por estúpida y trivial que sea, puede salvarte la vida o llevarte al desastre. No cruzar ese paso de peatones, perder ese avión, asegurarte de que la puerta está cerrada, cambiar el dial de la radio mientras conduces, ayudar al hombre equivocado en un aparcamiento, aceptar una trabajo casual sin decírselo a nadie, acampar en ese bosque, estar en el coche liándote con una chica, hacer autoestop en la carretera.

O detenerte en un semáforo en rojo.

Si ese semáforo hubiera estado en verde yo hubiera huido sin más y ella seguiría viva.

Pero el semáforo cambió a rojo y yo detuve el coche. Ella también lo hizo.

Apagué las luces, dejé el motor encendido, bajé del vehículo y me acerqué al suyo. Notaba el peso duro de la pistola en mi cintura y la sangre hirviendo a través de mis dedos.

—¿Por qué me estabas siguiendo? —me espetó ella a través de la ventanilla bajada de su coche. Estaba enfadada y me señalaba con su dedo acusador.

Era asiática. También vivaracha, menuda y bonita.

«Pronto dejarás de serlo», le juré.

—No te estaba siguiendo. Creí que te conocía.

—Y un carajo. Me seguías. ¿Por qué? ¿Qué quieres?

Siempre he tenido debilidad por las mujeres con carácter. Y en aquel momento ella, con sus ojos almendrados y enojados, con la delicada curva de su rostro ovalado congestionada en un gesto tenso, me parecía… de lo más apetecible.

—No te seguía —repetí—. Pensaba que eras una conocida.

Vi su muerte incluso antes de que esta ocurriera. La saboreé mientras ella seguía lanzando una y otra vez la misma jodida pregunta. Hasta que decidió insultarme.

—Mentiroso —me soltó, y luego la frase que nunca debes pronunciar ante alguien como yo—. Voy a llamar a la policía.

—No lo harás.

Pensé en ella en mi maletero. La imaginé desnuda, ensangrentada, con mi polla en su boca, bien adentro en su garganta, mi puño en su culo virgen. Desgarrada, abierta en canal. La vieja amiga carmesí

mezclada con los jugos de su coño, su boca abierta hasta las orejas, la cabeza aplastada, los estertores finales.

—No —le aseguré—. No vas a llamar a la policía, puta.

«Maligno hasta la infamia, ni rastro de piedad».

De repente me abalancé en el interior de su coche, cogiéndola por los hombros para sacarla por la ventanilla. Empezó a gritar. Quizá comprendió qué tipo de hombre era yo. Quizá por fin entendió que había ido a meterse con el cabrón equivocado. Quizá sí, quizá no. Me daba igual.

No pude sacarla del coche. La puerta del conductor estaba bloqueada. Pero la del copiloto no. Ella volvió a gritar al comprender mis intenciones cuando rodeé el vehículo. Podría haber arrancado y haber salido pitando de ahí, pero no lo hizo. Intentó inclinarse hasta la puerta que yo empezaba a abrir para bloquearla.

—Demasiado tarde, nena —le dije, colándome en su vehículo con la pistola en la mano.

—¿Qu-que quieres de mí? —suplicó, los ojos asiáticos aguados y la voz trémula.

Pero yo ya no tenía ganas de hablar.

La primera bala se le clavó en las costillas, bajo su brazo derecho. Herida y asustada, aún tuvo el valor de abrir la puerta de su lado para intentar huir. La segunda bala fue directa a su espalda, justo en un riñón. Salió del coche. Perdió un zapato.

Se tambaleó un par de metros, dando tumbos erráticos. La seguí, caminando tranquilo, siguiendo el rastro de sangre que el asfalto iba absorbiendo.

—Por favor, que alguien me ayude. Que alguien me ayude…

En ese momento no todo estaba perdido para ella. Se iría desangrando lentamente, pero aún tenía una oportunidad de vivir. Si hubiera llegado una ambulancia a tiempo quizá podría haberse salvado. Así que me entretuve unos pocos minutos mirando cómo su cuerpo se convertía en un despojo.

Me lo podría haber pasado muy bien con ella. Pero eligió cabrearme. Nunca es buena idea.

—Zorra —escupí, riendo.

La noche se me tragó cuando hui de ahí. Más tarde abandonaría el coche en cualquier calle y tomaría un autobús de regreso a Skid Row.

El Oscuro me había presentado una batalla de la que podría haber salido detenido —o muerto, quién sabe— y había salido victorioso. Otra vez.

Por supuesto que Satán estaba conmigo, y lo estaría en cada momento de mi vida a partir de aquella noche.

Capítulo 13

Richie recordaba bien la sensación tras la noche en que mató a Dayle y Veronica. La palabra que mejor podría describirla era sin duda impunidad. También supremacía, privilegio, perversidad. Todo ello bullía en su interior cuando esa noche huyó tras asesinar a dos chicas en tan corto espacio de tiempo.

Había sabido sus nombres al cabo de unas horas, al ver las noticias. Aún no lo habían llamado Acosador Nocturno, aunque él ya se sentía un discípulo del Oscuro, un siervo de la oscuridad, un sembrador del caos.

Conocer los nombres de sus víctimas era tan vital para él como el aire que llenaba sus pulmones. Porque así era algo personal y no simples cifras anónimas. La información, se repetía a menudo, siempre era poder que nunca sabías cuándo podrías usar. Además de la satisfacción maliciosa de recordar cada uno de sus nombres y ofrecérselos a Satán, por supuesto.

—Sal, pilla el Buick y vuelve con unas cuantas cervezas, un par de Pepsi y comida —le indicó a Hollie, lanzándole las llaves del vehículo.

Creyó que ella iba a protestar o a preguntarle por qué la echaba de la habitación, pero Hollie se limitó a hacer lo que le había pedido. No sin antes echarle un vistazo al libro que él tenía entre sus manos.

Al quedarse solo echó la llave y regresó al *Ars Daemonum*. Estaba enfundado en una cubierta de cuero añejo atada con cordones para protegerlo de la humedad y del paso del tiempo, y ciertamente el grimorio se mantenía en envidiables condiciones.

Richie acarició su cubierta de piel marrón con reverencia, con la misma delicadeza que era capaz de usar en una chica si así lo deseaba. En su interior había un conocimiento peligroso y pocas instrucciones de cómo poder usarlo. Su remitente había adjuntado una escueta nota en la que le decía que sabría perfectamente qué uso darle. Pero ahora que lo tenía delante y que hojeaba sus páginas apergaminadas, Richard no se sentía tan seguro al respecto. Sabía que había conseguido Su atención y que Satán lo había favorecido con protección, pero él quería más.

Desde que tenía recuerdos había sido una persona errática que se movía por impulsos eléctricos. No solía detenerse a pensar ni a juzgar ni considerar nada. Simplemente hacía lo que le apetecía, tomaba lo que quería y conseguía lo que deseaba por las buenas o por las malas. Su instinto salvaje siempre lo había guiado, tanto en sus relaciones

personales como en todos los crímenes que acabó cometiendo.

Pero los años encarcelado, ese tiempo durante el que se había visto obligado a mantenerse en periodo de hibernación e introspección, había mutado parte de su carácter —no del todo, claro, Richard seguía guiándose por estímulos y tentaciones de lo más variadas—, pero también lo había vuelto ligeramente más calculador y menos caótico. En la segunda ola de crímenes del Acosador Nocturno estaba decidido a seguir un plan muy concreto… lo cual no significaba que no hubiera lugar para la pura improvisación.

Siguió hojeando el *Ars Daemonum* sin encontrar nada de lo que él buscaba. De ahí había sacado Hollie el tóxico para fingir la muerte durante unas horas, que también les sería muy útil en las próximas semanas, y desde luego sabía que el diablo caminaba a su lado y lo protegía, porque así se lo había pedido. No tenía miedo de mostrarse a plena luz del sol. No necesitaba ya esconderse.

—Joder, Ramirez, eres un chalado de mierda —le había espetado Jerome Kelley meses atrás cuando, al realizar su habitual su ronda nocturna, se había asomado a su celda y descubierto lo que había hecho para conseguir la atención del Oscuro.

Richard había observado con mucha calma como el guardia abría la puerta, tan contrariado como enfadado. La sangre aún goteaba de su mano izquierda y brillaba en el suelo de hormigón de la celda, ahí donde había pintado un enorme pentáculo de trazos desiguales usando la vieja amiga carmesí.

—¿Qué te crees qué estás haciendo? Puto adorador del diablo.

Jerome lo sacó a porrazos de la celda mientras llamaba al servicio de limpieza y al enfermero para que atendiese el corte de su mano. En cualquier otro momento, Richie hubiera apretado los dientes ante los golpes o le hubiese lanzado algún insulto de aquellos que solo guardaba para el odiado guardia, pero no lo hizo. Porque había logrado lo que quería y nadie, absolutamente nadie, podía llegar a imaginarse lo que había ocurrido en el interior de esa celda anodina.

Richie jamás contó lo que había hecho aquella noche: la invocación devota, el pacto sellado, el sacrificio ofrecido, las promesas realizadas, el poder obtenido. Todo eso quedaba entre él y el Oscuro. Un alma entregada entre sombras y susurros.

No obstante, en aquella noche de Halloween de 1993, con la libertad recién entrenada y un camino nuevo y excitante por recorrer, Richard buscaba otro tipo de señal. Una mucho más grande que la que había recibido en su celda meses antes.

Al fin, detuvo su búsqueda en una página en blanco del grimorio. La observó durante unos segundos.

—Sé que puedo darte más —le susurró al libro, tan impaciente como excitado—. Y sé que tú puedes darme más.

Así que desplegó la navaja automática y contempló el filo resplandeciente. Se vio reflejado en el acero. Los pómulos marcados, la mandíbula cuadrada, los ojos de alquitrán, las señales en la piel que la vida en cautividad de San Quintín había dejado en su rostro. Era el mismo que había deambulado acechando a sus víctimas por Los Ángeles, y a la vez no lo era.

Había aprendido bien todas y cada una de las lecciones.

Clavó la navaja en su mano derecha. Ignoró la punzada de dolor que el metal infligió en su piel cuando empezó a deslizar el filo formando finas líneas escarlata. Primero una, luego otra, la sangre goteando sobre las páginas expuestas del grimorio. Richard se clavó los dientes en el labio inferior conforme el dibujo iba tomando forma, emulando aquella estrella que una vez le había hablado en silencio desde la pared de un cementerio.

Cuando el pentáculo estuvo completo, sangrante y vil, selló el *Ars Daemonum* con su propia sangre y dejó que el símbolo empapase las centenarias hojas repletas de magia negra.

—Voy a llegar hasta el final —le aseguró a la presencia maligna que años atrás echó a andar a su lado para ya nunca abandonarle—. Esta vez no te fallaré.

Y entonces se reveló ante sus ojos. La página en blanco del grimorio dejó de estar en virgen. Su sangre se convirtió en tinta y la tinta en palabras que le hablaron solo a él. Ahí estaba la respuesta. Ahí estaba lo que buscaba. Lo que nunca creyó que sería posible, lo que el libro le manifestó que, a cambio de un sacrificio, sí lo era.

Engulló una a una cada palabra revelada en sangre. Las memorizó y las hizo suyas. Las grabó en el fondo de su alma maldita y las saboreó en voz alta al recitarlas, antes de que se fueran esfumando en la misma página en la que habían aparecido. Solo permaneció el pentáculo que con su carne y su sangre había sellado sobre el grimorio. De alguna forma, supo que aquel era el legado que dejaba en la obra execrable que había llegado a sus manos, y que de igual manera se marcharía de ellas cuando todo hubiese terminado.

Su sangre, comprendió, siempre estaría maldita.

Capítulo 14

«Hola nena. Me gusta que te hayas tomado la molestia de escribirme y de enviarme esa foto. No la compartiré con nadie, no te preocupes. La colgaré de mi pared, frente al catre y… ya sabes. ¿Te gustaría que me masturbase mirándote?».

«¿De dónde eres? ¿Qué pelis de terror te gustan? Pareces joven, ¿estás en el *insti*? ¿Qué haces para divertirte, aparte de escribirme y sacarte fotos *así*?».

«¿Eres virgen? A mí me gustaría que lo fueras».

Hollie se sabía prácticamente de memoria la primera carta recibida desde San Quintín, aunque no recordaba con tanta claridad la que ella le había enviado en un primer momento. Sabía que se había hecho esa foto en un arrebato, eso sí. Bueno, en un arrebato no, si no una noche en que su madre estaba trabajando y su padre estaba más bebido de lo habitual y le había hecho mucho más daño también de lo habitual.

El dolor había empezado a formar parte de su vida mucho antes de que Benton Randall la violara con sus dedos y la hiciera sangrar cada noche en que se quedaban solos. Había empezado con tirones de pelo, cachetes en las mejillas, empujones, gritos, insultos, amenazas. Palizas. Muchas palizas que dejaban a Hollie temblorosa, escondida bajo la cama rogando para que su madre, en un milagro que jamás ocurriría, llegase antes de su turno en el club.

Los cuentos infantiles decían que los monstruos que acechaban a las niñas buenas se escondían bajo la cama o en el armario, pero en la vida de Hollie esos eran lugares seguros, sombríos y angostos, que la mantenían fuera de la vista de un Benton borracho que la buscaba por toda la casa para desahogarse. La oscuridad había sido su refugio.

A veces, para olvidar el dolor de los dedos de Benton y el sabor agrio que este le dejaba en la boca, Hollie iba a la caseta de herramientas del Garaje de Saldos Randall y se llevaba cosas a su habitación: cuerdas, cinta americana, martillos, llaves. De vuelta en su pequeño refugio se amordazaba la boca con cinta americana. Se ataba de pies y manos ella sola y apretaba. Y apretaba. Y apretaba más. Hasta que ese dolor que ella había elegido reemplazaba al dolor que no habría elegido jamás.

Nunca le explicó a Richie que esa foto que tanto le había gustado no se la había sacado para él, si no en una de esas sesiones extrañas en que buscaba una vía de escape, una distracción, una forma de desasociarse de su cuerpo y verse a sí misma desde fuera para tener

una sola oportunidad de sentirse como una chica normal de dieciséis años. Como Kaya. Como Noelle. Como cualquier otra cuyo padre no disfrutara hurgando en su vagina con unos dedos manchados de grasa de motor.

El año en que Benton comenzó a inclinarla en la butaca para hacer algo peor con ella que dejarle el trasero rojo a guantazos, fue el mismo año en que Richie empezó a matar. El año en que a ella le vino la regla, a él ya le habían otorgado el apodo de Acosador Nocturno. El año en que ella empezó a atarse a sí misma, fue también el año en que Richard fue detenido en las calles de L. A. El año en ella que se masturbó por primera vez y supo lo que era el placer, fue al verlo a él en aquella entrevista en que pronunció, con rotundidad y un suspiro de intenso fastidio, una frase que cambiaría la vida de Hollie.

—¿Admites ser malvado, Richard? —le había preguntado el entrevistador.

Y Richard, con la mirada hecha de puro azabache y que contrastaba con el intenso bermellón de su mono carcelario, había sonreído.

—Todos somos malvados de una forma u otra, ¿no es cierto?

—Soy yo el que hace las preguntas, amigo —se molestó el reportero.

Aquella afirmación —un triste intento por parte del periodista de retomar el control de la entrevista para no quedar por debajo de un asesino en serie en elocuencia— hizo reír a Richie en una mezcla de desprecio y superioridad.

—Sí, soy malvado —afirmó—. No al 100 %, pero soy malvado. El mal siempre ha existido y el mundo perfecto que la mayoría de gente quiere nunca ocurrirá. Y se pondrá peor.

Se había arrastrado frente al televisor, muda, hipnotizada. La voz ronca de Richard Ramirez entrando sibilina en el salón de su casa, tan solo la luz del aparato iluminando la estancia y ella, sola, sin nadie más que el Acosador Nocturno hablándole directamente a Hollie Randall.

—La mejor época de nuestra vida es cuando reunimos el valor de transformar nuestras malas habilidades en nuestras mejores habilidades.

Luego aquellos ojos miraron a cámara. A Hollie. Y ella jamás había logrado olvidar esa mirada que le traspasó el alma.

«Todos somos malvados de una forma u otra».

Eso significaba que también lo era ella.

Esa noche, el orgasmo —aunque Hollie no podía ponerle nombre a ese placer que consiguió frotando sus piernas contra su almohada— fue devastador. A lo que sí pudo ponerle nombre fue al culpable de ese clímax que nació entre sus piernas, le subió por la columna vertebral y se le coló en el cerebro como un veneno.

Desde aquella noche, desde aquella entrevista, desde aquella convulsión, no logró dejar de pensar en él. Aún pasarían algunos años hasta que consiguiera averiguar dónde podía escribirle y reunir el valor para hacerlo.

Hollie solo recordaba frases aisladas de su primera carta.

«No debería estar haciendo esto, pero te vi en la tele y creí que quizás te iría bien tener una amiga».

Mentía. No quería ser su amiga.

«Seguro que te sientes muy solo ahí, en el corredor de la muerte».

Quizá tan solo como se sentía ella.

«Si quieres, puedes pedirme cosas y prometo que haré lo que pueda para conseguirlas».

Una promesa que había cumplido una y otra vez.

«¿Puedo llamarte Richie?».

Sí, podía.

Continuaba un poco molesta con él cuando detuvo el Buick en un restaurante de pollo frito con servicio de ventanilla, donde pidió comida y refrescos. Mientras esperaba su pedido pensó en esas primeras cartas, así como en los primeros encuentros en San Quintín. Lo hacía a menudo cuando estaba de mal humor o Richard hacía algo que no le gustaba del todo. Prefería al Richie de un humor juguetón, elocuente y divertido, un poco vacilón y con un punto canalla.

Había visto poco de ese Richie desde que habían huido de San Rafael.

Pero su leve enfado no fue suficiente para evitar el grito de preocupación que lanzó al regresar al motel y descubrir la herida que Richie se había hecho en la mano. Él parecía absolutamente tranquilo cuando Hollie corrió a colocarle la mano bajo el chorro de agua fría para cortar el flujo de sangre.

—¿Qué has hecho?

—Lo que tenía que hacer —respondió él, calmado.

Hollie sacudió la cabeza.

Examinó la estrella grabada a cuchillo en su carne. Estaba comenzando a detenerse la hemorragia y no parecía ser una herida muy profunda, pero aún así debía dolerle como mil demonios.

—Deja que te cure.

Richard no dijo ni que sí ni que no.

Lo llevó de vuelta a la cama, tomándolo de los hombros para sentarlo en la superficie mullida. No se fijó demasiado en el *Ars Daemonum,* todavía abierto y con una estrella de color granate secándose en una página en blanco. Lo justo para deducir que Richard se había dibujado el pentáculo en la mano y luego la había estampado en el libro por algún motivo que ella desconocía.

Cuando regresó con un par de vendas, tijeras y desinfectante,

descubrió que la herida que minutos antes estaba en carne viva, roja e irritada, había cicatrizado.

—¿Cómo…? ¿Cómo es posible? —murmuró—. Estabas sangrando hace menos de un minuto y ahora…

Pasó la yema del dedo índice por la palma carnosa de su mano. Él se lo permitió. Las líneas de la estrella estaban rugosas, con un ligero rastro de costra. Como si llevase ya un par de semanas de curación en vez de un par de minutos.

Lo miró. Richie no había dejado de observarla. Fijamente, sin apenas parpadear. Como si la estuviera acechando antes de saltar sobre ella.

—¿Qué significa esto?

—Significa que he encontrado lo que buscaba.

—¿Y qué buscabas?

No obtuvo respuesta. En lugar de eso, Richie la tumbó en la cama y le levantó las piernas. Se las abrió. Luego le bajó la ropa interior hasta sacársela por los pies.

—¿Eres virgen también de esto? —le preguntó con voz sibilina y ronca.

—Richie… —atinó solo a decir Hollie cuando vio desaparecer su cabeza entre sus piernas.

Lo que ocurrió a continuación la dejó sin poder pensar en apenas nada que no fuese lo que estaba ocurriendo en el epicentro de su cuerpo, en aquel motel de mala muerte, en compañía de un *serial killer*.

Solo cuando todo terminó y ella recuperó el aliento, Richie se encendió un cigarrillo, y ella se atrevió a pronunciar lo que sabía que era cierto desde hacía tanto tiempo, desde mucho antes de la primera carta. Desde que Richard le había dicho a través de una pantalla que todos eran malvados de una forma u otra.

—Creo que te quiero —balbuceó, buscando un abrazo que él permitió contra su piel caliente.

Tenía cicatrices aquí y allá, incluida aquella que el escalpelo de la autopsia le había infringido en el hombro cuando lo habían creído muerto. Hollie quiso preguntarle si esas marcas se las habían hecho en la cárcel o eran producto de su vida callejera. Pero no lo hizo.

—¿Y harías cualquier cosa por mí, verdad?

—Verdad.

Richard inspiró el humo y luego lo dejó ir.

—Buena chica.

Antes de quedarse dormida, envuelta en aquellos brazos delgados, una imagen fugaz cruzó por su cabeza, seguida de una pregunta para la que no tenía respuesta alguna:

¿Por qué Richie había grabado una estrella satánica con sangre en



aquella página del grimorio?

Capítulo 15

—Disculpe, ¿por qué dice que quiere ver a Lucas, señor Leyva?

—Soy periodista independiente —contestó Richard—, y estoy escribiendo un reportaje sobre las confesiones falsas.

El alcaide de la Unidad Ellis lo miró contrariado.

—La verdad es que ese desgraciado es especialista en confesar crímenes que no ha cometido.

—Ciertamente lo es —coincidió él—. Por eso es tan importante para mí esta entrevista.

—¿Y sabe usted que las entrevistas se solicitan por escrito, rellenando un formulario oficial y que tardamos meses en aprobarlas?

Richard repiqueteó con los dedos sobre el escritorio de caoba del alcaide.

—Sí, lo sé.

—Además, tiene usted poca pinta de reportero. Y su cara me resulta familiar.

—¿De veras?

Las comisuras de los labios se le torcieron en una mueca maliciosa cuando los ojos del alcaide —un tipo cansado, ajado por el trabajo de mierda que era ocuparse de una prisión estatal como la Unidad Ellis— se quedaron inmóviles. Se le abrió la boca ligeramente, como si sufriera algún tipo de discapacidad mental.

—No importa lo que tú creas, jodido funcionario chupatintas —le dijo Richie—. Lo que vas a hacer ahora es levantar ese teléfono de ahí, ordenar que traigan a Lucas y darme una sala de visitas en las que no va a entrar nadie más durante la próxima hora.

El alcaide sonrió con una expresión de pez fuera del agua.

—Por supuesto, señor Leyva.

Luego parpadeó, como si despertara de un largo sueño, e hizo la llamada.

—Traed a Henry Lee Lucas a la sala de visitas número uno.

Richard se levantó, alargando la mano por encima de aquel escritorio repleto de solicitudes de libertad condicional, fotos de familia y bolígrafos baratos.

—Un placer, alcaide.

—Siempre que usted quiera, señor Leyva.

La sala asignada era igual que tantas otras de cualquier prisión del país. Desangelada, pintada de un color indescifrable, fría e impregnada de un sutil olor a cigarrillos y sudor. Richie se asomó por

la ventana que daba al aparcamiento de la Unidad Ellis, solo para constatar que Hollie y el Buick seguían ahí. Con toda seguridad ella se habría dormido en el asiento posterior. Había sido un largo camino conduciendo hasta Texas.

Volver a su tierra natal no provocó ninguna emoción en él. El Paso y la vida que había llevado ahí quedaban muy lejos de todo lo que Richie era en aquel momento.

—¿Y tú quién narices eres? —dijo una voz de paleto a sus espaldas.

Al girarse y dejar ver su rostro, Henry Lee Lucas pegó un respingo.

—Hostia.

—Gracias por traerme a Lucas —le agradeció Richie al guardia, quien cerró la puerta para dejarlos a solas.

Henry no iba esposado y Richie no se sorprendió en absoluto ante ese detalle. Los años habían caído sobre el viejo asesino como una losa, dejándolo ajado y convirtiéndolo en un hombrecillo que daba más risa que respeto. Su aspecto físico no ayudaba en absoluto.

Era poca cosa todo él, apenas un retaco de brazos largos y pesados. Ligeramente simiesco. En una de sus cartas —no demasiado brillantes y repletas de multitud de faltas de ortografía— le había contado que cuando tenía diez años su hermano le había clavado un cuchillo de cocina en el ojo izquierdo, en el que desarrolló una infección que su madre ignoró durante días, hasta que un profesor le dio un reglazo en la cara y el globo ocultar reventó. Se lo tuvieron que extraer quirúrgicamente y se lo reemplazaron por uno de cristal. Desde entonces ese ojo estaba caído y el párpado nunca se le abría del todo. No era lo peor que le había pasado de niño.

A Henry le habían arreglado los dientes en prisión, tal y como habían hecho con él mismo, lo cual había mejorado en cierto modo su aspecto de eterno vagabundo alcohólico. Pero algo en Henry Lee destilaba miseria, la clase de pobreza endémica y generacional que se podía encontrar en cada rincón de Estados Unidos.

Bajito, feo, ignorante. Y tan zafio como lo habían sido sus verdaderos crímenes.

Richard lo consideraba el menos impresionante de sus fichajes, pero ahora entendía que era tan necesario como todos los demás.

—¿Cómo te va la vida, Hombre Elefante?

Henry pareció confuso.

—Tú estabas muerto.

—Y tú eres un poco imbécil, pero aquí estamos.

—No soy imbécil.

—¿Entonces por qué confesaste todos esos asesinatos que jamás cometiste? —Richard se pasó la mano por el cabello—. ¿Cuántos fueron? ¿Seiscientos o así? —soltó una risa sarcástica—. ¡Seiscientos! Menudo fantasma estás hecho.

—Maté a muchos.
—No a seiscientos.
—Pero a muchos.
—No los suficientes para entrar en mi salón de la fama, amigo mío.
—¿Qué te ha contado Ottis? —El pánico sembró la cara de Henry y Richie observó cómo se frotaba las manos, nervioso—. ¿Has ido a verlo a Florida? ¿Cómo está? Ya no me dejan llamarlo. ¿Qué te ha contado? ¿Te ha contado algo?
—No he hablado con Ottis ni pienso hacerlo. Tu viejo compañero de juergas no me interesa. Me interesas tú.
—¿Para qué?
Richie contuvo un suspiro. Aquel tipo era un simple, un majadero. Pero lo necesitaba.
—¿Acaso no leíste las cartas que te envié?
—Sí. Te pedí fotos y no me enviaste ni una. Tú tienes fans. Muchas fans.
—Tu falta de *groupies* no es mi problema.
—Hay señoras mayores que me escriben. Señoras baptistas, metodistas, presbiterianas. Me hablan de la Biblia y de Jesús.
—Ya… ¿y cuál es el problema? ¿No te convencen para entrar en el reino de Dios?
—Dicen que tengo que arrepentirme de mis pecados, pero yo no sé de qué pecados me hablan.
«Seguramente se refieran a asesinar a tu propia madre, entre otras muchas lindezas, idiota», pensó Richie.
La poca autoconciencia de Henry Lee Lucas sin duda lo convertía en una criatura fascinante. No una especialmente brillante, pero sí digna de estudio. Aunque someterlo a un examen psicológico forense no era lo que Richie quería hacer con él.
—Echo de menos… —Henry hizo el gesto universal del sexo. Richard siguió con la mirada cómo sus dedos hacían un círculo con el pulgar y el índice de su mano izquierda e introducía varias veces en él el índice de la derecha—. Eso.
—¿Qué pasa, no tienes ovejas por aquí a las que poder follarte?
—Las ovejas son buenas. Nunca se quejan.
—¿Y los perros?
—Esos a veces muerden cuando se lo haces.
Richie estalló en una carcajada sonora.
—Bueno, Hombre Elefante, si haces lo que te digo es posible que puedas volver a meterla en caliente. Si es con ovejas o con tías, eso ya es cosa tuya. ¿Quién soy yo para juzgar? —Levantó ambas manos en alto, y luego introdujo una en el bolsillo interior de su cazadora de cuero.
Colocó el vial transparente entre ambos.

—¿Qué es eso?

—Tu libertad.

—¿Para qué?

—Para estar a la altura de una reputación que ni mucho menos te has ganado.

—No entiendo.

Dejó el vial sobre la mesa y se levantó para empezar a pasearse por la sala con suma tranquilidad. Henry lo miraba sin apenas pestañear.

—Eres un fraude, Henry Lee Lucas. Podrías haber sido uno de los grandes y en vez de eso preferiste atribuirte asesinatos que no te pertenecían. Entre nosotros, amigo mío —Richie colocó las manos sobre la mesa que los separaba y se inclinó hacia él—, eres un perdedor.

—No.

—Sí. Solo un perdedor perdería la virginidad con el coño de una oveja.

—¡No tenía más opciones!

—Claro que las tenías. Pero tú no te atreviste a tomarlas. Por eso eres un perdedor.

—No lo soy. He matado a mucha gente. Soy lo peor. Lo peor de lo peor.

—Y una mierda —susurró sibilino Richard—. Bundy es lo peor. Chikatilo es lo peor. Fish es lo peor. Tú solo eres un primerizo, un aprendiz. Y no uno demasiado bueno, debo decir. Necesitaste a Toole para que te guardase las espaldas. Y teniendo en cuenta que, de los dos, Ottis Toole es el estúpido y tú el supuestamente listo… no dice demasiado de ti.

Henry fue a protestar, seguramente para defender su reputación de asesino en serie sanguinario, pero Richie no se lo permitió.

—Hay potencial en ti para ser el mejor de todos nosotros —mintió sin escrúpulos. Aquellas palabras lograron el efecto deseado en Henry Lee: lo aplacaron. Lo adularon. Lo sedujeron. Tan sencillo como eso. Lisonjear el ego de un criminal era el camino más llano para conseguir ponerlo de tu lado—. Pero para eso necesitas estar ahí afuera.

El dedo de Richard señaló el exterior de la Unidad Ellis y el único ojo vivo de Henry pareció soltar un leve destello de excitación.

—¿Cómo?

—Tómate esto de aquí un par de horas —empujó el vial hacia él—. La próxima vez que abras los ojos serás libre. Y yo te enseñaré cómo es ser un asesino en serie de verdad, si tienes lo que hay que tener.

Henry alargó su pequeña mano —dedos gordos, cortos y abultados, de crío mal desarrollado— hacia el estrecho botecito y se lo escondió torpemente en la manga de su camisa.

Richie se humedeció el labio inferior. Ya era suyo. Tan fácil como

pescar en un estanque. Con los tres que restaban en su particular lista no resultaría tan sencillo, estaba seguro de ello. Pero valdría la pena.

—¿Y cómo se llega a ser un asesino en serie de verdad? —preguntó Henry.

«Haciendo cosas que tú nunca has hecho. Sintiendo cosas que tú nunca has sentido. Traspasando límites que tú nunca has traspasado».

Intersección: Vincent y Maxine Zazzara

It's hot here at night
Lonely, black and quiet
On a hot summer night
Billy Idol - *Hot In The City*

Poca gente a los veinticinco años entiende el sentido de su existencia. Yo, tras cuatro asesinatos, cuatro vidas robadas, lo comprendí mucho antes de lo que otros llegan a hacerlo: mi único motivo era el mal por el mal. Porque me divertía. Porque me excitaba. Porque era el subidón definitivo. Porque todo se reducía a la dominación. Pero, sobre todo, porque sí.

Cuando años después llegaron agentes desde Quantico a preguntarme los motivos por los cuales había acabado convirtiéndome en el Acosador Nocturno, eso es lo que me limité a decirles:

—Porque sí.

—¿Pero por qué?

—¿Y por qué no?

El pentáculo en el cementerio me había mostrado el camino que solo yo podría recorrer. La conclusión fue tan simple como esclarecedora: cuanto más crueles y perversas fueran las muertes, más complacido estaría el Oscuro.

Fue tras matar a la tía esa del coche que empecé a plantearme el mangar dinero en cantidades suficientes como para poder establecerme en algún lugar, en vez de limitarme a vagar por las calles, colarme en casas abandonadas y dormir en cementerios, hoteles y coches robados. Por supuesto que ese tipo de existencia me complacía —aún lo hace, y con el tiempo he llegado a comprender que soy, en esencia, tan nómada como apátrida—, pero seamos claros: asesinar es mucho más cómodo cuando tienes tu propio sitio.

Fantaseaba con comprar una casa en algún lugar apartado. Tenía visiones de un sótano perfectamente equipado, como si de una mazmorra de torturas medievales se tratase. Soñaba con largas sesiones de sexo sádico en el que la sangre lo salpicaba todo y los gritos quedaban ahogados por las paredes subterráneas. Deseaba ese tipo de privacidad para, quizá, filmar a mis víctimas y luego vender

las cintas. Sabía que en Skid Row había ese tipo de mercado y que muchos cabrones con pasta de Bel Air, Malibú o Holmby Hills se acercaban al centro de la ciudad a por coca, putas y *algo más*. Si lo que haces lo haces bien, ¿por qué no sacar dinero de ello?

Ocho días después de Dayle y Veronica, me lancé a las calles de nuevo. Otro coche robado, otra noche conduciendo bajo las luces artificiales de la ciudad, otro acechamiento. Casa por casa. Ventana a ventana. Mis ojos buscaban el lugar adecuado por el que poder colarme. Preferiblemente con gente en su interior. Porque quería llevarme un botín en todos los sentidos.

Cuando atravesaba la autopista de Gabriel River recordé una casa en la que había entrado hacía aproximadamente un año. Una casa que gritaba dinero por todas partes. Lo gritaba en los sofás de piel, en la buena madera de sus muebles, en las alfombras, en la televisión y en el equipo de música, en la nevera de dobles puertas, en la vajilla expuesta en la vitrina, en los marcos plateados de las fotos que mostraban a una pareja de mediana edad feliz y sonriente.

—Whittier —dije, tomando un cambio de sentido y dirigiendo el coche hacia aquella comunidad pudiente, hacia aquellas imágenes resplandecientes de clase media adinerada, burguesa, despreocupada, invulnerable.

De repente, estaba furioso. Ardía de una fiebre que no podía controlar. Me hervía la piel y se me secaba la boca. Para cuando llegué a Whittier sobre las dos de la madrugada todo yo era un borboteo de rabia.

Aparqué frente a la casa, apagué el motor y contemplé la vivienda. Recuerdo una luna menguante, el sonido de unos aspersores lejanos, el roce de las hojas de los árboles de la avenida y el cricrí de un grillo solitario. Nada más. Aunque ya había estado ahí con anterioridad, estudié de nuevo el edificio antes de descender del vehículo.

Construida en un terreno de medio acre en el que crecían naranjos y pomelos, la casa era de ladrillo y de una sola planta, con una bonita valla de madera blanca y grandes ventanales. En el de la izquierda se distinguía una luz encendida. Eso hizo que mi corazón empezase a bombear más deprisa. Si en la casa había alguien despierto, como aquella lámpara prendida parecía indicar, el asalto tendría que ser más rápido, más violento. No podía cometer ningún fallo.

Bajé del coche y me aseguré de que la puerta se cerraba sin hacer ningún ruido. El césped bien cuidado amortiguó el ruido de mis ya de por sí silenciosas deportivas Avia. Noté un sudor frío en mi nuca cuando me asomé a la ventana y divisé a un hombre sobando en el sofá, frente a la televisión encendida.

—Gilipollas —murmuré.

El viento se llevó la palabra con él.

Rodeé la casa hasta el patio trasero, evitando macetas y herramientas de jardín cuyo ruido hubiera revelado mi presencia. A mitad de camino volví a mirar por una de las ventanas laterales. Descubrí un dormitorio. Y en él, a una mujer que dormía.

Sonreí.

La última vez no había podido disfrutar del todo. Pensaba resarcirme a mí mismo aquella noche.

El patio trasero no estaba iluminado y mis ojos recorrieron la pared de la casa en busca de algún lugar por el que poder entrar. Había una ventana en una esquina, pero estaba demasiado alta y no había nada a mi alrededor que me sirviese de apoyo. Seguí escrutando. Tenía que haber algo. Lo que fuera.

Encontré un bidón de estiércol vacío. Fue más que suficiente.

Mis deportivas tocaron el suelo del interior de la casa y me encontré en la habitación de la colada. La puerta que daba al pasillo estaba abierta y podía vislumbrar la luz que emitía el aparato sobre la cara del hombre que aún dormía. Caminé hacia él. Saqué la pistola de la cintura de mi pantalón. El tío roncaba suavemente.

«Durmiendo el sueño de los putos ricos», pensé.

Levanté el arma.

Quité el seguro.

Disfruté de aquellos segundos mágicos en los que pude decidir sobre una vida humana, era mío y solo mío. Si no disparaba, sería misericordioso. Si disparaba, sería depravado.

Así que, por supuesto, disparé.

El estallido rebotó en las paredes de la casa silenciosa y el tipo se incorporó de golpe, con un agujero sangrante sobre su oreja izquierda. Me miró con terror. Yo no me moví. Intentó arrebatarme la pistola y sus movimientos erráticos —seguramente producidos por esa única bala que hacía puré su cerebro— me llenaron de risa. La sangre empezó a brotar. Él me miró de nuevo, confuso, aterrado, atónito. Era su casa, su lugar seguro. Y yo, el monstruo que había hecho añicos esa ilusión de mierda.

Los últimos bombeos de su corazón lanzaron chorros de la vieja amiga carmesí en todas partes. El sofá, la moqueta, la tele, la pared. Sangre por todas partes. Cayó sobre sus rodillas. Esta vez me aseguré de que hubiera muerto.

Luego, me dirigí al dormitorio.

—¡Dios mío! —gritó la mujer, cubriéndose con las sábanas. El disparo la había despertado y la había dejado inmóvil.

—Cállate y no me mires, zorra. ¿Dónde está el dinero? ¿Y las joyas?

—¡Vete!

—¡Que no me mires te he dicho!

Mi mano le cruzó la cara. Usé una de las corbatas de su marido

para atarle las manos y otra para metérsela en la boca y que se callase de una jodida vez. Cuando me aseguré de que no podía moverse ni mucho menos escapar, desconecté la línea telefónica y empecé a buscar por el dormitorio.

Ella lloraba. Me miraba. La corbata de la boca apenas podía contener sus babas mientras yo abría armarios, cajones, joyeros. Buscaba cualquier cosa valiosa, ya fuese dinero o joyas. En aquel momento quería terminar cuanto antes con la parte del robo para dedicarme a la otra parte, mucho menos práctica pero más placentera.

Otra lección aprendida: no robes antes de matarlas.

Porque mientras yo metía anillos y relojes en una funda de almohada, escuché algo a mis espaldas. O quizá no escuché nada y fue el instinto. O quizá simplemente fue el Oscuro alertándome.

Cuando me giré, ella se había desatado y me apuntaba con una pistola. Me moví hacia la izquierda. Busqué mi arma. Ella disparó. O al menos, eso intentó. La pistola no estaba cargada.

Sollozó, impotente.

—Zorra —escupí a sus pies, con la cara roja de rabia—. Zorra hija de puta.

Toda aquella furia. Toda esa ira. Todo lo que yo había acumulado en mi interior… explotó.

Disparé tres veces y su cuerpo cayó sobre la cama matrimonial. Empecé a romperle la cara a puñetazos, le pegué patadas. El simple hecho de que ella se hubiera atrevido siquiera a desafiarme, a intentar matarme, me encendió más.

En la cocina encontré un cuchillo y regresé a por ella. Aún estaba viva, la muy puta. La había disparado tres veces, pegado hasta que su cara era una herida supurante, y aún estaba viva.

Y yo, más furioso que nunca.

«Maligno hasta la infamia, ni rastro de piedad».

Me subí sobre su estómago y le levanté la camiseta hasta el cuello. Intenté sacarle el corazón a través de la caja torácica pero el cuchillo no podía serrar a través de las costillas. Así que clavé el filo en su carne y dibujé una cruz invertida encima de su pecho izquierdo. Lo más profundo que pude. Ella lloraba, gimoteaba. Me suplicaba, me miraba.

—¿No te he dicho que no me mires? Puede que así aprendas a obedecer.

Sacarle los ojos fue mucho más sencillo. Primero los párpados, luego los globos oculares. Salieron cubiertos de sangre, venas y mucosa y los metí en uno de los bonitos joyeros que había dejado vacíos.

—A partir de ahora tus ojos serán del Oscuro —me reí.

Las puñaladas finales le arrebataron el último aliento que le

quedaba. Me aseguré de que el cuchillo se adentraba en su estómago, que rajara su garganta y perforara su pubis. Quedó tan jodida que cuando quise darme cuenta, simplemente no pude follarme ese amasijo de heridas, sangre y gemidos agonizantes.

Horas más tarde, tras lavarme la sangre y cambiarme de ropa, vendería una grabadora, una videocámara, un par de relojes y varios anillos en Skid Row. Con parte del dinero le pagué a una puta para que me dejase lamerle los pies y me la chupase.

Volví a mi habitación del hotel Cecil a las seis de la mañana, miré los ojos arrancados que me observaban desde el joyero abierto y volví a reírme.

Capítulo 16

El doble asesinato de Vincent y Maxine Zazzara había sido el primero sobre el que había leído Hollie cuando empezó a interesarse de verdad por la figura de Richard Ramirez, el que había generado un auténtico impacto en ella. Quizá fue porque se trataba de un matrimonio de una edad parecida a la de sus padres, quizá por el detalle de los ojos, quizá simplemente fue porque era doble. Fuese como fuese, se recordaba a sí misma el pensamiento que se le pasó por la cabeza.

«Ojalá hubieran sido mis padres».

Claro que lo desechó enseguida, horrorizada ante el simple hecho de poder llegar a plantearse algo así. Sí, de acuerdo, su padre era un borracho que la molestaba y su madre trabajaba en un club de alterne, y ambos la ignoraban la mayor parte del tiempo si no era para pegarle palizas, gritarle o vejarla. Pero eso no significaba que pudiera tener siquiera el derecho a desearles la muerte.

—Querer que tus padres mueran es lo más natural del mundo —le aseguró Richie cuando ella mostró sus tímidas reservas respecto a lo que había sentido al saber de la muerte de los Zazzara—. Es uno de los mitos más antiguos que hay. La transición necesaria entre la juventud y la edad adulta. Para que algo nazca, algo debe morir.

—¿Matarías tú a los tuyos?

—Ya no. Pero se lo merecen.

—¿Odias a tu padre?

Richard pareció rumiar la respuesta durante unos pocos segundos, hasta que al final contestó de forma evasiva:

—Renuncié al amor y a la felicidad hace mucho tiempo.

—¿Quieres decir que…?

—No tengo necesidad alguna de explicarte eso. O lo entiendes o no lo entiendes.

Y Hollie lo entendía. ¿Cómo no iba a hacerlo, si ella jamás se había sentido feliz, si había crecido en un hogar que siempre hedía a efluvios malsanos, gritos y pena?

—Pero matar está mal —intentó rebatir.

—Solo si lo haces por tu cuenta. Los asesinos en serie hacemos a pequeña escala lo que el gobierno hace a lo grande. Yo solo soy un producto de los tiempos que corren.

—¿Qué tiempos?

—Tiempos sanguinarios.

—¿Eres un psicópata?

—Puedes ponerme esa etiqueta si quieres, sí.
—Una vez leí que los psicópatas no tienen emociones.
—Eso es mentira —replicó Richie—. Cava lo suficientemente hondo y encontrarás emociones. Pero puede que no sean las emociones que andas buscando.
—¿Podrías llegar a quererme?
—Podría llegar a tolerarte.
—¿Quieres a otras chicas?
—Yo no quiero a nadie.
—¿Si fueras libre de nuevo… cambiarías?
—No.
Con el Buick apagado y aparcado frente a la morgue de Huntsville, Hollie pensó en esa conversación que ambos habían tenido una tarde cualquiera en la sala de visitas de San Quintín. La confianza se había establecido ya tras varios encuentros cara a cara y después de que ella pusiera las cartas sobre la mesa. Conversar con Richie nunca era fácil, porque siempre parecía estar a la defensiva cuando tocabas ciertos temas que le resultaban incómodos o aburridos.
Pero desde que le había confesado que deseaba ver morir a su padre, las charlas se habían distendido y Richard parecía más confiado a la hora de hablar.
—Si quieres que te libre del cabrón de tu padre, tendrás que sacarme de aquí.
—¿Cómo?
—Necesito que consigas un libro.
—¿Un libro? —se sorprendió ella.
—No será fácil, no será limpio y no será legal.
—Pero…
—Y no tendrás que hacer preguntas al respecto.
Hollie se preguntó qué quería hacer exactamente con el libro que ella le había conseguido. Ya se había fugado de San Quintín. ¿Para qué más lo necesitaba? Era la cuestión que le rondaba la cabeza de un lado al otro, rebotando como una pelota de pimpón dentro de su cerebro, mientras esperaban frente al edificio de hormigón gris.
—¿Recuerdas que te pedí cinco viales, además del mío?
Los dedos de Richie acariciaban el delgado volante del Buick y su mirada permanecía fija en la puerta delantera de la funeraria. Hollie podía percibir la tensión de su cuerpo en las venas hinchadas de su cuello y en los músculos de sus antebrazos. Era sin duda su estado natural: el acecho y la caza.
No entendía ni sabía el motivo por el cual estaban ahí aparcados, porque Richard no daba explicaciones si no las consideraba necesarias, pero le había pedido que se subiera al coche con él y Hollie, por descontado, había obedecido.

—Sí.

—¿Sabes quién es Henry Lee Lucas?

—No.

Richie chasqueó la lengua, aunque no parecía enfadado por su desconocimiento; solo ligeramente divertido.

—A veces me olvido de que eres una puta cría.

—Una puta cría que sabe cómo chupártela —replicó Hollie, molesta por su tono condescendiente.

Aquella réplica hizo reír a Richard, que la miró con la diversión brillando en su mirada espesa.

—No me tienes miedo, ¿verdad?

—No siempre.

Le sorprendió la caricia, tan furtiva como fugaz, que Richie dejó en su mejilla con la yema de su dedo índice. Luego su atención regresó a la morgue.

—Henry Lee es uno de los asesinos más patéticos que tenemos en este país. Es un mentiroso, un fracasado. Se dedicó durante años a comerle la oreja a la pasma haciéndoles creer que era el peor asesino en serie de la historia. Nadie sabe por qué lo hizo.

—Quizá quería fama.

—Quizá sí —concedió Richie—. Pero esa clase de fama se consigue con hechos y no con mentiras.

—¿Y por qué has venido a verlo?

—Porque lo necesito.

—¿Como a Kemper?

—No, como a Kemper no. Ed es inteligente, sofisticado… Henry Lee es rematadamente imbécil. Pero a ambos los quiero libres.

Hollie calló.

—Cuando nuestro pequeño viaje por carretera acabe volveremos a California. A Los Ángeles. Confío en que Ed sabrá apañárselas para llegar ahí, pero no lo tengo tan claro con Henry Lee. Por eso estamos aquí, nena. Así que dime… ¿sabes cómo hacerle un puente a un coche?

—Soy hija de un mecánico, ¿tú qué crees? —resopló ella.

Richard sonrió en la oscuridad del Buick, deslizó una mano hasta su muslo desnudo y se lo apretó. Luego le señaló un coche estacionado en la acera de enfrente.

—Muy bien. ¿Ves ese Ford aparcado ahí?

—Sí.

—Demuéstrame que sabes hacer algo bien, además de las mamadas.

—Me verán… La calle está demasiado iluminada.

—No te verán. Además, ¿de qué tienes miedo? Le cortaste la lengua a tu mejor amiga, ¿no? ¿Qué importancia puede tener un robo?

—Pero Richie…

—Dijiste que harías cualquier cosa por mí. Hazlo.

Lo último que deseaba era verlo enfadado. Lo quería contento y satisfecho, un poco dependiente de ella y de sus afectos. Porque Hollie nunca llegó a creerle cuando él afirmó con rotundidad que era incapaz de amar. De amarla a ella. En el fondo esperaba que Richie, incluso con una psicopatía galopante y unas tendencias tan sádicas como las que tenía, pudiera cambiar un poquito por ella. Para quererla como nadie la había querido ni la querría nunca.

Y en el fondo tenía razón: ¿qué importaba un coche robado a alguien que no conocía comparado con la excitante sensación de estar atravesando todos los límites conocidos de la decencia?

Así que Hollie abrió la puerta del conductor de ese Ford cualquiera con una ganzúa que Richie puso en sus manos, y tardó unos pocos minutos en realizar el cableado. Notaba en cada uno de sus movimientos los ojos depredadores de él, que no perdían detalle de cómo delinquía una vez más a sus órdenes. Eso le provocó un cosquilleo delicioso en la nuca.

El Ford arrancó y soltó un estruendo en la solitaria calle de la funeraria, rodeada de tiendas cerradas y en penumbra, con un único semáforo que cambiaba del rojo al verde, del verde al naranja y de nuevo al rojo.

—¿Y ahora, qué?

—Ahora es el turno de Henry Lee —le respondió Richie mientras encendía un cigarro, todo él en calma, cuando la puerta de la morgue se abrió con un chirrido, pegando contra la pared de ladrillos.

A contraluz se dibujó una figura bajita, un poco encorvada, que arrastraba a duras penas el pie izquierdo y que andaba a trompicones para alejarse del edificio. Richie inspiró el humo, dejó el cigarrillo colgando de sus labios y bajó del Buick. Dubitativa aún de su papel en toda esa escena, Hollie lo siguió.

Cuando la luz roja del semáforo iluminó la cara de ese hombre Hollie no pudo evitar buscar el refugio en el cuerpo de Richard.

—Hola, Hombre Elefante. Bienvenido a tu nueva vida.

Henry Lee Lucas era un hueso duro de roer y Richie tenía poca confianza en sus habilidades para robar un coche. Sobre todo teniendo en cuenta que había salido de la funeraria tal y como lo hizo él: cubierto de sangre y medio en pelotas.

De todas formas, ese tipejo con cara de retrasado se las había apañado bastante bien para eludir la policía durante unos cuantos años. Ahora contaba con la protección del Oscuro y le sería relativamente sencillo llegar a Los Ángeles.

—Busca el hotel Cecil, la habitación 1419. Aguarda mi regreso antes de terminar el mes.

—¿Cómo voy a pagar la habitación esa, eh?

—No te hará falta. Ya estará ocupada.

El tipejo se había montado en el Ford sin preocuparse de nada. Iba con una bata de hospital abierta por delante, medio desgarrada y cubierta de sangre, y el miembro sucio y diminuto apenas perceptible en una mata de pelo negra y emponzoñada por corridas acumuladas de varios días que el cerdo no se había molestado en limpiarse. Tras él, Hollie contuvo una arcada y se agarró a su brazo. Richard quiso quitársela de encima con impaciencia pero no lo hizo: la chica era útil, complaciente. Una compañía bastante decente.

A pesar del fuerte olor que Henry desprendía, Richie se inclinó en la ventanilla del Ford y lo cogió por el pescuezo. El otro soltó un gemido ahogado.

—Conduce sin parar lo justo e imprescindible. Si te atreves a hacer algo por el camino que ponga en peligro las instrucciones que te he dado, te aseguro que te encontraré, te cortaré esa polla inmunda que tienes y te la haré tragar mientras te desangras.

—No haré nada que no me hayas dicho. Conducir hasta Los Ángeles y buscar el hotel Cecil.

—Eso es.

—Habitación 1419.

—Exacto. ¿Está claro, Henry? ¿Eres consciente del pacto que has sellado esta noche?

—Sí.

—Pues largo.

Golpeó el techo del Ford un par de veces y Henry arrancó, saltándose el semáforo y perdiéndose a toda velocidad por las calles de Huntsville. Richie aspiró otra calada, notando los brazos de Hollie alrededor de la cintura. Él la correspondió tomándola por el cuello.

—¿Echamos un vistazo, nena?

—¿A qué?

—A lo que sea que haya hecho ese imbécil ahí dentro —le señaló con el pitillo la funeraria, cuya puerta aún permanecía abierta.

La escena era tan caótica como sangrienta y Richard enseguida reconoció las huellas de un asesino largamente encarcelado. Había una furia sin control, un deseo ávido de sentir cómo era volver a matar en vez de disfrutar del propio acto en sí.

La patóloga al cargo de la morgue en esa desafortunada noche aún estaba viva cuando Richie irrumpió en la sala de autopsias. Hollie caminaba detrás de él, sin soltar su brazo y conteniendo la respiración.

—Ay, no —dijo la chica al ver a la mujer en el suelo, con unas tijeras enormes clavadas en el corazón y marcas de mordiscos en la cara, en los brazos, en las piernas con las medias desgarradas.

La mujer boqueaba. Había perdido mucha sangre por el ataque. Henry la había golpeado, mordido y apuñalado varias veces con las tijeras de autopsia. La sangre había traspasado la blusa blanca y la bata médica y Richard pudo intuir los rastros de sus intestinos expuestos bajo la tela empapada de rojo.

—Richie —suplicó Hollie—. Haz algo.

—Cállate.

Esta vez sí que se la sacudió de encima. Se agachó junto a la mujer tumbada en el suelo, que abría y cerraba la boca, incapaz de pronunciar ninguna palabra entendible. Movía los brazos en espasmos, arriba y abajo, como si intentara alcanzar algo.

Richard la tomó por la nuca, le abrió la bata médica y la blusa y le levantó la cabeza para que pudiera ver sus propias heridas.

—Tú mejor que nadie debería saber que de esta no vas a salir viva —le dijo con voz suave. Los ojillos inyectados en venas rojas le devolvieron una mirada suplicante—. Puedo hacer que sea más rápido.

Ella cabeceó. Ese simple movimiento hizo que unos centímetros más de intestinos salieran por su herida abierta. Hollie vomitó sobre la mesa de autopsias.

—Dime, ¿crees en Satán?

La mujer sollozó. No pudo responder.

—No importa. Pronto creerás en él.

Arrancó las tijeras de su pecho y se las clavó en la garganta, justo en la vena carótida. La sangre que le quedaba en el cuerpo salió en borbotones calientes y la mujer murió en menos de un minuto.

Hollie aún estaba agarrada a la mesa de autopsia con un hilillo de bilis goteando de su boca cuando Richie se incorporó.

—Una vez me preguntaron si era malvado —comentó, lanzando las tijeras ensangrentadas a un sumidero—. Yo les contesté que no lo era al cien por cien. No me creyeron, pero dije la verdad. Nunca he sido malvado en toda la extensión de la palabra.

Capítulo 17

Cuando volvieron a tomar la carretera, Richard compró algunas cintas más para el coche. Bueno, no las compró, claro. Simplemente paró en una gasolinera, le dijo a la dependienta que quería unas cuantas cintas de Judas Priest, Black Sabbath y AC/DC y salió con una bolsa llena de ellas y el depósito del Buick lleno de combustible. Hollie no le vio pagar en ningún momento, pero tampoco vio a la dependienta llamar a la policía ni ofrecer resistencia alguna. Se limitó a sonreír como una estúpida, entregarle los casetes y permitir que repusiera toda la gasolina que él quisiera.

—¿Sabes cuántas ganas tenía de escuchar este disco? —dijo, introduciendo la cinta de *Painkiller* en el reproductor del Buick por la cara B—. Lo publicaron cuando yo ya estaba en San Quintín, y por supuesto ahí no me dejaron ponerlo nunca. Ni siquiera tenía una minicadena ni nada, solo la radio de la prisión.

Hollie asintió. Era consciente de esa restricción que tanto exasperaba a Richie. Era su queja más repetida: la de no poder acceder a las películas y la música que él quería disfrutar. Por eso le había dejado una cinta de Billy Idol puesta en el coche aparcado en la funeraria. Sabía cuánto deseaba escuchar *Rebel Yell* a todo trapo, tras tantos años de sequía musical.

—¿Por qué este disco en concreto?

—Me escribió un tío de Indiana contándome que había una canción que hablaba de mí.

—¿Cuál?

—*Night Crawler*.

Cruzaron la frontera entre Texas y Arkansas con aquella canción sonando una y otra vez. A Richard le encantó y rebobinaba la cinta en cuarto terminaban los últimos acordes para volverla a escuchar. Hollie no preguntó a dónde se dirigían y Richie no se lo indicó.

En algún lugar cerca de Prescott, vieron en las noticias las supuestas muertes de Edmund Kemper y Henry Lee Lucas. Eso le puso de buen humor y decidió que tenían que celebrarlo pillando una habitación en un motel, bebiendo una botella de bourbon y echando un par de polvos.

—¿Sabes una de las cosas que más eché de menos cuando estaba en San Quintín?

—El cine —afirmó ella.

—¿Cómo lo has sabido?

—Por tus cartas. Echabas de menos el *heavy metal* y las pelis de terror. Una de las primeras cosas que me preguntaste fue cuál era mi película favorita. La tuya es *La matanza de Texas*.

—¿Llegaste a decirme la tuya?

—No me gustan las pelis de miedo. Pero alquilé *La matanza de Texas* en el Blockbuster cuando leí que era tu preferida.

Richie aspiró una buena calada de su cigarrillo y se rascó distraídamente la piel de su torso, allá donde Hollie le había clavado las uñas hasta hacerlo sangrar mientras follaban. No, mientras follaban no: mientras *él la follaba*. Había una diferencia sustancial entre acostarse y lo que Hollie le pedía que le hiciera.

Y también había una diferencia abismal entre acostarse y lo que él le había hecho con un cuchillo, justo entre ambos pechos. La herida no era profunda, pero sí alargada y vistosa. Había tardado varios minutos y muchas gasas empapadas en dejar de sangrar. Hollie se había quejado lastimeramente por la herida pero una mirada furibunda de él la había hecho callar y curarse en un silencio triste.

La chica había regresado a la cama con el pecho vendado. Richie no se molestó en decirle que esa herida se la volvería a abrir de vez en cuando, cada vez que a él le apeteciera verla sangrar mientras se la follaba.

—¿Y qué te pareció?

—No sé. Cara de Cuero es… aterrador. Da mucho asco.

—Aunque en realidad, si lo piensas bien Cara de Cuero es el más inocente de toda la familia —argumentó él tras aplastar lo que quedaba del cigarro en el cenicero de latón de la mesita de noche que tenía a su izquierda—. Él es simplemente un producto del lugar en el que nació y de la gente que lo rodeó. Es estúpido e impulsivo. La verdadera semilla malvada reside en todos los demás: sus hermanos, sus abuelos… Cara de Cuero está bajo su control, les tiene miedo. En apariencia es el más feo y el más loco, pero nada más. La maldad es primigenia, está oculta en los genes de la familia entera que se entrega al sadismo, al canibalismo. Ahí es donde reside la fuerza de *La matanza de Texas*: no hay nada sobrenatural en ella, el terror viene de la cotidianeidad de una familia cualquiera que ha decidido que para sobrevivir junta debe matar junta.

—Es enfermizo.

—Por supuesto que lo es. El mundo está enfermo, aunque os neguéis a aceptarlo.

—Es imposible que exista en la vida real alguien como Cara de Cuero.

—¿Por qué?

—Porque no podría estar tanto tiempo actuando así sin que lo detuvieran —argumentó Hollie mientras pegaba su cuerpo al de

Richie en busca de calor—. A ti te pillaron en pocos meses.

Richard percibió cómo la piel de Hollie se tensaba al instante, consciente de lo que acababa de decir. No se movió de su lado, con la pierna encima de su estómago y la cabeza apoyada en su hombro, pero toda ella estaba tirante, asustada. Y seguramente en otro momento Richie la hubiera cogido de ese pelo oxigenado y le hubiera cruzado la cara hasta hacerle saltar un diente por atreverse a sacar a flote el episodio más vergonzoso de su carrera criminal. Nunca hablaba de ese último día de agosto en que una panda de hispanos cabreados lo persiguieron calle Hubbard abajo al reconocerlo como el Acosador Nocturno. Odiaba recordar la humillación de los golpes de la turba, y que fuera la policía de Los Ángeles lo que lo salvó de morir linchado por una panda de capullos inmigrantes y gordas amas de casa. Cada vez que recordaba ese trayecto desde Boyle Heights hasta la comisaría de Hollenbeck —los cinco minutos en coche más horribles de su vida—, herido y degradado, ardía de furia ante aquella imagen suya. Burlado, abochornado. Atrapado.

Uno de sus admiradores por correspondencia, un tipo que tocaba en un grupo de *death metal* y que había compuesto una canción en su honor, se había ofrecido a encontrar a todos aquellos que formaron parte de la muchedumbre que lo golpeó y pegarles una buena soba. Richard estuvo a punto de aceptar la propuesta, aunque luego se lo pensó mejor: si alguien debía clamar venganza, ese alguien sería él y no otro. Ese era *su* trabajo.

—Relájate, nena —le indicó a Hollie, de buen humor— No te voy a zurrar. Hay una parte de mí que disfruta de ese carácter bocazas que tienes.

—No pretendía…

—Por ahora te permito ciertas confianzas. Pero una vez estemos de vuelta en Los Ángeles y ya no estemos solos no voy a tolerar salidas de tono como esa. ¿Me he explicado bien?

—Sí…

Él siguió callado, tranquilo tras el sexo, pensando en quién se alojaba esa noche también en motel y a la que pronto tendría cara a cara, cuando Hollie volvió a hablar:

—O sea, que ese es el plan: volver a Los Ángeles.

—Ese es el plan —confirmó Richie.

—¿Y las cárceles que estamos visitando…?

—No estaremos solos en L. A. Hay unos cuantos… compañeros, digamos, con los que nos reuniremos ahí.

—¿Asesinos… como tú?

—No hay asesinos como yo —espetó él. Hollie volvió a tensarse.

—Pero sí hay uno al que admiras por encima del resto: Jack.

Richie giró ligeramente la cabeza para mirarla y ella supo que

había dado en el clavo. Había pocos temas que apasionasen más a Richard que Jack el Destripador y toda la leyenda negra que envolvía la figura del popular asesino.

—Sí. Lo admiro, si quieres llamarlo así.

—¿Por qué? No mató ni a la mitad de gente que tú.

—No se trata del número de víctimas, nena. Se trata de estilo. Del terror que tu nombre levanta incluso cuando has asesinado en contadas ocasiones pero estas han sido tan terribles, tan crueles y sangrientas, que nadie puede evitar echarse a temblar cuando te nombran. Esa es la absoluta grandeza de Jack, en mi opinión. —A Richie se le escapó una sonrisa—. Claro que también está la estética. El imaginario que hay alrededor de él. Las noches de Londres, la niebla y la lluvia, una figura oscura y misteriosa… Y el hecho de que a Jack jamás lograron atraparlo.

—Perdona por sacar el tema de tu detención.

—No importa. Ocurrió hace muchos años. Apenas lo recuerdo ya.

Hollie se tragó la mentira, como lo había hecho con tantas otras. Richard recordaba cada humillante segundo corriendo por Boyle Heights siendo perseguido, insultado, golpeado y finalmente apresado por la policía. Revivía ese último día de libertad a menudo, repasando cada momento y recordando cada rostro que había contribuido a su caída.

Pronto esos rostros empezarían a pagar el precio de haberlo entregado al sistema. Aún faltaban unas semanas para que su venganza diese comienzo. Pero esa noche iba a tener un pequeño y jugoso adelanto y pensaba disfrutarlo mucho más que todas las muertes que había acumulado desde el momento de su huida de San Quintín.

—Entonces… ¿no admiras a los que vas a reunir en Los Ángeles? —lo trajo de regreso Hollie con un hilo de voz, con una pregunta casi tímida.

—Los respeto. Forman parte de mi especie. Nadie más que nosotros mismos podemos entendernos. Por mucho que nos analicen e investiguen y entrevisten, solo un asesino en serie sabe cómo piensa y siente otro asesino en serie.

Richard se levantó de la cama, buscó sus tejanos oscuros y se los puso, sin llegar a abrocharse los últimos botones. Sacudió el cabello y volvió a encender otro pitillo. De repente, abandonada en el lecho, Hollie se cubrió su cuerpo postadolescente con la sábana y gateó hasta el extremo del colchón con el pánico dibujado en los ojos marrones.

—¿A dónde vas? ¿Vas a dejarme sola? ¿Te he decepcionado, Richie?

Las comisuras de los labios de Richie se curvaron ligeramente en una sonrisa satisfecha. En otras circunstancias Hollie hubiera sido una

chica completamente normal. Una rata de centro comercial, sí, quizá embarazada a los dieciséis y con una incipiente propensión a beber más de la cuenta durante el día mientras esperaba a que el palurdo de tipo con el que se hubiera casado volviera a casa para darle un par de bofetadas y tirársela sobre el sofá de segunda mano. Basura blanca de la que no es popular en el instituto pero tampoco la idiota a la que le apagan cigarrillos en el pelo oxigenado. Notas mediocres, físico regular, carisma limitado. Tres hijos antes de los veinticinco —el mayor de ellos seguramente entregado a servicios sociales y llevado a una casa de acogida—, una propensa adicción al *crack*, una caravana alquilada por cuatro pavos en la que la luz iría y vendría, un par de divorcios feos con varias denuncias por maltrato, alguna que otra detención por escándalo público, engordar comiendo pollo frito, pedir ayudas al gobierno. Y morir siendo tan insignificante como cuando nació.

Sin embargo, el camino de Hollie se había cruzado con el suyo y le había abierto puertas que ella jamás llegó a considerar que existieran. Richie tenía claro que la chica no era una asesina en serie nata, a pesar de lo que le había dicho tras matar a su padre. Todo ese discurso vacío sobre nadar en las profundidades del horror no era cierto. No en ella. Reunía requisitos y tenía el arrojo suficiente para serlo, pero no, no lo era. Le faltaba la pulsión. El ansia. La necesidad. El disfrute. La insaciabilidad. Sin eso podrías convertirte en un homicida más que decente, pero nunca serías uno de los grandes.

«La vida reparte cartas extrañas, nena», pensó Richard sin dejar de mirarla. «En otras circunstancias, jamás me hubieras escrito. Jamás te hubieras tocado pensando en mí. Jamás me habrías ayudado a escapar».

Pero en la partida de la vida, a Hollie le había tocado una mano bastante mala; una que la hacía ser insegura y dependiente del único hombre que la habría tratado como ella creía merecerse.

«Quiero que me uses. Que me trates mal. Que seas brusco. Violento. Quiero sentir el daño que yo elijo, no el que otros escogieron hacerme», le escribió en una carta particularmente encendida que él recordaba con suma claridad.

Richard la leyó bajo la luz permanentemente encendida de su celda, con la misma y exacta sonrisa con la que ahora miraba a la chica desnuda y autora de esas precisas palabras.

«Tú quieres que te use para sentir que vales para algo más que aquello para lo que tu padre te usó. Quieres lo más bajo, lo más ruin, lo más sádico, porque así algún día podrás justificar tu futura crueldad. Es tu forma de protegerte de un mundo que ya te ha mostrado su peor cara: sientes miedo de lo que yo pueda hacerte si estamos a solas, pero sientes mucho más miedo cuando piensas en lo

que otros podrían hacerte si yo no estoy a tu lado. Eliges el miedo conocido al desconocido. Sabes de lo que soy capaz, sabes lo que he hecho».

Lo que Hollie no sabía era lo que Richard iba a hacer en un futuro no muy lejano.

—No me has decepcionado —contestó finalmente, al mismo tiempo que se enfundaba una camiseta y la chupa de cuero—. De hecho, no dejas de sorprenderme. Pero voy a salir porque hay cosas que quiero y debo hacer solo.

Ella lo cogió por la cazadora abierta, apretando sus dedos contra el grueso tejido.

—No me abandones.

—¿Abandonarte? Nena —le dijo Richard besándola en los labios, con tanta fuerza que se los apretaba contra los dientes—, la diversión acaba de empezar. Por nada del mundo querría que te la perdieras.

Y esa misma noche el primer paso de su venganza iba a ser consumado.

Capítulo 18

Espiar a las mujeres a través de las ventanas fue algo que empezó a hacer con Roberto, el marido de su hermana Ruth. El ingreso del primo Mike por estrés post traumático, que le llevó a pegarle un tiro a su mujer, dejó a Richard solo y sin nadie con quien tuviera un verdadero vínculo. Su cuñado Roberto fue un sustituto tan natural como temporal.

Solo años más tarde comprendería Richie que el *voyeurismo* no consentido —¿acaso existía otro?— era una de las maldades más primigenias. Había algo verdaderamente perverso en observar sin ser visto, en llenarte los ojos de las intimidades de todas esas mujeres que enrollaban sus medias hasta los tobillos para luego sacárselas delicadamente por los pies, que se frotaban con una toalla las axilas sudadas, que se ahuecaban el cabello, que se tomaban los pelos con ambas manos y se miraban en los espejos, que dormían con la boca abierta ajenas a los ojos espesos y sombríos que se asomaban a sus ventanas. La primera violación empezaba en la mirada, y podía ser igual o más excitante que la que llegaba después, con manos y cuerpo.

Richard, apoyado en el capó ya frío del Buick y con un cigarro entre sus labios, observaba cada una de las puertas de ese motel de dos plantas, situado junto a la interestatal treinta. Era un lugar cualquiera, en apariencia nada diferente de los muchos moteles de carretera que había usado a lo largo de su vida en libertad para moverse de aquí para allá en la vieja California. Las endebles puertas de madera, las ventanas de cristales mugrientos, el olor húmedo de unas sábanas mal secadas, el goteo de un grifo que perdía agua, la moqueta con quemaduras de cigarros, la piscina repleta de hojas verdes, los coches aparcados frente al edificio. Los huéspedes que iban y venían.

Pensó en todas esas noches cuando era un chaval y trabajaba en un Holiday Inn. En cómo usaba la llave maestra para colarse en las habitaciones de las mujeres que viajaban solas o con niños. Apenas un adolescente torpe e impulsivo al que pillaron varias veces y al que finalmente despidieron tras intentar violar a una tipa.

Sus ojos se pasearon por cada ventana. Todas estaban oscuras, sin luz. Incluida la que ocupaban Hollie y él. Ignoraba cuántas de aquellas habitación estaban ocupadas, y cuántas de esas habitaciones ocupadas tendrían en su interior a una mujer, pero no estaba ahí por ninguna de esas mujeres desconocidas. Sus ataques habían sido aleatorios años

atrás; pero ya no lo eran.

Porque en una de esas habitaciones, durmiendo con la luz apagada y la respiración calmada, estaba ella. Una de las que se le habían escapado y que, de una forma u otra, había contribuido a su caída.

Richie lanzó la colilla al suelo y empezó a subir las escaleras metálicas que llevaban al segundo piso del motel. El suelo apenas crujía bajo sus deportivas. Ser sigiloso era una cualidad que ya no necesitaba, pero que era innata en él tras tantos robos, tantos asaltos, tantas muertes.

«Apuesto a que ahora sí duermes tranquila, ¿verdad, zorra? Crees que estoy muerto. Te sabes a salvo», pensó, dejando atrás una puerta tras otra mientras recorría el estrecho pasillo al aire libre del motel. «Sí, sé que desde que crees que la he palmado duermes como un puto bebé».

Pudo sentirla a través de la última puerta, igual que pudo hacerlo en aquel garaje en que la disparó y la dio por muerta. Aquella noche olió el miedo en ella. Ahora, olía la paz.

Sonrió en la penumbra que lo cobijaba. Luego, llamó con los nudillos. Segundos después una luz amarillenta traspasó las cortinas de la única ventana de la habitación.

Cuando abrió la puerta la reconoció al instante. Como si hubiera podido olvidarla. La había visto por última vez testificando en su contra. Ella había evitado su mirada depredadora durante toda su declaración. Richie se había humedecido los labios ante cada fragmento del relato que la mujer pronunció en voz alta y no dejó de mirarla hasta que esta abandonó el estrado y desapareció. Creyó que nunca más volvería a verla. Pero aquí estaba. Sola, indefensa. A su merced.

Ella lo observó unos pocos segundos en que una sombra de pavor pareció cruzar sus ojos castaños. Una sombra que se desvaneció tan rápido como había llegado, gracias a la sugestión que ejerció Richard sobre ella.

La mujer le dedicó una sonrisa sosegada, que él le devolvió. Sentía el poder de la sugestión que el Oscuro le había otorgado al sellar el pacto vibrando entre ambos, mucho más intenso que con las camareras de las cafeterías, los empleados de gasolineras, los recepcionistas de moteles o los guardias de las prisiones.

Richie conocía el motivo por el cual la sugestión era tan aguda entre los dos: ella había sido una de sus víctimas. Había llorado, sufrido y rogado por su vida y su nombre había quedado para siempre ligado al del Acosador Nocturno. Una conexión así jamás puede romperse y siempre permanece retorcidamente íntima.

Se tomó un momento para disfrutar del anonimato que la sugestión le proporcionaba y de la sonrisa ligeramente bobalicona de la mujer,

que aún no podía saber a quién tenía delante.

—Perdona, ¿estabas durmiendo, no? —se disculpó Richie con la mejor de sus sonrisas.

—Sí.

—Siento molestarte.

—No pasa nada.—Siguió sonriendo ella, aunque no lo dejó pasar—. ¿Puedo ayudarte?

—Espero que sí —inquirió él, apoyándose en el marco de la puerta —. Me alojo con mi chica en la habitación que hay justo debajo de la tuya y creo que hay una gotera que va desde tu baño al nuestro. ¿Te importa si echo un vistazo?

Ella pareció un poco dubitativa. Richie reconoció el temor que subyacía en aquella duda. Al fin y al cabo, lo había causado él mismo ocho años atrás.

—Avisaré en recepción.

—Eso ya lo he intentado yo. Pero no hay nadie abajo. Ya sabes, es un poco tarde…

—Ya.

Continuó sin dejarlo pasar al interior de la habitación. Richie aflojó la sugestión sobre ella para empezar a disfrutar de verdad del *encuentro* con el que llevaba años soñando. Parpadeó confusa, como si empezase a despertar de un sueño largo y pesado.

—Me han dicho que ahí dentro hay unas vistas increíbles. —Se inclinó sobre la mujer como una sombra para dejar ir aquellas palabras en susurros roncos—. ¿No me vas a dejar disfrutar de ellas?

—Creo que te conozco.

Ella dio un par de pasos atrás. Se intentó cubrir el fino pijama de algodón con la bata abierta. Richard entró en la habitación y cerró la puerta sin hacer ni un ruido. El único sonido que produjo fue el de la llave girando sobre la cerradura para bloquearla.

Hubiera podido cazarla una vez de regreso a L. A., pero consideró que sería mucho más divertido usar el poder de Satán para atraerla a ese motel perdido en mitad de la nada de Arkansas.

Y como el Oscuro le había prometido… había funcionado.

—¿*Crees* que me conoces? —se burló Richie. Lanzó la llave al aire y la atrapó de nuevo en su mano. Acarició con el dedo índice el filo serrado. Ella no se perdió ni uno solo de aquellos movimientos—. Seguramente también crees que has estado a salvo todo este tiempo. También debes creer que ese pensamiento que se te cruzó por la cabeza hace un par de días, cuando te enteraste de mi muerte a través del *Los Ángeles Times*, de ir a visitar a esa vieja amiga tuya que vive en Arkansas fue cosa tuya. Y quizá también crees que haberte detenido en este motel, en este preciso motel, ha sido una fortuita casualidad. ¿No *crees*?

La mujer empezó a temblar. Richie pudo sentir en ella la profunda confusión que le embargaba conforme la sugestión que había ejercido sobre su mente se iba disipando.

—Pero… yo no tengo ninguna amiga que viva en Arkansas —murmuró, confusa, mirando a su alrededor, sin comprender qué estaba haciendo ahí con un desconocido.

Excepto que no era un desconocido.

—No, no la tienes.

—Y yo…

—Y tú has disfrutado de ocho años en los que yo te permití vivir. Ocho años que me pertenecen. Toda tú me perteneces, aunque no murieras en aquel garaje. Llevas siendo mía desde esa noche. Lo sabes. Siempre lo has sabido.

Avanzó hacia ella. La mujer retrocedió más.

—Te conozco —aseguró esta vez.

—Claro que me conoces. ¿Cómo ibas a olvidar a tu Acosador Nocturno?

Estas dos palabras hicieron que la sugestión se esfumara, tal y cómo Richie quería que ocurriera.

Un segundo después ella empezó a gritar. No sabía dónde estaba ni cómo había llegado ahí. Tampoco por qué estaba sola, si desde que él la atacó no había podido volver a dormir sin compañía. Una vida aterrada repleta de cerraduras dobles, luces encendidas y alarmas electrónicas. Una existencia marcada por la incapacidad de volver a entrar en ningún garaje, de confiar en ningún hombre, de no sentirse segura en ninguna casa. Un futuro arrasado por aquel encuentro fugaz con el hombre que la había disparado y que le había prometido, mientras corría despavorida, que volvería a por ella.

Sus dedos huesudos cubrieron su boca y sus gritos quedaron ahogados y moribundos en aquella mano que olía a tabaco.

—Te dije que volvería a por ti —le recordó, arrastrándola hacia la cama para lanzarla sobre la superficie blanda.

Contempló con malsano deleite cómo ella se hacía un ovillo. El terror la había paralizado. Solo lloriqueaba, temblaba y se encogía sobre sí misma, como si el hecho de hacerse más pequeña pudiera protegerla del depredador que una vez cometió el error de no asegurarse que estaba muerta.

Richard levantó en el aire la llave de la habitación. Ella miró el objeto desde su posición fetal, incapaz de reaccionar ante lo que estaba a punto de sucederle. Ambos sabían lo que ese objeto tan corriente, tan vulgar, significaba. Era un punto de conexión entre asesino y víctima, uno que los mantenía unidos a través de la distancia y el tiempo. Ella jamás había vuelto a mirar unas llaves sin recordar que una vez, años atrás, aquel diminuto metal serrado se había

interpuesto entre ella y una bala mortal. Y él no había dejado de repetirse la misma frase que se formó en su mente cuando averiguó el motivo de su fracaso:

«Las putas y jodidas llaves».

—Esa noche te salvaron unas llaves. Desde entonces me he preguntado cuánto se tarda en destripar a una tía con una de estas. —Movió el llavero del motel en el aire y el repiqueteo del acero pareció disparar los sollozos en la figura temblorosa que se agitaba en la cama.

—Por favor…

Siempre las malditas súplicas. Las malditas mismas palabras. Y la maldita sensación incomparable de tener una vida en tus manos. Notó cómo la ira crecía en su estómago y le subía por la tráquea como una bola de bilis y vómito a punto de salir de su boca en forma de gargajo. Tras la furia, apareció la excitación.

—Espero que hayas aprovechado estos ocho años que te regalé. Porque esta vez ya no podrás escapar.

Sintió el hedor a orín que salía de entre sus piernas cuando le clavó la llave en el esternón.

Luego llegó el olor de la sangre.

Intersección: Bill y Lillian Doi

'Cause love cuts a million ways
Shakes the devil when he misbehaves
Billy Idol - *Cradle Of Love*

Ir al cine era un divertimento muy común cuando me movía por Los Ángeles. La ciudad estaba repleta de ellos: los normales y familiares, los de doble sesión, los autocines y los destinados a películas para adultos. Estos últimos eran mis favoritos y los frecuentaba a menudo, especialmente porque permanecían abiertos toda la noche y podías sentarte ahí a pelártela, echar una cabezadita o esperar que alguna de las putas que pululaban por las butacas se acercara a ofrecerte una mamada.

Tenía otras formas de pasar el rato: dar vueltas por cementerios, jugar al billar apostando dinero, desayunar en Margarita's viendo a la gente pasar, robar libros de ocultismo en la Barnes & Noble de La Arbolada, fumarme dos o tres porros caminando por Sunset Boulevard, eran solo unas pocas. Pero el cine era mi favorita; siempre lo había sido.

Me obsesionaban las películas violentas. Me gustaba especialmente cuando combinaban asesinatos y tías buenas, algo que por otro lado era bastante popular en esos años, pero también la parte psicológica, aunque yo siempre pensé que quedaba bastante desdibujada. La historia se contaba desde el lado de los muertos o de los supervivientes, pero nunca desde el prisma del asesino.

Mis otras películas favoritas eran las pornográficas.

Solía liarme un porro y meterme en el Cameo, abierto veinticuatro horas todos los días del año, y me sentaba en la oscuridad de la sala a contemplar cómo los genitales gigantes del actor de turno se metían en el coño gigante de la actriz de turno. Podía pasarme horas mirando penetraciones, chupadas, lamidas, perforaciones, restregones. Era divertido y me ponía cachondo, aunque siempre me faltaba algo: solía pensar que aquellas películas necesitaban sangre. Hubieran sido perfectas entonces.

Mi día a día era un continuo devenir de fantasías que yo dejaba campar libremente por mi cabeza, como había hecho desde que había

leído por primera vez sobre Jack el Destripador. En ellas se mezclaba la violencia con el sexo —tal y como ocurría en los asesinatos de Jack — y solía rememorar no solo mis propios crímenes, sino también escenas específicas de Pesadilla en Elm Street, Viernes 13, Drácula, La noche de los muertos vivientes… Ese tipo de cine era el que me interesaba. Cada vez que reponían La matanza de Texas la volvía a ver. Me la sabía de memoria. Me encantaba lo revolucionaria que era y el retrato de la naturaleza humana que ofrecía. Enseñaba el peor lado que hay en nosotros; uno que apenas nadie quería admitir que existía. Con cada nuevo visionado me repetía la misma idea a mí mismo: sí, ser un asesino era una vocación solitaria, pero… ¿acaso no seríamos mucho más fuertes y grandes si lográramos unir nuestras fuerzas, como la familia de Cara de Cuero? Claro que era un pensamiento que no iba a ningún lado: no conocía en persona a nadie que fuese como yo, y los que lo eran permanecían encarcelados en prisiones repartidas por todo el país, si es que no habían sido ya ejecutados por sus crímenes. Cada vez que leía que uno de los nuestros había sido atrapado pensaba lo mismo:

—Puto gilipollas.

Poco podía imaginar que unos meses más tarde yo me convertiría también en uno de esos putos gilipollas.

Pero por aquella época, en esa tarde de mayo en concreto, el simple pensamiento de ser atrapado ni se me pasaba por la cabeza. Era libre, estaba en el Cameo con un peta y tenía en pantalla a una actriz preciosa con un pentáculo tatuado en su tobillo derecho.

Recuerdo inclinarme sobre la butaca delantera y apoyar los brazos para deleitarme con esa imagen.

—Ese es el tipo de mujer que quiero —murmuré, hipnotizado por el delicado empeine, las uñas de pedicura, impecables, pintadas de negro, y el delgado tobillo con aquel simple tatuaje que contenía todos mis deseos y anhelos.

Por supuesto que yo había tenido novias anteriormente. Hubo alguna más asidua en El Paso, pero nada serio desde que me había trasladado a Los Ángeles y vivía una existencia tan errante como solitaria. Conocía a multitud de gente en Skid Row: desde prostitutas a camellos, desde chaperos a ladrones, desde yonquis a mafiosos, desde trotamundos a esquizofrénicas.

Pero ¿amigos? Ninguno. ¿Una chica fija? Impensable.

Mi vida era bastante incompatible con nada de eso, y me parecía bien la mayor parte del tiempo. Aun así, de vez en cuando, me invadía la debilidad de la soledad demostrándome que todavía había algo de humano en mí. Quería una chica, y un tipo de chica muy específica. Quería una mujer que me pusiera cachondo con solo mirarla, que pudiera confiar en ella, que supiera perfectamente quién y cómo era

yo, y que no solo no le importase: quería que entendiese lo que yo hacía y los motivos que me llevaban a ello sin que pensase que era un pirado. Quería que me *amase* por ello.

—No se parece a nada que hayas disfrutado antes; no puedes expresar ese tipo de intensidad con palabras. El hecho de tener el poder sobre la vida de otro… nada es sexualmente más potente que eso. Es lo más vivo, lo más profundo, lo más excitante. Algo que muy poca gente experimenta —le explicaría yo cuando ella me preguntase, tras echar un polvo, qué se siente al matar.

De todas las fantasías retorcidas e imposibles que se me pasaban por la cabeza —y eran muchas y muy variadas en ejecución y resultado— la de tener una chica enteramente mía era la más irrealizable.

Frustrado con aquel repentino sentimiento de saberme solo en el mundo abandoné el Cameo y volví al bar a jugar unos cuantos billares. Lo hice sin quitarme los auriculares del *walkman*, escuchando la cinta de *Highway to Hell* una y otra vez, ignorando al resto de jugadores que se acercaban a la mesa a preguntarme si buscaba compañero. Yo negaba con la cabeza y seguía golpeando bolas. Una tras otra. Agujero tras agujero. Y en uno de esos golpes llegó el primer y fugaz arrepentimiento desde que había decidido consagrar mis actos al Oscuro.

«Deberías parar aquí. Estás yendo demasiado lejos. Tú no eres así. Te van a coger. Esa gente no tiene la culpa de tus mierdas. Te arriesgas a una vida en el talego. Piensa en tu madre. Búscate una buena chica».

Sentí ganas de romper el taco contra la mesa. No soportaba semejante debilidad.

Fui al baño del bar y el espejo me devolvió la mirada. Todo yo era un desastre, aunque, siendo sincero, mi apariencia física me importaba un carajo. Aún no era consciente del poder que una imagen podía darme y no me quedaban muchos meses para aprender esa nueva lección.

El espejo reflejaba el rostro de un asesino, y no el de un niño de su madre y de su padre, de una familia que lo esperaba en El Paso. Levanté los labios para observar mis dientes, desiguales y ennegrecidos por los porros, el azúcar y la coca. Mi piel era un puto asco. Mi pelo estaba enmarañado. Mi camiseta de Jack Daniel’s estaba sucia y agujereada.

—Soy un psicópata —le dije a mi reflejo, apoyando ambas manos en el lavamanos—. Y los psicópatas no tenemos ética, escrúpulos o consciencia. Algo en nuestro interior está muerto, ido. Simplemente no somos capaces de experimentar esas emociones, por eso nos es tan fácil cometer un asesinato. La sociedad no me entiende. Ni a mi ni a

los que son como yo.

Robé un coche que encontré con las llaves puestas delante del hotel Alexandria. Compré un aparato de transmisión de segunda mano en Radio Shack que me permitía escuchar la frecuencia de la policía. Metí la cinta de AC/DC en el sistema de audio. Subí el volumen al máximo. La caza había empezado para mí.

Conduje a través de comunidades, bloques, avenidas, parques y calles. Siempre cerca de una salida a la autopista por si tenía que largarme echando leches. Escuché los movimientos de la policía por el transmisor. Era una noche tranquila, incluso para un lugar en perpetuo movimiento como es Los Ángeles.

Volví a Monterey Park, aunque una voz en mi interior me dijo que no era la mejor idea. Había matado antes ahí y la policía estaría más vigilante en esa pequeña ciudad. Era un riesgo considerable por mi parte que, sin embargo, tomé. Quizá quería demostrarme a mí mismo algo, o quizá simplemente quería provocar más dolor en esa comunidad. Quizá fue una mezcla de ambas cosas, quién sabe.

Apagué el motor y las luces en algún punto de la avenida Trumbower y me detuve un momento a escuchar el silencio de la noche. Imaginé a toda esa gente en sus camas durmiendo el sueño de los inocentes, con las puertas cerradas y las ventanas bloqueadas. Sabía que entre las dos y las cuatro de la madrugada el sueño era más profundo, más calmado. Y también sabía que era el mejor momento para hacerlo añicos.

Cerré con máximo cuidado la puerta del coche y me cobijé en las sombras de la avenida. Anduve muy cerca de los edificios hasta que me detuve en una casa cualquiera con un limonero en su entrada que me llamó la atención. Contemplé el árbol unos segundos. Escuché campanas lejanas. Un ladrido. Un coche en la distancia. El aire olía a limón y la noche era cerrada. Sin estrellas, sin luna. Una tenue lluvia empezó a caer y supe que esa sería la casa. La lluvia sería mi aliada esa noche: menos transeúntes en la calle, más ruido que camuflaría el de unos golpes, unos gritos o unos disparos. La lluvia siempre me había gustado.

Acaricié el arma que llevaba en la cintura de mi pantalón. Días antes me había agenciado una nueva automática. Era plateada, del calibre 22. Tan preciosa como mortífera. Estaba deseando ponerla a prueba.

«Lo que estoy a punto de hacer, Satán, es por y para ti. Y yo, tu humilde servidor, honraré tu nombre esta noche».

Convertirte en un ladrón lleva años de práctica. Aprendes a usar la noche para que esconda tus pasos. No es fácil. Todos tus sentidos deben estar alerta para fijarte en todo lo que te rodea y que nada te pille por sorpresa. Debes convertirte en un depredador por y para el

mundo, porque tu propio pellejo es lo más importante. Moverte sin hacer un solo ruido es lo más difícil. Y eso era precisamente lo que se me daba mejor.

Por eso cuando salté al interior de la casa, sobre las baldosas del baño, lo hice sin un solo sonido que me acompañase. Segundos después estaba moviéndome por esa casa desconocida, haciéndola mía, fundiéndome con las sombras, contemplando los muebles, los jarrones, las fotografías. Y el olor a hogar. Uno que era diferente en cada casa y que mi presencia intrusiva pervertía a cada paso que daba.

En el pasillo había una tenue luz encendida y, al asomarme a la primera habitación, vi a una mujer asiática durmiendo a pierna suelta. La muy desgraciada incluso roncaba. Junto a la cama había una silla de ruedas.

«¿Una inválida? Bueno, el mundo no perderá mucho cuando la palmes», me dije.

Si la tía era una tullida difícilmente viviría sola. No me equivoqué.

En la habitación adyacente dormía un viejo. Levanté la pistola y lo apunté con ella. El clic lo despertó. Vi cómo sus manos buscaban de forma instintiva la mesita de noche y supe que el cabrón dormía junto a un arma.

—Demasiado lento, capullo —le indiqué.

La bala atravesó su labio superior y su lengua y se le clavó en el paladar. El viejo se llevó las manos a la garganta y su cuerpo se deslizó hasta el suelo. Pronto sus manos estaban cubiertas de sangre, y me miraba sin comprender del todo lo que estaba ocurriendo en la seguridad de su dormitorio.

Quise rematarlo de una vez para enfocar mi *atención* en la mujer, pero la pistola me falló.

—Me cago en la puta.

Volví al pasillo, donde había luz, toqué la recámara y regresé a la habitación. El hombre se estaba desangrando. El primer disparo le debía haber llegado al cerebro, porque no podía ponerse en pie ni hablarme. Solo balbuceaba y su cuerpo convulsionaba. Cada vez que intentaba suplicarme un borbotón de la vieja amiga carmesí salía de su boca. Lo miré. Disfruté cada segundo de su agonía. Esperaba que sus ruidos moribundos hubieran alertado a su mujer. Así me estaría esperando aterrada y temblando, tal y como a mí me gustaba.

«Maligno hasta la infamia, ni rastro de piedad».

Me agaché junto a él para no perderme nada de su muerte.

—No te preocupes, capullo. Ahora iré a por la vieja de tu mujer. Seguro que la hago gritar como tú nunca has podido.

Cerré mi puño derecho cubierto por los guantes de cuero y lo descargué contra su cara. Cayó inconsciente al primer impacto, pero no me importó. Seguí golpeando. Luego me aburrí de la paliza y fui a

por ella.

En la otra habitación la mujer me aguardaba tal y como había supuesto que lo haría: despierta, callada y aterrorizada. No se había movido de la cama.

—¿Me esperabas, cariño? —Me reí al ver su expresión de pavor.

Me acerqué a ella, la abofeteé y le atrapé las mejillas con mi mano enguantada.

—Ni una puta palabra o juro que te mato, zorra.

Ella cumplió. Tenía la boca medio paralizada, al igual que gran parte de su cuerpo, tal y como averigüé cuando le quité la colcha de encima.

—¿Qué te pasó, encanto? ¿Te dio un ataque o algo así? —le pregunté mientras miraba sus piernas inútiles y su camisón de blonda —. No pasa nada. No soy demasiado exigente a la hora de echar un polvo.

Sus ojos se expandieron por el terror de comprender lo que le iba a pasar. Intentó suplicarme con ellos cuando la esposé.

—No seas impaciente. Lo tuyo será el final de la noche.

Revolví la casa. Cogí joyas y relojes. Tiré todo por el suelo. Abrí cajones y los lancé por los aires. Rajé cojines. Rompí marcos de fotos. Me reí.

Y continué riéndome al ver al viejo arrastrarse por el pasillo. Estaba vivo. Bueno, ahí tenía a un luchador. Un puñetazo lo volvió a dejar inconsciente.

Cuando conseguí reunir un botín considerable regresé a la habitación de ella. Iba cargado hasta los topes: por la intrusión, por la violencia de la caza, por el olor de la sangre, por el robo perpetrado, por los golpes que aún sentía en mis nudillos, por lo patético de esos dos imbéciles, por la visión de la silla de ruedas. Recordaba la actriz con el pentáculo en el tobillo y me la imaginé cubierta de rojo escarlata, conmigo a sus pies, de rodillas y lamiendo ese empeine ensangrentado con el líquido vital de la vieja que tenía a mi merced.

—No me mires —le ordené a la tía cuando le subí el camisón y me desabroché los pantalones. Quería imaginarme a la exuberante actriz porno. Rubia, tobillos finos, coño depilado, pentáculo tatuado.

La vieja apenas gimió cuando me la follé. Solo lloraba. Hipaba y lloraba. Lloraba mucho.

—Aún queda algo de vida en ti, ¿verdad, zorra? —le susurré antes de correrme entre sus pliegues arrugados.

Al terminar llené dos fundas de almohada con todo lo robado, corté la línea telefónica, la besé en la mejilla y me largué de ahí, dejándola esposada y gimoteante. Al día siguiente me enteré por las noticias de que Bill Doi había muerto horas más tarde en el hospital.

Y de que habían recuperado un casquillo de mi pistola.

Capítulo 19

Richard nunca se había dado demasiada cuenta del poder que su físico podía concederle. No hasta que recibió la primera carta mientras esperaba en prisión provisional la fecha de su juicio, que ocurriría finalmente tres años después de su captura.

Para cuando puso un pie en la sala ya era plenamente consciente de que su figura se había convertido en un símbolo de rebeldía contra el poder establecido. El Acosador Nocturno destruía el sueño americano de la seguridad, y enseñaba la cara más sucia de un país acostumbrado a barrer sus fealdades bajo la alfombra de una falsa normalidad.

Primero habían llegado las cartas. Luego los adoradores del diablo. Después las *groupies,* que se amontonaban en las sesiones del juicio y que él saludaba con una media sonrisa y los ojos cubiertos por unas gafas de sol. Y entonces la revelación, única y fascinante: tenía poder mediático, físico y psicológico sobre todos y cada uno de aquellos que ponían los ojos en él, ya fuera por deseo, admiración o pura repulsión. No importaba. El poder era poder. Y él aprendió a explotarlo rápidamente.

Cultivó su imagen de renegado, aprendió a utilizar su lenguaje corporal, empezó a cuidar lo que decía y lo que no en las escasas entrevistas que concedió, instauró una serie de preguntas aparentemente banales con las que empezaba una relación epistolar para disuadir seguidores que solo buscaban el morbo, acumuló un poco de dinero en forma de donativos y, al final, se convirtió en el asesino estrella de la década. El *Time* le concedió una portada en la que lo denominaron *Rock n' Roll Murderer*[1]*,* y ese apodo le gustó casi tanto como el de Acosador Nocturno. Se visualizaba a sí mismo como una especie de Jim Morrison mortífero.

Su popularidad llegó a tal punto que Richie creyó —ahora sabía que de forma ilusa— que se libraría de la pena capital, pero no fue así. La condena llegó, con o sin fama. Cuando le preguntaron inmediatamente tras la sentencia cómo se sentía sabiendo que sus días estaban contados en el corredor de la muerte, Richie dedicó una sonrisa sardónica a la prensa mientras se lo llevaban en el furgón policial de regreso a San Quintín.

—Menuda cosa; la muerte siempre ha sido un gaje del oficio. Os veo en Disneyland.

Pero una vez se encontró encerrado en esa celda que sería su hogar

hasta el fin de sus días, se supo, de alguna forma, derrotado.

No podía escuchar la música que le gustaba, las llamadas al exterior estaban limitadas, si alguien quería ir a visitarlo debía rellenar una pesada solicitud que solo aprobaría el alcaide, en el canal de televisión de la prisión solo daban películas previamente seleccionadas que no incluyesen ni violencia ni sexo, tenía una única hora fuera de su celda para ejercitarse o lo que quisiese hacer y no contaba con más ingresos que aquellos dólares que sus seguidores le enviaban. El acceso a libros estaba, por descontado, igual de regulado que la música y el cine: nada peligroso, nada violento, nada sexual. Música pop, cine familiar y libros ligeros.

Para Richie esa era la peor condena. Él, que desde que era un chiquillo se fugaba de casa para evitar las palizas de Julián Ramirez y, en su lugar, vagar por el cementerio de El Paso. Él, que huyó a California para vivir la vida callejera.

Él, que había sido libre y salvaje en las calles de Los Ángeles, ahora se veía reducido a una celda de pocos metros cuadrados y la infame vigilancia de los guardias cada quince minutos. Día y noche. Encerrado. Rebajado a ser un número más de San Quintín. Un depredador enjaulado que acumula rabia y rencor.

Era insoportable.

«¿Cómo es vivir en el corredor de la muerte?».

«Aburrido», contestaba él una y otra vez en sus cartas. «Recibir correspondencia ayuda a pasar el rato».

Al igual que a otros asesinos en serie a él también lo visitaron agentes del FBI. Sabía que era una anomalía en sus archivos y que los de Quantico ardían en deseos de hablar con él para su perfilación criminal.

—¿Tenéis algo que ofrecerme a cambio de estas charlas? —les preguntó Richard la primera y única vez que vinieron a verle.

—Podemos intentar mejorar tus condiciones en San Quintín, algunos pequeños privilegios…

—Ya. ¿Y por qué creéis que tengo el más mínimo interés en ayudar a que atrapen a los que son como yo?

—Bueno, Richard…

—Paso.

Fue tras ese breve encuentro cuando empezó a fantasear con lo que luego llevaría a cabo, aunque en esos primeros meses no tenía ni idea de cómo podría lograrlo. La llamada de Morten desde Noruega ofreciéndole el *Ars Daemonum* y el primer contacto con Hollie habían llegado prácticamente a la vez, y Richie ya nunca pudo desligar el uno del otro.

* * *

Abandonaron el motel antes de que nadie encontrase el cadáver que Richie había dejado pudriéndose en una de sus habitaciones. No es que ese hallazgo importase. Sus huellas dactilares no servirían de nada a la policía. Formaba parte del pacto y de la protección del Oscuro.

Hollie no le preguntó qué había hecho durante esas horas en que la había dejado sola en el motel, y él tampoco se molestó en explicarle que su venganza había dado su primer y muy satisfactorio paso.

—Guardo todas tus cartas, ¿lo sabías? —le dijo Hollie cuando se subieron al coche y retomaron el viaje por carretera.

—¿Por qué?

—Porque son sagradas para mí.

—No creo que te dijese nada especial en ellas.

—No —reconoció Hollie—. De hecho, cuando recibí la primera, con todas esas preguntas… no me pareciste el mismo tío del que me enamoré en la tele.

—Si creías que me pondría intenso en una primera carta a una desconocida es que aún no me conoces demasiado, nena.

—¿Realmente te importaba lo que yo contestase a todas las preguntas intrascendentes que me hiciste?

—No, me daba lo mismo saber cómo era tu barrio, el tiempo que hacía, si habías visto una buena peli de terror o qué música escuchabas. Me importaba una mierda.

—Pero sí te importaba que fuese virgen.

—En realidad, no. Era solo una preferencia personal. —Richard le señaló la guantera—. Enciéndeme un piti, nena. Tenemos un largo camino por delante.

Hollie se colocó un cigarro entre los labios, le prendió fuego, dio una buena calada y luego se lo pasó a él. Richie lo alcanzó sin apartar la vista de la carretera infinita que se dibujaba ante ellos.

—Al principio —empezó a hablar tras un largo silencio— recibía decenas de cartas a la semana. Fue un no parar durante al menos tres años o así. La gente me enviaba de todo: libros, fotografías, dinero, revistas, casetes, camisetas, sobres, sellos… Nunca he sido demasiado bueno estableciendo relaciones de ningún tipo, si te soy sincero. Y todas esas cartas llegando sin parar… supongo que acabé un poco abrumado al principio. Así que establecí un sistema de preguntas para descartar gente. Eran un buen filtro. La mayoría de esa gente se aburría de escribirme tras dos o tres intercambios, lo cual significa que en realidad no les interesaba yo, sino el personaje en que me había convertido. Querían detalles de los crímenes, claro.

—Sí, yo también quería detalles. Lo admito.

—Y es normal, nena. Nos atrae lo turbio y lo morboso, aquello que deseamos pero que no nos atrevemos a tomar por nuestras propias manos. Mucha de esa peña —dijo Richie echando la ceniza del cigarro

a través de la ventanilla bajada— quería follarme o entrevistarme. O ambas.

—¿Y qué hay de malo en ello?

—Nada. Excepto que yo no podía permitirme ninguna de las dos cosas. ¿Qué clase de gilipollas hubiera sido si hubiera ido contando por ahí lo que hice o dejé de hacer?

—¿Y qué pasa con lo de follar?

—¿Qué pasa con eso?

—Que no lo hiciste en muchos años… Seguro que hubieras podido llevarlo a cabo de una forma u otra.

—¿Te refieres encular a otro preso? Ni de puta broma, nena. No me van esos rollos.

—No hablaba de eso. Si te hubieses casado te habrían permitido un vis a vis de vez en cuando.

—Tuve propuestas. Unas cuantas, de hecho. Estuve tentado de aceptar con alguna.

Richie observó por el rabillo del ojo cómo la chica hacía una mueca de disgusto y sonrió para sus adentros. A veces se le olvidaba que era tan solo una cría que recién dejaba de comprar revistas adolescentes y que aún escuchaba bandas de chicos guapos.

—¿Y por qué no aceptaste, si tan salido ibas?

—Porque te elegí a ti —respondió, sin más.

Ella no supo qué responder. Tan solo apoyó la cabeza en la ventanilla sucia de su lado y contempló el paisaje agreste de una Arkansas que pronto dejarían atrás.

Capítulo 20

La soledad era tan odiada como venerada por Hollie. ¿Se podían sentir cosas tan dispares como odio y amor por una misma cosa? La vida le enseñaría muy pronto que sí, por supuesto que se podía.

La soledad le aseguraba que no había nadie que pudiera dañarla, pero también que no había ni un alma en el mundo que se preocupase de lo que pudiera pasarle, ya fuese bueno o malo. Le aterraba sentirse abandonaba, pero también la paralizaba la presencia de cualquiera que se acercase a ella. No podía saber sus intenciones de ninguna manera.

Con Richie aquella incógnita estaba totalmente despejada: solo le había hecho daño si ella se lo había pedido. Y tras varios días viajando a su lado en el Buick, se lo había suplicado *muchas* veces. Él la había complacido, en una extraña mezcla de caricias delicadas y ferocidad desatada que la encendía. Sabía lo que esas manos —largas, finas y un poco rugosas— habían hecho. Se las imaginaba enfundadas en guantes de cuero cubriendo bocas, apretando gargantas y golpeando mejillas. Las mismas manos que le abrían las piernas y se introducían en ella hasta hacerla gemir por el dolor y a la vez el placer de la violenta intrusión.

Sabía que en cualquier momento Richard podría ir más allá y acabar con su vida. Y, curiosamente, dejar ese poder en las mismas manos que habían asesinado a más de una docena de personas la mecía en un oleaje calmado en el que ella no debía tomar decisiones. Estaba a su merced y le gustaba que así fuera.

Había dejado de preguntar a dónde se dirigían y para qué. Le daba igual. Se limitaba a dejar que Richie condujese el Buick dejando estados atrás. Primero Arkansas, luego Missouri. A cada milla que devoraban juntos la soledad de Hollie se esfumaba como el humo de los cigarrillos que Richard consumía sin parar y que luego lanzaba por la ventanilla.

—¿Sabes lo que todavía no he hecho desde que he salido del talego, nena? —comentó una tarde, desviando el coche por la primera salida que encontró. Hollie leyó el nombre del pueblo en silencio. «Gardner, Illinois». ¿Tan lejos habían llegado ya?

—Tomarme una birra mientras echo unos billares —dijo Richie. Estaba de buen humor, risueño y relajado. Era el Richie que más le gustaba.

Aparcó el Buick en un bar situado a las afueras de Gardner. Frente

a la puerta había un buen puñado de motos aparcadas y desde su interior salía un intenso olor a tabaco, así como el sonido amortiguado de la música a un volumen que las paredes del bar apenas podían contener.

—¿Aquí, Richie?

—¿Qué problema tienes? ¿Tienes miedo de unos cuantos Ángeles del Infierno? —se burló él. La tomó por el cuello, dejó un beso en su sien y se adentraron en aquel sitio.

Aunque afuera aún había luz solar, en el interior del bar parecía noche cerrada. No había ni una sola ventana, las paredes estaban cubiertas de madera ennegrecida y las lámparas verdosas de tres mesas de billar y un par de señales luminosas de publicidad de Budweiser y Jameson eran la máxima iluminación que había. A Hollie el olor le recordó a la butaca de cuero de Benton Randall.

Por supuesto, era la única mujer del lugar y las miradas de aquellos moteros se clavaron en ella nada más entrar. A Richard ese detalle pareció traerle sin cuidado, porque se acercó a la barra, pidió dos cervezas y también cambio de diez dólares para poder echar unas partidas. No le dijo que se uniera a él y Hollie tampoco se lo pidió. De vez en cuando buscaba momentos de soledad y silencio, aunque a ella le pareciera una rareza. Tras tantos años de soledad y silencio en San Quintín, ¿no debería estar harto de ambos?

Incómoda, se sentó en uno de los taburetes vacíos de la barra con la Budweiser fría entre sus manos. En la mesa de billar central había cuatro moteros que examinaron el acercamiento de la figura alta y delgada de Richard. Este los ignoró, con un pitillo en la boca y la cerveza en la mano derecha. Continuó haciendo caso omiso de esas miradas cuando eligió un taco de billar y empezó a jugar a solas en la mesa escogida.

Hollie lo observaba desde la barra: parecía un hombre normal en su noche libre. Hubiera seguido a ese Richie hasta el fin del mundo.

—¿Qué se te ha perdido con un espalda mojada, reina? —le preguntó una voz ronca a su lado.

La intrusión le provocó un respingo. No se había dado cuenta de que uno de los moteros se había sentado en el taburete adyacente al suyo. El olor a cuero de su chaleco y de sus axilas se le metió por la nariz.

—No es ningún espalda mojada —logró decir.

—Joder, ese novio tuyo apesta a Tijuana desde aquí.

Quiso decirle que como se atreviera a llamarlo así en su cara Richie le metería el palo de billar por la garganta, pero lo último que deseaba era provocar un altercado. Había cinco moteros en el bar, además del camarero, y si querían pegarle una paliza a Richard lo tendrían muy fácil. Por no hablar de lo que harían con ella si se resistía.

Apartó la mirada para concentrarse en la cerveza que sabía que no bebería. No le gustaba el alcohol. Es lo que tenía haber crecido con un padre alcohólico. Con un poco de suerte, Richie terminaría pronto las partidas y buscarían un hotel para pasar la noche lejos de Gardner y de ese bar de mierda.

Pero el motero aún tenía cosas que decir. Se acercó más a ella, arrastrando por el suelo las patas metálicas del taburete, que sacaron un chirrido disonante. Hollie sintió un escalofrío al ver cómo la mano del tipo se detenía en su rodilla desnuda y se la empezaba a acariciar.

—¿No prefieres pasar el rato con alguien de tu raza?

Hollie quiso decirle que era un viejo y un apestoso y que seguramente tendría un pene igual de viejo e igual de apestoso, pero no pudo llegar a pronunciar ni una palabra. Un taco de billar, fino y alargado, se interpuso entre ella y el motero.

—Saca tu manaza de gordo blanco cabrón de las piernas de mi chica —siseó Richard—. Hazlo. Ahora.

Hollie se agarró a la barra con las uñas. Conocía esa mirada en Richie. La había visto la noche en que se había colado en su casa, la había visto en la funeraria con aquella doctora a la que remató y la había visto en sueños que jamás había llegado a confesarle a nadie.

—¿Sabes con quién te estás metiendo, chaval?

—¿Sabes con quién te estás metiendo *tú*, abuelo? —replicó Richie, sin bajar el taco de billar. Tenía los músculos de los brazos tensos y en su mandíbula apretada se percibía la violencia a punto de estallar.

A sus espaldas vio cómo el resto de moteros se acercaban a ellos. Hollie saltó del taburete y cogió a Richard del brazo.

—Vámonos. Por favor.

Él no se movió ni un ápice. Parecía darle igual estar en desigualdad de condiciones. Tenía los ojos clavados en el tío que la había molestado y era como si el mundo se hubiera desvanecido a su alrededor.

—Por favor, Richie. Vámonos —suplicó ella de nuevo, tirando del tejido de su camiseta.

Richard desvió la mirada hacia el rostro ansioso de Hollie. Luego sonrió al motero.

—Es tu día de suerte, mamón —espetó. Luego lanzó el taco de billar sobre la barra—. Te veré en el infierno.

Richie no dijo ni una palabra cuando regresaron al Buick, ni tampoco cuando encontraron un Holiday Inn barato en el que decidieron pasar la noche. Estaba cabreado y Hollie podía percibirlo igual que una tormenta eléctrica a punto de estallar.

—¿Te importa si voy a dar una vuelta por el pueblo? Necesito comprar un par de cosas —le preguntó retorciéndose las manos con nerviosismo—. Me tiene que venir la regla, ya sabes.

Él se limitó a mirarla y asentir. No habían vuelto a hablar desde que habían abandonado el bar.

* * *

Cuando regresó a la habitación del Holiday Inn esta permanecía en la penumbra y nada más entrar percibió un olor ferroso que solo pudo relacionar vagamente con el de una carnicería. O con el que soltó Kaya cuando le cortó la lengua y empezó a sangrar como una cerda.

—¿Richie? —murmuró Hollie a la oscuridad que la rodeaba.

La escasa claridad artificial que entraba por la ventana apenas dejaba ver la forma de la cama y del escritorio. Se fijó en la rendija de luz que salía de debajo de la puerta del baño.

—¿Richie? —repitió, dirigiendo sus pasos hacia allí.

La voz que llegó desde la cama le hizo dar un respingo.

—Le dije que le vería en el infierno. Aunque nunca especifiqué cuándo sería eso para él.

Hollie golpeó el interruptor y encendió la luz principal de la habitación.

Con una mano detrás de la cabeza, las piernas cruzadas por los tobillos y la cara cubierta de sangre seca, Richie le devolvió la mirada desde la cama.

—¿Qué has hecho?

—¿Por qué no lo compruebas tú misma?

A ella se le cayó la bolsa de papel al suelo enmoquetado y abrió la puerta del baño de una revolada. El olor metálico la golpeó hasta marearla. Necesitó unos segundos para acostumbrarse a él.

En el plato de ducha estaba lo que quedaba del motero. Hollie solo pudo identificarlo por el chaleco, porque apenas restaba nada reconocible en su rostro destrozado a puñetazos. Un puñado de intestinos salían de su enorme panza abierta en canal y se desparramaban por las baldosas blancas del baño. Un charco de sangre iba cubriendo el níveo linóleo poco a poco, espeso e imparable. No debía hacer más que unos pocos minutos desde que Richie había terminado con él.

—Nadie va a ponerte una mano encima —le susurró Richie a sus espaldas. Hollie se estremeció de puro placer cuando aquellas palabras se le colaron por el oído, calientes y dulces como el jarabe de arce. Sintió el brazo masculino rodeándole la cintura y luego su cuerpo duro contra el suyo—. Conozco tu miedo. Lo veo en tus ojos cuando me miras. Y también la pregunta que te repites sin parar y que solo una vez te has atrevido a pronunciar en voz alta.

Ella apoyó la cabeza en su hombro. Cerró los ojos.

—¿Matarías por mí?

—Siempre —contestó Richie.

Hollie se apartó ligeramente de él para girarse y mirarlo. Era un bello monstruo junto al que se sentía a salvo. Quiso decirle que ella también mataría por él. Siempre.

Se inclinó sobre su pie derecho, se desabrochó la sandalia y la apartó con desdén. Hundió el pie en el charco de sangre. Dejó que se colase entre sus dedos. Empapó sus manos en el plasma escarlata y se untó con el líquido vital el empeine, el tobillo, la pierna, el muslo, hasta llegar hasta su ropa interior.

Los ojos de Richie se convirtieron en dos esquirlas negras.

—Haz un monstruo de mí.

Él no contestó. La tomó por la cintura y la subió al inodoro. Se arrodilló frente a ella sin dejar de mirarla a los ojos.

Hollie sentía su propia respiración apresurada. Lo contempló desde su posición elevada: los pómulos afilados y los ojos almendrados, la boca sedienta y el cuerpo nervudo, flaco y letal. Las uñas cortas de Richie le arañaron la piel de los muslos cuando lo vio sacar la lengua y pasarla lentamente por el empeine de su pie derecho, recogiendo con ella cada gota de sangre sacrificada. Notó su lengua entre los dedos, los leves mordiscos de sus dientes en cada hueso de su pie, la humedad que dejaba a su paso y la que brotaba de ella misma. Gimió.

Le temblaron las piernas cuando él ascendió por su pierna dejando un rastro de saliva mezclada con sangre. La cogió por el trasero.

—Ya eres un monstruo —le dijo Richie.

Hollie lo abofeteó. Él se acarició la mejilla golpeada con una sonrisa indomesticable. Luego la golpeó en la cara, tan fuerte que se tambaleó y perdió el equilibrio. Sollozó de dolor y de frustración cuando Richie la agarró y la encajó en su cintura y empezó a devorar su boca. Hollie le sacó la camiseta por la cabeza. Él se bajó los pantalones. El dolor de la bofetada y el olor metálico de la sangre se mezcló en su cerebro y explotó en su entrepierna, formando un remolino de placer enfermizo cuando Richard la tumbó en el suelo ensangrentado, le apartó la ropa interior y entró en ella de un violento empujón que envió ondas de puro gozo a todo su cuerpo. Se notaba estrecha, resbaladiza y malsana.

Y no le importó una mierda estar follando sobre un charco de sangre que empapó ambos cuerpos desnudos conforme los alcanzaba el éxtasis.

Esa vez compartieron un cigarrillo, aún tendidos en el suelo del baño y con un cadáver eviscerado a un metro de ellos. Pero Hollie no miraba esas vísceras que poco a poco se iban volviendo de un extraño tono entre purpúreo y grisáceo. Miraba a Richie. Y él la miraba a ella.

—Si te pregunto cuál es nuestra siguiente parada, ¿me lo dirás?

—Prueba y lo averiguarás.

—¿A dónde vamos esta vez?

—Ya estamos donde debemos estar. En Illinois.

—¿Quién hay en Illinois?

—Un payaso.

—¿Un… payaso? —se incorporó Hollie, con la confusión dibujada en su rostro.

Richard le apartó un mechón ensangrentado del rostro y le robó el pitillo de sus labios. Inspiró el humo con una sonrisa.

—Un payaso que quiero que se una a mi fiesta.

Capítulo 21

No podía precisar con exactitud cuánto tiempo llevaba encerrado. Quince años, quizá. Recordó haber leído sobre él cuando era un adolescente y también lo gracioso que le había parecido que el cabronazo aquel se disfrazase de payaso para entretener a su muy querida comunidad de vecinos mientras tenía un puñado de adolescentes pudriéndose junto a los cimientos de su casa.

El tiempo no había pasado en balde para John Wayne Gacy. No es que hubiera sido demasiado impresionante en sus años en activo, claro, pero Richard lo encontró especialmente desmejorado, con unos cuantos kilos de más de los que ya tenía y una papada que le colgaba casi hasta cubrirle el cuello.

Cuando empezó a urdir su plan de escape y venganza tuvo muchas dudas acerca de si debía contactar con Gacy. Tras intercambiar unas cuantas misivas con él, vio confirmadas sus sospechas de que los caracteres de ambos eran bastante incompatibles: los dos eran egocéntricos, poco dados a seguir órdenes y con una lengua demasiado afilada que no dudaban en usar el uno contra el otro. Allá donde las cartas con Kemper habían sido amigables, cómplices con el paso del tiempo, las cruzadas con John se habían convertido en una especie de competición de a ver quién la tenía más grande. Era una contienda que Richard encontraba divertida pero que no estaba seguro de cómo se iba a traducir una vez estuvieran cara a cara.

—Así que ahora eres un tratante de arte, ¿no? —lo saludó John, jocoso.

Richard levantó ambas manos en el aire.

—No podrás negar que soy creativo.

—Y también un poco chalado.

El metal de la silla crujió bajo el peso de John Wayne Gacy cuando este se dejó caer en ella.

—Me han dicho que vendes tus dibujos por un buen puñado de pasta —comentó Richie.

—Y a mí me han dicho que tú recibes un montón de fotos de tías en pelotas.

—Vamos, no estés celoso. Al fin y al cabo, a ti no te van los coños.

John no contestó. Se cruzó de brazos y se apartó de la mesa que había entre ellos. Se estudiaron el uno al otro: dos generaciones de asesinos en serie, dos de los nombres más famosos de la historia criminal del país. La historia de John había levantado mucha

controversia por su aparente vida ejemplar de hombre de negocios, familiar y afable.

«Joder, si el muy cabrón se pasaba los domingos en las barbacoas vestido de Payaso Pogo para entretener a los mismos críos que años más tarde se convertirían en sus presas».

Richie tuvo que admitir que ese punto retorcido del cuento de John Wayne Gacy era bastante admirable.

—Sé lo que me vienes a proponer.

—Claro que lo sabes. Te lo conté yo mismo en mi última carta.

—Eres un listillo, ¿no?

—Tan listillo como para no esconder mis trofeos en el sótano de casa.

—No te pases ni un pelo, chaval. Yo duré años haciéndolo. Tú apenas aguantaste uno antes de que te trincara la pasma.

—Y sin embargo el que está libre ahora mismo soy yo, y tú, Poguito, ya tienes la fecha final para tu ejecución.

Esto hizo enmudecer a John. Buscó en el bolsillo interior de su cazadora y sacó un recorte de periódico, que lanzó sobre la mesa.

—Inyección letal. Diez de mayo de 1994. Te quedan poco más de seis meses de vida. Y si no recuerdo mal, ya has agotado todas tus apelaciones.

John siguió sin hablar. Era tozudo y malhumorado, algo que ya había intuido a través de las escasas cartas que habían intercambiado.

—No eres muy majo para ser un payaso —comentó Richie, jocoso ante el obcecado silencio del otro.

—A lo mejor tú tampoco estarías tan parlanchín si la fueses a palmar en breve.

—Y a lo mejor tú rebajarías ese tono de mierda si comprendieras lo que vengo a ofrecerte.

Gacy sacudió la cabeza y cuando lo hizo la piel de su papada se movió al unísono. Luego se miró las uñas, como si necesitase tiempo para sopesar lo que su presencia en el Centro Correccional de Stateville significaba en realidad.

—Soy un hombre de negocios, Richard. Así que quiero negociar.

—No hay nada que negociar. Te fui muy claro en los términos del pacto: un periodo de servidumbre y luego serás libre de ir a donde te salga del culo y hacer lo que te plazca.

—Pero sin la protección que tú tienes ahora.

—Todos estaremos por nuestra cuenta cuando el pacto termine. Aunque puedo asegurarte que Satán no abandona a sus más fieles siervos.

—Lo que propones es de locos. Nos pillarán.

—No nos pillarán. Podemos hacer lo que queramos.

—Más bien lo que tú quieres que hagamos —apuntilló Gacy.

—Llámalo como quieras. Haré la vista gorda con tus devaneos de marica si eso es lo que te preocupa. Me importa un carajo si en tu tiempo libre sales por ahí a cazar adolescentes y a follarte sus culos. Me trae sin cuidado, de verdad. —Richie colocó la mano derecha sobre su corazón y dibujó una cruz—. No tengo ningún problema con que continúes con tus particulares perversiones. Eso sí, nada de llenarme el sótano de muertos en descomposición.

—Creo recordar que una de las tías que dejaste viva te describió como «un yonqui con olor a cabra». —Gacy hizo el símbolo en el aire de las dobles comillas y se carcajeó groseramente—. Nunca te hubiera tomado por un loco de la higiene.

—He aprendido buenos hábitos en San Quintín.

—Ya veo. Tu aspecto es estupendo.

—No te emociones demasiado, Gacy, o esta noche te la acabarás pelando pensando en mí —se burló Richie, pasándose la mano por el espeso cabello—. ¿O acaso ya lo has hecho?

—Qué hostia tienes, Ramirez.

Él rio.

—No es la primera vez que me dicen eso. ¿Y bien, aceptas el trato?

Sacó el vial con el tóxico de su chaqueta de cuero, lo colocó en posición horizontal en la mesa de metal y lo empujó con el dedo índice en dirección a Gacy. El botecito de cristal rodó lentamente hasta toparse con la barriga del payaso asesino. Este no lo recogió. Observó primero el objeto, luego a él.

Richie se reclinó en su silla, esperando.

Era el momento de dejar que Gacy sopesase los pros y los contras. En su opinión, los contras eran prácticamente nulos —y más teniendo en cuenta que la ejecución de John estaba a la vuelta de la esquina—. El trato era inmejorable y llegaba para él en el mejor momento posible. Pero tras tantos años en la prisión y con los cincuenta ya pasados, quizá el famoso Payaso Asesino se había ablandado y le tenía miedo al exterior. La vida podía ser muy sencilla dentro de la rutina carcelaria, y la que le esperaba ahí fuera siempre sería una existencia de mentiras, huidas y escondrijos. No todos estaban preparados para retomarla.

Gacy tomó el vial y lo colocó recto, sin dejar de mirar a Richie. Este repiqueteó los dedos contra la superficie metálica.

—Me contaste una vez que tienes un par de hijos ahí afuera —comentó, indicando con la cabeza el exterior de la cárcel—. ¿O no es así?

—Michael y Christine.

—Siento decirte que si aceptas el trato no podrás correr a ver a tus dos larvas.

—No me importa lo más mínimo. Llevan años sin venir a verme.

«Chicos listos», pensó Richie.

—Mejor. Menos problemas. No soporto ese tipo de sentimentalismos.

—¿Acaso no tienes un coñito ahí afuera esperándote?

—Ese coñito es más fiel que tus dos hijos juntos —le provocó Richard.

Gacy dio un golpe furioso en la mesa y el vial se tambaleó hasta caer de lado. Luego rodó hasta las abultadas manos del Payaso Asesino, y este examinó el líquido transparente como si en aquellas pocas onzas fuera a encontrar todas las respuestas que vagaban por una mente abotargada tras años de encarcelamiento, mala alimentación y autocomplacencia.

—Un tiempo de servidumbre y luego… la libertad.

—Nada de inyección letal —murmuró John.

—Nada de inyección letal —confirmó Richie.

El viejo asesino pensó que, en realidad, no tenía nada que perder. Excepto su vida. Y siendo sincero consigo mismo, esta ya no tenía demasiado valor. Si Ramirez lo estaba engañando para que cometiera una especie de suicidio asistido no tenía demasiada importancia vivir seis meses menos de lo que el estado de Illinois había estipulado para él.

Pero si no lo estaba engatusando y le decía la verdad acerca de ese supuesto pacto con las fuerzas oscuras que aseguraba que le habían liberado, podría al fin buscar a esos tres chiquillos mierdosos que habían provocado su propia detención.

Y la venganza era una perversión que John Wayne Gacy aún no había saboreado.

Richard supo que había ganado otro adepto para su causa.

Intersección: Mable Bell y Nettie Lang

There is nothin' fair in this world, girl
There is nothin' safe in this world
And there's nothin' sure in this world
And there's nothin' pure in this world
Billy Idol - *White Wedding*

La voz del Oscuro me susurraba en sueños intranquilos que me despertaban en mitad del día, con la luz del sol californiano colándose por las cortinas sucias de la habitación 1419 del hotel Cecil. Abría los ojos, agitado y sudoroso, con el calor húmedo pegándose a mi piel. Mi cuerpo sabía que, en el fondo, estaba sanando mi adicción al crack y la cocaína que había dominado mi vida desde hacía tantos años. Yo siempre lo atribuí a la influencia de Satán: me quería limpio, despierto, ágil. De otra forma no podría cumplir con su obra.

«Maligno hasta la infamia, ni rastro de piedad».

No había otra forma de proceder si quería seguir contando con su beneplácito y su protección.

Llevaba un par de días inquieto. Lo notaba palpitar en mi carne, en mis venas, en mis sienes. Hacía apenas un par de semanas de la última vez y me estaba dando cuenta de que cada vez mi cuerpo me pedía un sacrificio con mayor celeridad. Era un tipo de diversión que jamás podría compartir con nadie: ser un asesino es la adicción más solitaria de todas. Y aunque lo tenía asumido y me había repetido que acabaría mis días en la más profunda soledad, a veces aquella sensación de desamparo, de estar solo en el mundo, de no poder tener a un amigo o una chica con quien salir a cazar, me sumía en una oscuridad tremebunda. Me sentía rodeado de arenas movedizas que tiraban de mí hacia el centro de la Tierra para tragarme en sus profundidades.

Cuando salí ese anochecer miré hacia el cielo sin estrellas de Los Ángeles. Pensé en las legiones de la noche y en las criaturas noctámbulas que eran, al igual que yo, y que vagaban por las calles del país en busca de sus próximas víctimas. Éramos gusanos abriéndose paso a través de la tierra para llegar a la carne que nos alimentaba. Nadie podía vernos, pero estábamos ahí. Y sin embargo, aunque éramos cientos, jamás seríamos aliados.

—Aunque si lo fuéramos… —murmuré para mí mismo mientras le hacía el puente a un Mercedes gris que encontré en el aparcamiento del restaurante Velvet Turtle.

El Oscuro me respondió que ya habría tiempo para eso. Esa noche había sangre que derramar. Y yo era su más fiel sirviente.

Me sentía fuera de mi cuerpo, como si otro llevase el volante. Solo así me explico cómo logré llegar a la calle Alta Vista. Era una callejuela escondida, estrecha, curvada, llena de follaje mal cuidado y con una salida demasiado difícil que no me facilitaría la huida en caso de problemas. Pero yo sabía que Satán me ocultaría en las sombras.

Entré en la primera residencia que me encontré. Me distraje unos momentos en comprobar las demás, conduciendo por Alta Vista, hasta que me di cuenta de las enormes distancias que había entre casa y casa: al menos media milla entre la primera vivienda de la calle y la siguiente. Así que volví atrás y apagué el motor. Luego las luces. Bajé la ventanilla del todo para prestar atención a cualquier sonido que me rodease.

Era una noche absolutamente tranquila.

Dejé que mis ojos se acostumbrasen a la oscuridad. Me coloqué los guantes, me até bien las zapatillas, saqué la linterna del bolsillo de mi pantalón. Y esta vez entré por la puerta principal. Ya sabía que nadie iba a verme.

La casa era humilde y, a primera vista, apenas vi nada de gran valor.

«Jodida puta mierda», me dije.

Sentí el familiar calor del enfado subiéndome por la garganta.

El haz de luz de la linterna iluminó el primer dormitorio. Una anciana de unos ochenta años dormía ajena a la presencia oscura que se había asomado por su puerta. En el segundo dormitorio encontré a otra anciana. Tampoco se había enterado de que alguien se había colado en la casa.

Aproveché el silencio y la calma de las abuelas durmientes para seguir buscando. Estaba enfadado, aunque intenté concentrarme en el robo. Pero seguía enfadado. ¿Por qué el Oscuro me había llevado a una casa de dos viejas más pobres que las ratas? No había nada digno de ser robado ni mujeres jóvenes con las que divertirme. Me enfadé más. Mucho más. Estaba frustrado. Follarme a una madurita como la última vez había tenido parte de gracia, no lo negaba, pero ¿dos putas abuelas?

Furioso por no encontrar ni dinero ni sexo, fui a la cocina en busca de un cuchillo para acabar con sus vidas.

—Mamonas viejas de mierda que ni siquiera afilan sus putos cuchillos —susurré en la oscuridad mientras rebuscaba en los cajones y me encontraba un cuchillo mermado tras otro.

Me detuve cuando vi el martillo. Estaba ahí, en la encimera de la cocina, por ninguna razón aparente y completamente fuera de lugar junto a un juego de porcelana barata y botes llenos de especias. Un martillo rojo con el mango de manera. Ligero y manejable. Fue en ese momento, cuando mi mano derecha se cerró sobre el martillo, cuando comprendí los designios del Oscuro.

Regresé al primer dormitorio, levanté el martillo en el aire y lo descargué sobre la cabeza llena de canas de la primera vieja. El primer golpe produjo un sonido como de madera contra metal. El segundo sonó a algo húmedo explosionando, como una sandía resquebrajándose. Continué golpeando. Noté pedazos y grumos pegajosos sobre mi cara y el olor de la vieja amiga carmesí expandirse por toda la habitación. Empecé a reírme sin control conforme el martillo se abría paso en esa cabeza frágil que ya nada tenía de blanca. Luego arranqué el cable de un reloj eléctrico y le até las manos con él tras la espalda.

Los martillazos no habían despertado a la segunda anciana. El golpe que descargué contra su propia cabeza sí lo hizo. Y lo hizo con un grito.

—¡Cállate de una jodida vez o te juro que te mato! ¿Dónde tienes la pasta, cabrona? ¿Y las joyas?

—¡No tengo dinero! —sollozó ella mientras se palpaba la cara que se le iba cubriendo de sangre—. ¡Vete de mi casa, ¿quién narices eres?!

—Vieja zorra.

El martillo abrió un boquete enorme en su cabeza con el segundo golpe. Vi los diminutos trozos de cerebro decorar el blanco de la pared. Volví a reírme.

Quería ver. Quería contemplar mi obra. Quería mirar a los ojos a esa tía cuando muriera. Era demasiado divertido como para hacerlo a oscuras. Así que encendí la luz.

Su aspecto era lamentable, pero para mi sorpresa, aún parecía haber mucha vida en ella.

—Bueno, vamos a divertirnos tú y yo, ¿no? —le prometí.

Sus ojos apenas conscientes me suplicaron piedad cuando regresé a la habitación con cinta americana y el cable del reloj eléctrico con el que había atado a su compañera, hermana o quien coño fuese la otra abuela.

—Por favor…

—¿Por favor, qué?

Usé la cinta en sus tobillos. El cable eléctrico lo metí en un enchufe sin usar junto a la cama. Los extremos pelados soltaron un par de chispas. Los levanté en el aire para que los viera bien.

—No te duermas, encanto. La noche es joven —le dije.

La electricidad entró por su cuerpo y los ojos se le abrieron de golpe, con cada una de esas venillas rojas cruzando sus pupilas a punto de explotar. El pelo cubierto de sangre se le puso de punta, los brazos convulsionaron, las chispas saltaron y yo sentí el familiar tirón en la entrepierna que me decía que estaba tan cargado como ese jodido cable.

Pero antes de la recompensa final, metí en una bolsa todo lo que pude encontrar: unas pocas joyas, un par de relojes y un reproductor de casetes. Luego regresé a ella, le arranqué el camisón y descargué entre sus piernas tras unos cuantos empujones furiosos. La vieja estaba inconsciente, ensangrentada y con la piel ennegrecida allá por donde los chispazos habían entrado en su sistema nervioso.

—Espero que esta vez estés satisfecho —murmuré en voz alta cuando todo terminó y me dejé caer en el sofá de la casa. Escuchaba a esas dos muriendo entre borboteos sanguinolentos y espumarajos—. Crueldad es lo que te gusta y eso es lo que te he dado.

Esa vez, sin embargo, consideré que era hora de hacer saber a la buena gente de Los Ángeles a quién tenían suelto en sus calles. Satán andaba a mi lado y yo andaba al suyo.

Usé un pintalabios rojo que encontré en el baño para dibujar un pentáculo en el muslo de la anciana electrocutada, que aún respiraba entre estertores, y dejé otro sobre la pared blanca de su cama. Luego hice lo propio en la siguiente habitación y contemplé mi obra. *Su* obra.

Era una sensación de total imputabilidad que traspasaba todos los sentidos. Ahí estaba yo, un pobre desgraciado que ni siquiera tenía un techo propio, en una casa que tras mi asalto y la sangre derramada siempre sería mía. Podía dormir, ver la tele, cagarme en el suelo o volver a follarme a la vieja en sus últimos momentos y nadie vendría a echarme de ahí.

Ver morir a alguien es una experiencia fascinante. Las observé a ambas tras abrir su nevera y coger un plátano y una lata de Mountain Dew y otra de Coca-Cola, que me bebí mientras ellas agonizaban. Después me aburrí, eché una meada en su baño y me largué de su casa con una funda de almohada manchada de sangre repleta de sus pertenencias cargada a mis espaldas.

—Como un puto santa Claus, queridas —me despedí de ellas, risueño. Ninguna de las dos me devolvió el saludo.

La voz del Oscuro me susurró que tenía un lugar de honor para mí en el infierno. Yo sonreí.

Sabía que mi noche no iba a terminar ahí. Esa noche yo quería más.

Y lo tendría.

Capítulo 22

—¿Qué prefieres, hombres o mujeres?

—¿De qué hablas?

Hollie miró por la ventana de la cafetería, en dirección al aparcamiento. Podían divisar el polvoriento Buick desde ahí y también contaban con unas magníficas vistas de parte del lago Michigan, el cual estaban rodeando en dirección norte.

—A la hora de matar. ¿Prefieres matar hombres o mujeres?

Richie se revolvió en su asiento. No es que fuese una pregunta que no hubiese escuchado antes, si bien siempre se había negado a contestar para no meterse en problemas legales por consejo de sus abogados. Tampoco es que le interesara demasiado hablar de asuntos así. Los detalles de los asesinatos cometidos eran… íntimos para él. En contadas ocasiones se le había escapado alguna cosa, claro, especialmente en momentos furiosos en su juicio o durante alguna entrevista, pero el tiempo y los años lo habían convertido en alguien menos impulsivo que aquel Richard que proclamaba elogios satánicos en plena corte.

Le costaba entender, de hecho, a aquellos asesinos que habían confesado con todo lujo de detalles sus crímenes. ¿No era mucho más satisfactorio guardarse frases, olores, sensaciones, tactos, sonidos o pensamientos para uno mismo? Cuando estás en la cárcel los recuerdos son lo único que te queda, al fin y al cabo.

A la chica le pareció percibir su titubeo.

—Nunca me contaste nada de eso en las cartas.

—Creí que ya lo habías leído todo en la prensa.

—Tú mismo me dijiste que en los periódicos no hacían más que contar mentiras sobre ti.

—Y es cierto… en parte.

—¿Aún no confías en mí?

—Eres una niña —se limitó a contestar él, haciendo un gesto desdeñoso con la mano.

Hollie arrugó la nariz, molesta por esa forma de despreciarla, y no dijo nada más. Se concentró en la comida grasienta que tenía delante y esta vez fue Richie quien se quedó contemplando las aguas cobalto del lago Michigan.

Él, quien había nacido y crecido en un lugar tan árido como El Paso, a medio camino entre Estados Unidos y el México natal de sus progenitores, recordaba bien la primera vez que había puesto un pie

en Venice Beach y había divisado aquella mancha infinita de agua, intangible e ingobernable, por mucho que cientos de surfistas se empeñasen en hacer suyo algo salvaje que jamás podría ser domado.

Aunque en escasas ocasiones se había vuelto a acercar a las múltiples playas de L. A. —el centro de la ciudad era como unas arenas movedizas que te succionaban en una espiral de drogas, delincuencia y prostitución—, Richie pensaba a menudo en el océano. Quizá, en otra vida, él se hubiese convertido en uno de esos surfistas de pelo alborotado y piel bronceada cuyo mayor sueño era la libertad que le aportaban las olas. No le costaba imaginarse bajo el sol centelleante de California, riendo y fumando hierba con un puñado de chicos que iban de Redondo a Huntington Beach con las tablas sobre la *furgo*, escuchando viejas canciones de *surf rock*.

Luego, la realidad aparecía como una tremenda bofetada que lo devolvía a su verdadera vida: la de las palizas de Julián Ramirez, un hombre duro llegado del otro lado de la frontera que había sido policía en Ciudad Juárez, y que al poner los pies en Estados Unidos se había convertido en un sucio chicano, un trabajador de a pie que ponía raíles para la compañía ferroviaria de Santa Fe y que repartía golpizas alcohólicas a mujer e hijos. Él, que era el más joven, no se escapó de ellas.

Antes de cumplir seis años Julián lo había dejado inconsciente en diversas ocasiones. A los diez, Richie empezó a fumar marihuana y a beber. A los doce, el primo Mike le enseñaba las fotografías que había tomado durante su estancia en Vietnam: decenas de imágenes de mujeres siendo violadas, torturadas, decapitadas, desmembradas por los compañeros de Mike o por el propio Mike, que aparecía sonriendo junto a cadáveres femeninos mutilados. A los trece, su primo lo instruyó en habilidades militares: matar con sigilo, mantenerse silencioso, moverse en la noche. A los catorce, Richard ya hacía tiempo que buscaba el cobijo y el silencio de los cementerios de El Paso y dormía entre tumbas de desconocidos mientras fantaseaba con recrear las proezas del primo Mike. A los quince empezó a tomar LSD y a leer libros de ocultismo. A los diecisiete, espiaba a mujeres a través de las ventanas con su cuñado Roberto. A los dieciocho intentó cometer su primer asesinato.

A los veintidós, se mudó a California y rompió en gran parte los lazos que lo unían a la familia Ramirez.

A los veinticuatro, ya era un asesino en serie.

A los veinticinco fue detenido y condenado a la cámara de gas.

Su partida de cartas estaba marcada de nacimiento por el dolor. Primero, el que le infligieron a él. Luego el que él sembró en el mundo.

—Renuncié al amor y a la felicidad hace mucho tiempo —dijo, sin

dejar de mirar la superficie calmada del lago Michigan. Sintió cómo los ojos de Hollie se clavaban en él, expectantes de cada una de las palabras que pudiera pronunciar—. No confío en nadie. En nadie. Tolero poco y mal la compañía de la gente y la mayor parte del tiempo lo paso pensando en lo mucho que me gustaría arrancarles los ojos a todos los humanos con los que me cruzo.

—¿Confías en mí?

Él buscó la cajetilla de cigarrillos y encendió uno. Pegó un par de caladas antes de enfrentarse a la mirada de la chica.

—No, en realidad no.

—¿Ni siquiera tras haber huido y matado contigo?

—Tú no has matado a nadie, nena. No te atribuyas méritos que no son tuyos.

—¿Qué pasa con Kaya?

—Tu amiga estaba viva cuando me ocupé de ella.

Hollie resopló con frustración.

—Haría lo que fuese por ti, Richie. ¿Acaso tú no harías lo mismo?

—No —se limitó a contestar él—. No eres mi prioridad. Me gusta tenerte conmigo, me gusta follarte, pero si lo que buscas es una historia de amor, no la encontrarás aquí.

—No busco una historia de amor. Busco algo *real*. Tan real como el motero que mataste por mí.

Richard no contestó a eso, ligeramente incómodo. Lo de ir cargándose tipos por una chica —no, por una chica no, por Hollie— era una novedad. Siempre había matado por el simple y puro acto de hacerlo, por divertirse, por robar, por echar un polvo. Pero nunca había matado por nadie. Era una sensación nueva, no del todo desagradable. Lo que no le gustaba era aquella vulnerabilidad espesa que había sentido al ver cómo ese motero repugnante le había puesto las manos encima a su chica. ¿Lo había matado por ese motivo? ¿Por no saber controlar esa flaqueza que asomaba como una serpiente venenosa cada vez que Hollie lo abrazaba y él la besaba con furia? ¿O el asesinato había sido una diversión como cualquier otra?

—Dices que no confías en nadie, pero estamos viajando por todo el país visitando a asesinos en serie, a los que quieres reunir en Los Ángeles. ¿Confías en que ellos te obedecerán?

—Eso es un tema completamente diferente, nena. No hables de lo que no sabes. No me cabrees.

—Si los estás reuniendo es por y para algo. Y si tienes un propósito es que hay una parte de ti, por pequeña que sea, que confía en esos tipos.

—Nena… —Richie notó cómo su voz se volvía sibilina y un viejo ramalazo de furia le crecía en el estómago. Claramente la chica se había envalentonado tras unas semanas de convivencia con él y se

creía con el derecho de cuestionarle—. Te dije que no te mataría, pero puedo cambiar de opinión en un abrir y cerrar de ojos si sigues por el camino de intentar psicoanalizarme. Obtienes de mí lo que quieres y lo que yo te permito obtener. Ni más, ni menos.

Alargó la mano y le clavó las uñas en la suya con tanta fuerza que Hollie soltó un gemido dolorido. Intentó apartarla, pero Richie no se lo permitió y hundió más las uñas en la carne tierna.

—Me haces daño… Por favor.

—¿No es esto lo que te pone cachonda? ¿Que te haga daño?

—Así no, Richie. Por favor —repitió mientras palidecía.

—Una no puede jugar a rondar a un asesino en serie sin sangrar un poco, niñita —masculló Richie, apretando el borde de las uñas hasta que la piel se abrió y un par de gotas de sangre se resbalaron desde el dorso de la mano de Hollie hasta la superficie de fórmica.

Solo entonces soltó el agarre y Hollie retiró la mano. La apretó contra su pecho, gimiendo como un animalillo herido y asustado.

—Antes me has preguntado qué prefiero matar, si hombres o mujeres —dijo Richard mientras aplastaba lo que quedaba del cigarro en la hamburguesa a medio comer de Hollie—. La respuesta es que prefiero que ellos mueran rápido para poder hacer que ellas mueran despacio. Porque disfruto con toda esa sangre mientras veo cómo os desangráis.

Se levantó, tan furioso que podría disparar a todos y cada uno de los comensales de la cafetería. Salió del establecimiento dando un portazo que estremeció a Hollie.

Necesitó un par de minutos en el baño para recomponerse, vendarse la mano con papel higiénico y regresar al Buick. Aún temblaba cuando abrió la puerta del asiento del pasajero y se deslizó en el asiento.

Temió un nuevo exabrupto por su parte, pero nada de eso ocurrió. El humor de Richie había vuelto a cambiar y escuchaba la cinta de Billy Idol mientras silbaba, risueño y complacido, el inicio de *Flesh For Fantasy*.

No volvieron a hablar hasta que llegaron a su nuevo destino.

Capítulo 23

Milwaukee le pareció a Hollie un lugar horrible, tan gris como desangelado. El mal tiempo no acompañaba. Pero consideró que incluso en el día más brillante del verano aquella ciudad se vería fea. No se paró a pensar que quizá el escozor de la herida de la mano contribuía a ver las cosas de un talante más bien ceniciento.

Aceptaba, en el fondo, que Richie tuviera un carácter imprevisible que oscilaba como un péndulo. Tan pronto le acariciaba la mejilla y la estrechaba fugazmente contra él como se volvía arisco como un gato salvaje y la apartaba de su lado, como si mostrar el más mínimo gesto de afecto lo convirtiera en alguien que no quería ser. Odiaba cuando se refería a ella como una niña que no sabía de qué iba el mundo, y adoraba cuando la buscaba en mitad de la noche, moviendo su cuerpo a través de las sábanas hasta pegarlo al suyo. No la abrazaba nunca, pero se aseguraba de que sus pieles se mantuvieran en contacto.

Si era sincera consigo misma admitía que él nunca había sido cariñoso en ninguna de sus cartas. Puede que la llamase nena cada poco, pero jamás había escuchado su nombre en sus labios. Jamás un «tengo ganas de verte» o un «pienso mucho en ti». Ella sí había escrito esas palabras en muchas ocasiones, pero las respuestas no solían ser lo que una adolescente enamorada quería leer de aquel que le producía ensoñaciones.

«Pronto nos veremos, nena». «Esta noche me he masturbado pensando en tu culo». «Mándame fotos tuyas con una mordaza en la boca». «¿Me dejarás lamerte los pies?». «Consígueme pasta y hazlo ya». «¿Has podido comprar papel y sobres? Me estoy quedando sin ellos». «Espero que seas lo suficientemente lista para hacer llegar esta carta a Portage».

Una voz trémula y vil le susurró que Richard no la consideraba una igual. Tan solo un accesorio bonito, follable y entretenido con el que pasar el tiempo, y eso provocaba que todas las inseguridades de Hollie flotasen hasta la superficie y permanecieran ahí, en las aguas intranquilas de una autoestima frágil y voluble.

Se asomó a la puerta del baño para observarlo desde ahí. Richie estaba tirado en la cama del hotel, con la mirada fija en el techo y un cigarrillo en la mano derecha, que fumaba con la indolencia que lo caracterizaba. Era tan alto que los pies, aún enfundados en las zapatillas negras que ella misma le había conseguido para su fuga, le sobresalían por el extremo del colchón. Cada hermoso rasgo de su cara

indicaba que, si hubiera querido, quizá podría haber triunfado en lo que se hubiera propuesto. Alto, delgado, atractivo. Inteligente y misterioso. ¿Cómo le iba a sorprender que recibiera tantísimos correos de admiradoras de todo el país?

No era tan tonta como para no saber que él guardaba una amplia colección de fotografías explícitas de un montón de chicas jóvenes —y seguramente más guapas que ella—. Porque ya había sabido desde muy jovencita que su físico no destacaba por nada en especial. Tenía el pelo de un color indefinido entre castaño y negro, los ojos un poco saltones y caídos. Unos kilos de más repartidos aquí y allá. Nadie la llamaría fea nunca, pero tampoco giraba cabezas a su paso. Si se ponía falda y escote recibía algunas miradas de interés, y ya.

—¿Qué tipo de chicas te gustan? —le había preguntado en una visita.

—Rubias, delgadas, con un buen culo. Como Samantha Strong.

—¿Y esa quién es?

Richie se había partido de risa, sin llegar a responderle de forma directa.

—Eres una niña —se limitó a decir con esa sonrisa de suficiencia tan suya.

Un par de incómodas preguntas entre los chicos de su instituto le habían llevado hasta el videoclub de San Rafael, en concreto a la sección de porno. Desde varias de las carátulas, brillantes y satinadas, obscenas y explícitas, la saludó aquella tal Samantha Strong.

«Rubia, delgada y con un buen culo», pensó Hollie.

Esa misma tarde fue a la farmacia, se compró el tinte más claro que encontró y se lo echó por la cabeza mientras Benton Randall roncaba frente a los anuncios de la teletienda. El resultado no fue exactamente como ella hubiera esperado —era muy platino, oxigenado casi, y casaba raro con el color avellana de sus ojos—, pero se vio un poco más guapa. Luego le robó a su padre un billete de cien y se compró un buen puñado de faldas cortísimas de tejido vaquero y camisetas ajustadas. El robo le valió una paliza de órdago y abrir la boca de rodillas frente al butacón de cuero mientras se le saltaban las lágrimas, pero el resultado había sido el esperado.

Al día siguiente se presentó por sorpresa en San Quintín. Richie se sorprendió al verla ahí. Pero más se sorprendió de verla *así*.

—¿Cambio de imagen? —le comentó mientras se quedaba de pie, con las manos esposadas frente a ella, y la observaba de arriba abajo.

—Ahá —respondió ella, con una mano en la cadera.

Sentía el peso del maquillaje sustraído a su madre sobre su cara y pensó que probablemente no se había hecho una obra de arte, pero a Richie no pareció importarle. La piel expuesta de las piernas, los pies embutidos en unas sandalias de tiras y el escote de su nueva camiseta

concentraba toda su atención. Era la primera vez que él le veía los pies. Durante unos minutos, su mirada fue obsesiva y se perdió en sus empeines expuestos. Casi pudo escuchar un jadeo excitado salir de su boca. Así fue como descubrió su particular fijación por aquella parte de la anatomía femenina.

Cuando se pasó la mano por la boca, haciendo sonar la cadena metálica de las esposas al hacerlo, Hollie supo que el esfuerzo y las molestias habían valido la pena.

—Creo que nunca he querido más un vis a vis como ahora, nena.

Así que puede que ella no tuviese el impacto mediático y el atractivo animal de Richard Ramirez a su favor, pero sí tenía cierto poder por el simple hecho de ser una chica joven y medianamente agraciada.

Se lavó la mano herida en el baño, se la volvió a cubrir con un par de tiritas y caminó hasta la cama, donde él seguía fumando. Había encendido la tele pero no le prestaba atención.

—Tengo hambre.

—¿Y a mí que me cuentas? —le contestó él sin mirarla.

—Que voy a bajar a recepción a comprarme un bocadillo en la máquina de autoventa.

Richie la despachó con un gesto impaciente y no le dijo nada cuando se acercó a su chupa de cuero y rebuscó en sus bolsillos en busca de alguna moneda. Se topó con dos de los cinco viales de la toxina que ella misma le había preparado.

«Esto significa que solo nos quedan dos visitas», pensó.

Se alegró. Echaba de menos el clima templado de California. No le gustaba el frío. Las minifaldas no eran prácticas para aquella temperatura helada de los otoños del Medio Oeste.

Encontró varias monedas de un dólar y abandonó la habitación cerrando la puerta con cuidado, como si dar un ligero portazo pudiera encender la rabia de Richie, aunque consideraba que ahora estaba sumido en uno de esos estados de largo letargo en los que a veces se perdía, lejos de ella. Sabía que ya no estaba molesto porque había canturreado canciones de Billy Idol durante todo el trayecto hasta Milwaukee, y además había cedido al ruego de Hollie de buscar un hotel un poco más decente que el último.

—Uno que no huela a moho, porfa.

—Está bien, nena. Tú mandas.

En el discreto vestíbulo del hotel solo estaba el recepcionista, que la miró sin mucho disimulo cuando se abrieron las puertas del ascensor.

—¿Puedo ayudarla?

—Solo buscaba algo para comer.

—La cocina está cerrada a estas horas de la noche.

—Ya. Pero antes he visto que había una máquina expendedora, ¿no?

—Sí. La tiene justo ahí, junto a la de café.

—Claro.

Notó los ojos del chico de recepción por toda su piel en cuanto le dio la espalda y empezó a meter monedas en la ranura. Era una mirada insistente, que recorría su piel y su cuerpo sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo. Como tampoco había podido evitar a su padre cada vez que la miraba de *esa manera*.

Sintió pánico. Estaba en mitad de la madrugada a solas en el vestíbulo de un hotel con un chico que podía saltar sobre ella en cualquier momento, arrastrarla a un armario de mantenimiento y violarla, y Richard no estaría ahí para salvarla. Quiso correr escaleras arriba, abrir la puerta de la habitación y refugiarse en la seguridad de Richie. Sin embargo, no lo hizo. Se obligó a mantener la calma, esperó a que la máquina expulsase su sándwich de huevo y mostaza y regresó al ascensor con paso firme y calmado.

Richie seguía con los ojos clavados en el techo. Ya no fumaba. No le prestó atención cuando se deslizó a su lado y lo enlazó por la cintura, apoyando la cabeza en su pecho. El corazón de Richard latía, inquieto y fuerte.

—No me gusta Milwaukee —susurró Hollie. Notó cómo la mano derecha de él se colaba por debajo de su pelo teñido y le acariciaba levemente la nuca.

—No estaremos mucho aquí. Mañana a primera hora concluiré mi visita al correccional de Columbia en Portage y seguiremos nuestro camino hacia el este. Será nuestra última parada antes de volver a California.

Hollie no le preguntó a quién vería en el correccional o a quién iría a visitar más al norte. Tampoco recordaba a quién le había enviado cartas como intermediaria. Para ella tan solo eran nombres, sin más. Se había estado carteando durante meses con la mitad de asesinos seriales del país sin saberlo, pero le trajo sin cuidado. Le dio igual haber contribuido a establecer el contacto entre esos criminales y Richie. Lo único que le importaba era seguir a su lado.

—¿Me necesitas en Portage?

—No. ¿Por qué lo dices?

—Quiero ir a comprar ropa de abrigo. Hace mucho frío ya y yo salí de casa con cuatro cosas.

Richard la miró por primera vez, interesado.

—Asegúrate de conseguir medias.

Hollie sintió cómo los dedos que le acariciaban la nuca se cerraban alrededor de su cuello. Jadeó.

—Y compra más de un par. Porque no prometo controlarme y

portarme bien cuando las lleves puestas.

Sintió el cosquilleo que le nacía en los pies y viajaba hasta su coronilla, justo donde Richie la tenía cogida. Pensó en el chico de recepción. También en el hecho de que Richie no la consideraba una igual. Y que, según él mismo había declarado en la televisión pública, todos eran malvados de una forma u otra. Quizá había llegado el momento de demostrárselo.

—Prometo darte una sorpresa cuando vuelvas de Portage.

—¿Una buena sorpresa, nena?

—Sí —murmuró ella—. La mejor de las sorpresas.

Capítulo 24

Reconoció sin demasiada dificultad al hombre que salía del correccional de Columbia. Lo había visto en diversas entrevistas junto a Jeff, cabizbajo y callado mientras su hijo hablaba de sus crímenes y sus motivaciones. Además, se parecía notablemente al Carnicero de Milwaukee.

Detuvo sus pasos para dirigirse a él.

—Perdone, ¿es usted Lionel, no?

El hombre se quedó quieto junto a la entrada de la prisión, mirándolo con una mezcla de desconfianza y hastío.

—¿Otro periodista? No voy a hablar más con la prensa. Mi hijo…

—No soy periodista —sonrió Richie—. Soy escritor. Ricardo Leyva, encantado.

Lionel le estrechó la mano sin estar del todo convencido de su presencia allí. Lo podía ver en su rostro cansado.

—¿Escritor? Jeff no me ha dicho nada de ningún escritor.

—Seguramente es porque aún no ha accedido a colaborar conmigo. —Richie se inclinó hacia Lionel con las manos en los bolsillos y una sonrisa pícara—. Vengo para convencerle en persona.

—Dudo que acepte. Ya ha contado todo lo que tiene que contar. Solo quiere que le dejen en paz y así poder purgar sus pecados.

—Bueno, eso lo tendrá que decidir él. ¿No?

—Sí, claro —asintió Lionel—. Pero por favor… trátelo bien. Es cierto que Jeff ha hecho sufrir a muchísimas familias, pero sigue siendo mi hijo. Y a su manera él también sufre.

—No lo dudo. Ha debido ser muy duro para usted.

—Lo que sienta yo no importa.

—Por supuesto que sí. Es el padre de un asesino en serie, algo tendrá que decir al respecto.

Lionel se recolocó las gafas de pasta en un gesto nervioso, usando el dedo índice para llevarlas desde la punta de la nariz hasta el puente. Los gruesos cristales graduados no podían ocultar los ojos llorosos que se escondían tras las lentes.

—No fue culpa mía.

—Nadie dice eso.

—Y no saque esta conversación en su libro.

—No lo haré —prometió Richie, sin entender por qué esas lágrimas apenas contenidas de ese hombre que no conocía de nada le habían estrujado el fondo del estómago—. Solo dígame qué es lo que siente

usted.

Lionel desvió la vista. Se recompuso todo lo que pudo. Inspiró profundamente.

—Que podría haberlo hecho mejor como padre.

Negó con la cabeza. Luego se alejó en dirección al aparcamiento y Richie lo contempló en su agotado y arrastrado caminar.

«Seguro que Julián Ramirez no caminaba así», pensó. Se sacudió el pensamiento de encima. Su padre había muerto en 1991, y él se había alegrado cuando Ruth le informó de ello. No valía la pena dedicarle ni un segundo. No tenía tiempo para ese tipo de sentimentalismos.

Reconocía que de todos con quienes había contactado Jeff era el que más le intrigaba. No por la naturaleza de sus crímenes ni por el remolino mediático que había recibido, si no por su forma abierta de hablar de todo lo que había hecho. Era una rareza entre la comunidad, por así decirlo. La mayoría de ellos se negaban a soltar prenda y a confesar, y menos dando todo lujo de detalles. En primer lugar, por puro ego: si mantenían el misterio, más atención recibirían. Segundo, por egoísmo. Cuanto menos compartieran, más íntimos serían los asesinatos. Y finalmente, por practicidad. Retener información crucial podría ayudarles tanto en las apelaciones como en futuros pactos con instituciones como el FBI.

Pero Jeff había confesado todo durante sus primeras noches de arresto. Había concedido entrevistas en las que se sentaba junto a su padre y empezaba a relatar su particular cuento de necrofilia y canibalismo. El tipo era una *rara avis*, por así decirlo, y eso despertaba su curiosidad.

Cuando lo trajeron ante él, esposado por muñecas y tobillos, Richard lo esperaba apoyado en la pared de la sala de visitas con los brazos cruzados bajo el pecho. Le sorprendió descubrir que era igual de alto que él. Por algún motivo, siempre se lo había imaginado más bajito, poco amenazador. Y quizá para ojos poco entrenados, el llamado Carnicero de Milwaukee podría resultar un tipo insípido, rubio y bien peinado, de físico agradable y agraciado, un poco taciturno, pero inofensivo al fin y al cabo.

Sin embargo, Richie no precisó más de unos escasos segundos para descubrir lo que escondía aquella fachada de aparente normalidad.

—¿Quiere que lo espose a la mesa, señor Leyva? —preguntó el guardia, obligando al preso a sentarse.

Este obedeció, tan dócil como silencioso, si bien no le quitaba los ojos de encima. Richie esbozó una ligera sonrisa de reconocimiento antes de contestar al funcionario.

—No será necesario. El señor Dahmer y yo somos buenos amigos. Puede quitárselas.

—¿Está seguro?

—¿Es que ha atacado a alguien desde que está aquí?

—No, pero…

—Pues quítele las esposas.

El guardia titubeó unos segundos, aunque luego obedeció y le retiró las manillas de las manos. Las cadenas de los pies permanecieron en sus tobillos. Jeff se dejó hacer sin oponer ninguna resistencia ni soltar una sola palabra.

—Estaré justo aquí fuera, señor Leyva —le indicó el guardia, a todas luces inquieto por el hecho de dejarlos solos.

Richie le sonrió y esperó a que la puerta se cerrara para dejarles intimidad. Cuando se quedaron al fin solos, Jeffrey Dahmer fue el primero en hablar:

—No puedo decir que me sorprenda verte aquí —lo saludó sin inflexión alguna en su voz—. He estado atento a las noticias estos días.

—¿Algo interesante en ellas?

—Tan solo la repentina muerte de varios asesinos en serie y el posterior robo de su cuerpo. Kemper, Lucas, Gacy… Ayer, en un debate nocturno, hablaron del pánico satánico otra vez.

—La verdad es que no puedo decir que estén equivocados respecto a eso, Jeffrey.

—Llámame Jeff, por favor. Solo mi padre me llama Jeffrey, y suele hacerlo cuando se cabrea conmigo.

—Pues debe llevar bastante cabreado contigo desde hace por lo menos… ¿Cuánto tiempo ha transcurrido ya? ¿Un par de años desde que entraron en tu apartamento y se encontraron con un festival de carne de negro?

—No hables así, Richard —se incomodó Jeff—. No me gusta.

Richie se sentó frente a él y entrelazó las manos sobre la mesa. Dahmer lo miraba con total calma, esperando su próximo movimiento.

—¿Fumas?

—No.

—¿Bebes?

—Ya sabes que no.

—¿Rezas?

Esta vez Jeff se revolvió en la silla con inquietud. Tenía los ojos de un azul apagado.

«De hecho», pensó Richie, «todo parece apagado en él».

—No creo que eso te importe.

—¿Y por qué no me iba a importar? Se dice por ahí que te has vuelto religioso. Que ahora crees en Dios. ¿Le suplicas perdón cada noche por haberte comido a un puñado de tíos? ¿O ruegas misericordia por cada cadáver al que te tiraste? —Rio jocoso Richie—. Te digo lo mismo que a Gacy: no te voy a juzgar. Mis gustos no van

por ahí y reconozco que un poco de asco sí que me da eso de follarme a una muerta abierta en canal, pero bueno… respeto tu firma.

—No es mi firma.

—Pues tus fetiches.

—Tampoco es un fetiche —replicó Jeff—. Tú… tú no lo entenderías.

—Pues explícamelo. He conducido dos mil millas desde California para venir a hablar contigo.

—Podrías habértelas ahorrado. Ya te dije que no pienso aceptar el trato.

—Tenía la esperanza de que tras ver los resultados cambiarías de opinión.

—No —dijo con firmeza el Carnicero de Milwaukee—. No. No puedo.

—Vamos, Jeff —se inclinó hacia él con una sonrisa taimada en el rostro—. Entre nosotros no son necesarios los embustes. Sé que todo eso de haber encontrado a Dios es una puta patraña. ¿A quién pretendes engañar? Porque ni tú te lo crees.

—Tú no me conoces.

—Te conozco mejor que nadie. Somos iguales, pensamos igual, sentimos igual. No puedes mentirme, de la misma forma que tampoco puedes mentirte a ti mismo. Eres un asesino en serie, uno de los nuestros. Uno de los míos. Y ambos sabemos que eso no puede cambiar por muchas plegarias que reces o por muchos años que pases encerrado en una prisión. Lo sé yo y lo sabes tú: en el fondo, te mueres de ganas de volver a hacerlo, ¿no es así, Jeff? —escupió las palabras Richie sin dejar de sonreír—. Claro que sí… quieres volver a tenerlos en tu poder, a oler su sangre, a saborearlos. A guardarlos en tu nevera, a follártelos en la cama, a cazarlos en los clubs. No hay cura ni oración que pueda cambiar tu naturaleza. Y yo te ofrezco la libertad de volver a ser quien eres.

Vio cómo Jeff se mordía los labios y se le tensaban los músculos de las manos.

—No funcionará.

—¿El qué?

—Tu plan de reunir a una banda de asesinos bajo un mismo techo.

—¿Por qué no iba a funcionar?

—Porque somos seres solitarios.

—Es irónico que tú digas eso cuando tu mayor motivación para asesinar era el miedo a la soledad.

Dahmer sonrió en un gesto apenas perceptible.

—He necesitado muchas horas de introspección para abrazar, comprender y aceptar aquello que me llevaba a hacer lo que hice. La soledad es innata en nosotros, Richard.

—Ha habido asesinos que han matado en pareja.

—Para eso se necesita un vínculo especial con alguien. Tú no lo tienes. Dudo que seas capaz de establecerlo con nadie. Y menos a través de unas cuantas cartas.

—Te equivocas, Jeff. Funcionará. Inundaremos las calles de sangre. El país sucumbirá al pánico. Seremos grandes de nuevo.

—Estás loco —soltó, negando con la cabeza. Richie se inclinó más hacia él.

—Ya me han llamado eso antes. Pero ¿quién es más loco de nosotros dos? ¿El que abraza su esencia o el que reniega de su propio ser?

—Ambos estamos locos.

—Ni siquiera tú te crees eso.

El Carnicero de Milwaukee se pasó la mano por el cabello rubio, que le cayó sobre los ojos. Richie observó cómo su lenguaje corporal, antes frío y distante, había cambiado. Ahora estaba tenso, como un animal herido y provocado.

—Mi respuesta sigue siendo no.

—¿Por qué no?

—Te lo dije en la última carta —repuso Jeff—. Mi padre ha sufrido ya demasiado. Le prometí que nunca volvería a hacer daño, ni a él ni a nadie.

—Para tu padre estarás muerto y él podrá pasar página sin ti. En el fondo, será un alivio que la palmes y desaparezcas del mundo. Para Lionel Dahmer no eres más que un monstruo de su propia sangre.

—Puedes provocarme todo lo que quieras. No cambiaré de opinión.

Richie rio y sacudió la cabeza.

—Está bien. Lo acepto. —Levantó las manos en señal de rendición —. Pero dime la verdad: ¿ahora crees en Dios? ¿Consideras que has cambiado?

Jeff se miró las uñas. Cortas y bien cuidadas. Quizá las visualizaba con la sangre coagulada debajo que algún día albergaron. Luego levantó la mirada. No había desafío en sus ojos, pero sí una sencilla firmeza.

—No, no he cambiado. Y no, no creo en Dios.

—¿Te arrepientes de algo de lo que hiciste?

—¿Y tú, Richard? —preguntó Jeff—. ¿Piensas en tus víctimas y te sientes mal por ellas?

—No. Nunca.

—Pues yo sí. No siempre. Solo a veces. Y luego ese arrepentimiento, o lo que sea que siento, se esfuma tan rápido como ha venido. Sé que debería sentir culpa, pena o lo que sea, pero no es así. O no siento toda la que debería —suspiró el Carnicero—. Si uno no cree que exista un Dios al que rendir cuentas… ¿Qué sentido tiene

intentar modificar tu comportamiento para mantenerlo dentro de unas escalas morales aceptables? Eso es lo que yo pensaba.

—Y lo sigues pensando.

—Siempre creí que la teoría de la evolución era cierta, que todos veníamos del barro y que cuando morimos eso es todo, y no hay nada más… Pero ahora vienes tú ofreciéndome un pacto con Satán a cambio de la libertad y no puedo evitar pensar que si el diablo existe, también existe Dios. Y si hay un Dios entonces quizá pueda perdonarme por ser quien soy y dar a mi padre un poco de paz. Aunque sea diminuta y efímera.

—Eso es una gilipollez, Dahmer.

—¿Lo es? Tu mera presencia aquí demuestra que Satán te protege.

—¿Y? —se exasperó Richie.

—No me necesitas.

—No, pero…

—No me necesitas —repitió Jeff—. Esa es la pura verdad.

Richie se reclinó sobre su silla. Sabía cuándo había perdido la partida. Y lo cierto es que lo lamentaba, aunque ya sabía que Dahmer sería el más difícil de convencer de todos. Quizá por eso había estado tan ansioso por encontrarse con él.

—Hay que joderse, Jeff. —No pudo evitar sonreír, y su interlocutor lo imitó en un gesto que solo podía calificarse como cómplice. Sacó un cigarrillo, lo encendió y esperó un par de caladas para retomar la conversación—. Me hubiera gustado tenerte de mi lado.

Jeff se encogió de hombros.

—Siempre puedes ir a por Bundy. Él sí sería un buen fichaje.

—Bundy está muerto y sus cenizas están esparcidas en la cordillera de las Cascade. Ni siquiera el Oscuro puede traer de vuelta lo que sea que quede de él.

Eso no era exactamente cierto, pero Dahmer no necesitaba saberlo. *Nadie* necesitaba saberlo.

—Puede que sea lo mejor. Vuestros dos egos no iban a caber en una misma habitación.

Richie se echó a reír.

—La verdad es que incluso si pudiera revivirlo no estoy seguro de querer trabajar con él. Era un puto pijo republicano relamido.

—O a lo mejor te da miedo que a su lado parezcas un mero aprendiz.

—No te pases, Dahmer. —Richie dejó caer la ceniza del cigarro sobre la mesa y suspiró—. ¿Aunque lo de la escayola falsa y la palanca del coche? No le negaré el estilo al bueno de Ted.

Esta vez fue Jeff el que soltó una pequeña carcajada. Sus ojos se desviaron hacia el exterior de la prisión. Richard fumó en silencio.

—Ahí afuera tiene una hija.

—Lo sé. Leí algo sobre ella.

—Sí, yo también. ¿Piensas alguna vez en esa niña que Bundy dejó atrás?

Richard se encogió de hombros.

—A veces.

—¿Hubieras querido ser padre?

—No.

—Yo tampoco —suspiró Jeff—. Dicen que cuando eres padre nunca dejas de sufrir por si alguien le hace daño a tus hijos, pero nunca vuelves a sentirte solo.

Richie no encontró palabras en su interior para responder a esa devastadora afirmación.

Supo que la visita había terminado.

Intersección: Carol Kyle

She said, “Come on, baby, you got a license for love.
And if it expires, I pray help from above”
Billy Idol - *Rebel Yell*

Los críos nunca habían tenido demasiado interés para mí; puede que fuese una consecuencia de una infancia que yo recordaba terrible, sucia y desgraciada, o quizá simplemente formaba parte de mi naturaleza despegada el no sentir nada frente a una criatura, por más desvalida y frágil que esta pudiera aparentar ser.

Hasta esa noche nunca me había colado en una casa donde hubiera un niño, y la realidad es que tampoco había llegado a plantearme qué haría si se diera esa circunstancia. El recuerdo de la niña asiática de San Francisco era vago, acontecido demasiados meses atrás, y lo cierto era que disfrutaba bastante más haciendo daño a adultos que a criaturas.

Horas después de haber asaltado a las viejas y sin saber aún si estaban o no muertas —supuse que si habían logrado sobrevivir apenas durarían un día más en el hospital, como finalmente así ocurrió— continuaba alterado. Alterado de verdad, cargado hasta arriba de adrenalina y con una urgencia sexual que ni la mejor de las putas de Skid Row hubiera podido saciar. Necesitaba herir, necesitaba controlar, necesitaba dominar un cuerpo humano temblando de terror. Y luego, solo entonces, con esa mujer bajo mi entero control, follar.

El Oscuro me susurró que fuera precavido. Que me preparase bien. Conseguí unas esposas, una automática del calibre 25 y un puñado de libros de segunda mano que me llevé gratis de la misión de beneficencia que había en el centro de Los Ángeles, aquella que siempre tenía cajas repletas de libros para quien los quisiera. Coloqué varias de esas cajas en los asientos traseros del Mercedes gris robado. Lo había visto en no sé qué peli; si la pasma llegaba a perseguirme y dispararme desde atrás, los libros funcionarían como barrera entre las balas y yo.

A las 3:57 de la noche, aparqué en una avenida de Burbank y olfateé la noche cerrada a mi alrededor. Dejé que mis sentidos se agudizasen y despertasen a la oscuridad que me rodeaba. Los

necesitaba listos y preparados para un nuevo asalto.

Todas las ventanas y puertas de esa casa de estuco beige estaban cerradas. El jardín era pequeño, pero bien cuidado, con una alta palmera frontal que sumía la casa en la intimidad de las sombras. Quizá otro hubiera desistido al no encontrar la forma de entrar, pero los retos me excitaban a la vez que despertaban unas ansias difícilmente ya controlables. Solo era preciso mirar bien. Buscar bien. Y encontrar bien. Si lo hacías y contabas con un poco de paciencia y unos ojos bien entrenados, lograbas dar con la clave de acceso.

Mi mirada descubrió en la puerta de atrás, la que daba a la cocina, el pequeño agujero con panel abatible para el perro de la familia. Bingo.

Un minuto después estaba dentro, y el haz de mi linterna iluminaba un pasillo silencioso y oscuro. Saqué la pistola, puse el dedo en el gatillo. Si me encontraba con un tío, dispararía sin pensármelo. Pero aparentemente no había ningún hombre en la casa. Solo una mujer de unos cuarenta años que dormitaba en su habitación. Aun así, no me relajé. Debía comprobarlo.

Apunté la luz a sus párpados.

—Despierta, zorra —la empujé y ella abrió los ojos, confusa—. Ni un grito o te mato. Si haces un solo puto sonido, juro que te mato.

La pistola contra su sien la acabó de convencer.

—¿Entendido?

La vi tragar saliva. Temblar. Estremecerse al contacto del acero frío del arma en su piel.

—Sí, entendido.

—¿Quién más hay en la casa?

—Solo mi hijo de once años.

—¿Dónde está?

—En su… en su habitación.

—Sal de la cama.

—Por favor…

—He dicho que salgas de la puta cama.

Obedeció. La cogí por el brazo y la puse a caminar delante de mí. Su temblor había desaparecido y parecía estar extrañamente calmada, como si el más leve movimiento en falso pudiera desencadenar en mí la peor de las furias. No se equivocaba. Su vida y la de su larva dependían de cómo se comportase de ahora en adelante. Quizá su instinto de supervivencia así se lo indicaba.

Al llegar frente a una puerta cerrada la mujer se detuvo y fue a abrirla, pero se lo impedí. Había subestimado hacía semanas a Maxine Zazzara y me había jurado no volver a confiarme en presencia de una mujer, por muy inofensiva que esta pudiera parecer.

—Túmbate en el suelo. Si mueves un solo dedo te pego un tiro.

No me había mentido. Había tan solo un niño durmiendo, que se despertó lleno de pánico cuando lo saqué de la cama y presioné la pistola contra su frente.

—Hola, amigo. No te vas a mover, ¿verdad? No te moverás, no me mirarás. Porque si lo haces, morirás.

Su madre se levantó del suelo, corrió hacia mí y se interpuso entre su hijo y yo, de rodillas y mirándome a los ojos.

—No le hagas daño a mi niño. Coje lo que quieras de la casa, haz lo que te plazca, pero no le hagas daño a él.

—Creo que voy a tener que enseñarte que cuando te digo que te quedes quieta, te quedarás quieta. Y que cuando te digo que no me mires, no me mirarás.

Pareció comprender que era mejor obedecer cuando la esposé junto al niño gimoteante y los metí en un armario. Antes de cerrar la puerta, pregunté:

—No tienes ninguna pistola en casa, ¿no?

—No, no tenemos armas —respondió ella mientras abrazaba a su hijo.

—¿Sabes qué? No te creo.

Empecé a buscar por toda la casa, lanzando las cosas al suelo y abriendo todas las puertas y cajones que encontraba a mi paso.

—¿Dónde cojones la guardas? ¿Eh? —preguntaba sin parar. De fondo escuchaba los llantos del niño y los susurros de su madre que intentaba calmarlo.

No encontré arma alguna. Me calmé un poco. Los hice volver al armario y los encerré para esta vez buscar mejor. A mitad de la búsqueda me di cuenta de que eso no era lo que necesitaba de verdad. Lo que quería… solo ella podía dármelo.

—No, te lo suplico. Deja a Mark tranquilo.

—Concedido. Dejemos a Mark *tranquilo*.

El niño empezó a respirar deprisa cuando vio que lo separaba de su madre y lo dejaba esposado de ambas manos en el armario, que cerré de un portazo. Ella jadeó al notar cómo la agarraba del pelo y le tiraba la cabeza hacia atrás. Lanzó un leve grito que enseguida ahogó para no enfadarme.

—¿Y las joyas?

—Te daré todo lo que tengo, pero no hagas daño a mis hijos.

—¿Hijos? ¿Tienes más de uno?

—Un niño… y una niña.

—¿Y dónde está ella?

—En casa de una amiga.

—¿Me estás mintiendo?

—¡No! No vendrá a casa hasta media mañana.

—Bueno… viendo lo guapa que eres quizá me quede aquí hasta que

vuelva.

Mi risa la estremeció. Cerró los ojos cuando me acerqué a su cara.

—Ahora dime dónde guardas la pasta.

—Hay… hay un joyero en mi armario. Llévatelo.

La seguí a su habitación. Desde atrás pude contemplar su cuerpo. Era una mujer madura y con cierto atractivo. No era el tipo de tía que solía gustarme, pero lo cierto es que en ese punto de la noche me daba igual lo guapa que fuera. La situación en sí misma era todo cuanto necesitaba para que se me pusiera dura.

—Alto ahí —la detuve cuando sus manos se lanzaron al armario—. Levanta la mano muy despacio con los dedos separados o…

—O me matas.

—No te hagas la lista y obedece.

Lo hizo. Me miró con unos ojos tan serenos como aterrorizados.

—¿Eres tú, no es cierto? El asesino del que habla la prensa. El Intruso del Valle.

—Solo si tú quieres que lo sea. —Me reí de ella. La mujer calló—. Y ahora no hagas nada estúpido.

—Si te doy algo de gran valor, ¿te irás?

—Claro, encanto. Fijo. —Mi carcajada hizo que ella se estremeciese, pero no vaciló en enseñarme el collar que llevaba.

—Es un diamante. Es tuyo si lo quieres. Pero, por favor, vete de mi casa.

Alargué la mano, impaciente. Cuando lo tuve en mi poder comprobé que era un diamante en forma de lágrima, no demasiado grande, pero lo suficiente como para poder empeñarlo a cambio de un buen puñado de pasta.

—Ahora cumple tu parte y vete de mi casa.

Chasqueé la lengua mientras metía el collar en mi bolsillo trasero.

—¿Quién crees que eres para darme órdenes? Vuelve a la cama. —Le señalé el lecho—. Hazlo por las buenas o te obligaré yo por las malas.

—Me dijiste que…

—Cállate de una puta vez.

Le até las manos a su espalda con un par de medias.

—¿Sabes lo que voy a hacerte, verdad? Claro que sí. A no ser que me des toda la pasta que tienes.

—¡No tengo nada más!

—Y una mierda. Tienes una buena casa, vives en un buen barrio.

—Soy pobre —gimió ella—. Mi marido me dejó la casa; murió hace seis años en un accidente de avión. Por favor, no le hagas daño a mi hijo. Ya ha sufrido demasiado con la muerte de su padre.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque no puede ser que seas como dicen que eres en la prensa.

Te llaman monstruo, asesino, animal, pero estás aquí y sé que eres humano. No le harías daño a un crío, ¿verdad que no?

Me pasé la mano por la cara, sin saber qué responder. Ella continuó hablando:

—A lo mejor eres padre tú también. O tienes una chica con la que quieres casarte y necesitas dinero y por eso haces lo que haces. Algún día esa chica será la madre de tus hijos y querrás protegerlos a toda costa. Y lo sabes.

—Cállate y no me mires.

Pero no calló.

—No soy una muesca más en tu historial. Me llamo Carol, soy viuda, tengo cuarenta y dos años y…

—Carol… —murmuré, inclinado sobre ella, sin dejar de mirarla. En parte, admiraba su valor y su templanza. Y también estaba empezando a irritarme *de verdad*.

—Carol, eso es. Carol Kyle.

Le acaricié la mejilla y aspiré su esencia. Olía a perfume, champú y crema hidratante. Todo ello de buena calidad. Tenía la piel suave, levemente cubierta de un sudor resbaladizo en el que se mezclaba el pavor y la súplica. Pensé en el niño encerrado en el armario, en su cara cubierta de lágrimas y en sus muñecas esposadas. Pensé en el Richie de El Paso durmiendo entre tumbas para huir de los golpes de Julián Ramirez. Pensé en cómo de diferentes podían ser las vidas de dos críos.

—No te preocupes. Haz lo que te digo y tu hijo y tú saldréis vivos de esta.

Carol asintió.

—Haré lo que tú me digas.

—Buena chica.

Sé lo que luego le contó a la policía porque lo leí días después en Los Angeles Times. Explicaría que le arranqué el camisón, que me desabroché el pantalón y la obligué a arrodillarse frente a su cama y a que se metiera mi polla en su boca. Contaría que intentó disuadirme de violarla diciéndome que tenía la regla, luego que tenía una enfermedad de transmisión sexual, y que yo la obligué diciéndole que se callase o la mataría. Confesaría que no se resistió —no, no lo hizo —, porque sabía que si intentaba defenderse yo explotaría y la mataría. Una vez más, su instinto estaba en lo cierto. Dijo que al mirarme a los ojos vio al diablo, que nunca había visto una mirada así. Confesó que le di la vuelta y la violé por el culo y que, de nuevo, no intentó detenerme durante la primera vez que lo hice.

En la segunda vez me suplicó piedad y me dijo que le dolía demasiado, sin comprender que todas esas palabras y su dolor era lo que más me excitaba. Cuando terminé la dejé hiperventilando en la

cama, hecha un ovillo. Sé que sangró, aunque no pude adivinar por donde.

Fui a la cocina y bebí un vaso de agua. Al regresar a ella, aún seguía quieta, en la misma posición.

—No estás mal para la edad que tienes —le dije.

—Gracias —contestó Carol con voz neutra y apagada.

A través de la ventana empezaban a filtrarse los primeros rayos de sol y todo, de repente, me pareció irreal: el niño encerrado que sollozaba, la casa vandalizada que jamás volvería a ser la misma, la sed insaciable que yo sentía, la mujer violada que intentaba ser amable conmigo para salir con vida del asalto.

—¿Estás bien?

—Sí, lo estoy. ¿Y tú?

—¿Cómo dices? —No recordaba la última vez que alguien me había preguntado cómo estaba.

—Debes haber tenido una vida muy mala para hacer lo que me has hecho esta noche.

«El dolor es lo único que he conocido. El dolor es la forma en que el mundo siempre se ha dirigido a mí. ¿Por qué no habría de ser el dolor mi respuesta?».

Quise golpearla hasta la muerte, pero, por alguna razón, no lo hice.

—Tienes suerte de que te haya permitido vivir. He matado a unos cuantos antes de entrar en tu casa. Si no me crees, puedo traer hasta aquí a tu pequeño Mark y… —me burlé, apoyado en el quicio de la puerta.

—No dejes que me vea así. Desnuda. No.

Me acerqué a Carol. Había algo en ella que admiraba. Había valor. Uno desesperado, de animal acorralado, pero valor al fin y al cabo. La desaté de la mano derecha. Me miraba con una intensidad que me hacía sentir incómodo.

—Deja de mirarme así o te sacaré los ojos.

Le tiré un camisón para que se cubriera antes de dejar a Mark salir del armario. Los volví a esposar juntos al cabecero de la cama.

—Mi mano izquierda… —me indicó Carol—. Aún tengo la media con la que me has atado.

—Claro, sí.

Encontré un par de tijeras y corté la atadura. Dejé la llave de las esposas en la mesita de noche.

—Si no me has mentido, tu hija volverá en unas horas y podrá ayudaros.

—¿Por qué haces esto?

La ignoré.

—Si dices cualquier cosa acerca de quién soy volveré a por ti. Cuéntales a la poli que llevaba un pasamontañas puesto. Recuerda que

sé donde vives.

—No diré nada.

Los miré. Ambos estaban hechos un desastre y se abrazaban el uno al otro. Empecé a encontrarme mal, como si la llegada del amanecer convirtiese esa imagen que yo había disfrutado en una que me repugnaba.

—¿Es esto Glendale?

—No, es Burbank.

—¿Cómo salgo de aquí?

—Toma la próxima salida a la derecha y encontrarás la autopista.

—Claro.

Los dejé ahí, abrazados, cubiertos de sudor, lágrimas y sangre. Pero vivos. Nunca entendí los motivos por los cuales no los maté a ambos. Quizá fue por el niño. Quizá porque ella me dijo su nombre. Quizá simplemente no lo necesité para llevarme de ellos lo que deseaba.

«Maligno hasta la infamia, ni rastro de piedad».

Esa noche comprendí que incluso el diablo podía mostrar misericordia de vez en cuando.

Capítulo 25

Richie pensaba a menudo en Carol y Mark, con mucha más frecuencia que en otras de sus víctimas. Veintitrés horas de aislamiento continuado con las luz encendida día y noche daban para infinitos momentos de insomnio e introspección si habías tenido la suerte de haber terminado con tus huesos en San Quintín. La existencia en el corredor de la muerte era tan insulsa y aséptica que Richie estaba seguro de que no era el único preso de aquella sección que dejaba morir los días fantaseando con sus propios crímenes y reviviéndolos una y otra vez. ¿Acaso les quedaba otra cosa que no fuesen un puñado de recuerdos sangrientos y el olor cada vez más desvaído de lo que fue la libertad?

No sentía por Carol y Mark la misma rabia que sí lo consumía al pensar en el error que fue dejar a María Hernández con vida; quizá porque él había decidido sobre la vida de madre e hijo con plena consciencia de que se la perdonaba y que, a partir de aquella noche en que profanó su casa y sus mentes, siempre le pertenecerían a él. Daba igual cuántos años vivieran o cuánto tiempo transcurriese desde la invasión. Cada nuevo día que disfrutaban se lo debían al Acosador Nocturno que había decidido dejarles vivir. Era otro tipo de poder y control; uno casi tan exquisito como el de asesinar.

Lo de María había sido un descuido. Lo de Carol, una decisión. Había una sutil diferencia que convertía ambos casos en dos escenarios completamente distintos para Richie.

Cuando le daba por reflexionar sobre lo que significaba ser madre o padre, la imagen de Carol protegiendo a Mark, ambos esposados en mitad de la madrugada, le venía a la mente sin remedio. A veces esa instantánea de puro terror, que casi podía volver a oler y saborear, lo hacía soltar una silenciosa carcajada. Otras, simplemente lo mantenía incapaz de conciliar el sueño. Pensó de nuevo en Carol y Mark —sobre todo en Carol, siendo sincero— al abandonar el correccional de Columbia y subirse al coche.

No arrancó de inmediato. Le gustaba estar a solas. Era su hábitat natural desde hacía demasiados años, y acostumbrarse a la compañía perpetua de Hollie se le hacía complicado en ocasiones. Encendió un pitillo con la ventanilla bajada y el frío de Wisconsin colándose en el interior del vehículo. El hecho de pensar en hacerle una visita a Carol Kyle cuando volvieran a Los Ángeles lo excitaba. Habían pasado unos cuantos años desde aquel treinta de mayo de 1985. Quizá Carol

todavía tenía un buen polvo.

Al terminar el cigarro se dio cuenta que aún llevaba el vial de la toxina en su cazadora. Ni siquiera se lo había dejado a Jeff para ver si era capaz de tentarlo con la libertad. Su instinto le decía que, aunque regresara a la sala de visitas y se lo plantara delante de las narices, Dahmer seguiría negándose a sí mismo lo único que lo hacía sentir vivo.

Sacudió la cabeza, frustrado.

—Es por estas cosas que no puedes dejarte llevar por la jodida sensiblería —murmuró al tiempo que encendía el motor del Buick.

Estaba impaciente por terminar con aquella ronda de visitas y así poder emprender el largo camino a California. Aún le quedaba una última parada, un último vial que entregar. Y sabía que no sería un intento infructuoso, como había sido el de Dahmer.

Richie, que había nacido y vivido en lugares siempre cálidos, se sintió sobrecogido por aquel frío del Medio Oeste, seco y descarnado, que se le metía bajo la piel. Detuvo el coche a mitad de camino hacia el hotel, en algún lugar de la interestatal noventa, para tomar un café y hacer una llamada rápida para asegurarse de que todo estaba yendo como él había planeado.

—Hotel Cecil, ¿en qué podemos ayudarle?

—Con la habitación 1419 —pidió, con el brazo apoyado en el teléfono público de la cafetería de carretera en la que se había detenido.

Sus dedos repiqueteaban inquietos sobre el plástico del aparato, como si en cualquier momento las camareras pudieran reparar en su verdadera identidad. Algo que, por descontado, no ocurrió. Formaba parte del regalo del Oscuro a su discípulo.

—¿Rich?

—¿Cómo sabías que era yo, follatráqueas? —saludó a Kemper.

—¿Qué otro gilipollas iba a llamarnos? ¿Johnny Carson para una entrevista?

—Seguramente sería la entrevista más extraña de su *Tonight Show*.

—¿Desde dónde llamas?

—Milwaukee.

—Déjame adivinar: Dahmer te ha dado calabazas.

—Exacto —repuso Richie—. No importa. Seguiremos adelante con lo planeado. No lo necesitamos.

—Puede que no, aunque me hubiera gustado conocerlo.

—Ya, bueno, tendremos a nuestro fichaje gay con Gacy.

—Justo ha llegado esta mañana. Creo que se va a llevar muy bien con Henry Lee Lucas.

—Por alguna razón no me sorprende esa información —suspiró Richard, cerrando los ojos y apoyando la cabeza contra la pared.

Al otro lado de la línea telefónica se hizo un silencio que no intentó llenar con palabras. Escuchaba tan solo de fondo el habitual bullicio de una cafetería como la que se encontraba realizando la llamada: el murmullo de las voces, la freidora funcionando, la caja registradora abriéndose y cerrándose, el arrastrar de los taburetes, las risas alegres de las camareras mal pagadas.

—¿Estás bien, Rich? —preguntó finalmente Ed.

—Sí. Un poco cansado.

—¿Seguro que es solo cansancio?

Se masajeó las sienes, aún con los ojos cerrados. Sí, estaba cansado, aunque eso nunca lo había detenido en sus cacerías. La estamina que necesitaba la conseguía del subidón que le daban o bien las drogas en sus primeros escarceos o bien el asalto en sí mismo.

Estaba cansado por otro motivo, aunque no sabía decir cuál era. ¿El largo viaje por carretera? ¿El frío despiadado del Medio Oeste? ¿La presencia de Hollie, a veces placentera y otras tantas molesta?

—Ed. ¿Has sentido alguna vez un vínculo con alguien?

Kemper rumió la respuesta unos segundos.

—Supongo que con mi abuelo y con John Douglas… contigo, también. ¿Por qué?

—Porque es una jodida mierda.

—Eh, oye, Rich. ¿Se trata de esa chavalita con la que vas? ¿Te está afectando?

Una parte de él quiso sincerarse con Ed. Era lo más cercano a un amigo que tenía y podía hablar con él de igual a igual, pero no quería admitir debilidad alguna. No quería reconocer que ya había matado dos veces por Hollie, una por compromiso y la otra por gusto. Y que si hacía falta lo pensaba hacer de nuevo. Aunque no entendía bien el motivo por el cual se sentía así.

No, no era amor. Nunca lo había sentido hasta entonces y desde luego no empezaría ahora. Se trataba de otra cosa que no era capaz de identificar y que le hacía sentir que no tenía del todo el control, pero que, a la vez, le hacía experimentar que formaba parte de algo. Algo que iba más allá de las fantasías retorcidas y el ansia de hacer daño que poblaban su mente a diario. Pero eso no era amor. Si lo fuese no sentiría *a veces* ganas de retorcerle el cuello a Hollie.

—No —mintió él—. ¿Con quién te crees que estás hablando?

—Vale, perdona, tío.

—¿Cómo va lo que te pedí? —El cambio de tema fue tan brusco como necesario y Richie se colocó otro pitillo entre los labios, el último que le quedaba. Arrugó el paquete vacío y lo tiró al suelo. Nadie le dijo nada al respecto.

—¿Conoces la casa Bither, en Culver City?

—Claro que la conozco.

—¿Es un lugar suficientemente maldito para ti?

Richie asintió en silencio.

—Lo es —respondió.

—Pues ya está todo dicho. Para cuando estés de regreso a Los Ángeles, habré conseguido comprar la casa Bither. De todas formas, lleva años en venta. Nadie quiere vivir ahí.

—¿Te sorprende?

—No. Aunque fui a verla anteayer y es una casa encantadora.

—También es una casa maldita.

—Tal y como me pediste: un lugar en el que poder llevar a cabo tu plan en la más absoluta intimidad.

—Encárgate de hacerte con ella. Haz los arreglos necesarios que te pedí. Quiero que la casa se pueda cerrar por completo desde dentro y desde fuera.

—Quieres una fortaleza, en resumen.

—Por así decirlo. Y advierte al cabrón chupavergas de Gacy que nada de acercarse al puto sótano para llenarlo de cadáveres en descomposición.

—Díselo tú cuando estés aquí, Rich, bastante estoy haciendo ya de niñera. ¿Cuándo vas a volver?

—Muy pronto.

Kemper resopló.

—¿Sabes lo que es aguantar a Henry? Si no te das prisa le abriré un agujero en la frente y no será bonito de ver.

—Cálmate, Ed, y guárdate esas ansias para lo que nos espera. Te quiero ver en plena forma.

—Eso es más fácil de decir que de hacer. ¿O acaso tú no te has pegado una buena juerga en tu viaje por carretera? Aparte de tener a la chiquilla contigo, claro.

—Lo que yo haga o deje de hacer es cosa mía. Privilegios de líder, si quieres decirlo así.

—Lo que sea —respondió desdeñoso Kemper—. Pero lo que tienes aquí montado es un pequeño nido de avispas que pronto empezarán a picarse entre ellas como no encontremos la manera de… desahogarnos.

—Solo son un par de semanas, Ed —lo cortó Richie, con la paciencia a punto de agotarse.

Escuchó refunfuñar a Kemper en voz baja, hasta que su voz volvió a ser calmada y amigable. Se notaba que en el fondo tenía ganas de charlar con alguien que no fuese el imbécil de Lucas o el gordo de Gacy.

—Siento curiosidad: ¿cómo es Dahmer?

—Dahmer es… —empezó a decir, aunque no supo cómo continuar la frase.

Ignoraba cómo podía clasificar a Jeff. ¿Era un tipo agradable? Desde luego. ¿Inteligente? Indiscutiblemente inteligente. ¿Un psicópata? Sí, como todos ellos. Y sin embargo, no era como ellos. No del todo. A lo mejor por eso su decisión de quedarse cumpliendo su cadena perpetua en vez de aceptar su trato lo había dejado… *tocado*.

Richie buscó el vial de toxina que hubiera debido llevar el nombre de Dahmer y lo colocó sobre el teléfono público. Sus ojos buscaron respuestas en aquella sustancia transparente que detenía el pulso vital y que Jeffrey había rechazado sin apenas pestañear. Lo había hecho con una convicción fatal y resignada, pero tan firme como inamovible.

La revelación del porqué Jeff era distinto a ellos le llegó de repente, como un vendaval inesperado abriendo puertas y postigos y colándose hasta en el último rincón de la casa y poniéndola del revés.

—Dahmer es como tú y como yo, pero él ha experimentado algo que ninguno de nosotros dos hemos sentido nunca.

—¿El qué?

—El cariño de un padre.

Colgó el teléfono y miró por última vez el vial que siempre había llevado el nombre del Carnicero de Milwaukee como destinatario. Por un instante se planteó buscar un sustituto, pero enseguida desechó ese pensamiento; alguien como Jeffrey Dahmer no era fácilmente reemplazable.

Empujó el vial con el dedo hasta que este cayó al suelo de lado.

No volvió a guardarlo. Ya no lo necesitaría.

Capítulo 26

«¿Crees que todos llevamos dentro a un asesino?».

Richard le había contestado a esa pregunta con su habitual caligrafía nerviosa, inclinada, siempre en mayúsculas.

«Todos tenemos en nuestras manos el poder de matar, pero la mayoría de la gente tiene demasiado miedo de usarlo. Son los que no tienen ese miedo los que controlan la vida en sí misma».

Hollie no recordaba ni un solo día de su existencia que no se hubiese sentido atemorizada, acobardada o alarmada. O todo a la vez, bien mezclado y bien agitado. Había crecido pensando que era normal que una madre te ignorase la mayor parte del día y que esta se dedicase a fumar un cigarro tras otro mientras miraba por la ventana de la casa, como si al otro lado del cristal hubiese un paisaje maravilloso en vez del montón de coches cochambrosos que se amontonaban en el Garaje de Saldos Randall. También había considerado normal tener a un padre que pasaba sus horas libres bebiendo en el bar o sentado en un butacón que olía a rancio frente al televisor, viendo reposiciones de *Policías*. Solo al pasar algunas tardes de juegos en las casas de Kaya o Noelle había empezado a comprender que lo que ocurría en el hogar de los Randall era cualquier cosa menos normal. A ellas nunca les había contado nada; tampoco las invitaba a jugar a su casa. De todas formas, apenas tenía juguetes que compartir con ellas, y en su mente precozmente madura, temía que quizá Benton empezase a hacerles a Kaya y Noelle lo que ya hacía con ella cuando su madre iba a cumplir con su horario en el club.

El miedo había dominado casi toda su vida y se le había pegado a la ropa, al cabello, a la piel. Parecía incapaz de desprenderse de él por muchas millas que pusiera entre ella y la Casa de los Horrores Randall.

Solo la presencia de Richie hacía que el miedo se desvaneciera en el aire como el humo de los cigarros que este encendía sin descanso. Quizá por eso a Hollie le fascinaba verlo fumar. Con cada calada que inhalaba pensaba que Richard tomaba todos aquellos temores que vivían dentro de ella y luego los expulsaba, inofensivos e intangibles, hasta que estos se disipaban.

Richie, por supuesto, había advertido ese particular fetiche suyo y así se lo había indicado en una de sus largas jornadas de viaje conduciendo a través del país.

—¿Te encanta mirarme, verdad? —le tomó el pelo cuando la pilló

por enésima vez observándolo sin demasiado disimulo. Hollie enrojeció y apartó los ojos de él para devolverlos a la carretera—. No pasa nada. No me molesta.

—Eres… guapo.

—Tú tampoco estás mal, nena.

Él había lanzado el cigarro por la ventana para, a continuación, subir la música. Hollie volvió a mirarlo, ignorando el volumen demencial al que sonaba ese *cassette* de Metallica que Richie se había limitado a coger de una gasolinera sin que nadie se lo hubiera impedido, en algún punto perdido entre Huntsville y Texarkana.

—Me gusta mirarte.

—Ya me he dado cuenta.

—Cuando me miran a mí me siento incómoda —le confesó Hollie, elevando la voz—. En cambio, a ti nada parece darte miedo.

—Cada vez que alguien te ha mirado, y me refiero a mirar de verdad, a percatarse de tu presencia y no a que formes parte del decorado de la vida de ese alguien, ha sido para joderte. Literal o figuradamente. Tienes una madre puta, un padre violador, unas amigas abusivas y un abandono arraigado dentro de ti. Lo tienes tan metido en tu interior que no sabes siquiera dónde empiezan esas raíces y dónde terminas tú.

—Sigue hablando —rogó ella.

—Pásame el tabaco y la Pepsi.

Hollie obedeció. Le encendió el pitillo y luego se lo colocó en sus labios. Le parecía un gesto íntimo y a él no le molestaba. Richie abrió la lata con el pulgar.

—Has crecido creyendo que el miedo es el estado natural de las cosas y no te paraste a pensar que quizá, para detener ese terror, tú tenías que ser peor que todos aquellos que te han hecho daño durante toda tu vida. Esa es, en esencia, la razón por la que me escribiste. No porque yo te pareciera atractivo o interesante a nivel romántico o porque, como me dijiste en tu primera carta, te daba pena pensar que yo estaba solo y que necesitaría una amiga. Me escribiste para saber cómo convertirte en quien nunca has tenido las agallas de ser.

—Yo no soy una asesina en serie. Tú mismo lo dijiste.

—Y no lo eres. Nunca lo serás. Pero eres capaz de matar como cualquier gilipollas de este mundo. Un tipo completamente normal puede coger una pistola y disparar. Hombres rectos y buenos lo han hecho en guerras durante siglos, y vivimos en un país donde el Estado ejecuta vidas de forma institucional para hacer justicia. Se mata en defensa propia, por justicia o por un arrebato pasional. Todo el mundo, desde el más religioso hasta el más estúpido, puede clavar un cuchillo. Eso te incluye a ti. Si te sintieras amenazada, o quizá lo suficientemente furiosa, lo harías. Y ni siquiera pestañearías en

hacerlo, porque tenemos grabado en la cabeza —y cuando Richie dijo eso soltó el volante y se llevó el índice de la mano derecha a su sien, con el cigarro colgando de su boca— que nuestra vida vale mucho más que la de quien nos ataca o nos daña.

—Supongo —comentó ella, sin estar segura de si tenía que aportar algo o no a aquel discurso.

—Pero no eres una asesina en serie, por mucho que te guste estar a mi lado o mirarme de la forma en que lo haces. Para ser lo que soy yo…

Richard se había callado de repente. No porque no supiera qué debía decir, sino porque no quería compartir aquel pensamiento con nadie.

—Los psicópatas somos un producto de nuestro tiempo —concluyó tras un silencio de varios minutos que Hollie no se atrevió a cortar.

Justo después, subió aún más el volumen del equipo de música y con ello Hollie entendió que hasta ahí había llegado la conversación entre ambos, aquellos intervalos aislados en que Richie se mostraba más abierto, más dispuesto a compartir ciertos pensamientos que quizá llevaba años guardando para él mismo. Hollie atesoraba esos momentos extraños en que él parecía bajar la guardia y tenía ganas de hablar, porque a veces tenía la impresión de que Richie lo único que quería era escuchar sus discos de rock, fumar en inquietante silencio, follarla aquí o allá y largarse a vagar en soledad en cuanto tenía la más mínima oportunidad.

Horas después de esa conversación, ya en una habitación de un motel de carretera y con la cara enrojecida en una mezcla de dolor, placer y vergüenza por lo que acababa de dejarse hacer por Richard, había vuelto a recordar esas palabras.

—Quizá los asesinos en serie sois el resultado más completo de la cadena evolutiva —dijo mirando al techo e ignorando la herida supurante de su cuerpo que él había vuelto a abrirle en el tórax. Esta vez fue Richie quien la miró con interés—. Porque sois capaces de matar por placer, sin remordimientos ni culpa.

—Y por la catarsis.

—¿Qué es la catarsis? —preguntó Hollie, volviendo la cara hacia él.

Richie le acarició con la navaja la herida que le había infligido de nuevo entre ambos pechos. No era profunda, pero sí prolongada. Una fina línea, limpia y sangrante, que le había abierto en la piel antes de separar sus piernas y penetrarla sin que su cuerpo tuviera tiempo de acomodarse a él. Hollie notaba el dolor abotargado, palpitante, y también el tacto reseco de la sangre que ya empezaba a coagularse en su epidermis.

—La catarsis es la liberación suscitada por una experiencia vital y trascendente. Después de una purificación así ya no hay vuelta atrás.

No vuelves a ser la misma persona.

Hollie había memorizado esa palabra de la que nunca había oído hablar antes. Tampoco es que hubiera podido recordarla en caso de haberla escuchado con anterioridad. No había sido una buena estudiante, precisamente. Era difícil hacer los deberes en la casa de los Randall y, en cambio, era muy fácil salir de ahí para evitar los efluvios erótico-etílicos de Benton. Prefería ahorrarse una mamada que aprobar álgebra.

«Le demostraré a Richie que no solo soy un coñito joven que puede follarse cuando quiera. Le demostraré que, aunque nunca vaya a ser como él, puedo estar a la altura de lo que sea que vaya a pedirme en el futuro. Le demostraré que haré cualquier cosa por él», se repetía Hollie, encerrada en esa habitación de hotel mientras Richie estaba haciendo lo que fuese que estuviese haciendo en el correccional de Columbia. «Si no le demuestro todo eso, en cualquier momento me dejará tirada en una cuneta y volveré a ser Hollie, la chica con miedo, Hollie, la chica violada, Hollie, la chica sin casa, Hollie, la chica que nadie necesita».

—Catarsis —pronunció en voz alta.

La palabra se desvaneció en la habitación tal y como el humo del tabaco expulsado del cuerpo de Richie. El miedo convirtiéndose en purificación y cambio. ¿Acaso no había sido ella quien había preparado la peligrosa toxina que había liberado a Richard? ¿Acaso no había sido ella quien había tenido la valentía de huir con un asesino en serie? ¿Acaso no había sido ella quien le había arrancado la lengua a su supuesta mejor amiga para después dejarla en manos del Acosador Nocturno? ¿Y acaso no había sido ella quien había disfrutado de ese poder intoxicante de infligir daño con total impunidad?

Era capaz de más. De mucho más. Y se lo iba a demostrar a Richie para que él empezase a tratarla como a una igual.

—Catarsis —repitió, a la vez que levantaba el teléfono y marcaba el número de recepción.

Puede que Richard tuviera razón; ella no era una asesina en serie y nunca lo sería. Pero lo que sí podía ser era la clase de novia sin la que un asesino en serie no querría vivir.

—Days Inn, Wisconsin Dells, le atiende Harvey, ¿en qué podemos ayudarle?

—Hay un problema con mi ducha. Habitación 12. ¿Podría enviar a alguien a que la revisara?

—Enseguida, señorita.

Cuando colgó el aparato, sus ojos se clavaron en la pistola que Richie había dejado sobre la mesita de noche, junto al teléfono que acababa de utilizar. La misma pistola que él había utilizado para

matar a Benton Randall.

Hollie la acarició con un dedo.

—Catarsis.

Capítulo 27

Estaba impaciente por volver a Los Ángeles y empezar a ver los frutos de una larga siembra que había comenzado meses atrás, cuya cosecha daría inicio en breve. No había motivo alguno para retrasar la vuelta a la carretera. Le diría a Hollie que espabilase, que reuniera sus escasas pertenencias: saldrían esa misma noche hacia su último destino antes de emprender el camino de regreso a California.

Pero cuando entró en la habitación del Days Inn lo que se encontró fue… inesperado.

—¿Qué ha pasado aquí? —exclamó tras pegar un portazo que hizo temblar las finas paredes del hotel.

Hollie, sentada en el borde de la cama y con su pistola aún en la mano, lo miró sin llegar a contestarle. Él tampoco añadió nada más. No hacía falta hablar para comprender la escena que tenía frente a sus ojos.

Rodeó el cadáver del recepcionista que yacía a los pies de la chica, con la cabeza vuelta, los ojos abiertos e inexpresivos y un orificio sangrante en la nuca. No debía llevar demasiado rato muerto, a juzgar por la sangre fresca y brillante que iba empapando la moqueta de la habitación en un charco rojizo.

Richie deslizó las manos en los bolsillos de sus vaqueros y, al fin, le devolvió la mirada a Hollie.

—¿Qué has hecho, si puede saberse?

—Tú lo dijiste, Richie: todos somos malvados de una forma u otra —dijo ella, sin soltar el arma—. Puedo matar igual que tú.

Él soltó una carcajada repleta de gotas de incredulidad y desdén que se le clavaron a Hollie como agujas atravesando un alfiletero.

—¿Por qué has pensado que tienes la libertad de hacer semejante desastre simplemente porque te he permitido viajar conmigo?

—Yo no…

—¿Crees que por pegarle un tiro por la espalda a un gilipollas vas a impresionarme? No —bisbiseó como una serpiente y Hollie se echó hacia atrás en la cama, reculando asustada ante la mirada congelada que se vertía sobre su cuerpo—. Quien mata con una pistola no sabe lo que es un asesinato *de verdad.*

—Pero tú también…

No pudo acabar la frase. Los dedos de Richie se cerraron alrededor de su garganta y apretaron hasta que el oxígeno no encontró forma de llegar a sus pulmones.

—No juegues a los asesinos. No conmigo. Yo no te he dado permiso para esto, así que voy a dejarte las cosas bien claras. Si yo te digo que mates, matarás. Si te digo que te quedes callada, callarás. Si te digo que abras la boca, la abrirás.

—Richie —se ahogó Hollie, intentando con sus uñas y dedos apartar la garra de la mano que la estrangulaba. Él apretó aún más, sin importarle los arañazos que recibía. Estaba furioso por el desacato y también por algo más que a Hollie se le escapaba.

—Me gustas. Tu compañía me gusta. Follar contigo me gusta. Que seas una buena niña me gusta. Lo que no me gusta, nena, es que te tomes ciertas libertades cuyas consecuencias no comprendes.

La lanzó sobre la cama con desprecio, liberándola así del agarre que la asfixiaba. Boqueó, semiahogada. Se llevó la mano al cuello dolorido. Apenas podía tragar saliva o recuperar el aliento sin sentir un dolor agudo en los pulmones. Pensó que Richie descargaría un puño contra ella o que volvería coger la navaja y rajarla entre los pechos —esa que jamás permitía que llegase a cicatrizar del todo porque él se la volvía a abrir en canal cada vez que necesitaba ver sangre mientras la follaba—, pero en vez de eso se sentó en la cama, junto a ella.

—Ya que te ha dado por jugar a los asesinos, vas a aprender la parte menos amable del oficio. Tú sola lo has hecho y tú sola vas a arreglarlo.

—¿Qué… qué quieres decir?

—Deshazte de él.

—Pero… al motero lo mataste y lo dejaste ahí, y no te importó hacerlo.

Richie sintió la tentación de pegarle un puñetazo en toda la cara, pero se contuvo. Ya se lo haría pagar más tarde o más temprano.

—A veces tan lista y a veces tan idiota —murmuró más para sí mismo que para que Hollie lo escuchase, aunque ella captó cada una de sus palabras—. Yo tengo privilegios de los que tú no disfrutas.

—¿Qué significa eso? ¿Qué privilegios?

Él ignoró las preguntas. Se tomó su tiempo para encender un cigarro sin dejar de mirar el cuerpo caído del recepcionista. Ya había dejado de sangrar y ahora solo le parecía un bulto molesto del que debían deshacerse cuanto antes. Aquel imprevisto que supondría una larga demora lo irritó sobremanera.

Necesitó unas cuantas caladas al pitillo para recobrar la calma y recordarse todos y cada uno de los motivos por los cuales prefería a Hollie viva que muerta.

—¿Por qué lo has matado? —inquirió, más tranquilo—. ¿Es que te ha hecho daño?

—No. Pero ayer me miró… Me miró mal.

Richie se echó a reír con incredulidad y sacudió la cabeza.

—No eres más que una cría.

—¡No lo soy!

—Cualquiera puede apretar un gatillo.

Envalentonada por la adrenalina del reciente asesinato y por el dolor palpitante que rodeaba su cuello, Hollie se dispuso de rodillas en la cama, con las manos sobre la superficie blanda y los ojos repletos de frustración.

—He hecho más cosas por ti que apretar un gatillo.

Esta vez la furia no pudo ser contenida y Richard la golpeó con el dorso de la mano, que se estrelló contra la mejilla de Hollie y produjo un chispazo eléctrico de dolor y humillación. El golpe fue tan violento que ella cayó hacia atrás con un quejido que sonó como el de un roedor herido.

—Has recibido un libro, has hecho de intermediaria entre yo y otros asesinos, has mezclado un veneno y te has abierto de piernas. Y en realidad nada de eso lo has hecho por mí, si no por ti misma.

—Lo hice porque te quiero —gimoteó la chica mientras se acariciaba el lado magullado de la cara.

—Lo hiciste porque me necesitas —sentenció Richie. Luego señaló el cadáver—. Y ahora empieza a arreglar este desaguisado. Quiero largarme de Wisconsin y quiero hacerlo cuanto antes.

—¿Arreglarlo? ¿Cómo?

Él lanzó la navaja automática que solía llevar en el bolsillo trasero del pantalón y el arma aterrizó en la superficie blanda del lecho, justo frente a Hollie.

—Acabo de regresar de un encuentro con el Carnicero de Milwaukee. ¿Sabes cómo se deshacía él de sus víctimas?

—No…

—Bueno, pues hoy vas a aprender esa lección. Y lo harás tú solita.

Fiel a su amenaza, no la ayudó en nada. Ni siquiera cuando tuvo que arrastrar el cuerpo hasta la bañera y se iba resbalando cada pocos pasos. Tampoco cuando ella lloriqueaba arrancando carne muerta e intentando serrar huesos. Richie se limitó a encender la televisión, beber un par de cervezas, acabarse la cajetilla de tabaco y escuchar los sonidos plañideros y quejumbrosos que salían de una desesperada Hollie.

No le molestaba que a ella le hubiera dado por experimentar en su ausencia, sino que lo hubiese hecho sin su permiso expreso. El pacto con el Oscuro solo lo protegía a él y a quienes habían aceptado tomar la toxina para quedar bajo su mando. Eso excluía a Hollie. A ella sí la iban a investigar y perseguir por aquel asesinato imprudente. Y si eso ocurría, a él no le quedaría más remedio que deshacerse de la chica por las buenas o por las malas.

Tras toda una vida en una soledad elegida y defendida con uñas y dientes, Richie no esta dispuesto así como así a renunciar a aquello con lo que había fantaseado durante tanto tiempo en las penumbras de los cines porno de Los Ángeles y en la fría luminosidad gris de su celda de San Quintín: la compañía retorcida y entregada de una chica que abrazase su maldad sin miramientos. Pero si esta resultaba ser un estorbo más que un placer, no dudaría demasiado en quitársela de encima.

Hollie tardó varias horas en cumplir con su orden y cuando lo hizo su aspecto era terrible. Estaba agotada. Y cubierta de sangre y fluidos que le daban un aspecto cadavérico.

—Aún no has terminado —le señaló Richie las bolsas de basura en las que ella había metido los trozos descuartizados del cuerpo—. Dúchate, coge el Buick y deshazte de eso en diferentes contenedores.

—Ayúdame a hacerlo. Por favor. Voy a desmayarme de un momento a otro.

Puso los ojos en blanco. Lo cierto es que estaba cansado de esperar a que ella acabase y quería ponerse en marcha ya. Así que se puso en pie y agarró una de las bolsas de plástico.

—Dúchate. Nos largamos de aquí en quince minutos. Ni uno más ni uno menos.

Hollie no hizo preguntas respecto a su siguiente destino. Corrió a meterse bajo el agua, feliz de haber conseguido su ayuda, y Richie cargó las bolsas en el maletero del Buick. La esperó quince minutos exactos mientras fumaba apoyado en el capó. La vio aparecer con la cara llena de vergüenza y sin apenas mirarlo a los ojos.

Richie se detuvo en varios contenedores para que ella bajase del coche y se deshiciera de las bolsas. En la última parada, cuando Hollie volvió a subirse al coche, lo encontró consultando el mapa de carreteras interestatales.

—Solo nos queda una parada más, ¿no? —habló por fin la chica, con un apenas audible hilo de voz. Como si temiera un nuevo exabrupto por su parte.

Pero Richie ya no estaba molesto por el pequeño imprevisto de tener que hacer desaparecer un cadáver. Lo que sentía era excitación por cumplir con la última parte del reclutamiento. Cuando encontró la ruta adecuada dobló el mapa de cualquier manera y se lo entregó a Hollie para que lo metiera en la guantera. Ella no hizo solo eso; antes de cerrar el compartimento sacó la cinta de Billy Idol y la metió en el reproductor del coche. Luego subió el volumen, tal y como a él le gustaba escuchar a Idol.

Supuso que era su forma de pedirle perdón por las molestias causadas y hubo algo en ese gesto tan infantil como sencillo que llegó a causar cierta ternura en él. Quizá Ed tenía parte de razón al afirmar

que la compañía de la chica le estaba empezando a afectar a niveles que no podía controlar del todo. A lo mejor tenía que deshacerse de ella de todas formas, con o sin desagravio por su parte.

Hollie le dedicó una sonrisa tímida y contraída, como si pudiera adivinar que se había ablandado del enfado que casi la había matado horas antes. Él se fijó en las marcas azuladas que le había dejado en el cuello y en la mejilla aún enrojecida por el revés que le había propinado. Si hubiera una siguiente desobediencia, unos cuantos moratones no sería lo único que dejaría marcado en esa piel.

—Como te he dicho antes, no admiro especialmente a aquellos asesinos que solo usan la pistola para cazar —comentó, pisando el acelerador al máximo—. Pero a veces es necesario contar con ellos para sembrar el pánico en las calles.

Y con *Hot In The City* sonando y una autopista abierta ante él, emprendió el largo camino hacia el estado de Nueva York.

Intersección: Mary Louise Cannon

Father loved his son
Mother, daughter, too
That's the old, old story
Cries the new world too
Billy Idol - *Flesh For Fantasy*

Vivía tan inmerso en mi propia espiral solitaria que solía olvidar que ahí afuera, más allá de mis noches y mis obsesiones, había un mundo que seguía girando. Un mundo que, de una forma u otra, me tenía en cuenta.

De vez en cuando tenían lugar compromisos familiares que me arrastraban de vuelta a El Paso, como la comunión de mi sobrina Shelly o el aniversario de bodas de mis padres o cualquier otra gilipollez que requería mi presencia, aunque lo último que deseaba era abandonar Los Ángeles para fingir una normalidad que en absoluto sentía. Mi desconexión con mi familia era un abismo que no dejaba de hacerse más profundo, aunque quizá ellos no pudieran advertirlo tal y como yo lo percibía.

Fue en uno de esos eventos en que todos mis hermanos se reunían en la casa de mis padres cuando me di cuenta de lo muy desconectado que estaba de todos ellos, incluso del primo Mike, que había sido alguien de referencia desde mi niñez. Un héroe de infancia al que yo ya había superado en atrocidades y crueldad.

—Chiquito, estás muy flaco. ¿No comes nada?

—Claro que sí, mamá.

Porquerías, si es que me acordaba de comer. La mayoría de días me olvidaba y sobrevivía a base de refrescos azucarados, chocolatinas y tabaco.

—Hay ropa en el armario de tu antigua habitación. Ve, dúchate y te cambias, que lo que llevas lo meteré en la lavadora.

—No es necesario.

—Ya lo creo que sí, chiquito, ¿desde cuándo no te das un agua? Como te vea tu papá con estas pintas…

—¿Qué, qué es lo que hará?

—Ya lo sabes —dijo mi madre en voz baja, a pesar de que Julián

estaba en el jardín delantero hablando con el vecino de al lado de vete a saber qué y jamás la llegaría a oír.

Sí, ya lo sabía.

«Que se atreva».

—¿Qué mancha es esta que tienes aquí?

—¿Qué mancha?

—Esta que hay en el bolsillo del vaquero. ¿Es salsa de tomate?

—Y yo que sé, mamá.

Mi madre me dejó solo y se alejó por el pasillo protestando entre murmullos, diciendo que yo era un descuidado y que iba por ahí vestido de cualquier manera y que ella no había criado a un puerco.

En la ducha, con el agua llevándose la suciedad de mi cuerpo y la sangre reseca que aún quedaba en mi piel, apoyé la cabeza contra las baldosas húmedas.

Me habían estado a punto de pillar un par de días atrás. Una noche muy mala, terrible, frustrante. Me dejé llevar por la rabia y el fiasco de no haber encontrado una casa en la que colarme y, en un impulso, cuando ya amanecía, intenté raptar a una chica de Eagle Rock. Gritó, se me escapó y yo me piré en el Toyota azul que había pillado esa noche. O eso intenté, porque un agente de la LAPD en moto me detuvo. Lancé la marihuana que me quedaba y la pistola por la ventanilla mientras él se acercaba.

—¿Dónde ibas con tanta prisa, hijo?

—A ver a mi padre en el hospital de Glendale. Ha tenido un accidente.

—Dame tu licencia de conducir.

—Me la he dejado en casa —mentí de nuevo. Lo último que quería es que ese tío apuntara mi nombre—. He salido con lo puesto.

—Venga, sal del coche y pon las manos sobre el capó.

Maldije mi suerte. Pero no me quedó otra que obedecer. No encontró nada.

—Llamaré a la central y si todo está bien, te dejaré ir con solo una multa. Dime tu nombre y dirección.

Le di ambos datos. Falsos, claro.

Lo vi caminar hasta su moto, aparcada tras el Toyota. Encendí un pitillo.

«Atención a todas las unidades: ha habido un intento de secuestro en Eagle Rock. Buscamos a un sujeto de etnia hispana, pelo negro, entre veinte y veinticinco años, conduce un Toyota azul».

El humo del tabaco se me cruzó en los pulmones. El pánico me invadió. Supe que tenía que largarme de ahí.

—Eh, oye —me llamó la atención el policía—. ¿No serás tú el loco ese que va matando gente en sus casas?

—No, tío. ¿Cuándo vais a coger a ese hijo de puta?

—No te preocupes. Lo atraparemos.

—Eso espero. Tengo una mujer en casa y está cagada de miedo.

El policía colocó ambas manos en sus caderas y me miró. Yo no dejé de fumar. Por fuera quería creer que aparentaba tranquilidad absoluta. Por dentro, estaba a punto de gritar.

—¿Seguro que no eres tú?

—Venga, tío, no.

—No, claro. Perdona.

Cuando se dio la vuelta supe que el Oscuro me había dado unos minutos de ventaja. No era mucho, pero sí suficiente. Llevé el dedo índice a la superficie del capó del coche, cubierta de polvo y suciedad, y esbocé un pentáculo.

—Oye, ¿qué estás haciendo?

Sonreí. Escupí en el suelo. Y luego salí corriendo.

—¡Eh!

Escuché el rugido de su moto detrás de mí. Pero yo siempre había tenido las piernas largas, fuertes, de buen corredor. Estaba acostumbrado a huir de mi padre, de camellos, de matones y de todo aquello que me hacía sentir amenazado. Era rápido, era ágil. No me iban a atrapar. No.

Salté por encima de una valla, crucé un patio trasero, me metí por un callejón, atravesé jardines y, justo cuando las puertas se cerraban, me colé en un bus de línea. Perdí la cartera. Pero salvé el pellejo.

Aun así decidí que era mejor dejar Los Ángeles unos días y pillé un Greyhound con dirección a El Paso.

—¿Te has enterado de lo de Rubén?

—¿Qué?

—Tu hermano, chiquito. Ha conseguido un trabajo en…

Dejé de escuchar el parloteo de mi madre. Confronté la mirada de Julián cuando regresó al interior de la casa, se sentó en un extremo del ajado sofá y puso la tele sin ni siquiera dignarse a saludarme. Yo tampoco lo hice.

Mi hermana Ruth puso la mesa. Mi sobrina Shelly la ayudó. Luego llegaron Joseph y Robert con sus mujeres. Mi madre sirvió la comida y todos los Ramirez nos sentamos alrededor de la mesa. Yo era el único que apenas hablaba, al igual que mi padre, que no apagó la televisión.

—¿Y qué tal por Los Ángeles, Richie? ¿Sigues trabajando en ese hotel?

—Más o menos. Hago trabajos por aquí y por allá —contesté a Ruth.

—¿Has visto alguna estrella de cine ya, tío Rick?

—Todavía no —le guiñé un ojo a mi sobrina.

Ese fue el momento en que Julián decidió hablarme. Desde la otra punta de la mesa sus ojos, tan oscuros como los míos, se clavaron en

mi cara. Yo no bajé la mirada.

—Un mal sitio, esa ciudad en la que vives.

—A mí me gusta.

—Claro que te gusta. Es un lugar de perdición y delincuentes.

—¿Y qué?

—Que no sé qué se te ha perdido allá cuando aquí podría conseguirte un buen trabajo.

Estuve a punto de replicarle que sudaba de trabajar para la compañía ferroviaria de Santa Fe como un puto pringado cuando escuché por primera vez el que llegaría a convertirse en mi apodo definitivo.

«El llamado Acosador Nocturno ha atacado de nuevo. Anoche en Arcadia, a trece millas al noreste de Los Ángeles, entró en la vivienda de Mary Louise Cannon, una viuda de setenta y cinco años que vivía sola. El asesino dio muerte a Mary con la base de una lámpara, golpeándola con una brutalidad que ha dejado al departamento de policía en una profunda conmoción al examinar el escenario del crimen…».

Me miré las uñas. Cortas, cuadradas. Con restos de coágulos de Mary Louise bajo ellas. Si cerraba los ojos, aún podía escuchar sus gritos.

«No contento con la paliza, el Acosador Nocturno la agredió también con un cuchillo de trinchar. El forense encargado de levantar el cadáver aseguró no haber visto nunca nada igual…».

Se lo clavé en la garganta, en el lado izquierdo, y lo retorcí una y otra vez, sacándolo y volviéndolo a meter mientras la vieja se ahogaba en su sangre y esta me salpicaba la cara.

«Los vecinos de Mary, Christine y Frank Starich, han sido quienes han dado aviso a la policía al encontrarse la puerta delantera de la casa abierta de par en par».

Apuesto a que fue una imagen que los Starich no olvidaron jamás.

«El Acosador Nocturno ha desatado el pánico en todo el condado de Los Ángeles. Vendedores de alarmas y criaderos de perros guardianes han asegurado que sus ventas se han triplicado desde que este asesino en serie ha decidido convertir este verano en su particular verano del terror».

No pude evitar soltar una sonrisa.

«Maligno hasta la infamia, ni rastro de piedad».

—Julián, apaga eso. No quiero escuchar desgracias y menos mientras comemos con los niños.

Mi padre seguía mirándome. No había dejado de hacerlo mientras yo devoraba cada una de las palabras que las noticias dejaban ir sobre mí.

Al final fue mi hermano Joseph quien se incorporó para

desconectar la televisión.

—Acosador Nocturno, hay que joderse —murmuró mientras volvía a sentarse en su sitio en la mesa—. ¿Si les dan esos nombres cómo no se van a creer unas putas estrellas del rock?

—José, esa boca —lo reprendió mi madre. Mi hermano calló al instante.

Me habían llamado muchas cosas, si bien al principio nadie creyó que mis crímenes estaban relacionados: el Intruso del Valle, el Asesino Merodeador y no sé cuántas gilipolleces más que me traían sin cuidado. Los nombres nunca me habían importado demasiado hasta que escuché el de Acosador Nocturno. Pensé en la canción de AC/DC, Night Prowler. Siempre había sido de mis favoritas.

Para mí, fue una señal de que Satán continuaba de mi lado.

No me quedé a tomar café. Me despedí de mi familia sin saber que esa sería la última ocasión en que los vería siendo simplemente Richard Ramirez. La siguiente, todos sabrían que yo era el jodido Acosador Nocturno y que el verano de 1985, uno particularmente húmedo, caluroso y violento, estaba siendo sembrado con las muertes que yo provocaba.

Mi madre nunca llegó a perdonármelo. Mi padre tampoco, ni siquiera antes de palmarla.

Shelly me enviaría cartas durante años. Ruth vendría a verme de vez en cuando.

Y yo iba a convertirme en una auténtica celebridad.

Pero cuando regresé a Los Ángeles a principios de julio desde El Paso, nada de eso cruzaba por mi cabeza. Lo único que quería era continuar matando, continuar manchándome las manos de sangre, continuar provocando dolor y caos.

Simplemente, continuar.

Y eso fue lo que hice.

Capítulo 28

Cuando la idea de liberar a los peores asesinos en serie del país empezó a formarse en su mente, Richie no tenía del todo claro a quién elegiría. Muchos de ellos, los que habían conseguido una fama aterradora por la crueldad de sus actos, ya habían muerto o habían sido ejecutados. Ted Bundy, Ed Gein, Albert Fish, Dean Corll, entre otros muchos. Quedaban otros grandes nombres en la cantera, era cierto, y algunos de ellos habían sembrado un impacto en la sociedad tan importante como el que había provocado él mismo durante su verano del terror.

Richard, como la mayoría de sus semejantes, se alimentaba de fantasías y obsesiones que permanecían en su mente, profundamente arraigadas en su ser. La fascinación y el interés por aquellos que habían sido como él a través de la historia era una de las muchas imaginaciones que nutrían sus horas muertas. Y de todos los artesanos de la muerte que habían caminado por las páginas del pasado, nadie llamaba tanto su atención como Jack el Destripador.

Había empezado a leer sobre Jack de niño, a través de cómics y revistas ilustradas, y con el paso del tiempo se había convertido en una especie de héroe para él. Se lo imaginaba llevando prendas elegantes y oscuras —siempre le había gustado la idea de ir completamente vestido de negro—, emergiendo de la niebla londinense para arrebatar vidas como la más viva encarnación de la muerte. Como la mayoría de críos con sus héroes, primero había querido ser su amigo, luego su compañero y, finalmente, convertirse en alguien mucho más famoso y aterrador que él. Quería mirar a Jack el Destripador a los ojos para dejarle claro que, a pesar de su indescifrable fama, él lo había superado.

El grimorio le había revelado cosas. La idea de poder resucitar a aquel a quien tanto admiraba lo había llenado de un nerviosismo excitado durante los primeros días del viaje y, azotado por el insomnio, había pasado muchas noches ojeando las páginas envejecidas del Ars Daemonum en busca de la fórmula, mientras Hollie dormía, ajena a las ansias de conocimiento de Richard.

Durante la noche de Halloween, cuando por fin había logrado quedarse a solas con el libro, había encontrado sortilegios sobre conseguir fama, dinero, sexo, salud, éxito o amor, todos ellos mezclados entre escritos incomprensibles, palabras irreconocibles y mezclas de venenos variados en los que no tenía el menor interés. No

había sabido qué estaba buscando entre aquellas páginas hasta que lo encontró pagando el precio de la sangre.

Pero desde esa noche la página en blanco que había grabado con su propia sangre y un pentáculo se mantenía también tozudamente silenciosa, como si no tuviera más secretos que desvelarle después de las palabras que habían aparecido durante unos pocos minutos para luego desvanecerse, como si nunca hubieran existido. Richard las había memorizado y se repetían con fervor dentro de su cabeza, la voz del Oscuro enseñándole el camino a seguir.

Dahmer le había insinuado, medio en broma, que debería añadir a su cuadrilla de asesinos a Ted Bundy, y Richie le había asegurado que nada en las páginas del grimorio hablaba de la posibilidad de recuperar almas sin el cuerpo del finado. Pero eso no era exactamente cierto. No obstante, no tenía el más mínimo interés en traer de vuelta a la vida a Bundy. La fama de este superaba la suya propia, y su recuento de víctimas, también. Si iba a llegar hasta el final con el ritual que el Ars Daemonum le había mostrado a cambio de su sangre, no sería para conseguir el alma de Bundy.

Primero debía cumplir con su parte del trato: ofrecerle a Satán muerte y venganza, caos y pánico, dolor y sangre. Luego, llegaría la hora del último sacrificio.

Y aun con todo, Richie ojeaba el libro noche tras noche.

—Quiero más. Deseo más. Necesito más —le susurraba al grimorio.

Pero algo le decía que el libro ya había cumplido su función y que nada más le sería revelado. Morten le había sido claro al enviárselo.

El *Ars Daemonum* te mostraba exactamente lo que precisabas; ni más ni menos. Una vez eclosionado su conocimiento, este se cerraba hasta llegar a las manos del siguiente destinatario. Así había sido desde su creación y así continuaría hasta que el libro se perdiese en las brumas del tiempo.

Richard no toleraba nada bien que alguien o algo le llevara la contraria.

—¿Podemos ir a Times Square? Por favor.

La voz de Hollie lo sacó de sus pensamientos que rondaban alrededor de los conocimientos prohibidos del libro que viajaba con ellos y lo devolvió al interior del Buick. El coche cruzaba en ese instante el cartel que daba la bienvenida al estado de Nueva York, junto al lago Erie.

—¿Qué dices?

—Me gustaría ver Times Square. Central Park. El edificio Chrysler. Las Torres Gemelas. Lo que sea. Por favor —suplicó de nuevo.

—No vamos a la *ciudad* de Nueva York, y desde luego no estoy aquí para hacer turismo.

Estuvo a punto de que un «lo siento» saliese de su boca, pero se

mordió la lengua a tiempo. Por el rabillo del ojo vio cómo la chica se hacía un ovillo en el asiento y miraba el paisaje lluvioso y frío. En su cuello aún estaban las marcas que él le había provocado unas horas atrás, tan violáceas como profundas. Hollie se las tocaba de vez en cuando y se las apretaba, como si recordar que las tenía le diera un macabro placer. A Richie, sin duda, lo excitaban, y pensó en asfixiarla de nuevo esa misma noche para prolongar los morados unos días más. Quizá, incluso, volvería a usar la navaja en su piel.

—¿Siempre has querido visitar la Gran Manzana?

—La Gran Manzana o lo que sea. Apenas he viajado. Me gustaría ver cosas. Sitios. No sé.

—¿Has estado alguna vez en Los Ángeles?

—Sí, una. Con el insti. Nos llevaron en la ruta esa de las casas de las estrellas de Hollywood, pero luego me enteré de que era un timo y de que la supuesta mansión de Harrison Ford no era en realidad la de Harrison Ford.

—Hay cosas mucho más interesantes en L. A. que esa ruta de mierda.

—¿Como cuáles? —preguntó la chica con interés.

—Pórtate bien y puede que te las enseñe.

Hollie suspiró, devolviendo la vista otra vez al paisaje que iban dejando atrás.

—Me gustaría ir a llevar flores a River.

—¿Qué River?

—River Phoenix. Murió hace unas semanas, en el Viper Room. Vimos juntos las noticias, ¿no te acuerdas?

—Ah, sí. Y también me acuerdo que dijeron que iban a quemarlo y esparcir sus cenizas en no sé dónde.

Un silencio pesaroso flotó en el interior del Buick y Richie percibió la desilusión y la tristeza de Hollie, tan palpable como la humedad que se quedaba flotando en el aire tras una tormenta particularmente violenta.

—Hace años que cada día pienso que estaría mejor muerta, y que una vez ocurra, alguien se ocupe de incinerarme y llevar mis cenizas a… —Hollie se interrumpió.

—¿A dónde?

—No lo sé —contestó ella con la voz neutra—. No tengo ningún sitio en el mundo que ame. No siento que pertenezca a lugar alguno.

—¿Y qué me dices del mar? Es bonito.

—Yo no sé nada del mar. Solo lo he visto una vez, no pinto nada ahí.

—Solo era una propuesta, nena —le sonrió Richie, alargando la mano por encima de la palanca de cambios para acariciarle el muslo. Ella se tensó bajo su contacto, algo que no solía ocurrirle.

—¿Y tú?
—¿Yo, qué?
—Si mueres…
—Si muero me aseguraré de vagar por Los Ángeles y convertirme en un alma maldita, para que nadie olvide jamás que el Acosador Nocturno sigue reduciendo a cenizas hogares y vidas —se burló él sin soltarle el muslo.
—Hablo en serio, Richie.
—¿Y quién dice que yo no lo hago?
—¿Forma eso parte de tu… pacto? ¿De tu plan?
—Supongo que pronto lo averiguaremos, nena, pero no esta noche.
Hollie se revolvió, inquieta, y él devolvió la mano derecha al volante.
—Si no vamos a la ciudad de Nueva York, ¿a dónde…?
—A la prisión estatal de Attica —respondió antes de que ella pudiera terminar la pregunta—. ¿Recuerdas a quién le enviaste cartas ahí?
—Vagamente.
—Es normal que no recuerdes su nombre. Actuó a mediados de los setenta y lleva quince años encerrado. No es el mejor de los ejemplares que he reunido, pero tampoco el peor.
—¿Qué tiene de especial?
—Nada demasiado relevante. Aunque es como tú —le tomó el pelo Richie—. Le gusta disparar a la gente.
La chica enrojeció de vergüenza ante el recuerdo de lo que había hecho y la reprimenda furiosa que le había costado. Aún recordaba la pesada tarea que le había supuesto deshacerse de un cuerpo: era asqueroso, pesado y cansado. No quería tener que pasar de nuevo por ello.
—Ya te dije que no volvería a hacerlo.
—Más te vale. Tardaste horas en trocearlo como a un pollo. Seguro que no quieres repetir esa operación, ¿a que no?
—No.
—Buena chica. —Richie le revolvió el pelo teñido, entre risas, y ella bufó ante el gesto burlón—. Además, sé sincera. Sincera por completo: ¿quieres volver a matar?
La miró de reojo para escrutar su cara. Ella pareció meditar por un momento su respuesta.
—La verdad es que no.
—Ahora sigue siendo buena chica y dime por qué lo hiciste. La razón real.
—Quería… impresionarte.
—No, no es cierto. O no es cierto del todo —repuso Richie—. Dime la verdad. No me gusta que me mientan.

—No quiero que te vuelvas a enfadar conmigo.
—Sé honesta como te pido y no me enfadaré.
—Quería… la catarsis.
—¿La catarsis?
—La que tú me dijiste que sienten los que sois… como sois. Quería dejar de tener miedo. Librarme de lo que siento cuando los tíos me miran como me miran. Demostrarme que podía defenderme si hacía falta.
—Pero ese imbécil no te atacó. No había *nada* de lo que defenderse.
—La experiencia me dice que cuando te quedas a solas con un hombre siempre hay algo de lo que podrías tener que defenderte.
—Bueno, nena… menuda lección aprendiste —soltó con tono socarrón Richard—. Aunque está bien saber que no te tiembla el dedo con el gatillo, supongo.
—¿Qué quieres decir con eso?
—Pronto lo sabrás.
Una leve carcajada resonó en el vehículo y Hollie se encogió sobre sí misma, sin dejar de tocarse los cardenales amoratados que decoraban su garganta.

Capítulo 29

Llovía a raudales cuando lo llevaron hasta una sala de visitas en la prisión estatal de Attica. Richie miró por la ventana, blindada por gruesos barrotes, ignorando los familiares sonidos del correccional. Gritos apagados, pasos arrastrados, verjas que se cerraban, silbatos de guardias, murmullos de multitudes apretujadas entre paredes. No lo echaba de menos. Había odiado cada maldito día enjaulado y moriría antes de regresar a la cárcel.

Y aunque David asegurase a todo aquel que quisiera escucharle —FBI incluido— que había encontrado a Dios, no se creía ni una miserable palabra. En cuanto le pusiese la toxina frente a las narices aceptaría el billete a la libertad. No tenía la más mínima duda al respecto.

Lo trajeron ante él sin esposas, calmado y tranquilo. Ni siquiera se sorprendió de verle ahí, aunque sí frunció el ceño al ver cómo se había vestido para acudir a visitarlo a Attica.

—Encantado de conocerle, *padre* Leyva —lo saludó David con una fina ironía en su voz.

Richie asintió, jocoso.

—Lo mismo digo, Berkowitz.

Ninguno de los dos tomó asiento en cuanto el guardia los dejó solos. Richie permaneció apoyado en la pared con los brazos cruzados y David con las manos en los bolsillos de su mono carcelario.

—¿Si, según tú, no pueden reconocerte ni atraparte, por qué te presentas aquí con una identidad falsa? —preguntó al final.

—No lo es: me llamo Ricardo Leyva Muñoz Ramirez. Aunque nadie nunca se ha dirigido a mí por Ricardo, eso es cierto.

—Lo que sea. ¿Por qué no te has limitado a solicitar una visita conmigo usando tu nombre?

—¿Qué sería de la vida sin un poco de diversión, David? ¿O ya te has olvidado de lo que es eso?

—Pero ¿hacía falta que aparecieras haciéndote pasar por un sacerdote?

Richard se echó a reír. Sus dedos fueron directos al alzacuellos de su camisa negra.

—Vamos, Berkowitz, reconoce que ha sido bastante divertido.

—A mí no me hace gracia.

—Y a mí me importa una mierda lo que te haga o no gracia.

Tomó asiento e indicó con un gesto a David que hiciese lo mismo.

Este pareció dudar durante unos pocos segundos, pero al final la curiosidad fue más fuerte y se sentó frente a él.

David Berkowitz siempre había tenido un aspecto *peculiar*. Se estaba quedando calvo: de lo que en su día fue una buena mata de pelo oscuro, solo quedaban finas hebras canosas y ralas que nacían casi a mitad de su cabeza. También había empezado a usar lentes gruesas. Y por supuesto, de cara a la galería, ahora era un hombre arrepentido y piadoso.

—Sé a lo que vienes.

—Pues no me hagas perder el tiempo. Me esperan en California.

—¿A quiénes has conseguido? —preguntó David con mal disimulada curiosidad.

—Kemper, Lucas, Gacy. Y espero poder añadir el apellido de Berkowitz a esa ecuación.

David meditó en silencio antes de lanzar la siguiente cuestión:

—¿Por qué el diablo te ha hablado a ti en vez de a mí?

—Quizá porque toda esa patraña tuya del Hijo de Sam no te la creíste ni tú.

Berkowitz lo miró con una irritación difícilmente disimulable.

—Dije la verdad, Richard…

—No —negó Richie—. Te autodenominaste Hijo de Sam, pero no lo eres. Te apodaron el Asesino del Calibre 44, pero lo cierto es que tienes una puntería más bien mala.

—Mira quién fue a hablar. Que yo recuerde tú tampoco eras precisamente Wyatt Earp.

—Es verdad. Asumí que lo de disparar a distancia no era lo mío. Prefiero mil veces antes un cuchillo —admitió Richie con una sonrisa. David negó la cabeza—. Pero dejemos de medirnos las pollas, pistolero. No he venido aquí para eso.

—Ya lo sé. Es un largo camino desde California solo para venir a joderme.

—Y para hacerme pasar por cura, no lo olvides.

—Solo tú podrías tener una ocurrencia así.

—Venga, David. Me enviaste tres cartas con panfletos bíblicos antes de decidirte a hablar más o menos claro. Tenía que vengarme de ti.

—Te mandé esos folletos con la mejor de las intenciones.

—Y yo me limpié el culo con ellos con la mejor de las intenciones —replicó con rapidez Richie, levantándose. Se apoyó en la pared, frente a David, y cruzó los brazos bajo su pecho—. Tengo curiosidad, pistolero. ¿Cómo se pasa de creer que el perro de tu vecino está poseído por un antiguo demonio que te susurra que empieces a pegar tiros a ser un converso de Dios?

—Yo no creía que…

—Tengo línea directa con el Oscuro, colega. No había ningún

demonio sumerio poseyendo al perro de tu vecino, no te decía que comenzaras a disparar a la peña. Lo hiciste porque te dio la gana.

Richard sacó el último vial y lo lanzó al aire para asegurarse de que David lo viera. Luego empezó a caminar de un lado al otro de la habitación, con el estrecho frasco pasando de una mano a otra. Sintió los ojos del Hijo de Sam clavados en el recipiente, sin apenas parpadear.

—Así es como lograste huir, ¿no?

—Ahá —respondió él, sin dejar de pasearse y de jugar con el vial.

—¿Cómo?

—Hice un pacto con Satán.

—¿Él te ayudaba a salir de San Quintín a cambio… de qué?

—Acepta tu parte del trato y te lo contaré con todo lujo de detalles.

—¿Implica peligro?

—No mientras dure el pacto. Una vez este termine estarás solo. Pero serás libre.

—¿Cómo has logrado llegar hasta aquí sin que nadie te reconozca?

—¿Siempre eres tan entrometido?

—Quiero saber qué es lo que estoy aceptando.

Richie continuó jugueteando con el vial.

—Hace más o menos un par de años estuve a punto de volverme loco en San Quintín. Alcancé el punto de no retorno, por así decirlo. Pensé en suicidarme. Y estuve a punto de hacerlo. Había logrado conseguir una hoja de afeitar y, cuando la sujeté contra mi muñeca y la sangre empezó a brotar, me cabreé. Me cabreé muchísimo —sacudió la cabeza, negando al recordar aquella noche en que todo había cambiado para él—. Me sentí abandonado por el Oscuro, que siempre me había protegido en mis andanzas. Así que pensé en dirigirme a él una última vez antes de que me recibiese en el infierno. Fue así como capté su atención de nuevo, supongo.

—¿Supones?

—Bueno, no lo supongo. Lo sé. Me preguntó hasta dónde estaba dispuesto a llegar. Le respondí que hasta el final. Y me ofreció un pacto: libertad y poder a cambio de desatar la peor oleada de asesinatos que el mundo haya visto jamás.

—¿Qué tipo de poder?

—El de la sugestión. Al menos así es como yo lo llamo. Nadie me reconoce a no ser que yo así lo desee. No pueden atraparme. Y puedo forzar hasta cierto punto a algunas personas para que hagan lo que me dé la gana; darme dinero, por ejemplo. ¿Cómo crees que he llegado hasta aquí, tan lejos, sin haber tenido que robar nada a punta de pistola? La verdad es que ha sido tan fácil que hasta podría considerarlo… aburrido.

David continuó imperturbable, sin moverse del sitio.

—Entiendo que esa sugestión, como lo llamas tú, no durará para siempre.

—No. Se trata de una especie de periodo de gracia. Uno que se extiende a vosotros si decidís tomar la toxina y salir de la cárcel.

—¿Cómo sabremos cuándo termina el pacto?

—Lo sabremos. Igual que sabrás cuándo Él esté dentro de ti, percibirás cuando te abandone.

—Y cuando eso ocurra…

—Volveremos a ser fugitivos de la justicia. Podrán localizarte, reconocerte e ir a por ti, aunque hasta entonces te hayan creído muerto. Pero si no cometes ningún crimen más y huyes del país, quizá tengas la posibilidad de vivir libre y en el anonimato el resto de tus días.

—No es un mal pacto.

—No —coincidió Richie—. No lo es.

—Pero aún así no pudiste convencer a Dahmer.

—La verdad es que no, no pude. Aunque me gustó conocerlo en persona.

David se cubrió la boca con ambas manos, sin mirar a Richie. Este permaneció de pie.

—¿Y una vez en Los Ángeles, qué?

—Una vez en Los Ángeles… empezará la fiesta. Cotejaran las huellas dactilares y verán que pertenecen a asesinos en serie que han dado por muertos. Nuestros nombres volverán a ser sinónimo de puro terror. Imagínate el pánico, los titulares de prensa, el horror incomprensible. Complaceremos a Satán hasta que él decida liberarnos del pacto.

Richie se guardó lo que había descubierto durante la noche de Halloween en aquella extraña página en blanco del grimorio que había sellado con su propia sangre. Ese era un pacto aparte del que nadie sabía nada.

—Complaceremos a Satán… bajo tu liderazgo.

—Sí.

—No estoy seguro de que a los *serial killers* se nos dé bien lo del trabajo en equipo.

—Supongo que muy pronto lo averiguaremos.

—Dame la toxina. —David alargó la mano y él le lanzó el vial. Berkowitz lo atrapó y se lo guardó en el bolsillo de los pantalones—. ¿Qué ocurrirá cuando la tome?

—Morirás a los pocos minutos. O al menos quien te encuentre o te examine así lo creerá. Asegúrate de que ocurre con un guardia cerca. Después te llevarán a la morgue, resucitarás y… el resto es cosa tuya. Confío en que sabrás arreglártelas para salir de ahí y llegar a Los Ángeles por tu cuenta.

David frunció el ceño ante esa última afirmación.
—Creía que yo era tu última parada antes de regresar. ¿Por qué no esperas a que salga de aquí y…?
—No voy a hacer el viaje de vuelta contigo. No estoy solo.
—Ah… —sonrió David—. Tu mayor y más devota seguidora.
—Sí, ella.
Richie también se abstuvo de informarle de que se sentía ligeramente culpable por la desilusión de Hollie al no poder pisar la Gran Manzana. Solo eran cinco horas más de viaje hasta la ciudad de Nueva York. ¿Qué le costaba retrasar un día más su llegada a Los Ángeles? Nada. Comprendía la importancia de mantener a su chica satisfecha y fiel. Una de cal, otra de arena. Para que no olvidase nunca que la mano que le hacía daño también podía contentarla de vez en cuando.
—¿Entonces…?
—Roba un coche, pistolero. No te atraparán aunque viajes en un puto descapotable de color rosa con un cartel que ponga «Soy el Asesino del Calibre 44».
—Eres un capullo, Richie.
—Es posible. Pero gracias a este capullo volverás a ser libre.
David no apartaba su mirada acuosa de él.
—Tengo una pregunta más.
—Pues dispara.
—Hace unas semanas leí una noticia. Una de tus antiguas víctimas, la chica que sobrevivió milagrosamente a tu disparo… la encontraron destripada en un motel de Arkansas. ¿Debo asumir que fuiste tú?
—No me gustan los cabos sueltos —se limitó a responder.
—A mí tampoco.
—Y si no recuerdo mal, tú tienes unos cuantos.
—Sí. —David sonrió por primera vez desde que había dado comienzo el encuentro entre ambos.
Con esa sonrisa la fachada de converso cristiano acabó de caer y Richie pudo ver, al fin, al depredador que escondía Berkowitz. Aunque nunca había sido un particular fan del método que usaba para cometer sus asesinatos, supo que sería un buen añadido a su particular banda de criminales.
«Kemper. Lucas. Gacy. Berkowitz. Ramirez», recitó mentalmente, complacido consigo mismo y con el hecho de haber conseguido lograr la segunda parte del plan.
No estaba mal.
Y quizá, en breve, podría añadir a esos cinco apellidos uno que nadie se esperaba y que estaría bajo su entero control. Pero esa carta aún no podía ser revelada. Todo a su debido tiempo. La información siempre da poder.

Al fin y al cabo, como le había asegurado a David, ¿qué era la vida sin un poco de diversión y alguna que otra *sorpresa*?

Capítulo 30

Ocho años de encierro habían provocado ciertos cambios en él. Su impulsividad de adolescente, por ejemplo, había sido difícilmente controlable durante su verano del terror. Ahora sentía que tenía cierta autoridad sobre esos arrebatos que aún corrían por sus venas.

Pero tras vivir enjaulado en el corredor de la muerte, aislado de todo y de todos, Richard sintió el peso de la multitud y el espacio abierto en cuanto salieron de la estación de metro de Times Square.

Sabía que nadie iba a reconocerlo y que estaba a salvo, y aun así, el viejo instinto de cazador solitario despertó al verse expuesto y rodeado de gente. Sintió el mismo peligro mortal que durante aquella última mañana en que fue detenido, huyendo de una turba enfervorizada que quería arrancarle los ojos.

Sin embargo, Hollie estaba encantada con aquella visita sorpresa que ya había descartado que ocurriese.

—¿De verdad me vas a llevar a Nueva York? —le había preguntado cuando él la había informado del ligero cambio de planes.

—Sí —masculló Richie, sin mirarla—. Pero no te hagas ilusiones. Será algo rápido. No vamos a pasar la noche ahí ni de puta broma.

—¿Puedo preguntarte por qué has cambiado de opinión?

Él no contestó y la chica pareció aceptar el regalo sin indagar más en los motivos de la repentina decisión. Se limitó a ilusionarse cuando atravesaron el puente de Brooklyn y la visión de la Gran Manzana apareció ante sus ojos, que incluso brillaron más cuando Richie aparcó el Buick y le anunció que tomarían el metro para moverse por la ciudad.

La dejó disfrutar de la visita. A él le resultó indiferente todo cuanto vio.

Solo se inquietó al llegar a Times Square, con el cielo plomizo abierto sobre su cabeza y una gran cantidad de gente inmutable paseando a su lado. Quizá porque sabía que ese privilegio, el de andar libre y despreocupado, era uno que llegaría a su fin; cuando el Oscuro le retirase su protección volvería a ser un prófugo de la justicia. Tendría que vivir el resto de su vida escondido, volando bajo el radar. Quedarse en California no era una opción demasiado inteligente. Y seguramente mantener a Hollie a su lado tampoco lo sería.

La observó mientras esta compraba una cámara desechable en un puesto turístico.

Era muy joven. Más de lo que lo fue él cuando cometió su primer

asesinato. Y ella ya le había demostrado lo inestable que era con aquel incidente con el conserje del Days Inn. Empezaba a ser consciente de que, a pesar de estar seguro de una lealtad inquebrantable y la devoción enfermiza que le profesaba, Hollie le complicaría la vida.

Había deseado durante tanto tiempo una compañera confiable, incondicional y adicta a él, alguien con quien no tuviera que fingir, que no se había parado a pensar que, quizá, simplemente esa fantasía difícilmente podía perdurar en la vida real. No quería andar siempre preocupado por si alguien le ponía las manos encima, o de si tenía que salir por patas de un sitio y ella se quedaba atrás, o de si le montaría una escena de celos si él llegaba de hacer lo que fuese que quisiese hacer por ahí. Quizá lo más inteligente era matarla ahora, cuando nadie podría relacionar ese asesinato con el Acosador Nocturno. Asfixiarla, tirar su cuerpo a un pozo y olvidarse de la condenada Hollie Randall.

Sabía que tarde o temprano le traería problemas.

Richie continuó mirándola. Hacía un frío terrible y el viento soplaba despiadado, pero vestía con falda y medias transparentes —tal y como le gustaba a él—. Era leal como un perro recogido de la calle. ¿Por qué debía renunciar a esa clase de devoción?

«Porque el estado natural de un asesino en serie es la soledad», le dijo una voz sibilina que no pudo ignorar y que se parecía alarmantemente a la de Jeffrey Dahmer. Sabía que era así en la mayor parte de los casos. Pocos de los suyos cazaban en pareja, y cuando eso ocurría no solía terminar bien. Uno acababa siempre por traicionar al otro, ya fuese por salvar el pellejo o por venganza. O ambas.

—Gracias —le dijo Hollie.

—¿Gracias por qué?

—Por ceder.

—Ya, bueno… —Lo abrazó y Richie dejó caer en su frente un beso descuidado e inquieto

Hollie rio y se apartó con rapidez de él, levantando la cámara en el aire—. ¿Qué estás haciendo?

—Te estoy sacando una foto.

—Venga, déjate de chorradas.

—Eres demasiado guapo como para solo tener fotos llevando el mono carcelario o en pleno juicio.

Richie sacudió la cabeza, con una sonrisa exasperada y de profunda superioridad que Hollie captó en su recién comprada cámara, con Times Square de fondo y el viento helado revolviéndole los cabellos tiznados.

Ninguno de los dos lo podían saber, pero esa fotografía sería el objeto al que se aferraría la chica cuando todo comenzase a venirse abajo: la imagen del Richie que solo era suyo y que solo ella había

llegado a conocer.

Y al que pronto echaría de menos. De una forma u otra, las cosas iban a cambiar entre ellos, y ya no estarían el uno en la exclusiva compañía del otro. La luna de miel sangrienta que habían compartido estaba a punto de finalizar.

El Acosador Nocturno estaba a punto de regresar a las calles de Los Ángeles.

Intersección: Whitney Bennet, Joyce Lucille Nelson y Sophie Dickman

Riot, rape, race and revolution, ah yeah
Here come the fire, and my world burns still
Billy Idol - *Shock To The System*

La llegada de mi famoso apodo trajo consigo otra revelación: habían relacionado todos los asaltos y las muertes y, ahora, me buscaban. Ya no eran ataques aislados, o robos que habían salido mal, o crímenes pasionales. Ahora la policía iba tras el Acosador Nocturno.

Me volví mucho más receloso de lo que ya era. Sabía que el pánico se estaba extendiendo y que el LAPD estaba poniendo a sus mejores detectives en el caso para evitar más muertes. Contaban con un retrato robot, incluso, aunque eso no me preocupaba demasiado. Lo habían hecho público y en nada se parecía a mí. Además, me repetía que el Oscuro me protegía en cada paso que daba y que mientras siguiese mi propia norma, nunca me atraparían.

«Maligno hasta la infamia, ni rastro de piedad».

Solo tenía que continuar haciendo lo mismo que desde hacía semanas. Pero, por si acaso, nunca estaba de más tomar ciertas precauciones, así que me metí en una droguería y robé unas gafas y un bote de gomina. Nunca había usado esa porquería en el pelo, así que estuve un buen rato probando diferentes peinados hasta que simplemente me lo peiné hacia atrás y me puse las grandes gafas de montura blanca que me dio un aspecto inofensivo.

Me eché a la carretera en dirección este y conduje por la 210 escuchando el disco de Highway to Hell, dejando que el ritmo de la música y las letras malévolas me alimentasen. La temperatura había caído de golpe y una luna creciente brillaba en el cielo. Mi afinidad con aquel astro —y con cualquier símbolo oscuro— había ido creciendo con el paso de los años. Sentía que la luna, al igual que yo, pertenecía a la noche.

—Estás haciendo historia, amigo —le dije a mi reflejo en el retrovisor—. Serás más famoso que Jack el Destripador.

A él nunca le habían atrapado. Jamás habían conseguido detenerlo porque también era un siervo del Oscuro. Mientras yo lo fuese, estaría

a salvo.

Mientras conducía pensé en que cuando era un niño ya sentía fascinación por la serie *Sombras Tenebrosas* y, en concreto, por Barnabas Collins. La niebla que rodeaba al personaje, la capa oscura que llevaba, la mirada opaca… todo ello transmitía un poder y una connotación amenazadora que yo deseaba para mí. Esa clase de cosas despertaban mi imaginación y me provocaban un placer al que aún no podía ponerle nombre, pero así había sido desde que tenía uso de razón. Había nacido de esta forma y de esta misma forma moriría.

En la radio de la policía escuché que alguien había llamado alertado por un supuesto merodeador que tenía pinta de sospechoso. Hablaban de una calle cercana a la que yo me encontraba, frente a las montañas de San Gabriel. Reduje la velocidad al ver un vehículo policial detrás de mi Toyota robado. Era el mismo con el que había matado a la última vieja. Con un poco de suerte, aún no habrían denunciado su sustracción.

Giré a la izquierda. El coche policial lo hizo también. Tomé el siguiente desvío a la derecha. La policía me imitó.

—Cabrones —susurré.

Bajé el volumen de la música, ignorando los latidos acelerados de mi corazón, y me obligué a mantener la calma ocurriese lo que ocurriese. Seguí conduciendo durante unos bloques más hasta que la poli perdió interés en mis movimientos y se desvió por otra calle. Yo continué hasta Arno Drive, al pie de las montañas, y aparqué.

Ahí, al contrario que en otros lugares por los que había merodeado, se notaba el dinero. Las casas eran más grandes, los jardines contaban con piscina, los garajes podían albergar hasta tres coches y las aceras no tenían ni un desconchón. Se percibía, también, que no temían una intrusión de absolutamente nadie: en la primera casa que probé, la puerta delantera estaba abierta. Preparé la pistola y entré.

Justo en la entrada, a la derecha, había un dormitorio. El haz de luz de mi linterna enfocó el rostro durmiente de una adolescente. Desvié la luz hacia los muebles, toqué sus joyas y su reloj. Sí, tenían dinero. ¿Una adolescente con un jodido Rolex y pendientes de perlas? Por supuesto que nadaban en pasta.

La chica era muy guapa. Pelo castaño, nariz pequeña, delgada. Olía increíblemente bien.

«Tú y yo vamos a pasar un buen rato», le prometí aspirando el olor a suavizante de su cabello sin que ella lo notase, mientras mi nariz se empapaba de aquel perfume femenino.

Pero para eso tenía que neutralizar al resto de habitantes de la casa.

Sus padres dormían profundamente en la parte trasera. Si usaba la pistola despertaría a la chica, así que volví al coche y agarré una

llanta que había en el maletero. Me dije que eso serviría. Justo cuando iba a regresar, el maldito coche de policía de antes apareció por la esquina e iluminó el jardín con sus focos delanteros. Corrí a esconderme tras un arbusto, procurando no mover las hojas, y observé cómo el vehículo pasaba de largo en el silencio de la noche.

Todo mi cuerpo estaba en tensión. Le había jurado a Satán que si alguna vez llegaban a atraparme no sería por las buenas. Me piraría de este mundo luchando, mordiendo, arañando, apuñalando. Cualquier cosa antes de enfrentarme a la deshonra de un juicio, a la cárcel y a una sentencia de muerte que me convertiría en uno más de tantos que esperaban su pena capital en San Quintín. Porque tenía muy claro que no me esperaba otra sentencia que esa, y odiaba la idea de no ser yo quien controlase mi propia muerte. Si moría, lo haría en la gloria del Oscuro: sería la única forma de que este me abriese las puertas del averno con todos los honores que me había ganado con mis crímenes.

Aunque mi primera idea fue neutralizar a los adultos, mis pasos me llevaron de nuevo al cuarto de la adolescente. Al contemplarla en su sueño, pensé en todas las vírgenes con las que Satán me recibiría en el infierno.

La chica, indefensa y completamente expuesta a mi voluntad, despertó lo que yo sabía que ya no podía controlar. Cubrí su boca con mi mano y le di en la cabeza con la llanta. Quedó inconsciente al primer impacto. La golpeé diez veces más.

Luego dejé caer la llanta.

—Creo que prefiero un cuchillo —le murmuré al oído ensangrentado—. Es mucho más personal, ¿sabes? Lo sujetas con tu propia mano mientras dura el ataque, y cuando llega la muerte puedes sentir, milímetro a milímetro, cómo se abre paso en la carne y en el alma. Es como el mejor polvo que nunca tendrás, niña.

Busqué un cuchillo de carnicero en la cocina, pero no encontré nada que se le pareciera. Volví al cuarto. Cogí de nuevo la llanta, que todavía goteaba sangre en la moqueta de la habitación. Podía follármela así, sin más, pero si se despertaba, empezaría a gritar. Estaba tumbada boca abajo, con un leve pijama de verano que dejaba sus piernas y parte de su trasero al aire. Mis manos subieron por sus pies hasta la redondez de su culo.

La disfrutaría igual muerta.

Arranqué el cable del teléfono y lo enrollé alrededor de su cuello. Empecé a tirar con una fuerza que ponía mis músculos en tensión y mis venas a punto de explotar. Apreté hasta que el cable desapareció entre la carne de su garganta. Creí que ya la había palmado cuando vi unas chispas azules chisporrotear, y solté el cable. *Tenía* que estar muerta. Era imposible que hubiera sobrevivido a tantos minutos sin aire entrando en sus pulmones.

Pero la chica boqueó inmediatamente en busca de oxígeno. Desesperada y asustada, con los ojos en blanco y la cara pálida como un fantasma. Sus gemidos eran los de un perro agonizante.

—Joder.

Me aparté de ella. Escuché ruidos en el fondo de la casa. Voces, pisadas, roces de ropas.

Salí corriendo por la ventana de la habitación de la adolescente moribunda, me subí al Toyota y arranqué sin pensar.

El amanecer empezaba a asomar. Los pájaros despertaban. Y yo huía: cabreado, frustrado y de un mal humor de perros. Puede que Dios hubiera intercedido por aquella chica, pero eso no significaba que estuviese de acuerdo con esa decisión divina.

Conduje trece millas hasta que me vi de vuelta en Skid Row. La rabia me consumía, así como la sensación de fracaso por no haber podido llegar hasta el final con la chica. Detuve el Toyota en la esquina del hotel Lido y apoyé la cabeza contra el asiento. Necesitaba unos minutos para calmarme, tomar aliento y pensar qué debía hacer a continuación, cuando una puta mexicana de tetas enormes se me acercó y se agachó hasta la ventanilla del coche.

—Eh, oye, chingón, ¿quieres pasar un buen rato? —me interpeló la tía. Era fea y tenía un cuerpo deforme, del que solo valía la pena las delanteras, pero a esas horas de la mañana tendría que servirme para desahogarme.

—¿Cuánto?

—Cinco dólares, completo.

—Sube.

La puta rodeó el Toyota y subió al asiento del pasajero. Arranqué en busca de un lugar más privado.

—¿Qué quieres hacer? ¿Follamos o…?

—Quiero correrme en tus pies, frotar la polla entre tus dedos —la interrumpí. Parpadeó confusa unos segundos hasta que empezó a carcajearse en mi cara.

—¿Qué eres, un pervertido?

—¡Fuera, cabrona hija de puta! —la golpeé con el puño cerrado y la lancé fuera del coche en la Sexta Avenida. Ella me insultó en español, yo hice lo mismo y así di por concluida la noche.

Abandoné el vehículo, me registré en el hotel Lido y me pasé horas tumbado en el catre, dando vueltas, fumando hierba y planeando nuevas formas de satisfacer aquel hambre de sadismo y muerte que cada vez me consumía más.

Dos días después, destrocé a puñetazos a una anciana en Monterey Park. Le robé todo lo que tenía y le pregunté si sabía quién estaba a punto de asesinarla.

—El Acosador Nocturno —balbuceó con una boca rota de la que

borboteaba sangre entre dientes colgantes y encías reventadas.

Una hora después me colé en otra casa y abusé de la vieja que encontré dentro en todas las formas que pude hasta que los ojos se le cerraron por el dolor.

Esos tres nombres que averigüé días después, Whitney, Joyce, Sophie, se los entregué al Oscuro. Él se reía a carcajadas, complacido.

Y yo también lo hice.

Capítulo 31

Atravesaron el país en cuarenta y ocho horas frenéticas durante las cuales apenas habían detenido el coche para comer o dormir. Hollie estaba agotada por el viaje, por las pocas horas de sueño, por la suciedad acumulada y por la música de Judas Priest que Richie insistía en escuchar a un volumen inhumano. Apenas habían cruzado unas pocas palabras en el trayecto de regreso. En una de las pocas paradas que habían hecho, ella había logrado revelar la cámara desechable. Al enseñarle la foto que le había sacado en Times Square, Richie la desechó con un murmullo hostil y desagradable. Hollie lo achacó al nerviosismo natural de volver a la que había sido su ciudad, y se convenció a sí misma de que cuando pusieran un pie en Los Ángeles, él volvería a ser el de siempre: humor cambiante, escasos gestos de cariño, sexo sangriento, disertaciones sobre la naturaleza humana criminal, cantar Night Crawler a pleno pulmón y consumir cigarrillos entre una sonrisa burlona.

Así, el templado otoño californiano les dio la bienvenida.

Cuando Richie aparcó el Buick frente al decrépito hotel Cecil, supo que se encontraba de vuelta en el único lugar al que en realidad podía llamar hogar. Porque Skid Row, en sus años de ausencia, apenas había cambiado. Continuaba siendo refugio de enfermos mentales, drogatas y prostitutas de medio pelo. Sus aceras repletas de carritos de supermercado llenos de cachivaches, tiendas de campaña ajadas, cuerdas de tender con ropa colgada, cuerpos desmayados por chutes de heroína y dosis inhaladas de crack, bolsas acumuladas de basura, aguas estancadas en charcos malolientes y una profunda y malsana sensación de decadencia.

Sí, Richard Ramirez había vuelto a casa.

—Nunca me hubiera imaginado que el centro de L. A. pudiera ser así… —comentó Hollie con un gesto de profundo asco al descender del coche y aspirar el aire contaminado y fétido de Skid Row.

—Nadie se lo imagina así. Pero es lo que es.

—¿Aquí es dónde vivías?

—Más o menos. —Richie le señaló las calles en dirección a la estación central de autobuses—. A veces me quedaba aquí, otras veces iba por allá. Dormía donde podía. Si tenía dinero, en uno de estos hoteles. Si no, en un cementerio o en un coche robado. Me daba igual.

Hollie no pudo siquiera llegar a imaginarse cómo a alguien le podía traer sin cuidado no tener un techo seguro bajo el que dormir. Tras

tantas semanas en la carretera estaba deseando asentarse en algún sitio más o menos decente.

—¿Dormiste alguna vez en las casas que asaltaste?

—No soy estúpido —replicó, lanzando al suelo el cigarro a medio terminar y cruzando la calle en dirección al hotel Cecil, que se alzaba frente a ellos como una torre amenazante.

Ella no tardó en seguirlo, si bien la visión de aquel edificio medio en ruinas no la atraía para nada. No tenía ni idea de lo que pasaría a partir de aquel momento, ni siquiera de dónde iban a vivir ahora que habían llegado a su destino final. Esperaba que no fuese en el Cecil. Aquel hotel producía escalofríos con tan solo mirarlo.

No dijo ni una palabra. Se limitó a caminar tras las largas zancadas de Richie mientras este atravesaba el vestíbulo, tomaba el ascensor y subía a través de las plantas del hotel. Estaba más que claro que conocía el lugar a la perfección y que sabía a dónde se dirigía.

Si Richard hubiera estado de mejor humor, o simplemente en uno de sus momentos más locuaces, quizá le hubiera contado que la habitación 1419 era *su* habitación y que, como buen creyente en las fuerzas del Oscuro, confiaba en el poder de los símbolos y los lugares. Y sin duda, la habitación que había dado cobijo al Acosador Nocturno en el llamado verano del terror era uno de los puntos más malditos de Los Ángeles.

Lo único que pudo pensar Hollie es que la casa de aluminio prefabricada de los Randall era una mansión de lujo comparada con la habitación a la que Richie llamó con los nudillos.

Al otro lado de la puerta de la 1419 el Asesino de las Colegialas los recibió con una amplia sonrisa. Una que, extrañamente, reconfortó a Hollie. De todos los asesinos que había liberado Richie, Ed era el único que había conocido cara a cara. No tenía ni idea de quiénes eran los otros, qué aspecto tenían o qué crímenes sangrientos habían cometido.

Encontrarse con Ed Kemper fue como reencontrarse con un pariente lejano por el que, por alguna razón que desconoces, sientes simpatía.

—Te estaba esperando. —Ed palmeó la espalda de Richie con fuerza, y este se lo quitó de encima enseguida. Estaba de un humor irritado, y lo último que le apetecía era recibir demostraciones de afecto en público. Kemper pareció intuir el sutil enojo y optó por dejarlo en paz, alargando una mano en dirección a Hollie—. Nos conocimos en Vacaville, ¿recuerdas? Aunque el bruto de Rich nunca llegó a presentarnos como es debido. Ed Kemper.

—Hollie Randall —respondió la chica con timidez.

La corpulencia de Kemper la había dejado de nuevo impresionada. Aún parecía más ancho y más alto en aquella diminuta habitación del Cecil, en la que apenas parecía caber, que en la prisión de Vacaville.

Observó con disimulo los envases de comida rápida desperdigados y la ropa tirada sin ton ni son, así como un par de sacos de dormir enrollados en un rincón, entre las dos camas de la habitación. Esta contaba con una única ventana, cuyo cristal estaba tan sucio que apenas dejaba pasar la luz del sol. Era deprimente. Hollie rezó por no tener que dormir en aquel lugar.

Pesadamente, Ed se dejó caer en uno de los dos camastros, que rechinó como un animal artrítico al recibir su peso.

—¿David ha llegado? —preguntó Rich, aún de pie.

—Sí, está aquí. Se ha ido con Henry a pillar algo de cena.

—¿Y Gacy?

—Diría que ha ido en busca de algún yonqui jovencito al que poder romperle el culo a cambio de un par de dólares. —Kemper negó con la cabeza. Luego miró a la chica, avergonzado por sus palabras—. Perdona mi lenguaje, Hollie.

Ella sonrió, tan azorada como sorprendida tanto por la amabilidad de Ed como por el sonido de su propio nombre tras tantas semanas sin escuchárselo pronunciar a nadie.

—No pasa nada.

—Son muchos años rodeado de cenutrios y tiparracos. Parece que he olvidado cómo es estar delante de una chica.

—De verdad que no pasa nada —insistió Hollie.

—Basta de cháchara —los interrumpió Richard. Señaló la puerta a la chica—. Tú, piérdete un rato.

Hollie se tensó al instante ante aquella orden que de ninguna de las maneras quería acatar.

—No quiero estar sola ahí afuera. Este sitio me da escalofríos.

—Pues bájate a la calle.

—Tampoco quiero estar sola en la calle.

Richie contuvo un insulto entre dientes y se apretó las sienes. Estaba fatigado, ansioso y sí, irritado. Prácticamente sin mirarla, le lanzó una furiosa bofetada que la hizo trastabillar. Hollie se llevó la mano a la mejilla y notó cómo las lágrimas se formaban en el interior de sus ojos. Había dolido como mil demonios, pero más dolió la humillación de saberse golpeada ante la presencia de alguien como Ed Kemper.

El Asesino de las Colegialas no dijo ni una palabra, aunque pareció incómodo ante la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Se limitó a apartar la vista, justo en el momento en que Richie abría la cajetilla de tabaco y la miraba de reojo, con aquellos ojos azabache inyectados en un aborrecimiento tan animal que Hollie retrocedió un par de pasos.

Su voz, ronca y metálica, aún la tensó más.

—Creí que después de tanto tiempo juntos ya habías captado que cuando te ordeno una cosa, tú la cumples. Pero veo que no.

Ed carraspeó antes de interceder.

—Vamos, Rich, la cría tiene razón. Skid Row no es lugar para dejar sola a una chica como ella.

—Tú no te metas —espetó Richard, cada vez más molesto—. Largo de aquí, nena, o la próxima vez no será un simple bofetón.

Ella se apresuró a desaparecer por el pasillo del Cecil conteniendo un sollozo lastimero que se perdió entre sus paredes. Cuando se quedaron solos Ed negó con la cabeza.

—¿De verdad tienes que tratarla así? Parece una niña encantadora.

—No puede olvidar su sitio.

—Ya, pero…

—¿Conseguiste la casa Bither o no? —cambió de tema Richie. Ed asintió.

—Sí. Ayer me acerqué a Culver City para asegurarme de que tiene muebles y que los arreglos que me pediste habían sido realizados. Ya está habitable, y a nombre de ella. Y menos mal, porque todos estamos deseando salir de este sitio infecto. No sé cómo pudiste vivir en este estercolero de hotel durante tanto tiempo.

—Porque nada me importaba una mierda en aquel momento. Supongo que con la edad me he vuelto más exigente.

Encendió un cigarro y miró por la ventana que daba a Main Street. Le dio la impresión de que el tiempo había transcurrido muy lentamente desde que él ya no vagaba por Skid Row, y de que esos ocho años en la cárcel no habían siquiera existido. Todo estaba igual, tal y como lo recordaba, aunque sabía que de ninguna forma podía ser cierto. Aun así, era un pensamiento reconfortante.

—Cuando me alojaba aquí, o en el Dido o donde fuese, me traía sin cuidado lo asqueroso que fuese el sitio. Buscaba un techo y eso es lo que me importaba. Pero una parte de mí siempre quiso un lugar propio desde el que poder hacer lo que quisiera en la intimidad.

—¿Por eso me has hecho comprar la casa Bither?

—Está en un suburbio de Los Ángeles, lo suficientemente apartado y cercano a una salida directa a la autopista 405. Pasaremos desapercibidos ahí —aseguró Richard—. No es que lo necesitemos, claro, pero nunca está de más prevenir.

—¿Crees que tu Señor Oscuro puede retirarnos su bendición en cualquier momento?

—No. O al menos creo que no. Aunque prefiero estar preparado por si hay que salir pitando cada uno por su lado. Ya te dije que si hacíamos esto tendríamos que tener una vía de escape rápida. Un plan B.

—Ya… —asintió Ed—. Últimamente he pensado mucho en Canadá.

—¿Canadá?

—Hay gente muy maja, ¿no? Parece un buen sitio al que huir en

cuanto todo acabe.

—Lo que tú digas, Ed. No hace falta que me cuentes tu plan secundario.

—Porque tú no me vas a revelar el tuyo.

—Me temo que no.

Ed se incorporó en toda su estatura y caminó hacia él.

—¿Sabes una cosa? Tienes graves problemas de confianza, Rich. Y siendo sincero, si queremos que este modesto aquelarre de asesinos en serie funcione, deberás empezar a hablarnos claro.

Richard aplastó la colilla del cigarro contra el marco de la ventana y la dejó caer al suelo sin decir nada. Ed suspiró ante aquel silencio testarudo.

—Entiendo que a esa chiquilla no le cuentes nada, pero… ¿a nosotros? Nos has reunido aquí para algo y creo que merecemos cierta confianza. ¿No crees?

—No llevo bien eso de confiar en la gente —admitió.

—Bueno, todo saldrá bien.

Miró a Ed con la misma extraña complicidad que había sentido en aquella única visita en Vacaville. Había algo en él, un aura de vulnerabilidad y de extraña calidez que podía hacerte olvidar que mató a su propia madre en una furiosa sucesión de cuchilladas y martillazos, para luego cortarle la cabeza, colocarla de una estantería y gritarle durante un buen rato. Solo si mirabas un poco más allá de su sonrisa afable y su voz tranquila —y Richie era especialmente bueno en traspasar fachadas como la de Ed—, podías llegar a ver al tipo que le cortó la lengua y la laringe a su madre para meterlas en el triturador de basura y luego follarse la cabeza por el agujero de la tráquea.

De todos los nombres que había conseguido sacar de la cárcel, el de Ed Kemper era uno de los más engañosamente brutales y, por supuesto, el que más se asemejaba a él en crueldad.

—¿Cómo te has llevado con Lucas, Gacy y Berkowitz?

—Pues con David no sabría decirte todavía. Llegó apenas hace unos días. Parece un tío tranquilo. Frío, callado, introvertido. Pero tranquilo. Lucas está como una puta cabra, aunque eso ya lo sabes de sobra. Y Gacy… —Ed se encogió de hombros— solo piensa en esos niños que le delataron o lo que fuese que pasó en Chicago. Ah, y en echar un polvo.

—Ya, bueno, ¿y quién no? —rio sarcástico Richie.

—Desde luego tú no. Diría que te has estado divirtiendo de motel en motel con tu novia adolescente.

—No ha estado mal.

—Fijo, fijo. Por cierto, ¿Hollie viene con nosotros a la casa Bither?

—Sí.

—¿Crees que es buena idea meterla en un sitio así con cuatro tipos como nosotros? Además de ti, claro.

—Tú no la vas a tocar, por la cuenta que te trae, Gacy es marica y a Berkowitz no se le levanta si no pega un tiro. Por no decir que siente una profunda timidez delante de las tías. En cuanto a Henry… supongo que tendré que darle un par de advertencias.

—Algún día tendrás que explicarme qué está roto en la cabeza de esa chica para acceder a todo esto.

«Lo mismo que en la de todos nosotros», pensó Richie, con el semblante pétreo.

Porque a aquellas alturas de la partida ya sabía muy bien que ellos habían nacido con las cartas marcadas por la psicopatía, y que la vida que les había no había hecho más que lanzar chispas sobre unas brasas ardientes, una tras otra, hasta que el fuego finalmente había prendido y se había convertido en algo tan incontrolable como dañino.

Le dio la espalda a Ed y miró de nuevo a través de la ventana, más allá de la porquería del cristal. Allá afuera aún vivían aquellas víctimas del Acosador Nocturno que se le habían escurrido de las manos, las que había dejado con vida. Y también la de los desgraciados que lo persiguieron como una turba furiosa aquella mañana de finales de agosto de 1985 y que lo acabaron entregando a la policía. Casi podía palpar el terror que su regreso de entre los muertos provocaría en todas y cada una de esas existencias de mierda. Les haría sentir que debían cerrar bien las puertas y asegurar sus ventanas, que esta vez no iban a poder escapar. Que la caza de Richard Ramirez no se detendría hasta acabar con todos y cada uno de ellos.

Cerró el puño contra la infecta pared desconchada del hotel Cecil, donde miles habían dejado impregnadas sus miserias. Incluido él.

Pero él ya no era el mismo Acosador Nocturno que había callejeado por Los Ángeles y que había convertido los bochornosos meses del estío de 1985 en los del verano del terror. No, este Acosador Nocturno que regresaba a esas mismas calles era una criatura mucho más voraz e infinitamente más peligrosa.

Miró a Kemper por encima del hombro.

—Déjate de putos psicoanálisis, recoge tu porquería y reúne a esos cabrones. Nos largamos de aquí.

Capítulo 32

Una vez, a través del papel y entre las múltiples cuestiones que Richie dejaba caer en sus cartas, le había preguntado por sus sueños. Hollie había necesitado un buen rato para dar con su respuesta. Nadie se había interesado jamás en conocer ese aspecto de ella, quizá porque ni un alma de todas las que rodeaban su vida consideraba que Hollie tenía futuro alguno.

Y a lo mejor tenían parte de razón, porque tuvo que pasar unas cuantas horas tumbada en su cama pensando en esa respuesta, con los ojos fijos en el poster de River Phoenix, hasta que obtuvo algo digno de ser puesto por escrito.

«Sueño con irme muy lejos de San Rafael. Quiero viajar, conocer Nueva York, quizá cruzar el charco, pasear por Londres, irme de compras por Tokio. Y deseo tener un lugar bonito al que regresar: una hermosa casa a la que pueda llamar mía. Con cortinas blancas de algodón, un juego de té con filigranas doradas, una isla de madera en la cocina, una tetera moderna, un colchón de tamaño *king size*, un patio con parterres llenos de flores, unas escaleras de madera que crujan un poco al subirlas corriendo, una bañera de esas con patas, jabones de The Body Shop, una alfombra redonda delante del sofá, un repartidor de periódicos que me salude cada mañana. Quiero todas esas cosas bonitas que sé que no me merezco y que jamás tendré».

Y Richie, en su habitual comportamiento errante, no le llegó nunca a contestar a esa enorme parrafada, y la cuestión de los sueños de Hollie se había diluido entre tantas otras que él le preguntaba en cada nueva misiva.

A veces Hollie pensaba que Richie simplemente no leía sus cartas más que en diagonal, sin retener ninguno de los detalles íntimos que ella le regalaba en cada palabra. Por eso la sorprendió cuando la colocó delante de una anodina construcción de color amarillo melocotón y le susurró al oído:

—¿Es esta la casita de tus sueños, nena?

No. No lo era. Era cierto que tenía un bonito tejado de pizarra y un diminuto pero encantador jardín con un camino de piedra que iba desde la verja a la puerta, pero había algo en esa casa que le provocó escalofríos.

—Es la casa Bither —la informó Richie, dejándola atrás sin más.

No se atrevió a dar un paso. Tenía la sensación de que si entraba ahí nada volvería a ser igual, y se vio echando de menos las

interminables horas de carretera en el Buick y las noches en los moteles baratos.

Se quedó quieta frente a la casa mientras los asesinos liberados por Richie la miraban con más o menos disimulo para, acto seguido, desaparecer en el interior de la vivienda. Ed fue el último en hacerlo y le dedicó una sonrisa amistosa.

—No te quedes ahí, Hollie. Entra.

—¿Qué es esta casa?

—Nuestro nuevo hogar, supongo.

—No me refiero a eso. ¿Qué *es* esta casa?

—Ah. Eso. —Ed se rascó la coronilla con incomodidad—. Mejor que te lo cuente Rich. ¿Tienes miedo?

—Sí.

—Nadie te hará daño. Creo que Rich nos arrancaría los ojos si alguno se atreviera a ponerte las manos encima.

Hollie se abstuvo de indicarle a Ed que una violación era lo último que temía en esta vida. Estaba más que acostumbrada a ese tipo de dolor. El miedo que sentía era diferente, hecho de retazos de intuiciones inexplicables y que flotaban en el aire sin orden ni concierto.

—Vamos, corazón. —Ed la tomó por los hombros con delicadeza y la obligó delicadamente a echar a andar hacia el interior de la casa Bither.

Ella intentó resistirse, aunque sus pies no obedecieron. Dio un paso tras otro hasta traspasar la verja, hasta transitar por el encantador camino empedrado, hasta al fin atravesar el umbral de una casa que aún no entendía por qué la estremecía de aquella manera.

—¿Qué coño te pasa? —la recibió Richie, detenido en el recibidor.

—Nada.

—Nuestra habitación es la del fondo, la que es más grande. Vete para allá y quédate callada y quietecita.

Esa vez no intentó pedirle que no la dejase sola. Se demoró un segundo en mirar hacia la sala de estar, donde un tipo gordo de pelo blanco, uno bajito con los dientes mellados y otro con las mejillas abultadas le devolvieron la mirada. La sonrisa pérfida del más bajito la hizo estremecer.

Quiso preguntar por qué no estaban solos y qué hacían esos hombres ahí, en su casa. ¿Por qué no los dejaban en paz? ¿Quiénes eran? Aunque ya lo sabía: esos hombres eran como Richie, en mayor o mayor medida. Estaban allí por y para él. Y no se iban a ir.

Y ella no tendría su bonita casa repleta de sueños. Serían las pesadillas quienes la poblarían pulgada a pulgada, colándose por las rendijas de las puertas y filtrándose a través de las paredes. La atraparían. No la dejarían escapar. Por primera vez desde que había

tomado la decisión de escribir a Richard Ramirez se preguntó si no había cometido un terrible error.

Pero luego llegó a la habitación que él le había indicado, con una bonita cama, con sábanas limpias y ventanas con cortinas blancas que daban a un patio trasero con un par de árboles frutales. Sacó de su mochila la foto ya revelada, la que le tomó a Richie en Times Square apenas unos días atrás. Él sonriendo de esa manera tan suya, a medio camino entre la superioridad de quien esconde un secreto y la soberbia de un animal imposible de cazar, con el cabello de ébano revuelto sobre su rostro y los ojos de obsidiana. La colocó en la mesita de noche, apoyada contra una lamparita. Se tumbó en la cama, descansó la cabeza en la almohada y contempló la fotografía.

Era la única que existía en el mundo del Acosador Nocturno tras su fuga de San Quintín. Y era suya.

Suya.

En todos los sentidos posibles.

Capítulo 33

Cuando se aseguró de que Hollie se encerraba en su habitación, Richie bloqueó las puertas de la sala de estar y miró a los cuatro asesinos en serie reunidos en aquel coqueto comedor que en su día albergó a una familia maldita. Ahora daba cobijo a otra clase de malditos.

Gacy, despatarrado en una butaca y con las manos sobre su barriga, mascaba chicle. Henry se había sentado en una silla, tan inquieto como impaciente. Kemper había elegido el centro del sofá de tres plazas. Y Berkowitz se mantenía apoyado junto a la ventana doble que daba al jardín delantero, con las manos dentro de sus pantalones.

Richie arrastró una silla frente a todos ellos, la volteó con una mano y se sentó a horcajadas en ella, con los brazos cruzados sobre el respaldo.

—Seguro que tenéis muchas preguntas. O por lo menos unas cuantas. Sé cuál es la más importante: «¿Cuándo empezamos?». Esa respuesta me la guardo para el final. Antes quiero dejar claras un par de cosas entre nosotros.

Buscó el paquete de tabaco en los bolsillos traseros de sus tejanos y se colocó un pitillo entre los labios. Sentía cada par de ojos siguiendo sus movimientos: en la mano que encendía el mechero y en la boca que succionaba la nicotina con espeso deleite.

—Primero: a la chica no se la toca. Si descubro a cualquiera de vosotros pelándosela mientras la miráis en la ducha, no dudaré en rebanaros el pescuezo. No creáis que podéis hacer nada a mis espaldas. Satán tiene ojos en todas partes. Si queréis un coño de vuestra propiedad, os lo buscáis. Excepto tú, Poguito —señaló a John Wayne Gacy—. Y ya que hablamos de mariconadas, te advierto que no vas a poder seguir tu habitual *modus operandi* en esta casa. Nada de traer adolescentes a los que follarte aquí, y mucho menos nada de enterrar fiambres en el sótano. Esto me lleva al segundo punto: esta casa queda limpia de vuestras mierdas. Me la pela lo que hagáis fuera, pero aquí, nada. No quiero cuerpos ni trozos de ellos, no quiero putas desangradas en la bañera, no quiero tufos cadavéricos, no quiero nada de lo que sea que hagáis con vuestros *talentos*.

Henry Lee Lucas empezó a balancearse con nerviosismo. Richie le reprendió con una simple mirada y este se detuvo enseguida.

—Tercero: aquí mando yo. Si yo digo que matéis, mataréis. Si yo digo que no matéis, no mataréis. Si yo digo que nadie sale de esta casa, nadie sale de esta casa. Todos, incluido yo, habéis aceptado un

pacto al que estáis ligados hasta que el Oscuro decida que hemos cumplido con nuestro cometido. Estamos bajo su protección y eso implica ciertas ventajas que antes de que nos atrapasen no teníamos, pero también la obligación de hacer lo que hemos venido a hacer. Sin dudas y sin vacilaciones.

—¿Qué ventajas son esas? —se interesó Gacy.

—La más importante ya la conocéis. Nadie os va a reconocer a no ser que eso sea lo que queráis. Yo lo llamo *sugestión*.

—¿Sugestión? No eres el mejor poniendo nombres, Ramirez.

Richie ignoró la pulla con una sonrisa desdeñosa.

—Podrías pasearte a plena luz del día por Hollywood Boulevard con tu disfraz de Pogo y te lanzarían monedas de un dólar con una sonrisa. En vuestro camino hasta aquí habéis conseguido pasta, coches, pistolas y puede que hasta una mamada con una simple frase, no se os ha negado nada. ¿No es cierto?

Todos asintieron en silencio.

—La otra ventaja que os da el Oscuro es que vuestras huellas dactilares aparecerán y serán reconocibles, pero eso será todo. Los posibles testigos no podrán corroborar nada, la policía nunca dará con vosotros, vuestras pisadas no les llevarán a ningún sitio. El mundo entero no comprenderá cómo cinco supuestos asesinos en serie que daban por muertos se han levantado de sus tumbas y están aterrorizando California sin que nadie pueda pararles los pies. Seremos fantasmas: notarán nuestra presencia en cada esquina pero nunca podrán llegar a vernos del todo. Así es como mataremos: esa será nuestra ofrenda a Satán a cambio de la libertad obtenida.

—¿Por qué? —se interesó Ed—. ¿Por qué nosotros?

Richie dio una calada al cigarrillo antes de responder.

—Porque vivimos en un país que nos idolatra y nos convierte en estrellas del rock. Nos temen y nos odian, pero no pueden evitar sentirse atraídos por la maldad que nos rodea y que encarnamos. Somos la otra cara de su moneda; una que, por mucho que quieran, no pueden negar de ninguna manera. Nuestros nombres juntos evocan el más puro terror. Y Satán lo sabe. Se alimentará durante siglos de ese terror que nosotros le ofreceremos.

—¿Y hasta cuándo tendremos que vivir aquí bajo tus órdenes? —volvió a preguntar Gacy.

—Hasta que el Oscuro así lo quiera. Puede ser una semana, un mes o un puto año.

—Creía que tenías línea directa con el diablo. —Gacy hizo un gesto con la mano simulando el auricular de un teléfono, con una sonrisa burlona en su orondo rostro.

Richard tuvo ganas de tirarle el cigarro encendido a esa cara de cabrón petulante, a ver si estallaba en llamas.

—Y la tengo, Poguito, pero no me revela todos sus planes. ¿O crees que estamos en el programa *De Costa a Costa*?

—Quizá en ese libro tuyo, que aún no nos has enseñado, encontremos la respuesta. ¿Por qué no lo sacas para que podamos echarle un vistazo?

El simple pensamiento de dejar el *Ars Daemonum* en las manos de Gacy le provocó un espasmo de incomodidad. Sabía que poco podía fiarse de él, y que si aquel condenado Payaso Asesino encontrase la forma de traicionarlo, no dudaría en hacerlo. Se dijo mentalmente que debía ordenar a Hollie que escondiese el grimorio en algún lugar que lo mantuviera a salvo y lejos de las manazas de ese tío.

No quería que nadie pusiera sus ojos sobre las páginas del libro. La información, el poder, solo lo debía ostentar él y nadie más que él.

—Cuando te limpies la grasa de esas manos de salchicha que tienes, quizá me lo piense.

La furia recorrió el rostro de Gacy, y Richie pensó que antes de que todo acabara tendría que terminar plantándole un hachazo en mitad de esa cara engreída. Henry empezó a balancearse de nuevo con el nerviosismo de un perro en celo. Berkowitz no dijo nada. La tensión podía palparse en el salón y la hubieran podido cortar con una hoja de afeitar. Pero entonces Ed golpeó alegremente sus rodillas, como si tocase una batería imaginaria.

—Lo entendemos, Rich. Hollie no se toca. Nadie mata aquí. Tú mandas y nosotros obedecemos. ¿Es un buen resumen?

—Lo es. Espero que no se os olvide.

Por primera vez Berkowitz abrió la boca.

—¿Por qué elegiste la casa Bither?

—¿No conoces su historia, pistolero?

—Vagamente. Creí que solo eran habladurías.

—No lo son. Hay unos pocos lugares verdaderamente malditos en el mundo. Esta casa es uno de ellos.

—¿Te refieres a sitios como Amityville o el triángulo de las Bermudas?

—A eso me refiero, sí. La casa nos mantendrá a salvo, incluso cuando el Oscuro deje de protegernos; este lugar nos dará unos pocos días de ventaja para dispersarnos.

—¿Dis-dispersarnos? —balbuceó Henry—. ¿Qué significa dispersarnos?

Richie lanzó una carcajada de desprecio.

—Significa que tarde o temprano tendremos que salir pitando de California y posiblemente del país, porque vendrán a por nosotros. Os sugiero que vayáis pensando destinos exóticos y un buen plan de huida, porque cuando todo termine cada uno estará por su propia cuenta y suerte.

Todos permanecieron en un silencio pensativo mientras Richard apuraba su cigarrillo.

En el aire aún quedaba una última cuestión por pronunciar. La más importante de todas. Aquella cuya respuesta los cuatro asesinos llevaban semanas aguardando.

Fue Ed quien la formuló:

—¿Podemos preguntar cuando empezamos, Rich?

—Esta es una noche tan buena como cualquier otra, ¿no creéis?

Richard se puso en pie. Todos lo imitaron.

—Vamos. Salid allá afuera y haced aquello para lo que nacisteis, lo que se os ha negado durante tantos años de reclusión. Que corra la sangre y que los gritos se vuelvan ensordecedores. Nosotros estamos más allá del bien y del mal.

«Legiones de la noche, criaturas de la oscuridad, no repitáis los errores del Acosador Nocturno y no mostréis piedad», ordenó para sí, en silencio, satisfecho.

Por fin aquellas palabras que una vez declamó en voz alta al final del juicio que lo condenó a muerte cobraban sentido. Se las había dictado el Oscuro, y él las había verbalizado sin llegar a comprender cómo de cruciales acabarían siendo en un futuro no muy lejano.

Un futuro sangriento y malvado que empezaba esa misma noche.

Intersección: Max y Lela Kneiding

I don't need a gun
Yes a Russian roulette, no fun
I don't need a gun
I just need someone
Billy Idol - Don't Need A Gun

Me enteré de la muerte de Mable Bell a través de los periódicos. Grave lesión cerebral. La cabrona había aguantado casi dos meses tras la paliza que le pegué. Nunca llegó a despertarse del coma.

Leía con avidez todas las noticias que la prensa vertía sobre mí. Cuando pasaba por delante de un quiosco veía el retrato robot del Acosador Nocturno. Escuchaba a través de la radio el pánico de la gente que llamaba continuamente a la policía avisando de tíos sospechosos conduciendo por su suburbio. La LAPD aseguraba que cada vez estaban más cerca de pillarme y, si yo hubiera sido cualquier otro tipo de asesino, seguramente me habría largado de la ciudad una larga temporada hasta que los ánimos se calmasen y las calles volvieran a ser seguras para mí.

Pero no lo era. Los Ángeles estaba en su punto perfecto de ebullición, hirviendo, como un avispero de abejas cabreadas, y yo quería llevar las cosas a un nivel más sangriento, más cruel. Si Satán caminaba de mi lado y cubría mis huellas, ¿por qué no gratificarlo con algo mejor?

Por primera vez, compré un machete. Pregunté en Ross Cutlery cuál era el mejor para desmembrar animales de caza. Si servían para eso, también servirían para seccionar cabezas. Pensaba dejar unas cuantas frente al departamento de policía para que las encontrasen y se dieran cuenta de la clase de depredador con el que estaban tratando.

Conduje hasta Glendale, al norte, en un Toyota robado. Llevé el coche a través de sus calles, llenas todas ellas de bonitas casas rodeadas de palmeras, eucaliptos, cipreses y acacias. Era finales de julio, hacía calor, yo sudaba y la noche se cerraba sobre mi cabeza para esconder mis intenciones. Satán me dijo que ahí, en Glendale, encontraría lo que buscaba.

Y, desde luego, no se equivocaba. Él estaba conmigo. Lo podía sentir en la niebla que cubría las calles y se me arremolinaba entre las piernas conforme me acercaba a la casa elegida, y en el silencio absoluto de la barriada en la que me encontraba. Mis sentidos, acostumbrados a la nocturnidad, despertaron. Se agudizaron. Se prepararon.

A pesar de que los dueños habían cerrado y bloqueado puertas y ventanas —estoy seguro de que, como la mayoría, temían la intrusión del Acosador Nocturno—, encontré una doble puerta acristalada con paneles que rajé y que luego abrí sin demasiada dificultad.

Rodeé la empuñadura del machete con mis dedos.

—Por todo lo que es malvado —le susurré a la oscuridad y la neblina— yo, tu humilde servidor, te invoco aquí para que tomes lo que estoy a punto de ofrecerte.

«Maligno hasta la infamia, ni rastro de piedad».

Encontré al matrimonio de abuelos durmiendo en su habitación. Recorrí el resto de la casa para asegurarme de que no había nadie más. Así era.

Los observé desde el quicio de la puerta durante un largo y silencioso minuto. Ahí estaban, navegando en sus sueños, en la tranquilidad de su hogar, ajenos a la presencia que les contemplaba y que tenía poder para decidir sobre sus vidas. Sentí la adrenalina, rápida, furiosa, eléctrica, subiendo por mis piernas y mi columna. Era intoxicante.

Encendí las luces del dormitorio.

—¡Es hora de levantarse, hijos de puta!

Ella gritó. Él se quedó paralizado. Yo levanté el machete en el aire, la hoja cortante silbó como una serpiente venenosa a punto de atacar, y lo clavé en el cuello del abuelo. Mi nuevo juguete le produjo un profundo tajo del que empezó a manar la vieja amiga carmesí, haciéndome reír de puro placer.

—Por favor… —El viejo cayó de la cama mientras intentaba cubrirse la herida con ambas manos y su mujer seguía gritando como una loca—. Detente, no lo hagas.

Las palabras le salían ahogadas, apenas audibles. Quizá le había seccionado parte de las cuerdas vocales.

—No hagas daño a mi esposa.

Ella se apartó como un animal asustado cuando volví a levantar el machete y este acabó clavado en su almohada. Sus gritos lo llenaban todo.

—Jodida puta de mierda —murmuré.

Creí que sería fácil y sencillo, pero no. Así que saqué la pistola, apunté a la cabeza del viejo y apreté el gatillo. Ninguna bala salió. Se había atascado. Aquello aumentó mi enfado.

—No lo mates, déjame pedir ayuda, no diremos quién eres… —empezó a hablar ella.

—Cállate, zorra.

Volví a amartillar la pistola, y esta vez la bala se incrustó en la cabeza del tío. Cayó muerto al instante. La abuela soltó un alarido histérico. Apunté la pistola a su cara, en la que las lágrimas se le mezclaban con la saliva que su boca gimoteante de dejaba de segregar. Disparé tres veces para asegurarme de que la palmaba.

Luego llegó el silencio. Los dos cuerpos ahí, quietos.

En medio de aquella calma pastosa escuché el reporte policial desde mi radio. Disparos, decían. Tenía que irme.

Pero aún no. Tenía un machete nuevo y quería divertirme. Y eso fue lo que hice con ambos viejos antes de robarles lo que encontré de valor en la casa. Pocos minutos después estaba de vuelta en el Toyota con una funda de almohada repleta de objetos, joyas y dinero. Cuando encendí el coche y escapé, vi por el retrovisor el vehículo policial con las luces encendidas y la sirena aullando que aparecía tras una esquina.

En la casa de empeños del centro vieron la sangre en mi cara, pero no preguntaron nada cuando vacié la funda de la almohada en su mostrador y este quedó lleno de relojes, anillos, collares, una radio, una cámara y una videograbadora.

—Una buena noche —se limitó a decirme el encargado.

—La noche aún no ha terminado.

Conseguí un puñado de dólares por todo ello.

Sin embargo, yo no estaba satisfecho con el resultado. No había sido suficiente. No quería limitarme a usar la pistola y salir corriendo. Quería la sangre empapándolo todo y las vísceras a la vista. Quería los gritos y los lamentos, las lágrimas y las súplicas. Quería el poder que da tener una vida en la palma de tu mano. Y quería más. Satán no estaba contento y yo tampoco.

Así que volví al Toyota. Lo encendí de nuevo. Y tomé la carretera en dirección a Sun Valley.

La niebla aún me susurraba que la noche no había terminado para mí.

Capítulo 34

—Guarda el grimorio donde ninguno de ellos pueda encontrarlo —le ordenó Richie.

—¿Quiénes son los otros?

Aunque ya sabía la respuesta a esa pregunta inútil, claro. ¿Acaso no había sido ella quien compró sobres, escrito los nombres y direcciones y franqueado esas cartas que habían recorrido el país hasta llegar a sus destinatarios?

—¿Cómo puede ser que no los reconozcas? ¿Es que no sabes qué han hecho?

—Me dan igual los asesinos en serie.

—¿Y qué haces con uno de ellos, nena?

—Me importas tú. —Y luego añadió en voz apenas audible—: Y ojalá yo te importase a ti de la misma forma.

—¿Qué has dicho?

—Nada —respondió ella con rapidez.

Richie la miró de esa forma intensa, escrutadora, en que Hollie sentía que su piel empezaba a transparentar y toda ella se volvía traslúcida. Expuesta. Vulnerable a cada una de sus miradas y cada uno de sus gestos.

—No juegues conmigo. —Se acercó, pausado, con esa calma fría que escondía un huracán furioso. Ella reculó en la habitación hasta notar que se quedaba acorralada entre la mesita de noche y la pared—. Haz lo que te he dicho. Esconde el puto grimorio. Si uno de ellos lo encuentra…

Dejó que la amenaza implícita en aquellas palabras se formase en el aire como el humo de uno de sus cigarrillos. Igual de tóxico, igual de impalpable.

—Lo haré.

—Buena chica —asintió Richie. Luego levantó el índice de su mano derecha y lo incrustó en la cama que se interponía entre ambos—. Ahora ven aquí.

Hollie no se movió. Él empezó a rodear el lecho, sinuoso y silencioso como una serpiente. Le pareció increíble que tras tantos años inactivo en San Quintín aún tuviese la capacidad de moverse sin provocar ni un solo sonido. Era una de las cosas que más la aterrorizaban de él y, a la vez, una de las que más le atraían.

—Que vengas, he dicho.

Pensó que Richie se iba a limitar a bajarse la bragueta y empujar su

cara contra su entrepierna como había hecho en otras ocasiones, pero en vez de eso le hundió la mano en forma de garra en la nuca y la hizo inclinarse en sumisión para bisbisear en su oído:

—Si uno de ellos te pone las manos encima… le arrancaré los ojos y se los haré comer.

Lo creyó. Era capaz de eso y de mucho más, y una ola de agradable calor empezó a formarse en la nuca, allá donde los dedos huesudos y ásperos de Richie se clavaban en su piel. Lo imaginó clavándole un hacha en la cabeza al tipo ese bajito que la había mirado con la boca torcida. Visualizó las gotitas de sangre decorando aquel rostro que podía ser tan bello como terrorífico, y no pudo evitar que se le escapase un suave gemido.

Richie comprendió lo que le ocurría. Como si pudiese oler su humedad y su impaciencia excitada. Le aplastó los labios con un beso furioso, que acabó de despertar todo aquello que Hollie amaba en él: la brutalidad, la violencia, la posesividad, la autoridad. Todo ello bien mezclado y agitado en un polvorín que siempre parecía a punto de explotar.

—Voy a salir. —El murmullo ronco de su voz envió un escalofrío en el que se mezclaba el miedo y el placer—. Esto lo acabaremos cuando vuelva.

La perspectiva de quedarse en esa casa que le provocaba aquella sensación de pavor en compañía de un puñado de asesinos despiadados la envalentonó, aun sabiendo que Richie toleraba poco y mal los desafíos. Ya fuesen verbales o físicos.

—No me dejes sola con ellos, por favor.

Notó cómo el enfado brotaba del cuerpo de Richie, quien la tiró sobre la cama con brusquedad. Por un momento esperó el conocido dolor del bofetón, pero este no llegó. No la pegó. Se limitó a ofrecerle una mirada despreciativa y salir de la habitación en el mismo silencio que lo había acompañado al entrar.

Hollie se hizo un ovillo. No se atrevió a moverse del lecho. Escuchó la mezcolanza de voces y acentos, el frufrú de las chaquetas y el arrastrar del calzado, así como el sonido de la puerta principal al abrirse y cerrarse con fiereza.

Cuando por fin se hizo el silencio, comprendió que se había quedado sola en la casa.

Y como siempre que no contaba con la presencia de Richard a su lado, se sintió profunda y absolutamente desamparada contra la maldad que asolaba el mundo que giraba a su alrededor.

* * *

Al otro lado de esa puerta que él mismo había cerrado con un colérico

desaire, detenido en el jardín delantero, Richard encendió un cigarrillo y observó la entrada de la casa Bither.

—¿Todo bien, Rich? —le preguntó Ed a sus espaldas.

¿Lo estaba? Hollie estaba inquieta. Molesta, incluso, por tener que compartir vivienda con una panda de cabrones como ellos. ¿Qué se había imaginado? ¿Una vida de pareja recién casada que se muda a los suburbios?

Ella siempre había tenido esa inofensiva vena rebelde que lo desafiaba y, en parte, Richard disfrutaba de cada débil provocación que Hollie le plantaba en las narices. Había matado a mujeres antes por mucho menos, y aunque seguramente todo sería mucho más sencillo si volvía al interior de la casa, cogía un cuchillo y se lo clavaba en el cuello, se resistía a ese pensamiento. Porque si la mataba volvería a estar solo. Nadie lo miraría de nuevo como lo hacía ella, con esa lujuria mal disimulada y esa adoración ciega adolescente. Sin ella no habría ni una sola persona que aceptase esa vida sangrienta que siempre sería la suya.

Puede que esa noche, al regresar, tuviera que ajustar cuentas con ella para recordarle a quién había elegido liberar. A quién había elegido seguir. A quién había elegido amar.

—¿Rich? Está anocheciendo —le recordó Ed.

—Dame la llave de la entrada.

—¿La llave? ¿Vas a encerrar a Hollie aquí dentro?

—Que me des la puta llave.

Ed sacudió la cabeza para darle a entender que no estaba de acuerdo con aquella decisión, pero tampoco era su problema la relación de aquellos dos y optó por no interferir. Le entregó la llave en silencio.

—¿Las ventanas están bloqueadas desde fuera?

—Sí, lo están. Tal y como me pediste. Aunque no entiendo por qué.

Richie no respondió a aquella pregunta velada.

—¿Y la puerta del patio trasero?

—Cerrada.

—Bien.

La cerradura hizo un ominoso clic cuando Richie giró la llave en su interior. Lo hizo dos veces y luego se la guardó en el bolsillo del tejano. Quizá así la chica entendería de una jodida vez quién tenía el control ahí. ¿Acaso a ella no le gustaba ser controlada? ¿No había fantaseado con ello durante meses, en su prolífica relación epistolar que cada vez había ganado en sinceridad?

Por supuesto que sí.

«Tú eres el único. No he conocido a nadie como tú, sin miedo a nada. Quiero saber qué se siente».

«¿Qué se siente con qué?».

«Con un allanamiento como los que hiciste. Quiero experimentarlo. A veces lo imagino con toda clase de detalles. Sueño despierta con que me atas y me tiras sobre la cama y me haces lo que quieres, y me tapas la boca y me dices que si grito me matarás. Quiero todo eso. Lo quiero contigo».

Ese tipo de fantasías eran más que recurrentes en las cientos de cartas de chicas que le escribían, y aunque el pensamiento de volver a llevar a cabo cualquiera de sus ataques lo excitaba y le provocaba unas dolorosas erecciones que luego debía aliviar en la soledad de su celda, nunca pensó que realmente ninguna de ellas hablara en serio.

Hasta que conoció a Hollie. A ella la encendía el dolor tanto como a él le estimulaba infligirlo. Quizá era hora de que experimentase la experiencia completa que tanto le había descrito en su correspondencia.

Se le escapó una sonrisa lobuna ante aquel pensamiento.

—Rich, vamos —lo apremió Ed.

Lanzó el cigarrillo a medio consumir sobre el impecable césped y siguió a Kemper hasta la calle, donde el resto de la banda esperaba sus instrucciones.

—Coged cada uno el coche con el que llegasteis hasta aquí. Salid a cazar. Y no volváis sin haber matado. El Oscuro os observa. Vigila cada uno de vuestros pasos. Si le falláis, lo pagaréis más que caro.

Ninguno se atrevió a responder. Se limitaron a asentir y a subirse a sus respectivos vehículos. El último en hacerlo fue Ed, quien le dedicó una mirada indescifrable antes de arrancar y perderse tras doblar la primera esquina en la avenida Coolidge.

Esperó unos minutos antes de encender el motor del Buick y subir el volumen de la cinta de Judas Priest. Contempló una vez más la casa Bither antes de ponerse en marcha y tomar la salida que lo llevaría de nuevo a Boyle Heights. El último lugar de Los Ángeles en que el Acosador Nocturno fue libre.

Al lugar en el que fue capturado como un animal.

Al lugar en que, al fin, su venganza se llevaría a cabo.

Capítulo 35

Tardó un buen rato en reunir las fuerzas necesarias para levantarse de la cama y hacer lo que Richie le había ordenado. Aún no había explorado esa casa y no tenía ni idea de si contaba con sótano o buhardilla —lugares más que apropiados para esconder un grimorio con siglos de antigüedad—, pero pensó que seguramente era mejor tener el Ars Daemonum lo más cerca posible.

No ignoró el hecho de que estaba anocheciendo en su primera noche en Los Ángeles con Richard, ni que este había preferido dejarla sola. No era tan estúpida como para no intuir el motivo de su salida; podía imaginarse qué haría durante esas horas de la noche que él consideraba aliadas. Eso le daba igual. Lo que le dolía era esa soledad pastosa que la envolvía en un lugar desconocido y hostil como era esa casa, que parecía normal, pero que ella sabía que de ninguna forma lo era.

La habitación asignada por Richie no tenía mayor escondrijo que los cajones del armario o de la cómoda, pero Hollie contaba con una ventaja: llevaba dos años escondiendo las cartas del Acosador Nocturno en su cuarto sin que ni su padre ni su madre hubieran podido encontrarlas nunca. Y pensaba usar exactamente el mismo método para ocultar el grimorio.

Se tumbó en el suelo de madera, junto a la cama, y fue palpando cada listón, recorriendo sus bordes en busca de un defecto que le permitiera extraerlo sin causar daños evidentes. Era una casa vieja que nunca había sido reformada, y el suelo era el original, así que no le costó encontrar un listón que sobresalía más que el resto. Envolvería el grimorio en una sábana y ese sería su sitio, bajo su lado de la cama. Solo necesitaba algún tipo de herramienta para acabar de levantarlo.

Así que, por primera vez, salió de su habitación y exploró la casa.

Era sencilla, de una sola planta, con un par de baños y cinco habitaciones de tamaño reducido. La de Richard y ella era la más grande. Había una puerta en la cocina que daba al patio trasero y que Hollie comprobó que estaba cerrada. Intentó abrir la ventana situada sobre el fregadero para dejar que el aire viciado de la casa —que a todas luces llevaba años sin estar habitada— se dispersara, pero también se la encontró bloqueada.

«Quizá es porque nadie la ha abierto en mucho tiempo y la madera se ha podrido» razonó, aunque no pudo sacarse de encima una inquietud que empezaba a cosquillear sobre su piel.

El instinto le hizo comprobar el resto de ventanas. Ninguna se abrió. Tampoco la puerta principal. Tuvo un amago de ataque de pánico.

«¿Estoy encerrada *aquí*?».

Encontró una trampilla en el techo que al ser accionada desplegaba unas escaleras de madera carcomida y subió hasta la polvorienta y oscura buhardilla. No había luz y tampoco ninguna forma de salir por ahí.

Regresó a la planta principal, pálida y temblorosa. No le gustaba nada la sensación de estar atrapada entre aquellas paredes desconocidas. Quiso pensar que había sido un descuido por parte de Richie y que al regresar le daría una copia de la llave y se tomaría la molestia de desatrancar las ventanas. Pero, de nuevo, su instinto le dijo que aquello no se trataba de un simple error.

—No deberías andar por esta casa a oscuras —le dijo una voz conocida a sus espaldas y Hollie pegó un brinco en dirección a la pared más cercana.

La luz se hizo en el pasillo y suspiró de relativo alivio al comprobar que, en efecto, era Ed.

—Creí que os habíais ido todos.

—Y así es. Pero luego he pensado que no había comida en la nevera y no quería dejarte aquí sin nada para cenar.

Le alargó una bolsa de papel de la que salía un familiar olor a hamburguesa con queso y Hollie la tomó agradecida por aquel detalle.

—Gracias —murmuró.

—No hay de qué —respondió Ed de buen humor, señalándole con la cabeza en dirección a la sala de estar.

Hollie comprendió el gesto y se dirigió hasta allí, sintiendo la presencia de aquel gigante de voz calmada a sus espaldas. Sin saber muy bien qué hacer se sentó en el borde de una silla y Ed hizo lo propio en el avejentado sofá.

—¿Me pasas una hamburguesa, Hollie?

Ella volvió a parpadear. Hacía tantas semanas que no escuchaba su propio nombre pronunciado en voz alta que le sorprendió la musicalidad del mismo. Volvió a pensar que Richie jamás lo había usado para referirse a ella, ni siquiera para presentarla a esos tipos con los que se veía obligada a compartir espacio durante quién sabe cuánto tiempo.

Simplemente, no la había presentado a nadie, como si su presencia ahí no tuviera el menor impacto o importancia.

—Claro.

Comieron en silencio, el uno cerca del otro. Hollie lo vigilaba de reojo, sin dejar de dar tímidos bocados a su hamburguesa. Temía que en cualquier momento Ed se lanzara sobre ella, pero no hizo nada de

eso. Tras unos incómodos minutos de silencio en los que solo se escuchaba el masticar de ambos, Hollie decidió saciar parte de su curiosidad.

—Richie me dijo que te llamaban el Asesino de las Colegialas.

Ed asintió, sin parecer molesto por ese apodo.

—Así es.

—¿A cuántas mataste?

—¿Chicas universitarias? Seis —respondió sin tener que pensarlo—. Pero mi recuento final es de diez.

—¿Quiénes fueron los otros cuatro?

—Mis dos abuelos, mi madre y una amiga suya.

Hollie no supo qué decir. Nunca había conocido a nadie que hubiese matado a su propia madre. Aunque, analizándolo fríamente, y aunque ella no había apretado el gatillo que finalmente acabó con la vida de Benton Randall, sí era la culpable de la muerte de su padre.

—¿Era mala tu madre contigo?

—Sí. Me obligaba a dormir en el sótano y me alimentaba con cabezas de pescado.

—¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

—Creía que violaría a mis hermanas.

—¿Lo hiciste?

—No.

—¿Le has hecho daño alguna vez a una niña?

—No.

Dio un nuevo mordisco a su hamburguesa, concentrando su mirada en el queso fundido y en la carne sangrienta.

—Mi padre abusaba de mí.

Sintió los ojos del hombretón en su rostro y notó cómo enrojecía ante aquella mirada escrutadora.

—Lo siento, Hollie.

—Richie lo mató porque yo se lo pedí.

Eso sí pareció sorprender a Ed.

—¿De veras?

—Lo ayudé a salir de San Quintín a cambio de que lo matara.

—Supongo que incluso un cabronazo inestable como Richard Ramirez puede tener ciertos sentimientos.

Hollie se abstuvo de aclarar qué tipo de sentimientos movían a Richie respecto a ella.

—¿Por qué me ha encerrado en esta casa?

—Eso deberías preguntárselo a él.

—Richie no me da explicaciones de prácticamente nada.

—Entonces no esperes que te las dé yo.

—¿Qué es esta casa? ¿Que ocurrió aquí que tanto le atrae?

—Eso también deberías saberlo por él, no por mí.

—Por favor, Ed —suplicó, sintiéndose tan pequeña como patética.

El gigante suspiró. Hizo una bola con el papel de la hamburguesa y lo coló de un hábil tiro en la bolsa vacía en la que las había traído.

—No enfades a Rich. Te diría que no es mal tío, en el fondo, pero sería una tremenda mentira por mi parte. Sabes de sobra con quiénes estás compartiendo techo.

—No. No lo sé. Solo sé que sois asesinos y que a ti te llaman el Asesino de las Colegialas, nada más. ¿Quiénes son los demás? ¿Y por qué Richie os ha convocado aquí?

Ed se puso en pie.

—Quizá deberías leer algún libro sobre crímenes —se limitó a decir. Luego metió las manos en los bolsillos de los pantalones y la miró con incomodidad—. Tengo que irme a… ya sabes.

—Ya —respondió Hollie, con los ojos aún clavados en lo que quedaba de su hamburguesa.

Sintió los pasos de Ed alejándose y poco después se oyó el sonido de un coche que arrancaba y se alejaba en la oscuridad de la noche.

Hollie necesitó unos minutos para darse cuenta de que no había utilizado la puerta delantera para salir, que no había escuchado ni un solo ruido que explicase cómo había abandonado la casa.

Capítulo 36

Boyle Heights apenas había cambiado desde la última vez que estuvo allí. Continuaba siendo un distrito esencialmente latino, estandarte de la inmigración mexicana y punto caliente de la violencia entre bandas chicanas. Richie lo recordaba bien: había huido por sus calles en estado de pánico, perseguido por una turba furiosa que quería despedazarlo a plena luz del día.

Recordaba también el dolor de los golpes, la sensación de desamparo, el no saber qué hacer, el sudor que se acumulaba en sus axilas, los gritos ensordecedores en español, el calor que desprendía el asfalto, el sonido de sus zapatillas Avia llevándolo en una carrera enloquecida de la que de ninguna manera podía resultar vencedor.

Pero sobre todo recordaba el sinsabor amargo de no entender. ¿Acaso Satán lo había abandonado? ¿Qué había hecho mal él, si le había entregado vidas, sangre y crueldad a raudales? ¿Por qué de pronto lo había echado de su lado? Aquellas preguntas se repetirían sin cesar en los años venideros de encarcelamiento. Y la ausencia de respuestas a todas y cada una de ellas lo llenaría de un profundo resquemor: interminables días de sentirse abandonado por el Oscuro, sin más entretenimiento que el de responder cartas, leer libros y mirar las paredes de una celda que jamás cambiaba. Un día tras otro, sin saber, sin entender, sin nada más que los recuerdos amargos de su humillante captura.

Claro que todo eso había cambiado con la llegada del *Ars Daemonum* a sus manos y, con él, una nueva oportunidad de demostrar cómo de fiel y leal le era a las fuerzas tenebrosas que una vez lo habían cobijado en las sombras.

Esta vez no iba a decepcionar a Satán. Llegaría hasta el final. No dejaría a nadie con vida.

Se regocijó en su propio poder al pasearse, inmune y protegido por su oscuro señor, por las calles de Boyle Heights. Cuando lo atraparon lucía el pelo corto y estaba delgado como un junco; ahora su melena leonina le llegaba por los hombros y su constitución había mejorado en volumen, aunque seguía siendo flaco y nervudo, perfectamente reconocible si así lo deseaba. Pero aún no. De momento, el anonimato sobrenatural conseguido a través de artes tenebrosas le era de mucha utilidad.

Dejó atrás el popular Mercadito y se dirigió a la avenida Gleason, directo y sin vacilar, hacia la tienda de conveniencia donde ocho años

atrás, pálido e incrédulo, había reconocido su propia cara en primera plana del periódico hispano *La Opinión*. Lo identificaban como el Acosador Nocturno. Un segundo después se había encontrado huyendo de un grupo de mexicanas que gritaban:

«¡El matador, el matador!».

«Jodidas putas zorras» se dijo, tal y como se había dicho miles de veces desde aquel día.

—Buenas noches —saludó en su perfecto español nada más entrar en la tienda. Desde detrás del mostrador un tipo con un hirsuto bigote negro lo miró de vuelta.

—Buenas noches. ¿En qué te puedo ayudar, cuate?

—Busco a las hermanas De La Cruz. Guadalupe y Margarita.

—Viven acá mismo, al doblar la esquina. ¿Quién las busca?

—Su querido sobrino Ricardo.

—Ah, ya. No sabía que tuvieran un sobrino.

—¿Las conoces bien?

—Sí, claro, llevan media vida en el barrio. Buenas mujeres, ambas. Pobres como todos nosotros, pero bien honradas.

Richie sentía el peso del Colt encajado entre su pantalón y su espalda. Paseó la vista por aquella humilde tienda repleta de productos latinos que había sido el punto de inicio de su huida desesperada. Podía visualizarse a sí mismo de nuevo, confiado, tranquilo. Creyendo que jamás lo atraparían porque Satán lo protegía.

Había sido imprudente e impulsivo y eso le había costado la libertad. Pero no volvería a dejar que eso ocurriera. Antes, caería matando.

El tendero lo observaba con amable curiosidad mientras él se empapaba de agrios recuerdos.

—Oye. ¿Viniste recién desde Chihuahua?

—¿Cómo lo supiste, compadre?

—Tu acento, güey. Es de por allá.

—Acertaste. Más o menos. —Richie sonrió—. Mis padres son de Ciudad Camargo.

—¡Yo de Parral! —se alegró el tendero con genuina sinceridad—. Un placer, hermano. Héctor Flores.

El hombre le alargó la mano por encima del mostrador para saludarlo y Richie la aceptó. Se la estrechó con fuerza. Y ya no se la soltó.

—Un placer, Héctor. Tengo una pregunta para ti. ¿Sigues vendiendo *La Opinión*?

Héctor empezó a inquietarse al no poder deshacerse de la mano férrea que atrapaba la suya. Intentó separarla, pero Richie no se lo permitió. El rostro del hombre empezó a perder color.

—Sí, claro que todavía tengo *La Opinión*.

—¿Fuiste tú quién vendió ese número del 31 de agosto de 1985?

—¿Co-cómo dices?

—Dime, Héctor Flores: ¿cuántos periódicos con mi cara vendiste en tu puta tienda de mierda?

La sugestión que escondía su verdadera identidad se desvaneció en los ojos espantados del tendero, quien no tardó ni un parpadeo en reconocerlo como quien verdaderamente era.

—No…

—El matador, el matador —escupió Richie, justo antes de llevar la mano que tenía libre a la cintura de su pantalón, sacar el arma, poner el dedo en el gatillo y disparar una sola bala que se incrustó con un silbido en la cabeza de Héctor.

El hombre lo seguía mirando con un asombro terrorífico cuando el agujero entre las cejas empezó a sangrar. Un segundo después se desplomó tras el mostrador al tiempo que Richie, al fin, le soltaba la mano.

Luego abrió la caja registradora y todo el dinero que encontró en ella se lo metió en los bolsillos de los pantalones. No necesitaba robar ni un mísero dólar, pero lo hizo de todas formas. Por los viejos tiempos. Por pura y cristalina maldad.

La misma maldad que lo llevó a tirar al suelo del establecimiento un puñado de ejemplares de *La Opinión*, verter sobre ellos una botella entera de alcohol de quemar y prenderle fuego con el mismo mechero con el que se encendía los cigarrillos. Nunca había sido un pirómano, aunque poco importaba a aquellas alturas. ¿Acaso no era él experto en improvisar, en adaptarse, en hacer de cada muerte una nueva y macabra obra de arte que entregarle a Satán? ¿Por qué no probar algo nuevo que arrasase con todo a su paso?

Las llamas tardaron apenas una hora en consumir esa jodida tienda. Él contempló su debacle en una calma satisfecha desde la acera de enfrente, fumando y sonriendo, mientras los vecinos gritaban, los bomberos llegaban y los familiares del tendero lloraban frente a ese humilde comercio, que era su único sustento, y cuya destrucción los condenaba a la pobreza más absoluta. El Oscuro le aseguró al oído que esas fiestas navideñas serían las más tristes para esa familia.

Disfrutó de cada maldita llamarada que se llevó por delante la felicidad de los Flores. Disfrutaría aún más de cada maldito minuto que pasaría en compañía de las hermanas De La Cruz, y seguiría disfrutando hasta que terminase con la vida de aquellas dos zorras que lo habían insultado, perseguido y golpeado en las calles de Boyle Heights.

Lanzó un último cigarrillo hacia el negocio carbonizado que había vendido el periódico con su rostro. Escuchó los lamentos y los llantos a su alrededor. Sonrió como un lobo ante el olor de una nueva presa.

—He vuelto, Los Ángeles.

Intersección: Chainarong y Somkid Khovananth

Well I'll walk until my feet drop
I'm a train when I'm hateful
Billy Idol - *Hot In The City*

A las 4:15 de aquella madrugada, Sun Valley dormía. La niebla no me acompañó hasta allí.

Lo que sí había venido conmigo era la adrenalina de lo que había hecho una hora antes con aquellos dos viejos. Le pedí a Satán una mujer joven esta vez, y supe que había escuchado mi petición en cuanto entré en la sala de estar de aquella casa cualquiera, de una planta, en forma de L.

Ella se despertó nada más poner un pie en la estancia. Dormía en el sofá. Le cubrí la boca con la mano.

—Ni un puto grito o te mato, cabrona. ¿Entiendes lo que te digo?

La mujer vio algo en mis ojos. Algo que difícilmente puede ser descrito con palabras, aunque luego declaró a la prensa que jamás había visto una mirada tan negra como la mía. Era joven, apenas tendría unos años más que yo, bastante guapa. Asiática. Días después averiguaría por un artículo en Los Ángeles Herald que eran una familia inmigrante de Tailandia.

—¿Quién más hay en la casa?

—Mi marido. Mis dos hijos. Un niño y una niña.

—Pues quédate calladita si no quieres que la palmen.

Asintió, sorbiendo las lágrimas que le recorrían la cara. Supe que obedecería si entraba en juego la vida de sus hijos. Puede que hubiera intentado defenderse o pedir ayuda si hubiera estado a solas con su marido, pero no si se jugaba a cara a cruz a sus mocosos.

Comprobé que me había dicho la verdad, tal y como había supuesto. Encontré dos críos pequeños en un dormitorio infantil y a su marido en la habitación principal. Este estaba roncando como un jodido gorrino, con un ventilador que se movía de un lado a otro refrescando el pesado calor californiano. Era el único ruido que, junto a sus ronquidos, podía escuchar en la casa.

Me acerqué con cautela, silencioso, con mis pasos amortiguados por la gruesa alfombra que cubría gran parte de la habitación.

Colarse en la intimidad de unos desconocidos da una sensación increíble de impunidad. De pronto ves cómo viven, cómo comen, cómo duermen, cómo follan. Ves las fotografías con caras sonrientes y los adornos que han elegido para su casa, la vajilla secándose en el fregadero y la agenda llena de números de seres queridos junto al teléfono. Ves el color de las sábanas, la disposición de sus muebles, los cuadros que embellecen sus paredes. Descubres sus orgullos y sus vergüenzas.

Te introduces en esas vidas que minutos antes no eran nada para ti y que, de pronto, en cuestión de un par de minutos, controlas por completo. No conocen tu nombre, ni tú el suyo, pero no importa. De forma irremediable, el resto de su existencia —si es que optas por dejarles seguir viviendo— estará ligada a la tuya, y jamás, por mucho tiempo que pase, olvidarán la sensación de absoluta vulnerabilidad. Y tú nunca dejarás de pensar en cómo de invencible te sentiste.

La bala entró por su oreja izquierda. Escuché un *blop* amortiguado y acuoso mientras el proyectil se abría paso por su cerebro. Murió pocos segundos después.

Cuando volví a la sala de estar para ocuparme de la mujer, vi que estaba guardando algo entre los cojines del sofá.

—¿Qué estás haciendo? ¿Crees que eres más lista que yo?

—No, yo no…

Me quité el guante de cuero y la abofeteé varias veces hasta que cayó al suelo. Luego me volví a poner el guante.

—No intentes este tipo de jueguecitos estúpidos conmigo. ¿Dónde está el anillo?

—¿Qué anillo?

—El que hace un minuto llevabas en la mano izquierda.

Me señaló el sofá, encontré el maldito anillo y me lo metí en el bolsillo del vaquero.

—¿Quieres hacerlo por las buenas o por las malas?

—¿El qué? Puedes llevarte todo lo que quieras pero no le hagas daño a mis niños.

—Creo que no has entendido lo que quiero.

Le arranqué el camisón, la agarré del brazo y la arrastré hasta el baño, tirándola encima del inodoro. Busqué por cada rincón y cada armario hasta encontrar un secador de pelo.

—¿Qué vas a hacer con eso? —dijo entre sollozos.

—Necesito un cuchillo —maldije el haberme olvidado el machete en el coche.

—¿Un cuchillo? ¿Para qué?

—Para cortar el cable.

—Hay cuchillos en la cocina —me indicó—. Coje el que necesites y vete, por favor.

Su frágil y patética desnudez me excitaba. Y pronto la disfrutaría. Pero primero fui a la cocina, cogí un cuchillo, corté el cable y lo usé para atarle las manos a la espalda.

—Bueno, nena, vamos a ver a tu señor esposo —murmuré en su oído.

—No.

—Sí.

La llevé a trompicones hasta el dormitorio. Podía notar cada gramo de terror que su cuerpo destilaba. Las piernas le fallaban. Temblaba. Soltaba hipidos. Se le escapó un dolorido sollozo al ver a su marido muerto en la cama y gritó cuando la tiré justo a su lado.

Estaba aterrorizada, y precisamente ese pavor visceral que podía palparse acabó por ponerme duro del todo. Lloró cada minuto que estuve empujando entre sus piernas. Nunca supo que ese horror que la paralizaba le salvó la vida. Si se hubiera resistido, si me hubiera desafiado, la habría matado.

Cuando terminé se deslizó llorando fuera la cama, hasta hacerse un ovillo en la alfombra. Se cubría la cara con los brazos para no mirarme. Estuve a punto de decirle que no habíamos terminado cuando escuché una alarma en el cuarto de los niños.

—¡No! —gritó la mujer al ver cómo me lanzaba a la carrera en dirección al dormitorio infantil.

Al niño lo silencié y lo até y empecé a recorrer la casa buscando qué podía llevarme para venderlo luego en Skid Row. Cuando no encontré nada realmente de valor volví junto a la mujer.

—Siéntate ahí —le señalé una silla junto al tocador.

—¿Para qué?

La volví a abofetear. Obedeció. Seguía llorando cuando se la metí en la boca. Lloró más cuando la tumbé de nuevo en la cama y la violé por detrás. Le pedí dinero y joyas. Me contestó con un hilo de voz que esa cajita en su tocador era lo único que tenía. La atrapé por el pelo y la arrastré por toda la casa. La insultaba, la golpeaba, la abofeteada, la amenazaba, la pateaba.

—¿Dónde tienes el dinero? He matado a tu marido y haré lo mismo contigo y tus jodidos hijos. Así que empieza a hablar.

—¿Si te doy todo lo que tengo, te irás?

—Sí, me iré.

Su desnudez y su sangre ya no parecía importarle cuando me llevó a la cocina y me enseñó un escondite secreto donde ocultaba un sobre lleno de rubíes, diamantes y anillos. Toda ella parecía derrotada, hundida. Apenas un espectro de la mujer que había sido solo unas pocas horas antes de mi llegada.

Ahora, humillada, golpeada, con mi semen escurriéndose entre sus piernas, la boca deshonrada y el culo violado, su cuerpo desnudo ya

no parecía importarle. Había matado a su marido, me la había follado junto a su cadáver y ahora toda su vida de matrimonio de los suburbios parecía muy lejana; algo que solo podría recordar si lo miraba en una fotografía.

—¿Y el dinero?

—No hay dinero, solo joyas. ¡Lo juro por Dios!

—¡No! ¡Júralo por Satán!

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Lo juro por Satán, no hay dinero. ¡Por Satán, lo juro, lo juro!

—Pues Satán me dice que estás demasiado buena para dejarte ir sin otro polvo más.

Ignoro cuánto tiempo transcurrió entre la tercera vez que me la follé, mis gritos pidiendo más dinero y sus juramentos al Oscuro asegurándome que no había nada en la casa. Cuanto más lloraba ella, más me divertía yo. Cuanto más juraba por Satán, más satisfecho estaba él. Cuanto más la golpeaba, cuanto más la vejaba, cuanto más la insultaba, mejor era la noche.

«Esta vez sí», pensé. «Maligno hasta la infamia, ni rastro de piedad».

Precepto cumplido.

Capítulo 37

Hollie nunca había vivido en una casa con sótano. Se había criado en una —rodeada de coches desguazados, algunos a medio restaurar y otros relucientes y a la venta en el Garaje de Saldos Randall— que no era más que una construcción prefabricada que su padre compró de tercera mano en una feria de caravanas y que, por supuesto, nunca contó con una estancia subterránea. Quizá por eso se le había pasado por alto esa puerta en la cocina durante la primera exploración.

Pero una vez hubo escondido el grimorio y, sin saber qué hacer con las horas que tenía por delante —en aquel sitio no había televisión, ni libros, ni revistas, ni siquiera un mazo de cartas con el que poder entretenerse—, volvió a recorrer toda la edificación. Fue entonces cuando se fijó en la puerta que daba al sótano. ¿Habría entrado y salido Ed por ahí? Solo había una forma de averiguarlo y Hollie no estaba dispuesta a pasarse los días encerrada, tan sola como abandonada, en aquella casa que le producía escalofríos.

Por suerte la puerta no había sido cerrada con llave, y estaba claro que alguien la había engrasado, porque se abrió sin producir ni un solo ruido y con una suavidad que poco encajaba con una casa que tenía todo el aspecto de haber estado deshabitada durante al menos una década. Puede que más. Incluso los electrodomésticos y los muebles de la casa de los Randall parecían más modernos que los pocos que había ahí.

El sótano no era una excepción. Las escaleras metálicas que descendían estaban cubiertas de telarañas y polvo… excepto por unas enormes pisadas que delataban que alguien las había usado recientemente.

«Alguien con un pie de gigante», se dijo, satisfecha.

Quizá había sido el propio Ed quien dispuso una bombilla en la estancia, la única luz que iluminaba ese lugar húmedo y repleto de destartaladas estanterías ocupadas hasta arriba por cajas abiertas y medio podridas con revistas, cuadernos escolares, álbumes de fotos y periódicos. Hollie echó un vistazo a una, por pura curiosidad, y descubrió que los diarios eran todos de 1974. Siguió mirando.

Ahí abajo había amontonados juguetes rotos, botes de pintura abiertos y resecos, sillas desparejadas, listones de madera, una caja de herramientas, sobres de semillas, tiestos de plantas vacíos, un par de maletas de cartón, algunas latas de conservas, una bici infantil. Nada que le interesase demasiado, en realidad. Quizá podía llevarse algunas

revistas, pero un ramalazo de intuición le dijo que a lo mejor a Richard no le hacía demasiada gracia que hubiera estado husmeando por aquí y por allá.

Si Ed había usado el sótano para entrar y salir de la casa, algún motivo tendría.

El lugar no era muy grande, por lo que no le costó hallar una doble trampilla, sin candado ni cerradura. Al abrirla se encontró asomando la cabeza en el jardín trasero, detrás de un pequeño cobertizo. Cerró ambos portones y regresó a la casa, procurando dejar todo tal y como lo había encontrado.

El resto de la noche lo pasó tirada en la cama, releyendo las cartas que Richie le había enviado y que ella había atesorado, porque eran lo único que daba sentido a su vida. Contempló muchas veces la fotografía en Times Square. Pensó en las veladas insomnes en que fantaseaba con que Richard entrase por su ventana para cubrirle la boca con la mano y follarla mientras ella se aguantaba las lágrimas y contenía un orgasmo apenas controlable. Tuvo ganas de llamar a su madre, aunque la verdad era que nunca había hecho demasiado por ella para poder considerarla alguien a quien poder telefonear en un momento de apuro.

Aunque no era su caso. No estaba en un momento de apuro.

—Estoy… en transición a una vida mejor —afirmó en voz alta.

Eso era. Richie tenía asuntos pendientes en Los Ángeles con esos tíos, y una vez los resolviesen, ellos… ¿Ellos, qué? Nunca habían hablado del futuro. A dónde irían. De qué vivirían. No tenía ni la más remota idea, porque en las últimas semanas se había limitado a dejarse llevar por la cruzada de Richard, sin saber dónde la llevaría ni preocuparse de nada más que de complacerlo y disfrutar del privilegio único que era estar a su lado. ¿Dejaría de ser el Acosador Nocturno cuando todo terminase? Es más, ¿quería ella que dejase de serlo?

Antes de que pudiera dar con una respuesta satisfactoria escuchó la cerradura de la puerta principal y no dudó en levantarse de un salto y correr por el pasillo a oscuras en dirección a los brazos de Richie.

—Te he echado de menos —dijo con voz ansiosa mientras encendía la luz del recibidor.

Pero no era Richie quien acababa de regresar. Tampoco Ed. Ni el tipo bajito raro. O el gordo de pelo blanco. Era el del aspecto raro.

—Hola —la saludó. Cargaba una tele en sus brazos—. Soy David.

—Hollie —respondió, sin moverse del sitio.

—No voy a hacerte daño.

—Vale.

—¿Te he despertado?

—No, no…

El hombre parecía muy incómodo en su presencia y Hollie todavía

lo estaba más. Quiso preguntarle por su apellido, pero no tenía claro si eso la metería en problemas.

—¿Has pasado una buena noche? —preguntó. Se sintió tonta al instante.

David sonrió.

—Sí, desde luego. Una buena noche.

Solo cuando él pasó junto a ella y se apartó a un lado del pasillo, pudo distinguir en sus ropas el olor inconfundible de la pólvora. Le recordó a la tufarada que salió del cadáver de Benton Randall cuando Richie le disparó, una mezcla a carne chamuscada y hierro caliente.

Por pura curiosidad, lo siguió al salón. David colocó el aparato que acarreaba sobre una mesita y la enchufó mientras ella observaba toda la operación en silencio.

—Me gusta ver la tele —dijo, como única explicación—. Sobre todo de madrugada.

Hollie asintió sin saber qué decir. Fue a regresar a su habitación para esperar a Richie cuando David la detuvo con una pregunta:

—¿Soy el primero en volver?

—Sí.

—Ya… bueno. Supongo que mi método es el más rápido y el más limpio.

Hollie no necesitó preguntar a qué tipo de método se refería. En vez de eso, inquirió:

—¿Hombres o mujeres?

David la miró fijamente y se tomó unos largos segundos antes de contestar.

—Ambos.

—¿Y niños?

—No. Niños no.

Ella asintió en silencio y emprendió el camino de vuelta a su habitación. Lo escuchó despedirse con una voz suave.

—Buenas noches, Hollie.

La hora siguiente, aquella en que la oscuridad del cielo comenzaba a disiparse con timidez y el alba iba abriendo sus ojos, la pasó encerrada en el dormitorio con el oído aguzado y la mirada clavada en la fotografía de la mesita de noche. Estaba agotada de pasarse horas despierta esperando, sin hacer más que releer unas cartas que se sabía de memoria, y de preguntarse cosas para las que no tenía respuesta. Había soñado que en su primer día en Los Ángeles Richie la llevaría a… bueno, no sabía exactamente a qué lugares, pero en el fondo de su corazón adolescente latía la ilusión de pasar un día descubriendo Venice Beach, el muelle de Santa Mónica, Rodeo Drive, el Sunset Strip, el Paseo de la Fama, el observatorio Griffith y, sobre todo el Viper Room: allí había muerto River Phoenix. Creyó que Richie la

conduciría hasta la puerta del club y la dejaría comprar unas flores para dejarlas en la entrada, junto a las decenas de velas y fotografías del malogrado actor que tantos suspiros había robado.

Pero nada de eso había ocurrido. La había conducido hasta un hotel cochambroso lleno de yonquis, la había echado de malas maneras como si fuera una estúpida y luego la había encerrado en una casa de la que nadie le quería contar nada, con un puñado de asesinos en serie para, acto seguido, desaparecer durante horas. Así que sí, estaba molesta. Triste, también.

Y aunque tenía vía libre para huir por el sótano… no tenía a dónde ir. Y lo peor de todo: no quería dejar atrás a Richie. No podía. Lo quería como solo se puede querer en el primer amor. De forma loca e incondicional, con los ojos cerrados y la mano en el corazón que solo palpita de verdad en presencia de aquel a quien se lo has entregado. Y ese era Richie. Él la había despertado al placer más real y palpable, el que ella disfrutaba, y le proporcionaba la seguridad que le daba ser su chica en un mundo repleto de depredadores que esperaban en cada esquina para devorarla y escupir sus huesos.

Escuchó regresar a los otros tres. Había uno que arrastraba los pies y que lanzaba eructos y canturreaba viejas canciones de Hank Williams. Hollie había vivido dieciocho años con un padre borracho, los suficientes como para distinguir a un beodo incluso con una pared de por medio. Otro llegó y se metió directamente en la ducha. El último de ellos se hizo café en la cocina y el embriagante aroma se coló por debajo de la ranura de la puerta del dormitorio. Luego cada uno desapareció en sus propios cuartos y solo se escuchó algún que otro ronquido.

La casa quedó en calma conforme llegaba el amanecer.

¿Y Richie dónde estaba, con el sol a punto de iluminar la ciudad de las estrellas y de descubrir los horrores perpetrados en el cobijo de la noche?

Entonces sintió el golpe.

Capítulo 38

Aún podía aspirar el olor de la sangre de las hermanas De la Cruz en su ropa, y también el del hollín y el fuego de la tienda cuando abrió la ventana y se coló en el dormitorio como había hecho infinidad de veces en el pasado.

Hollie dormitaba de lado, dándole la espalda a la tímida luz que se colaba a través de la ventana sucia, y Richie se irguió cuan alto era para contemplar la figura delgada y frágil de la chica. Aunque las diversiones de la noche habían sido muchas y muy variadas, y la vieja amiga carmesí había corrido libre y espesa entre sus manos, lo cierto es que deseaba regresar a la casa Bither. Entre esas paredes podía ejercer otro tipo de poder: una clase diferente de horror tan visceral y profundo que difícilmente lo podrían igualar los gritos de dos hermanas mexicanas que años atrás lo habían llamado matador. Ahora no podrían llamar nada a nadie, porque él se había encargado de arrancarles la lengua a ambas.

«Por zorras», se había repetido una y otra vez al introducir las tenazas entre los labios de esas dos bocazas que habían llorado, suplicado, sangrado y finalmente muerto a manos del Acosador Nocturno.

El cuerpo de Hollie se volvió y él pudo ver aquellos rasgos jóvenes que ya se sabía de memoria. Quizá en otra vida hubieran podido convertirse en otra cosa ellos dos. Pero no en esta. En esta vida que les había tocado él era un asesino en serie y ella una niña tonta que creía que podía cambiar a un hombre que había nacido con el diablo dentro.

Cerró el puño y sintió los nudillos crujir al hacerlo. Lo levantó en el aire. Una parte de él, una que aún sentía y palpitaba como la de un ser humano ordinario, le dijo que la chica no se lo merecía. Y otra, la que dominaba el Oscuro, le aseguró que solo así aprendería cuál sería su lugar, ahora y siempre. Así que el puño cerrado descendió sobre la mejilla de Hollie, cortando el aire viciado de la habitación con un siseo. Ella se despertó al instante con los ojos abiertos y en estado de pánico, pero cuando fue a gritar, Richie le cubrió la boca con la mano.

—¿Qué pasa, nena? ¿No es así como te lo habías imaginado, no?

Hollie lo miró. Las lágrimas empezaron a aparecer en sus ojos, gruesas y tristes, hasta que fueron descendiendo por su cara y acabaron mojando la mano de Richie.

—Por favor… —Sus palabras no sonaron así, sino más bien a un

torpe y ridículo *pffaor*.

La sonrisa que le dedicó la hizo llorar más y notó cómo el fino cuerpo de ella empezaba a temblar.

—¿Sabes cuántas veces he escuchado esa misma súplica? Esta noche, sin ir más lejos… una y otra vez. Cada vez es mejor. Cada voz es distinta, aunque el ruego sea igual. «Por favor, por favor» —se burló, inclinándose sobre la cama para verter en su oído todas y cada una de las palabras que salían envenenadas de su boca—. No sabes cómo puede llegar a rebajarse el ser humano cuando su vida corre peligro. No sabes cómo puede llorar un hombre al saberse al borde de la muerte. No sabes lo que una mujer puede llegar a hacer a cambio de salvarse. No sabes nada, nena.

Aflojó la mordaza de su mano, solo por el placer de oírla implorar.

—Richie, por favor.

—¿Crees que no recuerdo lo que me contaste en tus cartas? ¿Realmente piensas que no soy capaz de hacerte todo con lo que fantaseabas en la soledad de tu cuarto de rata de centro comercial?

—Ya me lo has hecho —balbuceó Hollie, y a continuación se levantó hasta el cuello la camiseta con la que dormía para dejar al aire su piel desnuda y cubierta de heridas recientes. Heridas de cuchillo que él había abierto una y otra vez, y que ella había permitírselo. Su particular fetiche, sin embargo, era la más profunda y larga de todas ellas, la que se abría entre sus pechos y que ahora lamió en toda su longitud, hasta llegar a su barbilla. Hollie se estremeció con el contacto húmedo de su lengua contra la costra de la herida—. Te he dejado hacerme lo que has querido.

—No te confundas, nena. No te lo *dejaste hacer*. Disfrutaste cada minuto, cada gramo de dolor, cada acto de humillación, cada follada. ¿No es así?

—Sí… sí.

—Así me gusta, que no me mientas. Y ahora, dime… ¿has sido una buena niña esta noche?

—Sí —volvió a afirmar ella.

—Bien. Porque si llegase a enterarme de que te has portado mal, que has hecho algo a mis espaldas… sabes que no podría dejarlo correr como lo del recepcionista aquel, ¿verdad?

Hollie negó rápidamente con la cabeza. Con la luz del amanecer sus ojos parecían estar teñidos de marrón desvaído, descolorido, y su pelo rubio, tan quebradizo, tan pálido como los rayos de sol que comenzaban a invadir la habitación. Tenía dieciocho años, pero en sus pupilas gastadas por una vida asquerosa se leía la clase de madurez forzada que todas las almas malditas alcanzan antes de tiempo.

Richard desplegó la navaja automática y ella desvió la vista, sabiendo lo que estaba por venir.

—Date la puta vuelta.

—No me hagas daño. Hoy no. Por favor. Haré lo que me pidas…

—Por supuesto que lo harás. Y llorarás. Te prometo que cubrirás la almohada de lágrimas.

Cumplió la promesa. Hollie conocía lo suficiente de sus crímenes —aunque no todos y desde luego no cada uno de los detalles que la policía no pudo averiguar y que las víctimas tampoco pudieron llegar a contar— como para saber que si lo confrontaba, que si lo desafiaba, que si intentaba resistirse, el resultado final podía llegar a ser mucho peor. Así que sí, se dio la vuelta y dejó que él la penetrase por detrás, de golpe, furioso y sin ningún tipo de intento por que le doliese menos. Ella lloró. Lo hizo por la sensación de humillación, de saberse a su merced, y porque su cuerpo la traicionó con vileza y se humedeció ante los embistes rabiosos de Richie y nunca llegó a saber qué vino primero: si la sangre de su trasero o los fluidos viscosos de su vagina. Hollie lo odió, pero más se odió a ella misma. Por quererle, por ayudarle, por excitarse con lo que sin duda era una violación.

Richard volvió a sacar la navaja automática y se la colocó en el cuello sin dejar de entrar y salir de ella. El filo se clavó levemente en su piel y Hollie notó el olor ferroso de su propia sangre derramada, empapando lo que quedaba de su pijama y las sábanas, y llegó a pensar que si Richie no se corría pronto, la hoja seguiría abriéndose paso en su garganta milímetro a milímetro hasta seccionársela del todo.

Pero no ocurrió. Richie alcanzó su clímax y retiró la navaja. Hollie lloraba en silencio. Esperó a que él saliese de su interior y se dejase caer en la cama para levantarse y escabullirse en dirección al baño. Se cubrió la herida del cuello con ambas manos, que aún le temblaban de puro terror. Estaba desnuda, cubierta de lágrimas, sangre y fluidos, el pelo enredado y el cuerpo espantado.

En el camino al baño se cruzó con Kemper.

—Hollie… —intentó detenerla Ed, pero ella lo ignoró y se encerró en el aseo. Una vez se supo a salvo, los sollozos aumentaron.

El gigante se quedó quieto en mitad del pasillo, sin saber qué hacer.

—¿Tienes algún problema, Kemper? —le dijo Richie desde el quicio de la puerta, vestido tan solo con los pantalones aún desabrochados. Llevaba un cigarro sin encender entre los labios.

—¿Es necesario que la trates así?

—No te metas donde no te llaman.

—Un día la acabarás matando.

—Y seguirá sin ser asunto tuyo si lo hago.

Ed negó con la cabeza.

—Tienes en tu poder algo que muchos solo se atreven a soñar, sabiendo que es imposible y…

—¿Y qué…?

Ambos asesinos se sostuvieron la mirada. Ed era mucho más alto y también le ganaba en corpulencia. Si quisiera podría aplastarle la cabeza. Pero sabía que Richie era ágil y escurridizo como un gato callejero. Además, odiaba admitirlo, pero había algo en él que le hacía apreciarlo. Y en el fondo tenía razón, ¿qué le importaba a él cómo tratase a esa chica descarriada?

—Haz lo que tengas que hacer, pero procura que los demás no lo vean.

—¿Por qué? ¿Se desmayarían por la visión de la sangre? —se burló Richie mientras encendía el pitillo.

—Todo lo contrario.

Richie entrecerró los ojos. Ninguno de los dos dijo nada y por unos segundos solo se escucharon los gimoteos ahogados de Hollie, aún encerrada en el baño.

—¿Café? —preguntó finalmente Ed.

—Claro.

—Supongo que sería mucho pedir que te limpiases la cara, ¿no?

—Supones bien.

Siguió fumando, sentado en la mesa de la cocina mientras el gigantón encendía la cafetera y colocaba un filtro.

—¿Cómo ha sido tu primera noche *en libertad*?

—Tenías razón. —Ed se sentó con dos tazas frente a Richie y le alargó una—. Nadie me reconoció. Al principio no me lo creía pero… funcionó. Lo de la sugestión.

—¿Qué hiciste?

—Supongo que ya te enterarás por las noticias.

En aquel momento Hollie entró con la cabeza gacha en la cocina y ambos hombres la observaron mientras se dirigía a la nevera, abría el compartimento superior del congelador en busca de algo frío que ponerse en las maltrechas mejillas y, al no encontrar nada más que vacío, se daba la vuelta para regresar al dormitorio. Richie la interceptó cogiéndola del brazo derecho e impidiendo que abandonara la estancia.

—Tienes mala cara, nena. ¿Te apetece un café?

Hollie le devolvió una mirada llena de rabia. Se había vendado el cuello torpemente con gasas, cuyo tejido empapaba la sangre, y tenía la cara golpeada, roja en las mejillas y amarillenta alrededor de los ojos.

—Que te jodan —respondió, soltándose bruscamente de su brazo y corriendo de nuevo a la habitación, en la que se encerró de un sonoro portazo.

Richie rio ante el enfado de la chica, pero no hizo el amago de ir a consolarla de forma alguna. En lugar de eso siguió tomando el café.

Ed lo miraba.

—Ayer me preguntó qué es esta casa.

—¿Sí? —preguntó, aunque no parecía interesado en absoluto.

—Creo que deberías contárselo.

—¿Y por qué debería, según tú?

—Porque está inquieta, Rich.

—Pues no creo que la historia de la casa Bither la tranquilice, precisamente.

Ed negó con la cabeza.

—Lo que la calmará no será descubrir lo que ocurrió aquí, sino saber que la tienes en cuenta.

—¿De repente te has convertido en asesor sentimental o algo por el estilo? —se burló de Ed con la ironía reflejada en la mirada.

El gigante se la sostuvo, sin inmutarse.

—Lo único que sé es que tienes pocos amigos en esta vida y que lo último que necesitas es una novia adolescente cabreada.

Richard no contestó. Se tomó el café en un silencio cómodo compartido con el Asesino de las Colegialas, que miraba por la única ventana de la cocina hacia el patio trasero. Conocía ese tipo de mirada, ávida y ansiosa. Ed, al igual que él, deseaba que llegase de nuevo la noche para volver a salir de caza, y eso le hizo sonreír. El Oscuro les había despertado un hambre voraz tras años de letargo y de fingir ante los ojos del mundo que estaban arrepentidos, que habían vuelto sus ojos a Dios, que habían cambiado, que la sangre ya no despertaba sus más bajos instintos.

La realidad era que siempre serían depredadores de almas humanas y, ahora, bajo la protección de Satán, no habría quien pudiera detenerlos.

Capítulo 39

—¿Tienes que fumar tanto?

—No me toques los cojones, Ed —escupió Richie tras apagar el enésimo cigarrillo en un cenicero repleto de colillas que Kemper tenía intención de vaciar y limpiar.

—Creía que habías dejado el tabaco.

—Lo dejé… por una temporada. Pero siempre vuelvo a caer en los vicios. Ya sabes.

Ed soltó un bufido.

—No sé cuánto tiempo vamos a tener que compartir casa, Rich, pero si le pides a Gacy que sea limpio y no oculte muertos en el sótano, yo te voy a pedir que hagas el favor de fumar menos, o hacerlo en el jardín, por lo menos.

—Joder, eres una auténtica maruja —se burló de él—. Se nota que hace días de tu última vez.

El hombretón no contestó. Se llevó el cenicero a la cocina y Richie escuchó cómo lo enjuagaba bajo el chorro del fregadero. Entonces se fijó en David, que miraba esa televisión que había robado en algún sitio. Era su lugar favorito: se pasaba frente al condenado aparato horas y horas, sin apenas hablar.

—¿Y qué pasa contigo, pistolero? ¿Tienes ganas de volver a matar?

David desvió la mirada de la tele y asintió en silencio.

—La buena noticia es que esta noche saldremos de nuevo.

—Bien.

—Esta vez espero que nuestro particular Hombre Elefante cumpla con lo prometido.

Richard le había preguntado a Henry cómo le había ido su primera noche en libertad, y el tipejo le aseguró haber matado a un par de vagabundos en el Veterans Memorial Park, pero sabía que eso era una mentira. Los asesinatos de Gacy, Kemper, Berkowitz y los suyos propios habían salido en la prensa, pero nada se había dicho de los de Henry Lee Lucas.

No es que eso importase, en realidad. El destino de Lucas era otro y Richie solo estaba esperando una señal para sellar ese nuevo pacto con el Oscuro. Pero aún no había llegado ese momento.

Abandonó el salón y se dirigió a su habitación. Hollie no había salido de ella más que para ir al lavabo.

—¿Aún estás enfadada conmigo, nena?

Richie se apoyó en el marco de la puerta con esa sonrisa suya, de

chico malo pero atento, y Hollie sintió que la primera de sus escasas defensas se tambaleaba ante el ronroneo amable y juguetón en que podía convertirse su voz.

—Me hiciste daño —contestó, llevándose la mano al cuello. La costra de la larga herida aún estaba ahí, y permanecería unos cuantos días más. Posiblemente le dejase cicatriz, como la que tenía en el esternón.

—¿No es eso lo que te gusta?

—No. Quiero decir… que sí. Pero no así.

La chica se hizo un ovillo en su lado del lecho, recogiéndose las rodillas con los brazos, en cuanto él traspasó el umbral y cerró la puerta a sus espaldas.

—Puede que me dejase llevar un poco por la emoción, es cierto —aceptó Richie—. Era mi primera noche de vuelta en Los Ángeles y tú… tú siempre quisiste saber qué se sentía.

—Pues ahora ya lo sé.

Richie se sentó en el otro extremo de la cama y apretó con el índice un lugar del colchón, junto a él.

—Ven aquí.

—¿Me vas a pegar? Aún me duele la cara.

—No te voy a pegar.

—Quiero que me trates bien. Soy tu chica.

—Te trataré bien —mintió Richie, con la voz suave y calmada.

Tras un ligero titubeo, Hollie dejó ir los brazos y las rodillas y gateó tímidamente hasta llegar a su lado. Él siempre había sabido lo que funcionaba: a veces se trataba de asfixiar hasta casi la muerte, y otras, de aflojar el agarre. Y en esta ocasión tocaba dejarla respirar, hacerla sentir protegida y venerada tal y como lo había hecho al matar al motero por ella, al lamerle los pies y al mirarla con adoración.

Richie le acarició una de las mejillas magulladas, en silencio. Sus dedos recorrieron los feos moratones hasta perderse tras la oreja, hacia la nuca, con tal delicadeza que cualquiera hubiera jurado que estaba acariciando a un cachorrito indefenso. Y en cierto modo, así era. Hollie cerró los ojos ante el anhelado contacto que parecía de terciopelo, el de un novio amoroso y dedicado que siempre la protegería y cuidaría.

—Sé que te he descuidado desde que hemos llegado a Los Ángeles.

—Un poco… —admitió ella en voz baja.

—También sé que le has preguntado a Ed qué casa es esta. ¿Has hablado con alguno de los otros, nena?

Hollie negó rápidamente con la cabeza.

«Demasiado rápidamente», pensó Richie.

Tras la primera semana de encierro en la casa Bither, la chica se atrevió a pedirle que pusiera una cerradura en la puerta, porque la

forma en que la miraba el «tipo bajito», según le indicó ella, la hacía sentir muy incómoda. Richie prometió que se lo pensaría.

¿Habría averiguado ya sus nombres y lo que habían hecho? Para estar enamorada de un asesino en serie nunca había mostrado demasiado interés por el resto de sus congéneres. Hollie solo conocía a Jack el Destripador, y únicamente porque sabía cuánto lo idolatraba él.

—Solo con Ed.

—Bien. Aunque no quiero que pilles demasiadas confianzas con él. Esta es una situación temporal.

—¿Temporal?

—No vamos a quedarnos aquí para siempre. Tengo que terminar unos asuntos en Los Ángeles, y ellos también. Cuando todo esté concluido nos largaremos.

—¿Juntos?

—Claro, nena. ¿Cómo iba a dejarte atrás?

Hollie sonrió por primera vez en días y lo abrazó por la cintura. Richie pensó en cómo, después de tanto tiempo a su lado, ella no lograba saber cuándo le mentía descaradamente.

—¿A dónde iremos?

—¿A dónde te gustaría ir?

—A… Europa —respondió la chica con una amplia sonrisa de ilusión—. Podríamos instalarnos en Whitechapel. Londres. Ya sabes, por Jack. *Tu* Jack.

—Londres suena bien.

No tenía ni la más mínima intención de cruzar el jodido charco para ir al viejo continente, donde su rostro sería más que reconocible y la policía de la mayoría de países europeos lo acabaría extraditando, y de ahí, de vuelta al corredor de la muerte de San Quintín. Pero, por descontado, eso nunca se lo diría a Hollie.

Cuando cruzase la frontera ella ya estaría muerta.

—Bueno, ¿quieres saber o no qué ocurrió en esta casa?

—Sí…

Richie se desplazó por la superficie blanca de la cama hasta tumbarse cuan largo era y dejó que ella se acurrucase bajo su brazo, como una niña junto al fuego de un campamento dispuesta a escuchar una buena historia de terror.

—Esta es la casa Bither, aunque la mayoría de gente la conoce por la casa de la Entidad.

—¿Qué significa eso?

—Que aquí pasaron cosas inexplicables. Doris Bither fue violada por una entidad invisible. Dijeron que fue un *poltergeist* o un íncubo, aunque nunca llegó a saberse. Hubo apariciones, ataques… Y no se detuvieron hasta que la dueña y sus hijos la abandonaron a mediados

de los años setenta.

Hollie no dijo nada, asimilando la escasa información que le había dado.

—Le pedí a Ed que la alquilase por unos meses. Me gustan los sitios con una leyenda negra detrás.

—¿Cómo el hotel ese, el Cecil?

—Sí, eso es.

—¿Por qué?

—Porque hay poderes oscuros en todos los lugares malditos. Y eso es todo cuanto necesitas saber.

—No me gusta este sitio. Me da mal rollo.

—Lamentablemente para ti, lo que tú opines o dejes de opinar sobre la casa Bither importa menos que una mierda, nena.

Las palabras salieron sibilinas de su boca, aunque usó ese tono de voz ronco y dominante que a ella le gustaba y que la sometía a un embrujo que parecía incapaz de romper, por lo que no protestó más.

—Richie.

—Qué.

—¿Le has hecho alguna vez daño a niños?

El cuerpo de Richard se tensó con esa pregunta, aunque ella no pudo percibirlo.

Nadie sabía de aquella niña asiática que había matado en el sótano de un hotel de San Francisco. Nadie. Jamás lo habían relacionado con aquel asesinato, y él se había cuidado mucho de no insinuar nunca que pudiera estar relacionado con ese suceso que seguía sin resolverse. Como la mayoría de delincuentes, sabía que la violación de menores lo reduciría a una categoría muy especifica si acababas pisando la cárcel, y Richie quería evitar a toda costa esa etiqueta tan molesta e ingrata.

Hollie nunca se había interesado hasta aquel momento en si le había dañado a un niño —tampoco es que soliera preguntar detalles concretos de sus crímenes, en gran parte ya los conocía por la prensa — y debió reconocer que la pregunta le tomó ligeramente por sorpresa.

Sin embargo, la mentira le salió tan natural como tantas otras pronunciadas en el pasado.

—No. Nunca.

Una vez más, Hollie fue incapaz de percibir la falsedad en él. Como la mayoría de su especie, era un mentiroso difícil de detectar y cada uno de los embustes que salían por su boca sonaban naturales y sinceros, lo que era imprescindible para sobrevivir. Y como le había dicho a Hollie en varias ocasiones: el instinto de supervivencia de un asesino en serie era más feroz que el de cualquier otro.

—Mañana pondré un pestillo en la puerta —le concedió. Hollie lo

abrazó todavía más.

—Creo que no podría soportar que hubieras matado a un niño o a una niña —dijo ella con la voz neutra.

Richie quiso recordarle de nuevo que lo que ella opinase o dejase de opinar seguía sin importar una mierda, pero ese mismo instinto de supervivencia, que tantas veces le había salvado el pellejo, lo mantuvo callado.

En lugar de seguir navegando por las aguas pantanosas del engaño, empujó la cabeza de la chica hacia sus pantalones, desabrochándose el primer botón. Hollie entendió al momento lo que se requería de ella. Siempre había sido así, y Richie sintió un ligero pero bien perceptible ramalazo de remordimiento. Por un fugaz momento, se dijo que no quería renunciar a aquella devoción y obediencia sin fisuras que Hollie le profesaba.

Pero luego imaginó lo divertido que sería clavarle un cuchillo entre las costillas y su polla se acabó de poner dura del todo.

Intersección: Elyas y Sakina Abowath

I'm on a bus, on a psychedelic trip
Reading murder books, tryin' to stay hip
I'm thinkin' of you, you're out there so
Billy Idol - *Eyes Without A Face*

Era vagamente consciente de que el periodo de enfriamiento entre asalto y asalto cada vez se me hacía más corto y difícil. Cuanto más asesinaba, más necesitaba repetirlo. Y más rápido. Y más violento. Y más. Más. Simplemente más.

El Oscuro me protegía, pero sabía que no podía arriesgarme más de la cuenta. Por ese motivo solía ocupar mis días con otras distracciones. Comía en el Margarita's, iba a algún *sex shop* a ojear revistas de *bondage* y fantaseaba con conseguir el dinero suficiente como para tener mi propia casa con una cámara de las torturas en la que poder encerrar tías: las ataría y las aterrorizaría durante días, semanas, meses. Ese simple pensamiento, las imágenes que se dibujaban en mi cabeza, me provocaban tirones en la entrepierna. También pasaba el rato con los tipejos de Skid Row, personajes que se ganaban la vida robando o pasando droga. A veces les pillaba marihuana y me fumaba un porro antes de entrar en el Cameo a ver alguna peli porno.

Mientras contemplaba esas películas, en la oscuridad del cine, me repetía que no había dejado suficientes pistas que pudieran llevar a la policía tras mis pasos, aunque no era tan estúpido como para no ser consciente de que las mujeres que había permitido vivir podían identificarme. A la mayoría les grité que no me mirasen —aunque quería que lo hiciesen para disfrutar del terror de su mirada—, era cierto, pero eso no significaba que no hubieran echado un vistazo, o que no pudieran reconocer mi voz o mi forma de andar, incluso. Aún así ellas sabían que yo conocía donde vivían y que, si se atrevían a hablar, regresaría a sus casas a terminar lo que había dejado a medias. Eso, junto a la seguridad que me otorgaba el Oscuro, me mantenía confiado e impune.

«Maligno hasta la infamia, ni rastro de piedad».

Mientras permaneciese fiel a esas palabras el Oscuro cuidaría cada uno de mis pasos para evitar que terminase en la Habitación Verde de

San Quintín. La idea de acabar ejecutado en la popular cámara de gas era una posibilidad muy remota en mi mente. No me iban a pillar. Y desde luego no me iban a pillar vivo.

Ahí, en la penumbra maloliente del Cameo, me masturbé con los recuerdos de la violación de la niña asiática de San Francisco y la mujer tailandesa de la última vez, que hasta el momento había sido mi favorita. No podía dejar de pensar en que había sido la tía más atractiva que me había follado con una pistola apuntando a su cabeza, con sus manos temblando de terror mientras yo la desgarraba de todas las maneras posibles. Quise repetirlo. Necesitaba repetirlo.

Cuando regresé a la calle y me encaminé al Ye Hi para jugar al billar un rato, pensé que si la gente que me cruzaba supiera quién era en realidad se echaría a correr, aterrorizada, señalándome con el dedo.

Pero nadie sabía quién era yo. Ni un alma conocía mis secretos. Para todos ellos yo solo era el tipo vestido de negro, el chicano raro con pinta de yonqui que deambulaba por Skid Row robando y malviviendo. Ninguno se imaginaba que el Acosador Nocturno podía detenerse a su lado en un semáforo en rojo, a pesar de que las noticias sobre mí ya ocupaban la primera plana de la mayoría de periódicos del estado, así como en la CNN y en las cadenas locales. Y poco después del ataque a los Khovananth traspasé las fronteras, aunque eso lo supe después, cuando me obligaron a sentarme con los abogados, jueces y fiscales que decidirían mi futuro entre rejas.

Leí que la comunidad estaba aterrada. Los artículos decían que nunca un solo asesino había provocado ese efecto de profundo pánico e inseguridad. Las familias hablaban sobre mí mientras desayunaban y yo era el último de sus pensamientos cuando se metían en sus camas, mortalmente asustados ante la idea de que el Acosador Nocturno pudiera colarse por sus ventanas. Me carcajeé cuando muchos empezaron a pintar sus casas al saber que mis ataques habían sido en edificios de color beige y amarillo, creyendo que elegía los lugares por ese motivo tan estúpido.

Los niños insistían en dormir en la cama de sus padres. Las ancianas no querían estar solas tras el anochecer. Las chicas regresaban de sus citas cuando aún no era de noche. Los maridos hacían guardia en el comedor y en los pasillos. Se montaron patrullas vecinales. Las ventas de armas, cuchillos y perros guardianes se dispararon. Las empresas de seguridad hicieron su puto agosto colocando cámaras y alarmas. Los cerrajeros recibían peticiones a todas horas para comprobar los cierres de las puertas. La policía no paraba de atender llamadas de supuestos avistamientos. Y yo, anónimo, me reía de todos y cada uno de ellos.

Porque por muchas precauciones que tomaran, nadie podía escapar

de mí.

Esa noche estaba especialmente disgustado porque me había colado en una casa, le había disparado en la cabeza a una tía y su marido me había plantado cara. Tras una breve pelea y quedarme sin munición, me había visto obligado a largarme de ahí. Al día siguiente, en *Los Angeles Times*, un poli llamado Salerno declaró que el Acosador Nocturno había mostrado al fin su verdadero carácter al huir. El muy cabrón me llamó cobarde. Un puto cobarde.

Estaba tan cabreado que le pillé una Uzi a un traficante del mercado negro que conocí en la terminal de autobuses. La pistola disparaba treinta rondas por segundo. La cargué besando cada una de las malditas balas. Puse cinta adhesiva en dos de los extremos para que fuera sencillo expulsar el cargador vacío, darle la vuelta y colocar el nuevo cargador en apenas un par de segundos. También me metí en la cintura del pantalón una del 38, la automática y unas esposas.

Cuando llegué a las colinas del cañón de La Brea, a Diamond Bar, solo podía pensar en matar y follar. En follar y matar. Ambas acciones estaban profundamente ligadas para mí y eso era lo que pensaba hacer.

A él lo maté sin más. No iba a arriesgarme a otro marido con ganas de hacerse el héroe. La detonación de la automática despertó al instante a la mujer, que dormía a su lado, y entró en pleno estado de pánico. También al diminuto bebé de la cuna que había junto a la cama. El cuerpo del tío aún convulsionaba en los espasmos de la muerte cuando salté sobre ella, a horcajadas, y le solté un puñetazo en el estómago que la dejó sin respiración. Otro en la cara la calló.

—Si vuelves a gritar, zorra, acabaré contigo y con tus hijos aquí y ahora.

Vi en sus ojos asustados que sabía quién era yo. Claro que lo sabía. Y aunque una parte de mi ego se congratuló por ello, mi instinto me dijo que no podía confiarme. Así que le estampé el puño de nuevo en la cara, le di la vuelta, la esposé y le enrollé una camiseta alrededor de su cabeza. Ella no dijo ni una palabra. Le metí la camiseta dentro de la boca e intentó morderme. La abofeteé.

—Si vuelves a morderme te juro que te mato.

Otra bofetada la mantuvo en su sitio. La sangre empezó a empapar la camiseta que la ahogaba.

No recuerdo cuantos puñetazos más le di en la cabeza. Sé que la sangre aumentó y también sus sollozos, hasta que aparentemente perdió el conocimiento. Para asegurarme, empecé a patearla hasta que su cuerpo inerte cayó de la cama. Sí, estaba inconsciente.

Una vez desconecté los teléfonos regresé a ella y le quité la camiseta de la cabeza. Estaba apenas despierta, con la boca magullada, llena de dientes rotos y la vieja amiga carmesí supurando

sin parar.

—¿Dónde guardas las joyas, puta?

Apenas podía contestarme.

—He dicho que dónde guardas las joyas.

Me indicó el armario con un débil gesto de la cabeza.

—En una maleta que hay al fondo.

Me cabreé al descubrir que había varias maletas en el jodido armario y que no podía encontrar nada. Esta vez recibió los golpes sin quejarse, aunque lloraba sin parar. Hicieron falta unos cuantos puñetazos más para lograr encontrar una bolsa de plástico que contenía lingotes de oro, brazaletes y anillos. Una vez lo tuve guardado todo en mis bolsillos me acerqué a ella.

—No hagas ni un puto sonido. ¿Comprendido?

—Te juro por Dios que no gritaré.

—¿Dios? No. Júralo por Satán.

Sus ojos se desencajaron y un largo sollozo se escapó de su cuerpo magullado.

—Juro por Satán que no gritaré. Pero no me mates. No hagas daño a mis niños.

—Cállate de una jodida vez y dime dónde escondes el efectivo.

—Hay algo en mi billetera y en la de mi marido…

Cumplió su palabra de no gritar cuando la agarré del pelo y la arrastré fuera del dormitorio; le rompí el pijama en retazos que cayeron al suelo mientras ella seguía llorando, de rodillas.

—Ahora vas a chupármela y si lo haces bien te dejaré vivir.

Cada lágrima que derramaba con mi polla en su boca era un ramalazo de placer que me subía por la espina dorsal. Cada espasmo de su cuerpo dolorido cuando la follé por el culo me envolvía de satisfacción. Cada gesto de humillación que se dibujó en su rostro al ser violada fue una culminación de mi poder.

—¿Mamá?

La voz gimoteante de un niño me detuvo. El cuerpo de ella, bajo el mío, se puso en tensión. Le cogí las mejillas con una mano y se las apreté hasta encontrar los huesos de sus pómulos bajo mis dedos.

—Dile a ese crío que se calle.

—Déjame que vaya con él. Lo mantendré callado. Pero no le hagas daño.

—Jura por Satán que ni un grito.

—Lo juro por Satán. Lo juro. Ni un grito.

La desaté de los pies y la seguí por la casa, ella desnuda y esposada por las muñecas, herida y sangrando por cada rincón de su cuerpo, hasta el crío. No podía sujetarlo ni abrazarlo en su desconsuelo y esa escena, patética como era, me volvió a excitar.

—Vuelve a la cama, cariño. No pasa nada. Es un amigo de mamá

que está de visita.

—Pero… te duele.

—No me duele. Es de mentira —le sonrió ella.

El niño me miró. Luego a su madre. Y finalmente volvió a su cama y cerró la puerta para seguir durmiendo.

—¿Crees que hemos acabado, zorra?

No me contestó. Yo estaba poseído por lo que me despertaba su cuerpo expuesto, el cadáver de su marido en la habitación, la cuna del bebé al lado, la pistola en su cabeza, la policía que podía llegar en cualquier momento, el otro niño en su habitación, la leche materna que sus pechos empezaron a supurar y que yo bebí de sus pezones magullados cuando la volví a violar y sodomizar.

Y el jodido niño volvió a aparecer.

—¿Por qué no se despierta papá?

—¡Lo voy a matar! —grité apartándome de la mujer.

—¡No!

Pero ella estaba atada y yo no. Recuperé la 38, tiré al niño encima de la cama, lo até y empujé una almohada contra su cara.

—¡Por favor!

Le lancé un bofetón con la mano libre.

—¡Haré lo que quieras!

Y sí, lo hizo. Lo hizo todas las veces que quise con su hijo al lado, que lloraba con una almohada que le apretaba la boca y la cara, y cuando terminé, la dejé ir con él para que lo consolara mientras yo buscaba algo de comer en la cocina.

Regresé a la habitación con un trozo de melón en la mano. Les escupí encima las semillas que iba encontrando en cada bocado. Ella no podía ni mirarme.

—Vamos, seguro que ha sido mejor que los tristes polvos que te echaba tu mierda de marido —me burlé, lanzándole lo que quedaba del melón a sus pies.

—¿Qué le has hecho?

—¿A tu marido? Nada —mentí—. Está solo inconsciente.

Y me reí.

—¿No le has hecho daño?

—Nada de nada.

Fue en aquel momento cuando el Oscuro me advirtió que algo no andaba bien. Desde las ventanas delanteras pude ver un coche de policía que se acercaba silencioso a la casa, la pasaba de largo, llegaba hasta la esquina y daba la vuelta para regresar hasta allí. Supuse que algún vecino había escuchado el disparo. Me preparé para un posible tiroteo con la 38 y con la Uzi. Si querían guerra, yo caería disparando.

Empapado en sudor, esperé a los agentes. Mi corazón latía violentamente. Agarraba las pistolas con tanta fuerza que temía que se

deshicieran en mis manos.

Pero el coche dejó la calle y sus luces se perdieron en la distancia.

—Te he dado todo lo que tengo —me dijo la mujer cuando volví al dormitorio.

—¿Sí?

—Todo. He hecho lo que me has pedido. Te he dado mi dinero, mis joyas. Por favor.

—Por favor, ¿qué? —jugué con ella y dejé que viera la 38 en mis manos.

Sus ojos reflejaron el terror más absoluto. Y aquello volvió a encenderme. Esta vez dejé que el niño viera cómo me follaba a su madre y me bebía la leche que iba destinada a su hermano pequeño. Cuando me estaba subiendo los pantalones ella se arrodilló frente a mí y me abrazó por la cintura, apoyando su mejilla en mi estómago.

—Por favor, ¡no mates a mi marido! Es un buen hombre. Por favor. No le dispares.

—No lo mataré —le aseguré—. Solo está inconsciente.

La mujer suspiró, calmada por mis palabras, sin llegar a soltarme. La miré desde arriba y pude percibir el alivio que sentía al creer que su marido aún estaba vivo. Noté un ligero escozor interno, un segundo de culpa y remordimiento, que se fue tan rápido como vino.

Al día siguiente, la prensa anunció que atraparme era la máxima prioridad del Departamento de Policía de Los Ángeles. Solo quince días después mi libertad llegaría a su fin.

Sin embargo, y aun con el cerco estrechándose sobre mi cuello, yo ya sabía que jamás podría detenerme.

Capítulo 40

Hollie no necesitó un libro para averiguar las identidades de quienes compartían la casa Bither con ella. Tan solo precisó usar una excusa para salir a comprar algo de comer, pasar por un quiosco de prensa y asomarse a los alarmantes titulares de los periódicos.

«Las huellas dactilares del Payaso Asesino aparecen en la escena del crimen de un adolescente asesino y violado».
«Un tiroteo masivo en Calabasas levanta el pánico entre la población: testigos aseguran haber visto al Asesino del Calibre 44».
«Dos universitarias encontradas muertas en el maletero de su coche. Una superviviente describe a un hombre alto y grande que se presentó como Ed Kemper».
«Las hermanas De La Cruz, que ocho años atrás ayudaron en la detención del Acosador Nocturno, han sido asaltadas, violadas y salvajemente asesinadas en un modus operandi similar al de Richard Ramirez».

Compró un ejemplar de cada periódico y se detuvo a leerlos todos antes de volver a casa.

Así fue como supo que vivía con John Wayne Gacy y David Berkowitz, aunque no pudo averiguar el nombre del tipo bajito que la miraba con esos ojos de comadreja cada vez que abandonaba la seguridad de su habitación y se movía por la vivienda. Ese tío la ponía de los nervios, aunque estaba segura de que no se atrevería a hacerle nada; cada vez que se cruzaba con Richie se hacía pequeño y se encogía. Quizá se debía a que Richard le sacaba más de diez centímetros y estaba mucho más en forma que él, que era fofo y parecía que su cuerpo no estuviera acabado de hacer.

Lanzó los periódicos recién comprados en un contenedor y regresó a la casa Bither con la mirada baja y los pies pesados.

Se encontró en el comedor al gordo —Gacy, por lo visto—, comiendo una pizza familiar de salami y bacon, y se lo quedó mirando con la bolsa de papel llena de comida aún entre los brazos y apretada contra su cuerpo.

—Hola —saludó ella.

—¿Traes refresco de cola en esa bolsa?

—Sí, Pepsi. Para Richie —se apresuró a aclarar.

—A Ramirez no le importará. Dame una lata.

—No. Son para Richard.

—¿Eres una putita fiel, eh?

Ella no supo qué contestar. Podía tolerar a David, que era silencioso y poco hablador, discreto y limpio, y desde luego que se había acostumbrado a la voz amable y a los ademanes tranquilos de Ed, pero había algo estremecedor en John. No existía nada en él que pudiera encontrar tolerable.

—¿Eres tú el que va matando adolescentes por Los Ángeles?

Gacy se limpió la grasa que chorreaba de su boca con una servilleta de papel que ya no daba para más.

—¿Y a ti qué te importa lo que yo hago?

—¿Adolescentes y niños…? ¿Eso es lo que te gusta? —insistió Hollie. La bolsa con comida crujió entre sus brazos cuando la estrujó, expectante de una respuesta que en el fondo ya creía conocer.

—¿No te ha enseñado el capullo prepotente de tu novio a tener la boca callada?

—Solo cuando yo quiero.

—Si supieras lo que te conviene, la mantendrías bien cerrada y solo la abrirías para hacer lo único para lo que te necesita.

La sonrisa de John la molestó y fue a contestar cuando percibió unos pasos a su espalda. Al principio creyó que se trataría de Richie, pero pronto descartó la idea. Si hubiera sido él jamás lo hubiera percibido.

—¿Qué está pasando aquí? —se interesó Ed.

—Solo le pedía a la fulana de Ramirez un refresco.

—Déjala en paz, John. No molestes a la chica.

—Pues que no me venga con preguntitas impertinentes.

—Vamos, Hollie. —Ed le rodeó los hombros con su brazo y se la llevó a la cocina. Ella no protestó ante el gesto paternal. Una vez allí, Kemper cerró la puerta y la miró con un poco de pena—. Tienes que tener cuidado con cómo le hablas a John. Puede que no le interesen las mujeres, pero eso no significa que no pueda hacerte daño. Especialmente si así logra joder a Rich.

—No es John quien me da mal rollo.

Ed le tomó la bolsa de entre los brazos y se la llevó hacia la nevera, y Hollie se quedó plantada en medio de la cocina sin saber qué hacer.

—¿Quién te da mal rollo? —preguntó el grandullón mientras colocaba los refrescos y los envases de comida preparada en el refrigerador.

—El bajito. El que tiene pinta de comadreja.

—Ah, Henry —asintió Ed—. Bueno, a él le gustan jovencitas como tú, pero le tiene demasiado terror a Rich como para atreverse a intentar algo contigo. Seguramente solo se limitará a mirarte y masturbarse en su habitación.

—Qué asco.

—Supongo que sí, sí.

—Estoy harta de vivir con miedo —murmuró Hollie, sentándose a la mesa de la cocina y con la mirada perdida en el jardín de la casa.

—¿Y qué haces entonces con Rich?

—Con él no tengo miedo.

—Pero sabes perfectamente lo que hizo, ¿no?

—Sí.

Ed pareció no comprenderlo, pero no intentó averiguar nada más. Siguió colocando la compra y Hollie continuó mirando por la ventana.

—Quiero saber si ese John mató a niños.

El Asesino de las Colegialas se volvió hacia ella.

—¿John? La verdad es que no estoy muy puesto en su historial, pero diría que sí. Aunque mayormente eran adolescentes. Del tipo de catorce, quince años. Puede que alguno más joven que eso.

—El que mató hace unos días tenía doce.

—¿Cómo lo sabes?

—He leído la prensa. También sé lo que hiciste tú. Y David. Y Richie.

Ed no dijo nada. No hacía falta. En aquella casa ninguno necesitaba ocultar sus actos. Era una sensación tan extraña como liberadora.

—¿Para eso estáis aquí? ¿Sois una especie de pandilla de la muerte o algo así? Dímelo, Ed.

—Creo que deberías volver a tu habitación, Hollie.

—Se trata de ese libro, lo sé. Algo relacionado con él. Estáis volviendo a matar y lo estáis haciendo juntos por algún motivo. ¿Por qué?

El gigante la ignoró y le dio la espalda. Hollie supo que no le iba a sonsacar nada más. Y si Ed no hablaba, menos lo harían John, David o ese tal Henry.

Tampoco lo esperaba de Richie, claro. Desde que habían llegado a Los Ángeles, cada vez le hacía menos caso y le contaba menos cosas. Cuando viajaban en el Buick Richie tenía periodos en que solo quería escuchar Billy Idol a todo trapo, pero también otros en que le pedía un cigarrillo y tenía ganas de charlar con ella, tal y como habían hecho a través de cartas o en los encuentros en San Quintín. Le contaba anécdotas de su infancia en El Paso, o debatían sobre las secuelas de *La matanza de Texas* —bueno, él lo hacía, ella no las había visto pero fingía que sí— o se limitaba a soltar alguno de sus soliloquios sobre el bien y el mal, sobre satanismo y religión, sobre poder y sometimiento, que Hollie engullía con ojos y orejas. Pero es que en la soledad del Buick y de los moteles de carretera Richie había sido *su* Richie, y ahora, en Los Ángeles, volvía a ser Richard Ramirez. Y ese asesino que aterrorizaba de nuevo la ciudad de las estrellas parecía tener cada vez

menos tiempo disponible y menos interés en compartirlo con ella.

Cuando volvió a la habitación que compartía con él se lo encontró tal y como lo había dejado antes de ir a comprar al Safeway: dormido boca abajo, con la negra cabellera desparramada por la almohada y la espalda desnuda.

Le prometió que se largarían juntos de California cuando todo hubiera terminado. Pero, ¿qué era ese todo? ¿Cuándo acabaría? ¿Y cuánto más tendría que soportar ella esa situación que cada vez la ponía más triste? Quería a *su* Richie de vuelta.

Tenía que lograr que volviera a hablar, a confiar en ella. Y, además del sexo, solo había un camino para llegar al corazón negro del Acosador Nocturno.

Y ese era Satán.

Capítulo 41

Richie no tardó en comprobar que, tal y como había sospechado siempre, Henry Lee Lucas era un completo inútil. Un cobarde, un desastre. Ante la mirada inquisitiva de Richie al verlo aparecer una y otra vez en la casa Bither sin un rasgo de lucha en él, Henry había empezado a presentarse tras las largas noches de caza con las ropas manchadas de sangre para así demostrar su contribución a la causa. Pero Richie sabía que no se trataba de sangre humana. Satán se lo dijo, aunque no hizo falta la intervención del Oscuro para darse cuenta de que Henry intentaba engañarlo.

El muy idiota regresaba siempre con los ojos huidizos y los gestos nerviosos de quien no ha podido completar una tarea sumamente importante y sabe que será reprendido con ello.

El resto de ellos aparecían de vuelta en la casa Bither con una espeluznante calma reflejada en sus rostros, en el letargo placentero que llegaba tras alcanzar el éxtasis y en la paz que la muerte daba a sus almas torcidas. Había un leve periodo de disfrute entre asesinato y asesinato, en el que uno revivía las imágenes, los gritos y el sufrimiento, y eso podía mantenerlos en una especie de sopor tranquilo durante semanas. El calor de la muerte daba lugar a un enfriamiento gradual; entonces los recuerdos se volvían de ceniza impalpable y necesitaban crear nuevos.

Así ocurría con Ed, que dejaba pasar las largas horas tomando café en la cocina. También con Gacy, quien disfrutaba de las tareas diarias más mundanas, como rastrillar el jardín o arreglar las cañerías. Y David, de pocas palabras y adicto a los programas de telerrealidad, se pasaba frente a la pantalla noches enteras. También él mismo, nervioso e inquieto por naturaleza, se dejaba llevar por esa fase de adormecimiento pausado que traían las sensaciones de haber cometido un asesinato violento. Richie solía leer viejos libros de magia negra, conducir por Los Ángeles escuchando *heavy metal* o meterse en la cama con Hollie para dar rienda suelta a la excitación que se le acumulaba en el cuerpo.

Pero Henry no hacía nada de eso. El pequeño aprendiz de asesino se movía por la casa como un ratoncillo inquieto, los ojos dispares mirando a todas partes —especialmente a Hollie, cuando esta se decidía a abandonar la habitación— y la voz estridente que buscaba una falsa complicidad en sus compañeros. Y Richie sabía que lo hacía para cubrir sus errores y su propia falta de valor. Veía cómo se

intentaba acercar a Gacy y este lo despachaba con un gruñido. O cómo pretendía entablar conversación con un Ed que lo repelía. El único que lo soportaba a ratos era David, y el único motivo por el cual lo toleraba se debía a que el propio David era suficientemente inseguro como para mandarlo a la mierda de una vez por todas.

Aquella actitud, y también la falta de cumplimiento por su parte, estaba empezando a poner nerviosos a todos.

—¿Qué dirá tu Señor Oscuro cuando sepa que el mequetrefe de Lucas no está haciendo lo que le toca, Ramirez? —le confrontó un día Gacy—. Porque supongo que sabes que esa ropa que trae manchada de barro y sangre no es de verdad. Se ensucia él mismo. Lo seguí una noche por Culver City. El muy majadero se metió en un estanque y se pasó quince minutos intentando atrapar un pez o un pato o yo que sé qué coño intentaba pillar.

—Joder.

—Sí, exacto. Joder, Ramirez. ¿De todos los imbéciles que hay en las cárceles del país tenías que ir a por Henry Lee Lucas?

—Cuidado con ese tono —advirtió Richie—. No hace falta que te recuerde quién manda aquí, Poguito.

—Tienes a un retrasado mental matando patos para volver aquí con sangre en la camisa. Te está engañando. A ti y a todos nosotros.

—¿Te crees que Satán no lo sabe?

—¿Y por qué lo permite? ¿Está esperando a que aprenda a ser un puto asesino de verdad o qué?

Richie ignoró aquellas preguntas de forma deliberada. Porque en realidad Henry Lee Lucas no estaba ahí para convertirse en lo que ellos eran. Eso nunca ocurriría. Siempre sería un farsante. Pero no tenía intención de contar —y mucho menos al incendiario de Gacy— el verdadero motivo por el que conservaba a Lucas en la casa Bither.

Aunque admitía que su presencia y su comportamiento también lo ponían de los nervios. Tenía que hacer acopio de toda su paciencia, que no era demasiada, para no pegarle una jodida paliza y dejar su cuerpo tirado en una cuneta cualquiera de la interestatal más próxima.

«Recuerda lo que el Ars Daemonum te reveló en la Noche de los Muertos. Recuerda lo que puedes conseguir. Recuerda a quién esperas que Satán te traiga».

Ese pensamiento lo mantenía centrado. Richard se movió por la casa como un animal enjaulado, sabiendo que el periodo de enfriamiento estaba llegando a su fin y que pronto iba a necesitar salir de nuevo a las calles. En cualquier otra ocasión se hubiera desahogado con Hollie, pero esta no estaba en aquel momento y apenas recordaba si la chica le había indicado a dónde se había largado. Últimamente le permitía pasar tiempo fuera de casa y no sabía en qué empleaba las muchas horas ociosas que tenía. De vez en cuando todavía la

encerraba para que no olvidase quién mandaba sobre su vida, pero, siendo sincero consigo mismo, le daba por completo igual lo que hiciera o dejara de hacer Hollie.

Cada vez la toleraba menos.

Un par de días antes se había encendido de rabia al verla tomar el sol en bikini, en el patio trasero. La había abofeteado ante la mirada atenta de Henry Lee Lucas, que había espiado a la muchacha desde detrás de las cortinas de la cocina con la mano dentro de los pantalones.

—¿Eres imbécil? ¿Qué haces exhibiéndote así cuando vives con un puñado de cabrones hijos de puta?

—Los cabrones hijos de puta con los que tú me obligas a vivir.

Le pegó otro bofetón que hizo que los ojos castaños de Hollie se inundasen de odio. Un odio que a él le divertía y lo ponía cachondo.

—Vuelve dentro. Y no te pasees medio en bolas —le ordenó entre dientes. Hollie obedeció, pero no sin antes dirigirle una mirada de gata rabiosa.

Se encerró en el dormitorio usando el pestillo que él mismo, cumpliendo con su promesa, le había instalado a la chica para que se sintiera más protegida en la casa.

El grimorio seguía ahí, bien escondido bajo un tablón suelto. Y la página en blanco con la estrella de cinco puntas dibujada continuaba intacta. Las palabras no habían vuelto a aparecer, aunque Richie las recordaba, una por una, a la perfección.

«Un alma maldita a cambio de otra» rememoró, con los ojos fijos en aquella página. La sangre, su sangre, se había vuelto oscura y desvaída. «Entrega al Oscuro un alma que él reclame y, a cambio, tendrás en tu poder la que tú desees».

Solo había un alma maldita que Richie anhelase para sí. Solo había existido una persona en el mundo que él hubiera realmente admirado y venerado. Deseado superar en maldad y vileza. Y si Satán se la entregaba bajo su control… sería imparable. Imaginó el derramamiento de sangre, el rastro de cadáveres destripados que él y el alma maldita bajo su poder dejarían a su paso. Las vidas sacrificadas al Oscuro, los gritos perdidos en la noche, un dolor que no tendría final; ambos estarían más allá del bien y del mal.

Tras ese último ritual ya no necesitaría el grimorio. Ni siquiera precisaría esconderse cuando el pacto con Satán terminase. Su alma quedaría para siempre ligada al alma reclamada. Sería infinito. Invencible. Inmortal.

Unos golpes en la puerta cerrada lo molestaron, irrumpiendo en sus fantasías.

—Soy yo —la voz de Hollie lo irritó sobremanera, pero dejó el grimorio sobre la cama y deslizó el pestillo para que la chica pudiera

acceder al dormitorio.

—¿Qué haces encerrado?

—¿A ti qué te parece que hago?

—¿Consultas algo en el *Ars Daemonum*?

—¡Cállate y cierra la puta puerta! —se exasperó Richie. Devolvió el libro a su lugar secreto justo en el momento en que percibía el sonido de la puerta al cerrarse. Luego se volvió hacia la chica—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no hables del grimorio con esa panda de gilipollas cerca?

—Perdona.

Richie se pasó la mano por el cabello, inquieto, nervioso. Tenía que salir de ahí. Lo necesitaba. Les daría la orden de volver a matar y ellos obedecerían, y Satán estaría complacido de nuevo. Sería un paso más hasta el pacto final que acabaría con todo.

—¿Buscabas algo en el libro?

—Puede.

—Creí que el grimorio tenía que pasar a su siguiente dueño cuando tú ya no lo necesitaras.

—¿Y quién te ha dicho que yo ya no lo necesito?

La chica se encogió de hombros.

—No sé. Ya tienes tu pacto, ¿no? Y está funcionando. He visto los periódicos y las noticias. Vuestros nombres están en todas partes. Entiendo que eso es lo que estás haciendo aquí: sembrar el terror en nombre del diablo. ¿Me equivoco?

Sintió la tremenda tentación de volver a cruzarle la cara cuando se fijó en el vendaje que Hollie llevaba en el tobillo izquierdo.

—¿Qué te ha pasado ahí?

—Oh. —Se sonrojó ella—. Quería hacerte un regalo adelantado de cumpleaños.

—Faltan más de dos meses para mi cumpleaños.

—Por eso he dicho adelantado… —Hollie sonrió, inclinándose sobre el vendaje y empezando a deshacerlo.

Los ojos de Richie se detuvieron en el escote que aquella posición delataba, así como en la longitud de sus piernas. Nunca se le había pasado por alto que Hollie vestía tal como a él le gustaba: como una pequeña prostituta adolescente. Incluso en el frío de Nueva York la chica había ido por ahí con pantalones cortos ajustados y camisetas estrechas.

Cuando terminó de retirar la venda levantó el pie y lo colocó sobre la cama, con el empeine levantado, curvado sobre los diminutos dedos cuyas uñas ella se había pintado con esmalte negro. Tan sensual y femenino como solo un pie de mujer podía serlo.

Richie sintió el familiar tirón de una erección.

—Esto es para ti, Acosador Nocturno —ronroneó Hollie.

Richie no supo a qué se refería hasta se fijó en el tatuaje recién hecho que decoraba su bonito empeine: un pentáculo invertido de irregulares líneas oscuras. Miró a la chica, sin saber qué decir. Tenía la garganta seca y una rigidez en la entrepierna que amenazaba con explotar de un momento a otro.

La imagen de aquel tatuaje en la blanca piel de Hollie era subyugador.

—No es cualquier estrella satánica —lo informó ella—. Es la que te dibujaste en la mano en uno de tus juicios. Exactamente la misma. Para que sepas que siempre seré tuya. En tu maldad y en todo el daño que quieras hacerme. En nombre del Señor Oscuro, al cual sirves, soy tuya.

—Ven aquí —ordenó él con la voz rasposa.

Cuando pasó la lengua por aquel dibujo grabado en su honor y notó el sabor de la tinta y de la sangre que aún supuraba, pensó que nadie había ido tan lejos por devoción a él. Nadie había mostrado tal lealtad, tal sometimiento. Tal extraño y retorcido amor.

Era una lástima que Richard Ramirez hubiera renunciado al amor tiempo atrás. Y también era una lástima que Hollie Randall tuviera que morir para comprenderlo.

Capítulo 42

El tatuaje había sido un acierto. Desde que se lo había hecho, Richie no la había vuelto a abroncar ni tampoco humillado frente al resto de habitantes de la casa. Él había vuelto a acariciarle la mejilla y a susurrarle que era una buena chica cuando le arrancaba la ropa interior y se deslizaba entre sus piernas. La herida del pecho, aquella que Richie sentía predilección por rajar de nuevo una y otra vez y que jamás terminaba de cicatrizar en la piel dolorida de Hollie, empezaba a curarse.

Y su humor, pese a verse obligada a convivir con asesinos, había cambiado. Salía más de la habitación e incluso se había animado a cocinar algo decente en la vieja cocina de la casa Bither. El pesar que habían albergado aquellas paredes ya no la afectaba tanto como al principio.

«Una se acaba acostumbrando al mal», se dijo, sorprendiéndose a sí misma después de saludar a John una mañana y de ofrecerse a hacerle la colada con una sonrisa dispuesta.

El Payaso Asesino le había devuelto una mirada confusa, sin saber qué responder. Era la primera vez que se dirigía a él de forma más o menos amigable. Incluso se había sentado al lado de David para ver algún programa de televisión, aunque este no parecía demasiado cómodo en compañía femenina. Ed le contó luego que David tenía problemas para relacionarse con las mujeres y que eso lo perturbaba desde jovencito.

—Harías bien en dejarlo en paz. Es un tipo solitario.

—¿Acaso no lo sois todos?

—Tienes razón —admitió Ed con una sonrisa—. Lo que ocurre en esta casa, esta unión pasajera, es completamente antinatural.

—¿Y lo mío con Richie también lo es?

—Eso solo puedes determinarlo tú.

Ella metió una de sus uñas entre los huecos de la madera de la mesa de la cocina y sacó algunas migas que luego fue acumulando en una pequeña montañita.

—A veces creo que sí, lo es.

Ed no dijo nada. Le gustaba hablar, pero también escuchar. Y Hollie no era muy dada a comunicarse con nadie que no fuese Richard.

—A veces pienso que no puedo vivir sin él, sin lo que me da. Y otras me digo que esto, lo que siento por Richie, acabará conmigo. No

sé a cuál de las dos Hollies debería hacer caso: si la que me repite que nunca me sentiré tan protegida como junto a Richie o la que me intenta convencer de que huya ahora, antes de que sea demasiado tarde. Porque sé que me esconde cosas. Cosas terribles. No las que hizo hace años como el Acosador Nocturno. Esas las conozco, más o menos. Tampoco me refiero a lo que está ocurriendo aquí, en esta casa. Hay algo más que no me cuenta.

—Sabes que no puedo hablar de esto contigo, o Rich me clavará un cuchillo en la garganta.

—No es verdad. Te considera un amigo. Un igual.

—Un amigo, quizá sí. O lo más cerca a lo que alguien como él y como yo pueda considerar amigo —suspiró Kemper, sentándose frente a ella e imitando su gesto de rascar entre las grietas de la mesa—. ¿Un igual? Eso nunca.

—¿No? —No pudo esconder su sorpresa—. ¿Por qué no? ¿Es porque asesinaste a menos gente que él?

Ed negó con la cabeza.

—Para Rich nunca fue una cuestión de números. La cantidad jamás le importó. Lo que él admira es el estilo. La herencia que dejas. La fama que te creas. La leyenda que te envuelve. Por eso admira a…

—Jack el Destripador.

—Y Jack no fue demasiado prolífico. Pero sí escandaloso y terrible. Eso es lo que a él le deslumbra, lo que desea para sí mismo: ser el asesino en serie más escalofriante de la historia. O al menos, del país, ya que no puede superar el misticismo de Jack el Destripador.

—¿Y lo es? ¿Es el peor?

Kemper se encogió de hombros.

—Siempre hay alguien peor que tú. Más extremadamente cruel. Más malvado.

—¿Quién? ¿De quién hablas?

—De alguien que Rich no ha podido reclutar para esta causa. Porque ya está muerto.

—¿Quién? —insistió la chica bajando la voz a pesar de que en aquel momento no había nadie más que ellos dos en la casa Bither.

—Ted Bundy —reveló Ed en el mismo tono conspirador.

—¿Y ese quién es?

El Asesino de las Colegialas dejó ir una risa incrédula ante el desconocimiento de la chica.

—Caramba, Hollie, para estar saliendo con un *serial killer* sabes muy poco de todos nosotros.

—Nunca encontré a nadie que me interesara más que Richie.

—Ya. Algún día tendrás que contarme qué viste en él. Además su evidente encanto físico, claro.

Hollie lo ignoró.

—¿Quién es ese Ted?

—Alguien a quien Rich nunca podrá superar en fama. Ni siquiera sobre la que despertó entre sus seguidoras. Estoy seguro de que el bueno de Ted recibió muchas más cartas apasionadas que Rich.

—Lo dudo mucho.

Ed se inclinó más sobre la mesa.

—Piénsalo, Hollie. Ted mató docenas de chicas y no dejó ninguna viva, al menos no de forma voluntaria. Richard se permitió perdonar vidas, un grave error que Ted no cometió.

—Pero…

—Ted estuvo muchos años en activo asesinando por todo el país. A Rich lo atraparon en unos pocos meses. Ted escapó dos veces de la cárcel, sin ayuda de Satán ni de libros de magia negra.

—¿Crees que Richie le teme?

—No. Está muerto, como te dije. Lo frieron en la silla eléctrica hace ya unos años. Pero si hubiera estado vivo… dudo que Rich hubiera ido a por él. Hay jerarquías en todo, Hollie. También entre nosotros.

—Pero fuimos a por Jeffrey Dahmer. ¿No es él uno de los *grandes* en esa jerarquía vuestra?

—¿Así que a Jeff sí lo conoces?

Hollie enrojeció. No quería contarle a Ed que el único motivo por el cual conocía las andanzas de Dahmer se debía a que Richard la había obligado a deshacerse de un cadáver tal y como lo había hecho el Carnicero de Milwaukee.

—Más o menos, sí —respondió, esquiva.

—Bueno. Dahmer no es Bundy. Le gustan los chicos y es un caníbal. Digamos que es otro estilo. Nunca podría ensombrecer la fama de Richard. Ted, en cambio, sí podría.

Hollie no dijo nada. Ed tampoco. Se levantó en silencio, le apretó un hombro con cierto cariño y se puso a preparar café para ambos. Ella lo observó. Su corpulencia exagerada en aquella estrecha cocina le hacía parecer un gigante trasteando en una casa de muñecas. Fuera de lugar, pero hábil y de gestos seguros.

Quiso saber más sobre ese tal Ted, aunque en el fondo sabía que no importaba. Estaba muerto, ¿no? Y además, ¿de qué le iba a servir esa información? De absolutamente nada.

—Ed —lo llamó ella.

El sonido de la cafetera se coló entre ambos cuando Kemper se volvió y se apoyó en la encimera para mirarla.

—¿Sabes lo que vi en Richie? Una vía de escape.

—¿De tu padre? —averiguó enseguida Ed.

—Sí. Yo no me veía capaz de… de hacer el trabajo sucio.

—Si la situación es suficientemente desesperada, todos somos capaces de hacer lo que nunca creímos capaces de hacer, Hollie.

A ella le gustaba el tono amable de Kemper, y la forma en que pronunciaba su nombre, como lo haría un hermano mayor con su hermanita pequeña. A veces se le olvidaba que había asesinado chicas muy parecidas a ella. Y se le olvidaba porque, en realidad, Ed era el único con el que podía tener conversaciones reales en aquella casa. John la ignoraba, Henry la espiaba, David la evitaba y Richie… Richie solo la buscaba para echar un polvo.

Sí, el tatuaje había sido un acierto y su efecto embriagador sobre Richard había durado unos cuantos días. Hasta que ese ansia errática y nerviosa que lo poseía cada cierto tiempo había regresado a él.

—¿Sales esta noche? —le preguntó a Richie al ver que se ataba las zapatillas deportivas y se cubría la espalda con la chupa de cuero—. He preparado macarrones con queso.

—Sí, salgo —respondió él, de nuevo evasivo, furtivo y poco dado a explicaciones.

Hollie supuso que necesitaba matar de nuevo. Ya había aprendido a adivinar sus cambios de humor. Cuando regresaba de una de sus incursiones nocturnas lo hacía excitado y pletórico, repleto de una energía visceral que arrastraba también a la propia Hollie. Una vez desahogado, Richie se iba sumiendo progresivamente en su propio mundo de fantasías, un mundo en el que ella ya sabía que poca cabida tenía, hasta entrar en un periodo de extraña oscuridad que lo envolvía durante días. Tras esa fase regresaba el ansia de repetir el ciclo. Matar, regodearse en el recuerdo, fantasear con repetirlo, las tinieblas de su mente nublada y, al fin, la determinación de volver a hacerlo, de mejorar el asesinato, de hacerlo durar más y de atesorar más gritos, más sangre, más crueldad.

—No vuelvas muy tarde —dijo, sonando de forma tan inútil como patética.

Como si él no fuera a regresar cuando le diera la real gana.

Los Ángeles siempre había sido su particular jungla, y Richard, uno de sus más peligrosos depredadores. Adoraba las noches solitarias conduciendo a través de la ciudad de las estrellas, escuchando cintas de Billy Idol y ZZ Top, y ni siquiera la promesa del sexo seguro en brazos de Hollie iba a hacerlo volver antes al lugar que de ninguna forma podían llamar hogar.

Richie no contestó. Ni siquiera la miró cuando salió por la puerta y abandonó la casa. Lo último en que pensaba al prender el motor del Buick era en Hollie y en cómo podría sentirse la chica. Si alguna vez le había importado su desesperanza, eso ya había quedado atrás, en las carreteras interestatales que habían recorrido juntos.

Lo que ahora le importaba era la sensación de opresión que sentía en el pecho, así como las palabras viciadas que Satán vertía en su oído. La bilis que se le giraba en el estómago y la saliva agria que se

acumulaba bajo su lengua.

Porque podía presentirlo: el fin se acercaba, el pacto estaba llegando a su culminación. Le habían ofrecido al Oscuro sangre, caos y dolor en cantidades ingentes y variadas: los disparos mortales de David, los adolescentes violados de John, las autoestopistas decapitadas de Ed. Las familias destrozadas que él mismo había dejado en casas de Boyle Heights, Monterey Park, Burbank, Monrovia, Glendale, Sun Valley. Los titulares en la prensa, el pánico de un país entero al no comprender cómo cuatro de sus peores *serial killers* habían regresado de la muerte para aterrorizar California, sin que la policía tuviera ni una sola pista de sus respectivos paraderos. Sí, el diablo estaba bastante satisfecho con ellos. No así con Henry, claro, pero este tenía otro papel más importante en aquella partida. Y el juego estaba a punto de terminar para todos.

Eso significaba también que la protección del Oscuro estaba a punto de desaparecer y que Richard debía atar los últimos cabos antes de largarse del país para no regresar jamás.

Condujo hasta las familiares calles de Skid Row, donde había dado sus primeros pasos como ratero y donde la cocaína había fluido libre y salvaje a través de sus venas, hasta que él mismo se había dado cuenta de que las drogas lo debilitaban y lo volvían desmañado. Desde esa revelación, aparte de algún porro aislado, tragos de cerveza y bourbon, se había mantenido sobrio. Satán no quería ineptos yonquis de su lado. Y Richie hacía tiempo que había dejado de ser un drogata inútil que no planificaba sus delitos.

En San Quintín había gastado infinidad de horas vacías en reflexionar sobre los errores que le llevaron a ser detenido: las huellas dactilares en las ventanas, la pisada de la zapatilla Avia en el jardín, los testigos vivos que le habían visto la cara y escuchado la voz. Ni siquiera el Oscuro había podido evitar esas equivocaciones que habían conducido a la policía de Los Ángeles hasta su verdadera identidad.

Esta vez no le ocurriría lo mismo. No lo iban a atrapar. Su huida estaba planeada. Conocía la ruta hasta México. Los lugares en los que pasaría desapercibido. La manera en que debía volar bajo el radar para que nadie reparara en él. Cómo usar el dinero de forma que pudiera vivir largo y tendido sin necesidad de dar un golpe en meses. Y precisamente por ese motivo, esa noche iba a visitar a un viejo amigo de sus días de ladrón en Skid Row.

Después de eso, estaría casi listo para largarse y esfumarse de una vez y para siempre.

Intersección: Peter y Barbara Pan

It was a night, L. A. burning bright
Oh what a night
Billy Idol - *Shock To The System*

—Eh, Pérez.
—¿Qué onda, chingón?
El viejo ladrón rondaba por su lugar habitual, junto a la estación de autobuses de la Greyhound, listo para robar alguna que otra cartera al primer imbécil que se bajase con los ojos llenos de esperanza al pisar la ciudad de las estrellas.
Conocía a Jesse Pérez desde mis primeros días en Skid Row. Había sido condenado por homicidio en segundo grado, por haberle clavado un cuchillo a un tipo durante una pelea de bar en Texas. Conducía taxis ilegales para los turistas, y de vez en cuando traficaba con hierba. Nadie sabía con precisión su edad, aunque debía de rondar los sesenta años. Los dientes podridos y los círculos morados bajo sus ojos no contribuían a su buena fama, pero la verdad es que la mayoría de habitantes del centro de Los Ángeles teníamos un aspecto igualmente desastroso. Yo incluido.
Cuando esa tarde, justo antes de abandonar la ciudad, me acerqué a él, poco me imaginaba que Pérez sospechaba que yo era el Acosador Nocturno. Quizá fue de los primeros que relacionó las pistas y llegó a la conclusión de que el asesino que aterrorizaba L. A. era el mismo joven con el que de vez en cuando intercambiaba una pequeña charla en su español nativo. La siguiente vez que lo vería sería en la sala del juzgado del Departamento de Justicia de California, declarando en mi contra. Así fue como averigüé que esa tarde en la que yo robé un coche y me largué a San Francisco, Pérez contactó con la policía y aseguró que ese «Rick» que él conocía de Skid Row era el Acosador Nocturno del que tanto hablaban las noticias. Reclamó la recompensa que había sobre mi cabeza. Nunca la logró cobrar.
—¿Qué hace tanta policía aquí? —le pregunté.
—Ya sabes, la misma basura de siempre. Redadas y detenciones.
Pero no era la misma basura de siempre, por mucho que Pérez intentase disimular sus sospechas sobre mí.

Un sexto sentido se disparó en mi cabeza. La presencia policial siempre era habitual en Skid Row, pero hasta esa tarde jamás había visto a tantos maderos juntos haciendo preguntas. Me di cuenta de que uno de ellos llevaba mi retrato robot en la mano y se lo iba enseñando a un grupo de putas callejeras que negaban con la cabeza. La parte racional que habitaba en mí me aseguró que nunca me iban a atrapar con ese ridículo retrato —aún hoy me río cuando recuerdo ese dibujo de mierda—, y la otra, la irracional, me indicaba con luces de neón que era hora de abandonar Los Ángeles hasta que los ánimos caldeados de la ciudad se apaciguasen un poco. Así que me piré a San Francisco en un Mercedes robado.

Puede que aquel momento hubiera sido la oportunidad idónea para detener lo que estaba haciendo. El círculo policial se estrechaba, y yo lo sabía, pero… nunca cruzó por mi mente la opción de parar. Nunca. Era un asesino, un servidor del Oscuro, y siempre lo sería.

A última hora de la tarde llegué a San Francisco y me registré en el hotel Bristol de la calle Mason. En Tenderloin, mi distrito favorito. Uno que me traía recuerdos húmedos y calientes de una niña asiática que gritó en mi oído, y uno que ofrecía distracciones como sex shops, hoteles baratos, bares de mala muerte y salas de billar. Las calles de Tenderloin, al igual que las de Skid Row, estaban repletas de yonquis, putas, alcohólicos y maleantes. La clase de ambiente en el que yo me sentía más cómodo.

Fui a un *sex shop*, me hice una paja en una de sus cabinas, compré un poco de hierba, me fumé un peta, conduje a Chinatown, seguí a una vieja asiática hasta el interior de un edificio, la golpeé en la cabeza y la pateé en el estómago hasta que cayó hecha un desastre entre estertores de sangre y la dejé ahí, sin saber si estaba viva o muerta. Me daba igual. Me sentía de nuevo poderoso, entero y repleto de una energía nerviosa y brutal que complacía a Satán. Esa noche entré en una casa vacía, robé joyas y una videocámara. Volví al Bristol y dormí hasta el siguiente atardecer.

Al despertar, supe que necesitaba una nueva caza. Lo sentía en el cosquilleo de mis dedos y en la electricidad que se acumulaba en mi nuca, en la excitación que se concentraba en mi polla y en la saliva que se agotaba en mi boca.

Conduje hasta el distrito de Marina. Aparqué delante de la primera casa que encontré. Miré a la pareja de sexagenarios que dormía en el piso de arriba. A él le disparé en la sien derecha con la veinticinco. Murió al instante.

Ella se me resistió a pesar de su avanzada edad. Intentó luchar contra mí. Estaba aterrorizada, pero aún así lo intentó.

—Esto, zorra, te va a costar la vida.

Murió al igual que su marido, de un disparo. Si se hubiera estado

quieta y se hubiera mostrado complaciente, puede que hubiera visto la luz de un nuevo día. Pero eligió luchar. Y yo elegí su muerte.

Asalté la casa y me llevé todo lo que encontré de valor. Usé un pintalabios rojo para escribir en la pared del dormitorio *Jack The Knife*2 y dibujé un pentáculo en honor a aquel que me protegía una y otra vez.

«Maligno hasta la infamia, ni rastro de piedad».

Regresé a Tenderloin, incapaz de calmarme. Estaba tan cargado sexualmente que consideré la opción de colarme en otra casa, pero encontré una puta esquelética con la nariz partida y le pagué un par de dólares para que viniese conmigo al Bristol.

Me corrí en sus pies sucios entre gemidos y bocanadas de aire y saliva.

—¿Te gusta que te follen los pies?

—Me gusta siempre y cuando me paguen por ello.

Cuando se fue dormí veinticuatro horas seguidas.

Al día siguiente, todo San Francisco sabía que el Acosador Nocturno estaba en la ciudad. Les demostré que podía ir allá donde quisiera y seguir matando. Que podía saciar mi sed y mi sadismo en sus casas. Que nadie iba a estar a salvo si así lo decidía.

Leí las noticias de que los artículos de defensa y seguridad, tanto para el hogar como personales, se habían disparado en San Francisco, tal y como había ocurrido en Los Ángeles. Vi la conferencia de la policía y de la voz de la alcaldesa Feinstein, que añadió diez mil dólares a la recompensa por mi cabeza mientras decía:

—Alguien le está alquilando una habitación, un apartamento o una casa a este depravado asesino. Si saben quién es o lo han visto, por favor, contacten con las autoridades. Lo atraparemos. Y lo atraparemos muy pronto.

Me reí de ella cuando procedió a describir todas las pruebas y evidencias que tenían en mi contra. Algo que nunca se había filtrado a la prensa. La policía de L. A. debía de estar cabreadísima con Dianne Feinstein. Y eso me hizo reír todavía más.

—Estúpida zorra.

Me reí hasta que me di cuenta de que hasta aquel momento no había sido consciente de haber ido dejando tantas pistas reconocibles en mis asaltos. Unas horas después de la conferencia de Feinstein caminé hasta la mitad del puente Golden Gate. Bajo la luz del atardecer y el viento huracanado que siempre azotaba San Francisco, lancé las zapatillas Avia. La corriente era violenta y las vi desaparecer en las aguas oscuras de la bahía.

Me pasé los siguientes días fumando porros, durmiendo hasta tarde, escuchando *heavy metal* en el Mercedes, mirando pelis porno y jugando a los dados con un grupo de tíos que apostaban cerca de la

calle Mission.

Me aburrí enseguida de San Francisco. Era un coto de caza demasiado pequeño para mí. Así que el veinticinco de agosto regresé a Los Ángeles.

Seis días más tarde, todo acabaría para mí.

Por el momento. Yo caería matando.

Capítulo 43

Richard apenas podía creer que Jesse Pérez continuase vivo. Cuando lo encontró en el mismo exacto lugar que la última vez que lo vio ocho años atrás, justo antes de huir a San Francisco, sintió que el tiempo se había detenido en aquel nefasto día de agosto de 1985.

La sugestión que el Oscuro le había brindado para poder mantener su identidad bajo un halo de secretismo le había sido muy útil desde que había dejado San Quintín, pero en esta ocasión, para aquel reencuentro, prescindió de ella y se presentó tal cual era frente a los ojos del condenado viejo que le había ido con el cuento a la poli.

—¿Qué onda, chingón? —saludó, plantándose delante de aquella figura ruinosa y caída que mendigaba frente a la estación de la Greyhound.

Los ojos del vejestorio, ocultos por una capucha y fijos en el cenicero oxidado en el que recibía las limosnas que lo mantenían con vida, se fijaron primero en sus pies. Luego subieron por sus piernas, tan lentos como pesados. Su cuerpo empezó a temblar. No necesitó mirarlo a la cara para reconocerlo. Su voz grave que podía hablar en español con un profundo acento mexicano la tenía Jesse Pérez grabada a fuego en una memoria que cada vez le jugaba peores pasadas y que se iba pudriendo por el uso continuado de las drogas. Pero no lo suficiente como para no distinguir la característica voz del Acosador Nocturno.

—Rick —balbuceó el anciano.

Richie se agachó hasta su altura y lo agarró por el cuello de la sudadera roñosa.

—Hola, chivato mamón.

—No me hagas daño, Rick, no me hagas daño. Por favor.

—¿Sabes cuántas veces he escuchado esa misma súplica? Cientos de veces. En infinitas voces. —Le retorció el tejido hasta que este aprisionó la garganta del anciano, que permanecía paralizado y no podía apartar los ojos de una cara que pensó que solo volvería a ver en artículos de prensa—. ¿Y sabes cuántas veces ha funcionado?

—Nin-ninguna… Ten piedad, por favor, Rick.

—Me lo pensaría si tuvieras un par de tetas y un coño entre las piernas, pero resulta que eres una rata de cloaca que me delató y que testificó en mi contra. Dime, Jesse, ¿conoces la ley de la cárcel?

—¿La ley de la cá-cárcel?

—Verás, he pasado ocho putos años en San Quintín, y he aprendido

unas cuantas cosas en mi tiempo a la sombra. Por ejemplo, sé lo que les ocurre a los chivatos que colaboran con la pasma.

—Yo no…

—No se vende a un hermano de la calle, Jesse. Yo lo sé. Tú lo sabes. Hasta el último puto yonqui de Skid Row lo sabe. Y tú les fuiste con el soplo a la poli y los ayudaste a meterme en el talego.

—¡Te hubieran atrapado igual! Tenían pruebas de sobra para condenarte.

—Entonces, ¿por qué me delataste?

—Necesitaba el dinero. Mi parienta estaba preñada y a punto de dar a luz. No teníamos dónde vivir.

—Y una puta mierda, la parienta. Eres un viejo decrépito al que no se le levanta la polla de tanta heroína que te metes por las venas. Ni mujer preñada ni hostias.

—¡Te lo juro, Rick! ¡Te digo la verdad!

Los ojillos asustados de Jesse empezaron a buscar ayuda en cualquiera que pasase por allí. Pero nadie, ni una sola de las personas que salían y entraban de la estación de autobuses parecía poder identificar a Richie. Ni siquiera se fijaban en que un tío vestido de negro mantenía agarrado por el cuello a un inofensivo y raquítico mendigo.

Richie comprendió sus intenciones.

—Buscar ayuda no te servirá de nada. Podría dejarte vivo y que fueses a la poli otra vez y no te serviría de nada. Soy intocable, Jesse.

—Rick… No me hagas daño, te lo suplico. Tengo un crío que depende de mí. Mi mujer es adicta, se prostituye ahí, en la esquina de la calle Winston. Si quieres te la chupará o se dejará encular en compensación por…

—¿Crees que necesito que una puta yonqui con gonorrea me haga un favor? Ya no soy el mismo que conociste hace ocho años.

—Pues entonces el niño. Quédate con el niño. Vivimos justo al lado, en un almacén abandonado. Ven conmigo, te follas al crío y estamos en paz.

—Puta miseria —masculló Richie, escupiendo al suelo.

«Puta miseria de Skid Row. Puta miseria de vida. Puta miseria de gente».

—Te diré lo que vamos a hacer, chingón. Vamos a ir a ese asqueroso almacén tuyo al que llamas casa y me vas a presentar a tu familia. Luego, saldrás a conseguir algo que necesito mientras yo me quedo con tu mujercita y tu hijo. Si no haces lo que te digo los mataré a los dos y luego te sacaré los ojos a ti. ¿He hablado claro?

—Sí, sí. Lo que tú quieras, Rick.

—Pues andando. No tengo todo el puto día.

El viejo se puso en pie, aún tembloroso y echando miradas furtivas

por la calle, quizá buscando un coche policial. Pero Richie sabía, al igual que él, que la pasma había abandonado las calles de Skid Row a su suerte desde hacía décadas. La posibilidad de encontrarse con la ley a la vuelta de la esquina era ridículamente baja.

Al menos Jesse Pérez no le había mentido en referencia al almacén que él y su mujer habían ocupado de forma ilegal. Estaba justo en la calle Ducommun, a escasos minutos de la estación, y no tardó en descubrir que tampoco le había engañado respecto a su mujer. Tenía un aspecto espantoso, aunque no podía tener más de treinta años, pero aparentaba la misma vejez que el propio Jesse. Esquelética, con los brazos cubiertos de costras a medio curar y las ojeras cubriendo su rostro.

Puede que en su otra vida Richie hubiese pagado por estar con tías tan caducas como aquella, pero ya no necesitaba rebajarse tanto. El Acosador Nocturno tenía a un puñado de jovencitas sanas y de clase media dispuestas a todo por ponerse de rodillas y chuparle la polla.

—Ella es Shirlene.

La mujer ni siquiera lo saludó y él tampoco lo hizo.

—Me importa una mierda como se llame la zorra. ¿Dónde está tu hijo?

—En el colegio. Volverá en una hora.

—¿En el colegio, Jesse? Son las jodidas siete de la tarde.

Richie le pegó una patada al anciano y este se quejó, agarrándose el estómago justo donde la zapatilla deportiva se le había clavado con saña.

—¡Vale, vale, está trapicheando por ahí!

—Joder… —Richie se pasó la mano por el pelo—. ¿Qué edad tiene el crío? ¿Siete, ocho años? ¿Y ya lo tienes por Skid Row pasando material?

«Supongo que siempre hay padres peores que Julián Ramirez», se dijo.

—Sea como sea, me trae sin cuidado. Lo que vas a hacer en este mismo momento es salir a la calle y conseguirme un pasaporte falso. ¿Me has escuchado bien?

—¿Un pasaporte falso?

—Sí, un condenado pasaporte falso a nombre de Ricardo Leyva. Sé que era uno de tus variados talentos. Fijo que aún tienes ese tipo de conexiones en Skid Row. Y si no es así, vas a tener que espabilar, porque pienso quedarme en tu *hogar* hasta que vuelvas con lo que te he pedido. Recuerda lo que pasará si no lo haces.

Richie sabía que con toda probabilidad al cabrón de Pérez no le importaría demasiado si asesinaba a Shirlene y al crío, pero desde luego no querría perder sus ojos. La vida ya era suficientemente dura en Los Ángeles para un tío como él. Si lo dejaba ciego su esperanza de

sobrevivir se acortaría de forma miserable.

—Voy a necesitar uno o dos días.

—Tienes hasta que salga el sol.

Jesse salió escopeteado del almacén y lo dejó a solas con una Shirlene que iba ciega de *crack* hasta las cejas y que apenas podía mantener los ojos abiertos. Estaba tirada en un sofá rajado y luchaba por mantener la cabeza en su sitio. Richie se sentó a su lado, colocó un pie sobre la rodilla izquierda y encendió un cigarro.

Shirlene lo miró y tartajeó:

—Cinco pavos y te hago una paja.

—¿Cinco pavos? —rio Richie, atrapando el cigarrillo entre los dedos.

—Esa es la rebaja por ser guapo.

—Afortunado de mí.

—Por diez dejo que me quemes ese cigarro en la cara.

—Qué tentador.

Consideró apagárselo de todas formas en el interior de los labios cuando entró un niño en el almacén y se detuvo ahí, desconfiado de su presencia.

—Tú debes de ser el crío de Jesse.

—Mi madre no trabaja en casa. Si te la quieres zumbar tienes que hacerlo fuera, en el callejón de atrás —le soltó el niño en vez de presentarse.

Richie soltó una carcajada.

—¿Cómo te llamas, chaval?

—Todo el mundo me conoce como Ratboy[3].

—Muy apropiado. Tu padre me ha dicho que traficas con buen material. ¿Tienes hierba?

—La mejor de Skid Row: Acapulco Gold traída desde México —lo desafió el crío, con una mirada de rata callejera que Richie conocía demasiado bien. Él la había lucido también desde muy joven, en las calles de El Paso, y por un momento pudo reconocer en Ratboy al Richard que había huido de las palizas de su padre y había dormido en cementerios, espiado mujeres desde las ventanas y ganduleado con el primo Mike.

Se sacó un billete de veinte del bolsillo de atrás del vaquero y se lo alargó al niño.

—Veamos si es tan buena como dices. Me espera una larga noche aquí, contigo, así que más vale que seamos colegas, chaval.

Ratboy le cogió el billete al vuelo.

—¿Y mi padre?

Se acercó cauteloso al sofá en el que su madre ya estaba perdiendo la consciencia y le entregó a Richard una bolsa transparente llena de marihuana.

—Tu padre —dijo Richie, abriendo la bolsa y aspirando el profundo olor a hierba— tiene que hacerme un favor. Me lo debe desde hace ocho años. Y mientras tú, tu encantadora madre yonqui y yo lo esperaremos aquí.

Ratboy asintió. Como buen niño criado en Skid Row, conocía las leyes de la calle. Posiblemente mejor que el mierda de su padre. También sabía reconocer al instante a quien era un peligroso hijo de puta al que convenía no hacer enfadar si querías salir vivo de ese encuentro.

Por desgracia para los Pérez, a aquellas alturas del juego Richie ya había aprendido todas sus lecciones.

Capítulo 44

—¿Por qué lloras?

La voz con un cerrado acento la sobresaltó.

No se había acordado de echar el pestillo, como hacía cuando Richie dejaba la casa y ella se quedaba ahí, sola y abandonada, y olvidada por el mundo entero. Ni siquiera había percibido el sonido del pomo al girar ni de la puerta que se había abierto lo suficiente para dejar entrar una cara que la hizo estremecer.

—Vete —le dijo a Henry.

Este no se fue. Pero tampoco entró.

—Te oigo llorar por las noches.

—No es verdad.

—Sí lo es.

—Se supone que por las noches os largáis todos por ahí, a hacer lo que Richie os ordena.

—Sí. Pero a veces vuelvo.

—¿Como hoy?

—Sí.

Henry no se había movido del quicio de la puerta y Hollie pensó que su cabeza, alargada y con un pómulo más caído que el otro, parecía flotar en la oscuridad. Así que alargó la mano y encendió la lámpara de la mesita de noche, en la que había apoyado la foto de Richie en Times Square para mirarla mientras esperaba su regreso cada amanecer en que él desaparecía.

La luz pareció funcionar como una invitación para Henry Lee Lucas, que se animó a poner ambos pies en el interior de la habitación. Hollie corrió a secarse las lágrimas y a taparse con la sábana todo lo que pudo. Se sintió demasiado expuesta y desnuda con su fino pijama que apenas cubría nada. Y los ojos de Henry, incluso el que era de cristal, parecían ser capaces de traspasar todos los tejidos que pusiera entre ellos y su piel.

—Yo también lloraba mucho. De pequeño.

Con la iluminación artificial el rostro de Henry aún parecía más horroroso, con aquel ojo falso de párpado desinflado. Y aunque era bajito y su espalda se encorvaba, a Hollie le pareció que aquellos brazos largos, desproporcionadamente extensos para su poca estatura, podrían atraparla y romperle todos los huesos.

—Vete —volvió a rogar.

Recordó que estaba a solas en la casa Bither con alguien tan

inestable como Henry Lee Lucas, quien llevaba persiguiéndola con la mirada desde hacía semanas por cada rincón. Se echó a temblar.

—Lloraba mucho de pequeño —repitió Henry, ahí parado en su dormitorio. Le empezó a vibrar el párpado del ojo de cristal—. Cuando mi madre me pegaba y me hacía vestir como una niña. Una niña bonita. Aunque no tan bonita como tú.

De pronto un agrio olor a alcohol invadió la habitación. Un tufo horrible que se mezclaba con el aliento maloliente de Henry. Hollie sintió arcadas que le subían por la garganta y se le hacinaban en la boca.

—Si me tocas, Richie…

—Tu novio no está aquí.

—Volverá en cualquier momento.

—No. Él no regresa hasta que sale el sol.

Henry Lee Lucas se acercó más. Hollie bajó de la cama y retrocedió. La mirada grotesca del hombre se clavó en sus piernas expuestas. Ella pensó en lo estúpida que había sido al vivir en una casa habitada por cinco asesinos en serie sin un cuchillo bajo la almohada con el que poder defenderse.

—Se cree que soy un tonto, que no estoy a su altura…

«Por supuesto que no lo estás», se dijo Hollie, con los últimos retazos de tozuda lealtad hacia Richie palpitando en un corazón que se le iba desbocando segundo a segundo.

—Pero soy yo el que se ha quedado con los movimientos de todos. Las rutinas. Y él, tu querido novio, no vuelve nunca hasta el amanecer. Siempre es el último en regresar a casa. Siempre.

Hollie quiso negarlo, pero no podía. Henry decía la verdad. Y tampoco se le ocurría qué mentira usar para asustarlo y apartarlo de ella. Ignoraba con qué disfrutaba Henry, pero había algo universal que podía utilizar para salir con vida de aquel encuentro. Así que recurrió al mismo instinto de supervivencia, sumiso y complaciente, que la había mantenido con vida cuando sufría las violaciones orales de Benton Randall.

—¿Qué quieres que haga?

—Quítate la ropa.

Buscó con los ojos en la oscuridad del pasillo, deseando que apareciera cualquiera de los otros para ayudarla. Pero la casa estaba silenciosa. Vacía. Abandonada a su suerte. Como ella.

Una llama rebelde que ardía dentro de ella la instó a negarse. La cordura la obligó a obedecer, tal y como siempre había obedecido al padre que había abusado de ella desde niña. Y eso fue lo que hizo.

Deslizó los finos tirantes de su pijama por los hombros hasta que la fina tela cayó y se acumuló en su cintura, dejando ambos pechos al descubierto.

—Todo.

¿Había dejado de llorar en algún momento? ¿Se le terminarían las lágrimas esa noche, bajo la sucia mirada de Henry, que se había sacado un pene flácido y rodeado de canas y se lo sacudía con furia mientras ella se deshacía de cada pieza de ropa?

—Me gustan más gordas y con las tetas más grandes, pero… —soltó entre gañidos animales y sin dejar de meneársela.

Quiso fundirse con la pared junto a las lágrimas que bajaban por sus mejillas. O sea que ahora esta era su vida. La que había elegido junto a Richie. La que había conseguido sacándolo de la cárcel con el condenado grimorio, la que se había ganado pidiéndole que la salvase de Benton Randall. La que se había jurado que no volvería a ser objeto de tamañas humillaciones.

Mientras Henry intentaba conseguir una erección —sin conseguirlo— Hollie pensó en su amiga Kaya y en su padre, ambos muertos. Pensó en el puñado de cartas intercambiadas con Richie, que se había llevado consigo aún sin necesitarlo porque se las sabía prácticamente de memoria. Y pensó en el viaje en carretera, con el viento salvaje colándose por la ventanilla del Buick y revolviéndole el cabello a un Richard risueño y hablador que cantaba canciones de Billy Idol a pleno pulmón.

Y ahora estaba ahí, de pie, desnuda, llorando y temblando, mientras un asqueroso se la meneaba y gruñía como un condenado puerco. Y estaba harta. Harta de verdad de pasarse el día sola, de los desplantes de Richie, de las heridas que no se cerraban, de compartir una casa maldita con un puñado de cabrones asesinos. Tan harta que se le escapó un alarido que encerraba toda la rabia y se lanzó contra Henry con la cabeza por delante hasta que se empotró contra el estómago blando del asesino.

—¡Jodida puta! ¡Puta! ¡Puta! —chilló este, con los pantalones en los tobillos y sorprendido por el ataque.

No logró derribarlo del todo, pero sí desestabilizarlo lo suficiente como para lanzarse en una carrera frenética hacia la puerta. Hacia el pasillo. Hacia el exterior. Hacia la libertad. Al menos, así lo creía ella.

Pero Henry le atrapó el tobillo derecho y la hizo caer de bruces contra el suelo justo cuando había alcanzado el corredor principal de la cara. El suelo la recibió con toda su dureza contra la nariz y Hollie sintió que algo se rompía en su interior. Escuchó el crac de los finos huesos y luego el calor de la sangre que empezó a brotar por sus fosas nasales.

—¡Puta! ¡Puta! ¡Puta!

Notó las uñas sucias de Henry Lee Lucas en sus muslos y cómo él la obligaba a girarse para poder mirarla a los ojos al estrangularla. Se sentó en su pecho desnudo y le rodeó el cuello con dos manos que ella

siempre había pensado que eran escalofriantemente pequeñas, como las de un niño.

—No… —llegó a musitar, intentando lanzar patadas sin conseguir nada más que golpear el aire vacío de su alrededor.

—Él quería que asesinara. Nunca me dijo a quién.

La peste agria que rodeaba a Henry le provocó nauseas y un profundo mareo conforme él le aprisionaba con ambas manos, aumentando la fuerza que ejercía en su cuello. Notaba cada uno de esos dedos diminutos y regordetes contra los músculos de su garganta y pronto —demasiado pronto— comenzó a quedarse sin oxígeno. Entonces, se dio cuenta, con ironía, de que a Henry se le empezó por fin a poner la polla dura. La notó en su torso, junto al avinagrado olor del líquido preseminal que se desparramó pegajoso por su piel.

—Puta.

Cuando su conocimiento se deslizó por los callejones oscuros y tambaleantes que conducían a la muerte, Hollie se dijo que era una mala jugada del destino morir a manos de un asesino en serie tan patético y asqueroso como era Henry lee Lucas, y no de la mano de aquel que llevaba amando desde hacía tanto tiempo.

«Hubiera muerto en tus brazos y lo habría hecho con una sonrisa. Por ti, Richie. Siempre por ti», pensó antes de hundirse en la más impenetrable oscuridad.

* * *

—¿Qué te crees que estás haciendo, miserable?

Escuchó el grito entre las tinieblas pegajosas que envolvían su cuerpo. Lejano, muy lejano. Como una emisora de radio no bien sintonizada del todo que buscaba la emisora correcta.

De pronto notó cómo le quitaban el peso que aprisionaba sus pulmones maltrechos y cómo el aire volvía a correr libre por su garganta, dolorida y ensangrentada, pero todavía funcional.

—Hollie…

Nadie la llamaba así desde hacía meses. Nadie. Su nombre sonaba irreal. No parecía suyo. Pero lo era. Pero ya nadie se dirigía así a ella.

—¡Hollie!

Mentira. Sí había una persona que aún la llamaba por su nombre.

Al abrir los ojos se encontró con el rostro de Ed Kemper a escasos centímetros del suyo.

—Ed… —consiguió balbucear. Fue vagamente consciente de cómo el Asesino de las Colegialas se quitaba la chaqueta y se la echaba por encima, mientras le pedía perdón por rozarle la piel desnuda.

La alzó en brazos como si no pesara más que una pluma.

Comprobó que, en el mismo pasillo, David Berkowitz mantenía

reducido a un espantado Henry.

—Eh, niña. ¿Estás bien? —le preguntó David sin soltar a Lucas.

Era obvio que no del todo, pero más allá de la sangre de la cara y la degradación sufrida, no había nada grave a nivel físico que no pudiera solucionarse con unos pocos cuidados médicos. Al menos, así se lo repitió ella.

—Diría que sí.

—¿Te ha violado? —quiso averiguar Ed.

—No.

—Porque si lo ha hecho Richie lo va a destripar entero. ¿Lo sabes, no?

Hollie sintió toda la tristeza hacinada en su boca y mezclada con su sangre.

—Creo que Richie ya no haría nada de eso por mí.

«Hubo un tiempo en que si otro hombre me ponía un solo dedo encima él me lo ofrecía con las tripas sobre el linóleo y se arrodillaba ante mí para venerarme», recordó.

Pero ese tiempo había quedado atrás, en la carretera y en los moteles que habían compartido en siniestra complicidad.

—No digas tonterías. Cuando vuelva… —empezó a decir Ed. Hollie lo interrumpió.

—Me da igual. Quiero irme de aquí.

—No puedo dejarte ir.

—Quiero irme —repitió, tozuda.

—Hollie.

—Quiero irme de esta casa y de esta ciudad y lejos de todos vosotros.

—Si haces eso él… no podrás escapar de Rich. Nunca. Te perseguirá.

—Entonces tendré que matarlo —dijo, sin pensar.

Ed fue a replicarle, pero ella se deshizo de sus brazos y bajó al suelo, con aquella furia que nacía de la más pura humillación. Miró a aquellas tres figuras que la observaban en el pasillo de la casa Bither. Henry, con los pantalones bajados y de rodillas. David, que lo mantenía con los brazos detrás de la espalda y la mano sobre la cabeza. Y Ed, que simplemente ocupaba demasiado espacio en el estrecho corredor.

—Estoy harta.

El portazo con el que se encerró en su habitación hizo vibrar la construcción. Pasó el pestillo entre sollozos amargos. Luego buscó bajo la cama sin preocuparse de las heridas de la su nariz ni del pijama que había dejado abandonado en el suelo de la estancia. La sangre le goteaba por la cara sin parar.

No durmió ni un solo minuto en lo que restaba de noche.

Tampoco derramó más lágrimas.

Capítulo 45

Las salpicaduras de la sangre de los Pérez aún permanecían en su rostro cuando aparcó el Buick frente a la silenciosa casa Bither.

Era un amanecer anaranjado, de brisa oceánica y temperatura agradable, tan clásico de Los Ángeles. Uno de aquellos en que una luz que parecía sacada de una vieja película de cine lo inundaba todo antes de dar paso a un nuevo y anodino día.

Había sido una noche de espera —no especialmente divertida— en compañía de una yonqui inconsciente que balbuceaba incoherencias y de un crío que sabía liar buenos porros, el cual le había contado que apenas sabía leer, pero que le encantaba colarse en los cines pornográficos de las calles Broadway y Spring. Richie le preguntó si le gustaba dormir en cementerios, como a él, pero Ratboy negó enfáticamente con la cabeza.

—Es mucho mejor colarse en casas vacías y echarse una cabezadita con los colegas.

—¿Lo haces para evitar que el cabrón de tu padre te obligue a hacer mamadas, como a tu madre?

Ratboy se encogió de hombros y le pegó una calada al porro. Luego se lo pasó a Richie.

—Prefiero que me paguen por dejármela chupar.

—¿Qué edad tienes, Ratboy?

—Cumplí ocho en septiembre.

Fue a responderle y a devolverle el cigarrillo de marihuana cuando Jesse Pérez reapareció en el almacén con un pasaporte en la mano. Richie le pasó el porro a Ratboy para que diese unas últimas caladas y se levantó del sofá. Jesse se acercó y le entregó la cartilla azul marino sin decirle ni una palabra.

Se tomó unos minutos en comprobar el nombre y la foto del documento falso. No era una suya, claro, si no la de otro tipo con aspecto mexicano, muy parecido a él si se volvía a cortar el pelo. Aquel detalle lo fastidió, pero pensó que era un módico precio a pagar si así lograba llegar a Ciudad Juárez.

—Con esto estamos en paz, Rick —dijo Jesse.

Richie asintió y deslizó el pasaporte en el bolsillo interior de su cazadora de cuero. Luego llevó la mano a la cinturilla trasera de sus pantalones y atrapó el arma entre sus dedos.

—No, no estamos en paz, puto gilipollas.

El primer disparo fue para Shirlene, que ni siquiera se enteró de su

propia muerte. El siguiente fue para Ratboy. Murió con el porro que Richie le había dado en la mano.

—Chingón de mala muerte —gritó Jesse a la vez que se abalanzaba sobre él.

Necesitó varios disparos para abatir al viejo mamón traicionero. Y nada en aquello había sido glorioso o divertido, pero sí necesario para saldar cuentas con su pasado. Fuese como fuese, Satán pareció complacido con aquellas tres nuevas muertes y Richie condujo hasta Culver City fumando la marihuana que le había comprado a Ratboy. Inspiró un par de chupadas más antes de lanzar el porro por la ventanilla del Buick, guardar la pistola en la guantera y bajar del vehículo. Tras una noche en vela fumando hierba lo único que le apetecía era tomarse un café y meterse en la cama a dormir hasta bien entrada la tarde.

Pero al cruzar la puerta de la casa Bither supo que algo había ocurrido en su ausencia. No era habitual encontrarse a los cuatro habitantes masculinos reunidos en el salón, y menos a aquellas horas tempranas. Todos eran criaturas de hábitos más bien nocturnos, y durante las mañanas solo Hollie aprovechaba para moverse por la casa mientras ellos dormitaban.

No necesitó más que unos segundos para oler la sangre en el aire.

—¿Qué coño ha pasado aquí? —preguntó tras cerrar la puerta del salón. Todos al verlo se levantaron, excepto Henry Lee Lucas, que mantenía la mirada clavada en el suelo y la cabeza gacha.

—¿Tú qué crees que ha pasado, Ramirez? —lo enfrentó Gacy con los brazos cruzados sobre el voluminoso pecho—. ¿Pensabas que podías meter un caramelito adolescente a vivir con un tipejo como Henry sin que…?

—Cállate, puto gordo payaso. Estoy cada vez más cansado de tus puyas —cortó Richie. Y luego se plantó frente a Kemper—. ¿Ed?

El gigante negó con la cabeza.

—David y yo hemos parado a comprar unos perritos calientes antes de volver aquí. A veces lo hacemos cuando… ya sabes… cuando terminamos con lo que tengamos que terminar. Nos tomamos una cerveza, charlamos. Esas cosas.

Richie lanzó una mirada incrédula a David Berkowitz, quien se encogió de hombros como si el tema no fuera con él.

—La cuestión —continuó Ed— es que hemos regresado juntos y nos hemos encontrado a Henry atacando a Hollie. La estaba intentando asfixiar en el pasillo.

La sangre le empezó a hervir en las venas. A hervir *de verdad*.

—Estaba desnuda —añadió David, hablando por primera vez—. Ella asegura que no la ha violado pero… Bueno, conociendo a Henry, no sé qué decirte.

Su sangre se había tornado en un torrente de lava que encendía cada unos de sus músculos. Se lanzó sobre el silencioso Henry Lee Lucas, dispuesto a arrancarle la piel de la cara, pero se lo impidieron David y Ed, que lo agarraron por los brazos y lo mantuvieron alejado mientras la rabia le salía por la boca en furiosos espumarajos.

—¡Jodido retrasado subnormal de mierda, voy a sacarte las tripas una a una y te ahorcaré con ellas!

Gacy empezó a reírse, burlón.

—¡Y tú cierra esa bocaza que tienes o te la arrancaré y me haré un cinturón con ella, Poguito!

El Payaso Asesino continuó carcajeándose, mientras él se revolvía como un animal herido y David y Ed intentaban que no se les escapara de entre las manos.

—Rich —intentó apaciguarlo Ed—. Ve a ver a Hollie. Estaba muy agitada. No ha querido hablar con ninguno de nosotros.

—¿Y por qué iba a querer hablar con alguno de vosotros, eh? —Se soltó al fin con una sonrisa pérfida dibujada en su rostro—. Perdedores. Eso es lo que sois. Ninguno estáis a la altura del Oscuro. Por suerte, estoy a punto de librarme de ver vuestras putas caras cada día.

Escupió en el suelo, justo entre los pies de Henry Lee Lucas, quién se encogió e intentó hacerse más pequeño de lo que ya era.

«Voy a hacerte gritar como a las ovejas que te follabas, y eso ocurrirá muy pronto», se juró Richard antes de abandonar el salón y dirigirse a la habitación que compartía con Hollie.

Por la rendija inferior de la puerta se veía una luz amarillenta. Estaba despierta. Se pasó la mano por el pelo antes de llamar suavemente con los nudillos.

—¿Nena? Soy yo. Sé lo que ha ocurrido. Abre la puerta —formuló cada una de las palabras con la voz más aterciopelada y agradable que fue capaz de impostar, aunque por dentro estuviera aún furioso.

Todavía era impulsivo, como siempre había sido, pero desde luego no era el mismo que perdía los nervios a la primera de cambio y ante el menor contratiempo. O no siempre.

—Voy a matar a ese imbécil, nena, y no volverá a tocar lo que no es suyo. Te lo juro.

Entonces sí, la puerta se abrió con lentitud, tan solo unos pocos centímetros. Del interior de la estancia salió un frío sobrenatural que estremeció a Richie. Era el mismo tipo de frío que había sentido la noche de Halloween en aquel motel en el que las palabras secretas del *Ars Daemonum* se le habían revelado durante unos efímeros instantes.

Un gélido aire que olía a azufre.

Empujó la puerta con la mano para encontrar a Hollie sentada en la cama con el grimorio abierto por una página que él conocía muy bien.

Una página que debería estar en blanco, a excepción del pentáculo que él había grabado con su sangre. Pero ahora no lo estaba. Las palabras habían regresado y ella las había leído.

Giró su rostro hacia él. Lo tenía cubierto de sangre reseca.

—Esto es lo que escondías, ¿no? —habló Hollie, con sus ojos avellanados llenos de traición.

—Dame el *Ars Daemonum* —exigió, alargando la mano.

—Sabías que podías confiar en mí. ¿Por qué me lo ocultaste?

Richie no respondió. Se quedó ahí, de pie, listo para lanzarse sobre ella como un depredador lo haría con una presa débil.

—Siempre supe que había cosas que no me contaste —rio ella con amargura—. Estaba de acuerdo. Lo entendía. Sabía que eras solitario por naturaleza y no estaba en tu instinto confiar en nada. Ni siquiera en mí, que te he entregado mi cuerpo y mi alma. Lo aceptaba. Aceptaba todo lo que viniese del Acosador Nocturno. Lo bueno y lo menos bueno y lo malo y lo más malo.

—¿Por qué has cogido el grimorio?

—Porque quería vengarme de Henry y lo quería hacer sin tu ayuda. Pensé que encontraría algo aquí que pudiese servirme. Tal y como encontré la toxina que te sacó de San Quintín. Pero lo que he hallado ha sido otra cosa. La he tenido que pagar con mi sangre, tal y como hiciste tú esa noche cuando te grabaste el pentáculo en la mano.

Richie no dejaba de mirarla.

—¿Cómo sabías que había que pagar un precio de sangre?

—No lo sabía. Saqué el grimorio de su escondite y simplemente empecé a ojearlo. Tengo la nariz rota, por si no te has dado cuenta. Sangraba mucho. Tanto, que la sangre cayó sobre las páginas. Y he podido leer lo mismo que tú.

La chica apartó el libro y se levantó para encararlo. Richie no se movió del sitio. Aún le sacaba una cabeza. Hollie era mucho más débil que él, pero había aprendido la lección hacía mucho tiempo: nunca subestimes a una mujer desesperada.

—Sé que piensas que soy estúpida.

—No —negó Richard, sin tocarla—. Siempre te he dicho que a veces eres demasiado lista para tu propio bien. Impulsiva, sí. Un poco niñata, tal vez. Pero estúpida no.

—¿Ibas a matarme para convocar esa alma maldita de la que habla el libro? ¿Ese era tu sacrificio a cambio de…? ¿De quién, Richie? ¿Quién más necesitas aparte de a mí?

—Eso no es asunto tuyo.

—¡Me dijiste que nunca me matarías! ¡Me lo dijiste!

Hollie empezó a golpearlo en el pecho, entre sollozos secos y gritos de frustración, y luego le pegó una sonora bofetada mientras Richie la dejaba hacer, impertérrito. Ni siquiera la miraba. Solo tenía ojos para

el grimorio que ella había dejado abandonado sobre la cama.

—Que Dios me perdone… pero aún te quiero tanto, Richie. —Lo abrazó por la cintura, por dentro de la cazadora de cuero, y apoyó su cara en su pecho. Él no le devolvió el gesto—. Por favor. No me apartes de tu lado. Por favor.

¿Cuántas veces iba a escuchar ese ruego? ¿Cuántos «por favor» le quedaban por oír en la vida? ¿En cuántas ocasiones iba a tener que hacer caso omiso de las súplicas desesperadas de las mujeres que estaban a su merced?

—Si tienes que matarme, hazlo. Pero… —Hollie detuvo sus palabras. Le palpó la chaqueta. Deshizo el abrazo.

Y antes de que pudiera impedírselo metió la mano en el bolsillo interior de la cazadora y sacó el pasaporte falso. Solo necesitó unos pocos segundos para comprender lo que aquel documento significaba en realidad: que no había otro pasaporte a su nombre. Solo uno y era el suyo. Hollie, simplemente, había dejado de formar parte del plan.

La verdad la golpeó como un huracán arrancando ventanas y puertas de sus goznes.

—¿Nunca íbamos a acabar juntos, verdad?

Richie la miró a los ojos.

—No.

—Me mentiste.

—Sí, lo hice.

—Londres… tú y yo. Siempre fue un embuste para mantenerme entretenida.

—No deberías confiar en la palabra de un asesino. Esa tendría que haber sido tu primera lección, pero jamás la aprendiste.

—¿Dónde ibas a huir?

—Tampoco es asunto tuyo.

—Pues mátame de una vez. Aquí y ahora.

Hollie le agarró la mano derecha y se la llevó al cuello magullado. En su mirada se leía la desesperación y la traición, pero, sobre todo, Richie vio la profunda tristeza de no querer continuar viviendo esa vida si no lo tenía a él.

—Hazlo. Termina lo que empezó Henry hace unas horas.

La tentación de apretarle la garganta fue demasiado para Richie. Aquella profunda sumisión encendió sus sentidos y sus dedos se cerraron alrededor del cuello de Hollie con una fuerza que hizo que ella comenzase a respirar agitadamente.

Y mientras la estrangulaba sin que ella ofreciese resistencia alguna sus ojos se desviaron a la mesita de noche, allá donde Hollie había colocado aquella foto suya. La de Times Square. Con él sonriendo indolente y el pelo revuelto. Le pareció que esa imagen satinada había ocurrido en otra vida. Recordaba vagamente el viaje por carretera, las

caricias furtivas y la extraña complicidad que flotaba entre ambos, la devoción irrompible de la chica y las palabras intercambiadas con Judas Priest de fondo. También la soledad en San Quintín, tan solo mitigada por las cartas de sus seguidoras, y la primera y tímida visita de Hollie y como, con el transcurso del tiempo, se había ido abriendo a él poco a poco hasta quedar descarnadamente abierta ante sus ojos y oídos.

Intensificó el estrangulamiento mientras luchaba contra todos esos recuerdos que se amontonaban de forma desordenada en su mente: la cinta de Billy Idol en el Buick, el tatuaje del pentáculo en el tobillo de Hollie, su sonrisa cada vez que lo veía aparecer esposado de manos y pies y escoltado por Jerome hasta la sala de visitas de San Quintín, las veces que ella le había preguntado por Jack el Destripador, la sangre que manaba del corte de su esternón cada vez que hundía la navaja en la herida para reabrirla y que lamía mientras la penetraba, el sabor viscoso de su humedad adolescente, el frasquito de Heaven Gap lleno de toxina, la excitación al comunicarle que había recibido el grimorio. La veneración absoluta e irrompible de su más devota admiradora, que había llegado hasta recovecos de su mente en los que nadie más que él se había adentrado.

Sin saber cómo ni por qué, sus dedos aflojaron el agarre sin que él se lo hubiese ordenado hasta que el cuello de Hollie quedó liberado. Richie tragó saliva. Empujó a la chica lejos de él.

—Vete. Lárgate de aquí y no vuelvas.

—Richie…

—¡Que te largues!

Ella lo miró una vez más antes de vestirse. Agarró su mochila y fue a salir por la puerta, pero antes de hacerlo vació parte de su contenido sobre la cama. Le echó una última mirada y salió corriendo de la casa Bither sin mirar atrás.

Solo cuando se quedó solo se permitió mirar lo que Hollie había abandonado. Sobre la cama había esparcido todas las cartas que él le había enviado desde la cárcel y que ella se había llevado consigo al huir de San Rafael. Richie nunca se había molestado en guardar las misivas de Hollie. Volvió a sentir que esa vida que había vivido en San Quintín, carteándose con admiradoras y mirando el techo de su celda, había sucedido siglos atrás y que, ahora, él era otro tipo de asesino muy distinto del que habían atrapado ese último día de agosto de 1985.

Intersección: Bill Carns y Inez Erickson

I'd sell my soul for you, babe
What's money to burn for you, for you
I'd give you all, and have none, babe
Billy Idol - *Rebel Yell*

Recuerdo el calor abrumador de Los Ángeles. Recuerdo haberme encerrado en algún motel barato para leer los últimos titulares que aparecían sobre mí. Recuerdo sentirme invencible más allá de cualquier fuerza humana que pudiera detenerme.

También pensé vagamente en mi familia y en el daño que les haría descubrir que yo era ese Acosador Nocturno del que hablaba la prensa. Me había desecho de la mayoría de cosas que pudieran relacionarme con mis crímenes. Solo había conservado la automática del 25. Pero pensé en ellos. En mi madre, en mis hermanos, en mis sobrinos, en el primo Mike. Incluso en Julián Ramirez.

Me había desecho de la mayoría de cosas que pudieran relacionarme con mis crímenes. Solo había conservado la automática del 25.

Cuando esa noche robé el Toyota naranja y me dirigí a Mission Viejo, en el condado de Orange, fantaseaba de nuevo con tener mi propia casa en la que poder hacer lo que yo quisiera. Las mujeres que me cruzaba mientras conducía me las imaginaba atadas y suplicando piedad mientras las rajaba por todas partes y me las follaba hasta que morían desangradas.

Nunca llegué a comprender por qué fue esa la noche en que el Oscuro decidió dejarme a mi merced. Yo le había sido siempre fiel, a su mandato, a la maldad que requería de mí, y me sentía seguro de que jamás me atraparían. Estaba decidido a caer matando si era necesario. Pero, en el fondo, ni siquiera consideré la opción de que pudieran llegar a dar conmigo. Si hubiera sido así, quizá jamás hubiera dejado a aquel adolescente que me delató con vida cuando intenté entrar en su casa. Tampoco habría entrado esa última noche en casa de Bill Carns e Inez Erickson.

Pero lo hice. Como llevaba haciéndolo meses. Me colé en esa casa cualquiera de Mission Viejo y las sombras volvieron a cubrir mis

pisadas y mis actos, aunque no por mucho tiempo más.
A él le disparé dos veces en la cabeza. A ella la aterroricé.
—¿Sabes quién soy? —le dije a la chica rubia y joven que dormía al lado del tío que se desangraba.
—No. ¿Quién eres?
—Soy el Acosador Nocturno.
—Dios mío, no…
—Nada de Dios. Satán. Satán es quien me manda.
—¿Satán?
—Di que amas a Satán.
—¡Amo a Satán!
—¡Más alto!
Ella lo repitió una y otra vez y la obligué a que continuase haciéndolo mientras la penetraba por todos sus agujeros y lloraba y sangraba. Robé todo lo que encontré de valor. La hice jurar por el Oscuro que me había dado hasta el último dólar que había en la casa.
—¿Seguro que no hay más?
—Sí.
Me incliné sobre ella y la besé en la boca maltrecha y llena de la vieja amiga carmesí con una ternura que aún la estremeció más. Era la tía más buena que me había tirado. Estaba seguro de que la recordaría durante mucho tiempo.
—¿Por quién lo juras?
—Lo juro por Satán.
—¿Sabes? Eso es lo que te ha salvado. Esto es todo lo que vale tu vida. Te hubiera matado si no hubieras colaborado como lo has hecho.
Luego la llevé hasta el baño y la até ahí de manos y pies.
—Cuenta a todo el mundo que el Acosador Nocturno ha estado aquí.
Ella asintió, sin dejar de mirarme.
—Lo haré.
Todo había salido bien. Una vez más. Una casa más. Una noche más. Una muerte más. Eso fue lo que pensé cuando me monté de nuevo en el Toyota y me saqué los guantes a mitad de camino de regreso a Los Ángeles. Hacía demasiado calor para llevarlos puestos y yo ya andaba lo suficientemente lejos de la escena del crimen como para permitir relajarme un poco. Dejé el coche en un centro comercial en el área de Wilshire y me aseguré de dejarlo limpio de mis huellas dactilares. Al menos, eso creí. Tiempo después mis abogados me dirían que me dejé una en la parte de atrás del retrovisor que había ajustado al robar el coche.
Y, mientras yo dormía, Jesse Pérez me delataba. Lo contó todo sobre mí —al menos todo lo que él podía llegar a saber—. La policía encontró a más gente que aseguró conocerme y que yo era el asesino

que buscaban, y todos cantaron como pajaritos. Pero Pérez fue el primero que lo hizo. También fue el primero del que juré vengarme si alguna vez lograba fugarme de San Quintín.

El 30 de agosto tomé un bus a Tucson para visitar a mi hermano mientras mi cara y mi nombre real inundaban los periódicos y los telediarios de toda California sin que yo lo supiera. Tampoco supe nunca por qué viajé a Arizona, algo que no solía hacer, porque la relación con mis hermanos era ya demasiado vaga y frágil. En los años venideros consideré que ese último día de libertad en que elegí visitar a mi hermano había sido la última bendición de Satán antes de abandonarme a mi suerte. La ironía de todo aquello fue que no logré ver a mi hermano. No estaba en casa. Y tomé un bus de vuelta a Los Ángeles.

Si no me hubiera ido habría visto las noticias, hubiera escapado lejos de California y jamás me habrían atrapado. Pero no ocurrió así.

Cuando regresé al día siguiente a Los Ángeles me encontré con la policía en la estación de Greyhound. Su forma de actuar, vigilante y observadora, me alertó de que algo estaba ocurriendo. De que el cerco se cerraba sobre mi cuello. Una vez más, un sentido que estaba más allá de la razón me instó a huir de ahí. Me subí en un autobús de línea y escapé a Boyle Heights con la intención de robar un coche y cruzar la frontera lo más rápido posible.

Intenté esconderme en la tienda de Héctor Flores, pero las hermanas De la Cruz me identificaron nada más poner un pie en el establecimiento.

—¡El matador! ¡Es él!

Fue entonces cuando descubrí mi cara en *La Opinión*. Mi cara. No la del retrato robot. Mi propia cara, sacada de mi última detención policial. Y mi nombre. Claro y cristalino como el agua: Richard Ramirez, el Acosador Nocturno. Fue la primera vez que vi mis dos identidades juntas.

Recuerdo correr. Recuerdo cruzar la carretera de Santa Ana y tratar de robar un Mustang. También intenté robarle las llaves del coche a una mujer cuando su marido me apaleó con algo en la cabeza. Recuerdo el sonido de las pisadas aceleradas de la turba que me persiguió por la calle Hubbard.

«Maligno hasta la infamia, ni rastro de piedad», pensé, por última vez, antes de que decenas de manos me atraparan.

Y, por supuesto, recuerdo el sonido de las esposas cerrándose en mis muñecas y acabando con los crímenes del Acosador Nocturno.

Capítulo 46

Richie quemó las cartas en el patio trasero. Todas y cada una de las palabras que había escrito y enviado a Hollie ardieron en un viejo bidón oxidado, con su mirada fija en las llamas que las hacían desaparecer para siempre. Nunca había sido uno de esos asesinos que sentían especial fascinación por el fuego, pero en aquel momento pudo comprender cómo de hipnótico y maravillosamente destructor podía ser.

Notó la presencia de Ed a sus espaldas. El gigante tardó varios minutos en decidirse a hablar. Un tiempo prudencial que él aprovechó para acercarse a las llamas del bidón y encender un pitillo. Solo tras la primera calada Kemper se dirigió a él.

—Siento lo de Hollie.

—Yo no —respondió Richie—. La hubiera acabado matando cualquier día de estos. No puedo permitirme sentimentalismos a estas alturas.

Hubiera quemado también la condenada foto en Times Square si la hubiese encontrado. Al parecer Hollie se la había llevado consigo. Odiaba la idea de que una imagen actual suya anduviera por ahí, pero ya era tarde para lamentos. También odiaba la idea de no haber podido acabar con la chica cuando ella le había ofrecido su cabeza en bandeja. Se prometió a sí mismo que cuando se estableciera en Ciudad Juárez no volvería a cometer el error de encariñarse con una adolescente inestable y obsesiva. Había otras maneras de echar polvos y no traían tantas complicaciones. Ni arrebatos de piedad inesperados.

—No voy a decir que la querías, ni nada de eso, porque sé lo que me contestarías: que no eres capaz de amar, a nada o a nadie. Pero sé que a tu extraña y retorcida manera, te importaba.

—Déjate de putas sensiblerías, follatráqueas. No estamos aquí para eso.

—No, es cierto. No estamos aquí para eso —le concedió Ed—. ¿Para qué estamos, pues?

Por primera vez en toda la conversación, Richie se volvió para confrontar su mirada.

—Ya lo sabes. Cumplimos un pacto con Satán a cambio de nuestra libertad.

—No nos necesitabas a nosotros para eso. Ya eras libre. Has seguido matando en solitario. Tal y como lo hiciste cuando fuiste el Acosador Nocturno.

—Aún lo soy.

—Sí, ¿y durante cuánto tiempo harás honor a ese nombre, Rich? ¿Crees que puedes seguir haciendo lo que haces hasta que…?

—Cállate, Ed. Lo último que me apetece hoy es escuchar cómo te pones en plan Pepito Grillo de los asesinos.

Richie lanzó lo que quedaba del cigarro al bidón que aún ardía.

—Dahmer me avisó —murmuró, aunque no parecía dirigirse a nadie en particular excepto a sí mismo.

—¿Dahmer?

—Sí. Me dijo que no funcionaría. Esta unión entre nosotros.

—Pero ha funcionado. Llevamos tres semanas con California en alerta máxima. Nuestros nombres aparecen en portada prácticamente cada día. Hay reportajes a diario en cada canal de televisión. Incluso se dice que el presidente está a punto de comparecer desde la Casa Blanca para pedir calma a la población. Hemos honrado el pacto que tu Señor nos ofreció a través de ti. Hemos cumplido con lo que nos pediste.

—No me refiero a eso —negó Richie.

¿Cómo explicarle, incluso a Ed, que en el fondo creía que podrían ser más fuertes juntos? Pero no lo eran, en realidad. Cada uno iba por libre, entre miradas huidizas y palabras desconfiadas. Dahmer estaba en lo cierto: la naturaleza de un *serial killer* era solitaria e individualista.

Y ya era hora de que sus caminos tomasen rumbos separados.

—Por suerte esta noche me voy a librar de todos vosotros.

—¿Esta noche?

—Sí, esta noche terminará todo. ¿Dónde está el jodido Hombre Elefante? ¿Dónde está Henry?

—Dentro, con David.

Quizá la compañía de un alma maldita fuera más grata que la de aquellos que él mismo había liberado de la cárcel y puesto de nuevo en las calles. Mientras entraba de nuevo en la casa Bither pensó en cómo la vida nunca dejaba de darte lecciones.

Encontró a Henry custodiado por David. Gacy comía un bocadillo de albóndigas con salsa marinera mientras miraba reposiciones de Policías en la tele, riendo como un jodido cerdo ante cada nueva detención. Richie sintió una repulsión visceral por todos y cada uno de los habitantes de la casa Bither.

Cuando se acercó a Henry Lee Lucas, este se encogió como un animal herido y se cubrió la cabeza con los brazos para evitar los esperables golpes.

—No ha soltado ni una palabra desde que lo sacamos de encima de Hollie —lo informó Berkowitz.

—Ya. ¿Qué tendría que decir, el puto gilipollas? —Richie sonrió,

pasándose la lengua por la comisura de los labios. Se agachó a la altura del tembloroso Henry. Este lo miró a través de sus manos, con el ojo de cristal apagado y el sano, lloroso y enrojecido—. Te avisé, Henry. Te dije que te sacaba de la Unidad Ellis para darte la oportunidad de convertirte en uno de nosotros y, aunque el instinto me gritaba que siempre serías un perdedor, quise confiar en que aprenderías una o dos cosas conviviendo con algunos de los asesinos en serie más peligrosos del país. Pero no lo has hecho.

—Intenté matar a un tío en una gasolinera… —balbuceó, sin apartar las manos de su cara—. Me pegó una paliza y llamó a la pasma.

—Eres un ser patético. Pero ¿sabes qué? Incluso las alimañas como tú tienen un uso en el orden natural de las cosas. Y yo siempre supe cuál sería el tuyo.

—No quería tocarla, no quería hacerle daño, no a ella —siguió diciendo, y Richie chasqueó la lengua.

—Ella ya no importa, retrasado de mierda. Espero que esa paja que te hiciste con mi chica te supiera a jodida gloria, porque será el último placer que habrás experimentado antes de morir.

—¿Vas a… ma-matarme, Richard?

—¿Matarte? —Richie rio al tiempo que lo agarraba de una de sus enormes orejas y se la retorcía hasta arrancarle un sollozo de dolor—. No. Voy a hacer algo mucho mejor contigo.

Henry Lee Lucas lo miró, aterrado y gimoteante, con la nariz llena de mocos aguados y los ojillos de comadreja disparados de pánico. La sonrisa de Richie se hizo aún más amplia.

—Voy a sacrificarte al Oscuro.

Capítulo 47

Hollie tardó en darse cuenta de que era Navidad. No había percibido que el mundo se preparaba para las festividades porque llevaba viviendo en una burbuja que la mantenía alejada de algo tan normal como el Día de Acción de Gracias —ni siquiera recordaba dónde estaban Richie y ella en esa fecha señalada—. Se sintió confusa por la revelación, como si la hubiesen expulsado de golpe al centro de un universo distinto que nada sabía de grimorios, fuerzas oscuras o asesinos reunidos bajo un mismo techo.

Al abandonar a toda prisa la casa Bither se encontró deambulando por Culver City sin rumbo fijo. No contaba con apenas dinero ni tampoco podía pensar en un lugar al que dirigirse. No sabía qué hacer. Dónde ir. Qué sentir. No sabía nada.

Se limitó a colocar un pie detrás del otro, con la vista fija en las aceras que iba dejando atrás conforme se alejaba de Richard. Suponía que en algún momento debería intentar llegar al centro de Los Ángeles y tomar un autobús que pusiera el máximo de distancia entre ella y el Acosador Nocturno, porque si algo había aprendido de él era que era imprevisible y cambiante como una tormenta de verano. Sin embargo, en su interior sentía que Richard no iría en su búsqueda. Ni para matarla ni para recuperarla. Podía ser vengativo, y sin duda alimentaba su alma del más puro resentimiento, pero Hollie era sencillamente insignificante para él. No valía la pena gastar energía y recursos en asesinarla. Ni siquiera eso.

Y ella quería morir. De pronto lo veía tan claro como la luz radiante del sol que inundaba California en ese templado día de Navidad.

La vida solo le había traído sufrimiento y daño por parte de aquellos que se suponía que debían amarla y protegerla: empezando por la basura de padres que le habían tocado y acabando por la porquería de amigas de las que se había rodeado. La primera vez que se había sentido verdaderamente bien —incluso importante— había sido con Richard. A través de sus ojos de alquitrán y de sus manos asesinas. Con cada una de las palabras que él le había escrito y que ahora había dejado atrás, como si el acto de abandonar aquel puñado de cartas pudiera significar la liberación del yugo invisible y malsano que aún la ataba al Acosador Nocturno. El mismo que ella había venerado con cuerpo y alma hasta las últimas consecuencias.

La realidad era que estaba perdida en todos los sentidos en los que

una chica podía estarlo. No le quedaba nada ni nadie. Por supuesto que quería morir. ¿Qué vida le restaba ahora, sin Richie a su lado? ¿Cómo iba a volver a sentir algo tan intenso como todo lo experimentado junto a él? No quería a otro, no deseaba a otro. Solo al maldito Acosador Nocturno que la había hecho gritar, vibrar, reír, gemir, llorar, amar y finalmente odiar.

«Puedes empezar de nuevo en el lugar que tú quieras», le susurró una voz anhelante, llena de una extraña esperanza. Hollie quiso escucharla, aunque sabía que no quería ir a ningún sitio para tener que fingir que aquellos meses junto a Richie no habían sido reales.

Lo que deseaba era desaparecer de la faz de la Tierra de una vez por todas. Y si Richie se había negado a matarla, otro lo haría en su lugar. ¿Acaso no había convivido con varios asesinos en serie? Ed lo haría rápido y fácil. Al fin y al cabo, era el tipo de chica que solía elegir, ¿no? Si se lo pedía, la ayudaría a dejar este mundo asqueroso en el que ya no pintaba nada. Eso haría. Volvería una vez más a la casa Bither, espiaría hasta encontrar a Kemper solo y luego le rogaría que la matase, porque ella no tenía la valentía suficiente de acabar con su vida. Sí, Ed sería el adecuado.

Se detuvo en el Veterans Memorial Park y se sentó en el primer banco que encontró, con la mirada perdida y la mochila medio vacía, porque las cartas siempre habían sido su más preciado equipaje. Y ya no las tenía. Lo único verdaderamente personal que se había llevado consigo era la foto de Richie.

La estuvo contemplando con obsesión durante un tiempo indiscernible, hasta que una voz amable se dirigió a ella y se coló entre sus fúnebres pensamientos.

—Muchacha, ¿estás bien?

Levantó la vista de la fotografía para encontrarse con un hombre de mediana edad que la observaba con una preocupación genuina. Al encontrarse con su rostro, el desconocido palideció y se sentó a su lado.

—¿Te han hecho daño? ¿Necesitas ayuda?

Hollie no supo de qué le hablaba hasta que se dio cuenta de que no había llegado a limpiarse la sangre de la cara. Ni siquiera notaba el dolor de la nariz partida, porque el daño que más le importaba nada tenía que ver con un hueso roto. No supo qué responder.

El hombre dejó ir un suspiro cansado que ella no supo cómo interpretar.

—Ay, Señor… son tiempos complicados, ¿no es cierto, muchacha?

—¿Cómo dice? —logró contestar en un balbuceo.

—Toda esa oleada de crímenes horribles que están ocurriendo en la ciudad. Uno ya no sabe qué pensar de este mundo en el que vivimos. Espero que no haya sido nada de eso lo que te ha pasado.

—No, no… —Negó con la cabeza. Ese gesto le trajo un relámpago de dolor que le cruzó la cara e hizo una mueca de suplicio que asustó a su buen samaritano.

—Debe dolerte mucho.

—Un poco.

—Tengo una tienda justo ahí, al otro lado de la calle —le señaló la esquina de la avenida Overland con Culver Boulevard—. No es gran cosa, pero hay botiquín con antiinflamatorios y puedo darte algún refresco o un poco de comida, si tienes hambre.

—No me conoce de nada. ¿Por qué iba a ayudarme?

—Deber cristiano, supongo. —El hombre sonrió—. Vamos, ven conmigo. Prometo que no tendrás que pagarme por nada y yo me quedaré más tranquilo si puedo hacer algo por ti.

Hollie no supo nunca por qué aceptó aquel ofrecimiento de un completo extraño, pero lo hizo. Quizá fue por desesperación. Quizá porque llevaba demasiado tiempo sin que nadie la tratase con semejante amabilidad sin pedir nada a cambio.

Guardó la foto en el bolsillo exterior de la mochila y siguió al hombre a su pequeña tienda de conveniencia en silencio.

—Mi nombre es Martin.

—Hollie. Con *ie* final. No Holly. La gente suele escribirlo mal.

«Es la primera vez que lo veo escrito así», le había dicho Richie en una carta. «Me gusta, es diferente. Como tú».

Ella le había contado que se llamaba así porque Benton Randall había ido borracho a inscribirla en el registro y no recordaba cómo se deletreaba el nombre que su mujer había elegido para su hija. A Hollie siempre le había parecido una señal de que había llegado al mundo como una equivocación. Al menos hasta que Richie le aseguró de que eso la hacía diferente a todas las demás.

Pero nada de eso importaba ya.

No dijo nada mientras Martin se tomaba su tiempo en limpiarle la cara y le ponía algunas tiritas en la nariz. Tampoco cuando le dio un par de pastillas de Advil con un vaso de agua y la obligó a tragarlas. Insistió en que se llevara la caja entera de antiinflamatorios, así como un emparedado de huevo con mayonesa y una lata de Mountain Dew

—Para el camino de regreso a casa —le dijo Martin.

«¿A qué casa?», pensó Hollie, tan triste como un perro abandonado en una carretera.

—Puedo pagarlo. Tengo un poco de dinero.

—No es necesario, Hollie. Seguro que lo necesitas para algo más importante.

Martin la acompañó hasta la salida de la tienda con un brazo sobre sus hombros.

—Siento todo lo que ha ocurrido —soltó de repente ella. El hombre

la miró con gesto interrogante.

—¿A qué te refieres, muchacha?

—A las muertes. El Acosador Nocturno y el resto. Yo no quería… nunca quise…

—Nada de eso es culpa tuya.

Hollie tragó saliva.

—Sí, sí lo es. Y merezco morir por ello.

Si Martin le dijo algo más no llegó a escucharlo, porque echó a andar de nuevo sin rumbo fijo. O al menos así lo hizo hasta que se topó con un pequeño quiosco de prensa y vio el titular de *Los Angeles Times* de ese día y cuyas palabras la golpearon con más dolor que cualquier puñetazo que hubiera podido recibir de nadie. Y Hollie sabía mucho de golpes que son capaces de destrozarte tanto por fuera como por dentro.

Aquel, en concreto, se le clavó en lo más profundo de un corazón que ya estaba malherido de muerte.

El dinero que Martin no le había querido aceptar lo gastó en comprar un ejemplar del periódico y lo leyó ahí mismo, con un dolor palpitante en el pecho que nada podía calmar. Porque fue cuando comprendió que Richie siempre había mentido en todo, excepto en una cosa:

«Todos somos malvados de una forma u otra».

Y eso, tal y como había sabido cuando lo escuchó pronunciar esas mismas palabras en aquella entrevista de televisión, significaba que también lo era ella.

Capítulo 48

—Esto no me gusta nada.

—Cállate, Berkowitz.

—Creo que no quiero ver lo que va a pasar aquí —insistió el Asesino del Calibre 44 dando unos pasos hacia atrás. El resto no se movió de su lugar, aunque lo miraban con un desprecio nada disimulado.

David Berkowitz estaba pálido. Aunque no tanto como Henry Lee Lucas, completamente desnudo y atado de pies y manos con una cuerda tan tensa que sus extremidades apenas recibían la circulación de la sangre.

—Dave… —intentó calmarlo Ed, al ver que este seguía retrocediendo.

—No me gusta la sangre, en realidad. No quiero ver lo que sea que le vayas a hacer a Henry —interpeló David a Richie, quien apretó aún más el cuchillo que sostenía en la mano derecha. Era enorme, de carnicero, con una hoja afilada y brillante que reflejaba el rostro diabólico del Acosador Nocturno—. Una cosa es disparar gente y otra… esto.

Y antes de que nadie pudiera detenerlo, Berkowitz echó a correr y salió por la puerta principal, que dejó abierta y por la cual se coló un aire frío que estremeció la piel expuesta de Henry Lee Lucas.

—¡David! —intentó ir tras él Ed, pero Richie lo detuvo poniendo una mano en su pecho enorme.

—Déjalo. Ya saldaré cuentas con ese cobarde. Ve y cierra la puerta —le ordenó para luego añadir—: con llave. No quiero que nadie nos interrumpa hasta que todo haya terminado.

Ed Kemper obedeció y giró la llave dos veces en la cerradura de la puerta principal. Por pura costumbre comprobó las ventanas de todas las habitaciones y también la puerta que daba al patio trasero. Después, regresó al salón.

Henry había empezado a gimotear, pero no podía hablar: Richie le había tapado la boca con más cuerda; la mantenía abierta como la de un caballo, y de esta no paraban de salir hilos de saliva que terminaban deslizándose hasta la moqueta del salón.

Al otro lado de la estancia, John Wayne Gacy miraba sin demasiado disimulo el reloj de pared, como si estuviera deseando que todo acabase para irse por ahí a la caza de algún adolescente.

Richard se dirigió a una minicadena portátil que había robado en

alguna de sus escapadas nocturnas, introdujo una cinta y le dio al *play*. Ed no era experto en *heavy metal*, pero tampoco le hizo falta serlo para reconocer a uno de los grupos que obsesionaban a Richie. Judas Priest.

Howling winds keep screaming round
And the rain comes pouring down
Doors are locked and bolted now
As the thing crawls into town[4]

Espoleado por la música agresiva y las letras que hablaban de violencia y derramamiento de sangre, Richie se acercó a Henry con un libro en la mano y se agachó para colocarlo al lado de su cabeza. Lo dejó abierto por una página que estaba prácticamente en blanco, a excepción de una estrella satánica mal esbozada en un tono marrón que pronto Ed comprendió que se trataba de sangre ya seca.

Ni él ni Gacy sabían qué se proponía hacer Richard sacrificando a Henry Lee Lucas, aunque tampoco les importaba demasiado si tras la muerte de aquel mequetrefe serían ya libres de seguir su propio camino.

—Hiciste un pacto con el Oscuro que no has cumplido, Hombre Elefante —habló Richie—. Aunque como te he dicho antes, eso ya no importa. Tu vida, o mejor dicho, tu muerte, tiene un propósito mucho más elevado que el de cometer patéticos asesinatos. Gracias a ti conseguiré traer de vuelta al alma maldita que merece caminar a mi lado.

Ed miró a Richie. ¿De qué hablaba? ¿No les había repetido varias veces que el diablo podía lograr muchas cosas, pero no revivir a quien ya había muerto? Escapar de la cárcel y salir impunes de un puñado de crímenes era una cosa, y devolverle la vida a un muerto, otra muy distinta. Sintió una extraña desazón cosquilleándole las manos.

—¿De quién hablas, Rich?

El Acosador Nocturno lo ignoró. Su mirada estaba hecha de ópalo oscuro, las pupilas dilatadas por la excitación de lo que estaba a punto de suceder.

—¿Rich? ¿Qué es esto? —empezó a inquietarse Ed. Gacy también parecía haberse puesto en tensión—. ¡Richard!

La música de Judas Priest seguía sonando en la misma condenada canción. Lo cual era imposible. La minicadena debería haber saltado ya a la siguiente. Pero no. Había entrado en bucle.

Night Crawler.

De pie frente a la figura maniatada de Henry Lee Lucas, Richard alzó el cuchillo en el aire.

—Un alma maldita a cambio de otra.

Se clavó el filo del arma en la palma derecha, allá donde tenía la

cicatriz del pentáculo. Empezó a abrir la herida de nuevo, sin dejar de mirar a Henry con una sonrisa insidiosa. Una que se volvió todavía más perversa cuando la sangre que caía de su mano conforme reaparecía la estrella de cinco puntas comenzó a caer sobre el libro abierto y la cara del desgraciado que estaba a punto de ser sacrificado.

Henry lloró al sentir el líquido caliente derramándose por su rostro. Con un gimoteo, se intentó proteger de lo que estaba a punto de ocurrir colocándose en posición fetal.

—Ed, Gacy —les indicó Richie.

Ellos dos supieron sin necesidad de más directrices lo que Richard precisaba de ellos. Ed atrapó los brazos de Henry y Gacy hizo lo propio con sus piernas. Ambos tiraron de él desde sus respectivos lados hasta que el cuerpo desnudo de Henry Lee Lucas quedó boca arriba, expuesto al completo e indefenso en su totalidad.

Fue en aquel momento cuando Ed pudo leer las palabras que aparecían en el grimorio, conforme la sangre de Richie empapaba sus páginas.

«Entrega al Oscuro un alma que él reclame y, a cambio, tendrás en tu poder la que tú desees».

El cuchillo de carnicero bajó tan rápido sobre el ombligo sucio de Henry Lee Lucas que rasgó el aire y provocó un sonido desagradable cuando se hundió en el estómago blando de su víctima. Richard empezó a carcajearse al retorcer la hoja, una y otra vez, hasta que esta dejó un feo agujero que reveló las tripas rojas y palpitantes de Henry.

Sus aullidos de dolor quedaron soterrados bajo la música *heavy* de Judas Priest. Continuaba vivo. Y, comprendió Ed, así seguiría un rato más. Porque Richie sabía, al igual que él mismo y el presente Gacy, que desangrarse por el estómago llevaba un buen rato.

No era una muerte instantánea ni mucho menos indolora, y Richard era plenamente consciente de ello. Lo necesitaba vivo durante al menos quince minutos, el tiempo que precisaba hasta que el ritual de intercambio de almas llegase a su final.

Ed no tenía motivos para no creer en la existencia de Satán: había comprobado con sus propios ojos el poder que el pacto establecido le había traído. La sugestión de influir en la gente y de esconder su aspecto, además de la huida de la cárcel sin que nadie hubiera podido atraparlo. Pero si alguna vez había tenido serias dudas de que el diablo era real, todas ellas se disiparon cuando del estómago abierto de Henry Lee Lucas apareció un humo negro, denso y frío, que fue dejando un profundo olor a azufre conforme se elevaba en el aire y empezaba a tomar forma.

El Oscuro había respondido a la llamada de su más fanático siervo.

* * *

Hollie sintió aquel frío estremecedor, igual al que había percibido horas antes al abrir el Ars Daemonum sobre la cama mientras sangraba sobre sus páginas. También escuchó una de las canciones favoritas de Richie —una que afirmaba que hablaba sobre él y sus crímenes— sonando a un volumen ensordecedor en el salón de la casa Bither.

Las cortinas de las ventanas de todas las habitaciones estaban echadas, por lo que no pudo asomarse para ver qué estaba ocurriendo en su interior. Las puertas estaban atrancadas y los paneles sellados.

«No hay forma de entrar», pensó, desesperada. En una mano llevaba el ejemplar del *Los Angeles Times* y, en la otra, la pistola que Richie siempre dejaba en la guantera del Buick por precaución.

—Por si tengo que salir cagando leches —le había dicho él cuando le preguntó el motivo por el cual se arriesgaba a dejar un arma impregnada de sus huellas dactilares en un vehículo abierto y aparcado en una calle pública.

En aquella conversación ni siquiera se había dado cuenta de que Richie había usado el singular, refiriéndose solo a su propia huida. Hollie no se había dado cuenta de muchas cosas.

Ahora las veía con mucha más claridad.

Veía la crueldad irónica que había tenido Richie al obligarla a descuartizar el cuerpo de aquel recepcionista. La forma despreciativa en que él jamás usaba su nombre, solo el maldito *nena*. Las bofetadas que le cruzaban la cara cuando lo molestaba y la manera en que luego le acariciaba la mejilla y la besaba como un animal, iniciando un círculo vicioso y tóxico del que ella no encontraba la salida. Porque tampoco había querido escapar de él nunca. El dolor y la humillación se habían mezclado con un placer prohibido que la mantenía subyugada al poder del Acosador Nocturno. Y era muy consciente de que jamás, en todo lo que le quedaba de existencia, volvería a sentirse igual de viva que a su lado.

Porque, en verdad, la peor sensación que tenía era la de seguir amándole. A pesar de todo aquello y de lo que había leído en el periódico vespertino, lo quería. Febril, loca y desesperadamente, lo quería y así seguiría siendo hasta el fin de sus días.

Frustrada consigo misma, contempló las inexpugnables paredes exteriores que la separaban de Richard. Sabía que estaba ocurriendo algo relacionado con el grimorio. En las viviendas que había alrededor las familias se reunían para celebrar la Navidad. Pero en la casa Bither estaba pasando lo que, supuso Hollie, era la culminación del plan de Richie. Sustituirla *a ella*, que le había sido fiel como un perro sin hogar, por un alma maldita.

Y ya podía imaginarse cuál sería. Ed se lo había confirmado días atrás.

—¡Ed! —susurró, abriendo mucho los ojos en la oscuridad y recordando su primera charla a solas con el Asesino de las Colegialas.

Ed y la trampilla del sótano.

La trampilla del sótano que nadie usaba. Que nadie conocía. Que nadie se habría acordado de bloquear.

* * *

Kemper soltó los brazos de un agonizante Henry Lee Lucas cuando la sombra que surgía de sus entrañas tomó la vaga silueta de una parca sin rostro. Se sentía incapaz de hablar, de apenas respirar ante la visión sobrenatural que se formaba ante sus ojos. Al otro lado de la estancia, Gacy había abandonado su habitual pose de indiferencia y miraba la sombra hecha de humo negro con los ojos abiertos de par en par.

Por un momento nadie habló. Solo se escuchaba el borboteo que producían los intestinos desparramados de Henry sobre la moqueta del salón y sus gemidos dolientes, que ni siquiera parecían ya humanos.

Richie no se movió del sitio, sin dejar de mirar al Oscuro. Levantó la palma sangrante hacia la sombra y se la mostró, extendiendo cada uno de los dedos para que el recién llegado pudiera contemplar su propio símbolo.

—Te he servido de todas las formas posibles —pronunció Richie. La sombra sin rostro parecía fijar unos inexistentes ojos en él—. Te he entregado sufrimiento, gritos, dolor y muerte. Como tú me pediste que actuara: maligno hasta la infamia, ni rastro de piedad.

La música subió de volumen hasta convertirse en un ruido estridente e insoportable. Ed se cubrió los oídos. Gacy lo imitó. Richie ni siquiera se inmutó.

—He traído a tu causa nuevos adeptos. Siempre he sido tu más devoto seguidor. Y lo seguiré siendo si me entregas a Jack para que camine a mi lado.

Straight out of hell
One of a kind
Stalking his victim
Don't look behind you[5]

Ed percibió movimiento a sus espaldas, a pesar del volumen enardecido al que sonaba Night Crawler. Lo hizo justo en el momento en que Hollie levantaba la pistola con dos manos temblorosas y apuntaba a la nuca de Richie. Quiso detenerla antes de que fuera demasiado tarde.

No llegó a tiempo.

La bala se incrustó en la espalda de Richard, quien se giró con la

incredulidad pintada en sus ojos oscuros.

—¡Cabrón mentiroso! —gritó la chica. Volvió a disparar un par de veces y los proyectiles impactaron esta vez en el pecho de Richie.

Por un instante este pareció tambalearse por las heridas, con la cara desencajada por el dolor y las manos sobre su torso. Pero eso solo duró unos pocos segundos: enseguida empezó a reírse, con carcajadas tan fuertes y crueles que se mezclaban con la canción que no dejaba de sonar una y otra vez.

Hollie palideció.

—¿Qué crees que estás haciendo? No puedes matarme, pequeña zorra —se burló de ella—. No puedes terminar con un protegido del diablo.

Ella parpadeó, confusa. Contempló la escena que se estaba desarrollando en el salón: Henry abierto en canal como un animal atropellado, la sombra tenebrosa que surgía de sus entrañas, Ed y John paralizados en el sitio.

Sus ojos desesperados se clavaron en Kemper.

—Ayúdame, Ed. Si yo no puedo hacerlo, hazlo tú por mí.

Ed parpadeó confuso ante la petición y fue a contestar, pero Richie se le adelantó con aquella sonrisa pérfida grabada a fuego en su rostro.

—Él tampoco puede matarme. Está bajo las órdenes de Satán. Y, nena, yo soy el hijo favorito del diablo.

—¡Me mentiste! —explotó Hollie.

No dejaba de apuntarlo con la pistola a pesar de saber que ninguna bala podría acabar con él. Buscó con una mano libre el periódico que había traído con ella y guardado en la cinturilla de la falda al colarse por la trampilla del sótano. Lo lanzó a los pies de Richie, quien miró el titular sin dejar de sonreír.

«El Acosador Nocturno acaba con una familia entera en Skid Row».

—Me dijiste que no matabas niños —sollozó Hollie—. ¡Me lo dijiste!

Richie le pegó una patada al periódico, lanzándolo lejos de él.

—Aprende la lección, puta: no confíes en las palabras de un asesino en serie.

—Eres un mentiroso, un cobarde, un mierdas… —se derrumbó Hollie. Esta vez sí soltó la pistola y cayó de rodillas frente a él—. Yo te quería. Aún te quiero. Hubiera recorrido el infierno por ti.

—Lástima que yo no quiera recorrer el infierno contigo.

Gacy intervino, con la inquietud pintada en su voz.

—Ramirez, Henry está a punto de morir. Acaba lo que has empezado.

Richie la miró una última vez antes de volver su mirada a la

sombra que aguardaba el final de la transacción. Hollie empezó a sollozar, derrotada, y Kemper se agachó junto a ella. La chica se agarró a sus brazos como última tabla de salvación.

—Ayúdame, Ed —le volvió a rogar, desesperada—. Si alguna vez has sentido algo de simpatía por mí o un poco de piedad siquiera… tienes que ayudarme.

—Ya lo has escuchado, Hollie. Ninguno de nosotros le podemos dañar.

Ed no quiso decirle que, aunque pudiera, no estaba seguro de querer terminar con la vida de Richard. Lo único que deseaba era que todo terminase y poder seguir su camino en solitario. Aunque la chica le provocaba un profundo sentimiento de lástima y patetismo, desde luego, no pensaba arriesgar su propia seguridad por matar a alguien contra quien, en realidad, no tenía nada. Rich le había dado la libertad. ¿Por qué iba a querer matarlo?

—Dame a Jack el Destripador —volvió a exigirle Richie a la sombra.

Y esta empezó a retorcerse para cumplir con su parte del trato.

* * *

Hollie abrió los ojos con desesperación ante la revelación, aunque ya había sospechado a quién quería traer de vuelta. El maldito Jack el Destripador, el mayor ídolo de Richie, el misterioso asesino cuya identidad estaba a punto de ser revelada, y su alma, entregada a Richard a cambio de la de Henry Lee Lucas. Ese había sido siempre su plan.

Miró a Ed, quien contemplaba la escena con reverencial asombro. Él no iba a ayudarla. ¿Y qué podía hacer ella, excepto esperar a que todo terminase para morir a manos del Acosador Nocturno? Quizá ese siempre había sido su destino y era hora de aceptarlo.

Sin embargo, una llama en su interior le gritó que no. Que no lo era. Que había superado todo su miedo al terminar con la vida de aquel desdichado recepcionista. Que era hora de tomar las jodidas riendas de su vida de una vez por todas. Buscó a su alrededor algo. Lo que fuese que pudiera sacarla viva de ahí. Vio el cuchillo de carnicero tirado junto al rostro de un Henry Lee Lucas que sufría sus últimos estertores de vida. También vio el *Ars Daemonum.* Y la sangre de Richie que había iniciado el sacrificio.

Todos somos malvados de una forma u otra, según había afirmado Richard en la televisión.

Pero Ed Kemper había afirmado algo igualmente demoledor, y lo había hecho en la intimidad de la casa Bither, en una conversación privada que de pronto le vino a la cabeza como deslumbrantes señales

lumínicas brillando en mitad de la noche más oscura.

«Siempre hay alguien peor. Más extremadamente cruel. Más malvado».

—¡Ed! —llamó al Asesino de las Colegialas, quien continuaba presenciando fascinado la escena que se desarrollaba ante sus ojos¡.—¡Ed! El tío ese del que me hablaste… ¿Cuál es su nombre?

Kemper necesitó unos segundos para lograr apartar la vista de Richie y el diablo y dirigirla a ella.

—¿Qué?

—El asesino al que Richard teme.

No pareció entender de qué hablaba. Hollie quiso abofetearlo para que espabilara, pero no había tiempo para eso. El nombre que buscaba le llegó en una revelación cristalina.

Se deshizo de los brazos de Ed y este intentó detenerla sin éxito. Gateó patéticamente hasta donde se encontraban el cuchillo y el grimorio abandonados a los pies de Richard.

—¡Hollie, no! —escuchó a Ed a sus espaldas.

Agarró el cuchillo y se lo clavó en el tatuaje de su empeine sin detenerse a pensar en el dolor. Notó la hoja fría entrando en la carne y destrozando el pentáculo que se había grabado en tinta negra por y para Richard. Dolió como mil demonios, pero la adrenalina que sentía era lo que la espoleaba a seguir haciendo lo que tenía que hacer. No podía perder ni un segundo, porque Henry estaba ya casi muerto y la silueta de Jack el Destripador se había formado prácticamente del todo. Pronto se revelaría su verdadero rostro, su identidad durante tantos años secreta.

Empapó la hoja del *Ars Daemonum* con su propia sangre y se dirigió al Oscuro:

—¡Un alma maldita a cambio de otra! —gritó desesperada. Y luego añadió el nombre—: ¡Dame a Ted Bundy!

Richie la miró con auténtico pavor cuando la forma que debía haberse convertido en Jack el Destripador se desvaneció casi por completo y empezaba de nuevo el proceso de entregar el alma requerida.

—¡No, zorra! ¡No! —exclamó Richie. Se lanzó sobre ella y la agarró con ambas manos por la cabeza, golpeándosela contra el suelo una y otra vez con profunda furia—. ¡Zorra! ¡No sabes lo que has hecho! ¡Voy a rajarte entera y a quemarte viva!

Hollie sintió el sonido de su cabeza rompiéndose contra la moqueta y el dolor que le sobrevino, pero eso no impidió que empezara a reírse al ver, junto a ella, cómo Henry lanzaba un último gemido y moría. El pacto se había cerrado. Richie la soltó, con la estupefacción y el horror dibujados en su rostro desencajado por la ira.

—No… No puede ser —se arrastró hasta el cadáver del sacrificado

y lo sacudió, pero no ocurrió nada.

Henry Lee Lucas había sido sacrificado a cambio de un alma maldita.

Aturdida por los golpes y el dolor, Hollie se fijó en la forma corpórea que había sustituido a la de Jack el Destripador. Era un hombre casi igual de alto que Richard, con unos ojos azules fieros y el cabello castaño peinado en cuidados bucles. Vestía un pijama carcelario compuesto por una camiseta blanca de manga larga bajo una de color limón apagado de manga corta, con los pantalones del mismo tono. Lucía unas marcadas arrugas alrededor de su boca y ojos.

Hollie pudo distinguir su sonrisa calmada e irónica, extrañamente encantadora.

—¡Joder, el puto Ted Bundy! —exclamó Ed Kemper.

O quizá lo hubiera dicho John Wayne Gacy. Hollie sentía sus sentidos embotados, debilitados. Todo su cuerpo se sumergía en una oscuridad que la atrapaba y se la llevaba hacia la inconsciencia. Pero pudo ver cómo Richard contemplaba al recién llegado con los ojos desorbitados.

El alma de Bundy solo la miraba a ella. Esperando. Aguardando una orden de quien lo había invocado.

—Mátalo —le indicó Hollie, señalando a Richie con un dedo débil y tembloroso—. Mándalo al infierno con Satán.

El Acosador Nocturno palideció. Miró a Bundy primero, quien se agachó para recoger el cuchillo ensangrentado caído junto al grimorio. Luego la miró a ella.

—Detén esto ahora mismo o te arrepentirás de haber nacido, nena.

Ted Bundy se acercó a él. Ed Kemper retrocedió. Gacy también lo hizo. Hollie contempló a Richard, en silencio. Este le agarró la mano.

—Haz que pare. Hazlo ya y volveremos a la carretera, juntos. Solo tú y yo. —En su voz había un ligero tinte de súplica y desesperación, un sutil olor a miedo, aunque logró mantenerla firme y autoritaria—. ¡Hollie!

Ella estalló en dolorosas carcajadas.

—Ahora sí sabes cómo me llamo.

La figura de Bundy se abalanzó sobre aquel a quien, a pesar de todo, aún quería. Deseó cerrar los ojos para no verlo morir, pero no pudo concederse ni siquiera eso. Necesitaba grabarse a fuego un rostro que nunca más volvería a ver. Richie. Su Richie.

Este lanzó un postrero y desesperado grito al ver el cuchillo ensangrentado que se cernía sobre él, y al asesino que lo empuñaba para terminar con su vida.

—¡Hollie!

Su nombre fue lo último que escuchó de la boca de Richie.

Sus ojos se apagaron con lentitud, al igual que lo hizo su

consciencia. Se mantuvo despierta el tiempo suficiente para contemplar cómo el alma maldita de Bundy degollaba a Richard Ramirez y acababa de una vez por todas con quien había sido el aterrador Acosador Nocturno. Maligno hasta la infamia, ni rastro de piedad.

Epílogo

Cuando despertó, lo primero que vio fueron aquellos ojos azules y fríos como la escarcha.

Tardó un par de minutos en reconocerlo y en recordar su nombre.

—¿Ted?

—Hola, Hollie —la saludó él con una sonrisa que solo pudo calificar como agradable y cautivadora.

—¿Estoy muerta?

—No. De los dos en esta habitación, el que está muerto soy yo.

Hollie se palpó la cabeza vendada y sintió una punzada de profundo dolor en la parte posterior, allá donde Richie se la había intentado reventar contra el suelo. Volvió a apoyarla sobre la almohada y miró a su alrededor.

Se encontraba en el dormitorio que había compartido con Richard. Solo que él ya no estaba. Lo supo sin necesidad de preguntar cuando el recuerdo le llegó a la memoria. Estaba muerto. Lo habían matado. Ella y el tal Bundy.

—Gracias —musitó.

El asesino sonrió más aún. Estaba apoyado en la pared con los brazos cruzados bajo el pecho, frente a su cama. Asintió con un ligero gesto.

—No hay de qué.

—¿Y Ed y John?

—Haciendo las maletas para largarse de aquí cuanto antes. ¿Quieres que los llame?

—Aún no —suspiró Hollie—. Me duele mucho la cabeza.

—No me extraña. Ramirez casi te mata a golpes. Tienes Advil en la mesita de noche. Deberías tomarte uno. O puede que dos —le dijo Bundy con un tono que a Hollie le pareció paternal.

Con doloroso esfuerzo, giró la cabeza en dirección a la mesita y ahí vio un vaso de agua, la caja de Advil y… la foto de Richie en Nueva York. Sintió ganas de llorar. Pero no pudo. Se le habían secado todas y cada una de sus lágrimas. Apartó la vista de la imagen y la devolvió a Ted.

—¿Qué va a pasar ahora?

—¿Te refieres al estropicio que tenéis montado en el salón?

—No. Contigo. ¿Eres un fantasma?

—No exactamente.

—¿Qué eres entonces?

—No sabría decirte. Es la primera vez que me ocurre algo así.

Hollie suspiró.

—Tu alma está ligada a la mía por un pacto.

—Eso sí lo tengo claro —afirmó Ted—. Mientras tú vivas, o hasta que me liberes, mi camino está encadenado al tuyo.

Por primera vez desde que había recuperado la conciencia, Ted Bundy descruzó los brazos y se acercó a la cama, aunque no se sentó en el lecho. La miró desde arriba con la cabeza ladeada. Hollie sintió un escalofrío al distinguir en aquella mirada la familiar frialdad de un asesino en serie.

Luego recordó que no podía dañarla. No a ella.

—¿Me necesitas?

—No —admitió Hollie—. No lo creo.

—Entonces déjame ir.

—¿Por qué debería dejarte ir? Ed me dijo que eras un asesino de mujeres. Uno de los peores. Incluso peor que Richie. ¿Por qué debería libertarte en vez de asegurarme de mantenerte controlado el resto de mi vida?

—Porque tengo una hija —respondió él con sencillez.

Aquella revelación contrajo el corazón de Hollie.

—¿Una hija?

—Sí, una niña. Tiene doce años y todavía no sabe quién es su padre. Pero eso cambiará en breve. Y cuando eso ocurra, ella sí me va a necesitar.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

—¿Lastimaste alguna vez a tu hija?

—No. Jamás.

—¿Y a las niñas de otros?

—Sí —replicó él sin rastro de arrepentimiento en su voz.

Hollie se sintió atravesada por aquella mirada azul. Había algo en Ted, algo malvado, que la hacía estremecer. Le agradecía la ayuda, pero quería que se fuese de su lado.

—¿Le harás daño a tu hija si te dejo ir?

—Nunca. No a mi Rose.

Se sostuvieron la mirada durante unos segundos, hasta que Hollie tragó saliva y dejó escapar un suspiro cansado.

—Está bien. Te libero con una condición que no podrás romper mientras yo viva: no le harás daño a ninguna mujer. Nunca más. Eso incluye a tu Rose.

La sonrisa de Ted Bundy se hizo más amplia.

—Trato hecho, Hollie Randall.

Y tras pronunciar esas palabras nunca más volvió a saber de él.

* * *

Ed insistió en quedarse hasta que se recuperase, o al menos en llevarla hasta un hospital para que alguien cuidase de ella, pero Hollie se negó. Quería estar sola.

Además, la protección del diablo ya no funcionaba. Podían atraparlo en cualquier momento, como así había ocurrido con David Berkowitz. Habían visto juntos las noticias de última hora en que se anunciaba que el Asesino del Calibre 44 había sido detenido y enviado de vuelta a Attica, en espera de un nuevo juicio por los crímenes recientemente cometidos. Nadie se explicaba cómo, habiéndolos dado por muertos, todos habían resultado estar vivos y reviviendo el terror que causaron antes de su encarcelamiento. Las autoridades prefirieron guardar silencio a ese respecto.

A Hollie le daba igual lo que pasara con Gacy, pero no quería que Ed sufriera el mismo destino que David. En cierto modo, le tenía cariño. Había sido una especie de extraño amigo —o compañero, más bien— cuando Richie había ido perdiendo el interés en ella. Sabía que era un asesino despiadado, como todos con los que había compartido las últimas semanas, pero no podía evitar sentir que quizá se mereciera una oportunidad de librarse de la justicia.

Supo que era el momento de despedirse cuando Ed se asomó a su habitación, ocupando todo el quicio de la puerta con su descomunal estatura. En su rostro falsamente bonachón se leía un adiós.

Hollie quiso salir de la cama, pero Ed se lo impidió con un gesto silencioso. Ella obedeció. Lo cierto era que todavía no estaba recuperada del todo y la cabeza aún le dolía. Los golpes contra el suelo que Richie le había infligido habían sido severos, y la recuperación sería lenta. Había sido Kemper quien se había ocupado de ella lo mejor que había sabido, ya que llevarla a un hospital se había descartado desde un primer momento.

Hollie se había dejado hacer, en un estado semicatatónico, tan triste como silenciosa. Richie estaba muerto. Y ella sola, otra vez.

—¿A dónde irás? —le preguntó a Ed.

Kemper se encogió de hombros.

—A Canadá, creo.

—Para eso tienes que cruzar todo el país.

—Veo que sacaste sobresaliente en Geografía —bromeó el Asesino de las Colegialas. Hollie sonrió—. Gacy se ha ocupado de limpiarlo todo. También ha hecho lo que le pediste. Cosa sorprendente, por otro lado.

—Llama a John, por favor.

—Claro.

Ed desapareció en busca de Gacy y regresó con él pocos minutos

después. El Payaso Asesino estaba listo para largarse. Así se intuía en sus gestos impacientes: miraba el reloj y cambiaba su ingente peso de un pie al otro, como si no pudiera permanecer quieto más de unos escasos segundos.

—¿Dónde lo has enterrado? —le preguntó Hollie, incorporándose un poco en la cama.

—Donde me pediste. En el patio trasero, bajo el enebro.

—¿Bajo el enebro?

John Wayne Gacy se inclinó sobre la cama y le señaló el trozo de jardín que se veía desde aquella posición en la que ella estaba tumbada. Hollie siguió su dedo con la mirada.

—Justo ahí. Donde siempre puedas verlo.

A ella se le formó un nudo en la garganta. Uno que quizá viviría para siempre en su interior.

—Gracias, John.

—No me las des. Ramirez me prohibió enterrar cadáveres en esta casa y ha sido divertido joderle un poco con eso. Las ironías de la vida, ya sabes.

—Sí, ya sé.

John asintió. No había mucho más que decir. Tras un carraspeo incómodo salió de la habitación. Hollie escuchó cómo abría la puerta principal de la casa Bither y arrastraba una maleta por el suelo sin ningún tipo de delicadeza. No podía decir que echaría de menos al Payaso Asesino, aunque le agradeció haberse ocupado del cuerpo de Richie tal y como le había pedido que hiciera.

Ed esperó a que John estuviera en el exterior para regresar junto a ella:

—¿De verdad te vas a quedar aquí, Hollie? No es un buen sitio. Es una…

—Casa maldita. Ya lo sé. No me importa. —Sonrió con tristeza—. Además, él me dijo que la compraste a mi nombre gracias a la sugestión del pacto con el diablo, ¿no?

—Sí, es cierto.

—Entonces legalmente es mía. Nadie vendrá a molestarme.

Quiso convencerla de que no se quedase sola ahí, pero no perdió el tiempo intentándolo Sabía que, incluso en la muerte, no podía mantenerse alejada de Richie. Incluso si eso significaba permanecer el resto de su vida atada a una casa maldita con el cuerpo del Acosador Nocturno enterrado en su patio trasero.

—¿Qué ocurrirá con el grimorio?

—Encontraré la manera de que no llegue a su siguiente dueño. Aún no sé como, pero me aseguraré de mantenerlo a buen recaudo.

—No lo uses para revivir a Rich.

—No lo haré —le prometió ella. Ed nunca supo si le estaba

mintiendo—. Gracias por los cuidados médicos… y por lo de la foto.

Señaló la imagen de Richard que Ed había colocado de nuevo donde sabía que Hollie la había tenido durante todo ese tiempo.

—Vete ya. El tiempo es oro y corre en tu contra.

Kemper le estrechó la mano, la miró por última vez y finalmente la dejó sola en la casa Bither, con sus fantasmas y sus demonios. Frente al jardín delantero, John Wayne Gacy esperaba con el motor de su coche encendido. Estaba listo para partir.

—¿Te ha dicho qué ha hecho con Ted Bundy? —inquirió el Payaso Asesino.

—No. No quiere hablar de él.

—Una lástima. Hubiera estado bien echarse una cerveza con ese cabrón. Bueno, sea como sea, nuestros caminos se separan aquí, Kemper.

—Sí, eso creo —le dijo Ed. No se estrecharon las manos—. ¿Qué harás ahora, John?

El Payaso Asesino sonrió con una chispa de maldad en sus ojos antes de subirse al vehículo. Kemper se acercó a la ventanilla del copiloto y se agachó para contemplarlo.

Gacy lo miró y respondió a su pregunta:

—Hay tres chavales en Norwood Park que seguro que no esperan mi regreso. Pero apuesto a que les daré una sorpresa que no podrán olvidar en toda su jodida vida.

Cuando arrancó y dejó atrás la casa Bither de una vez por todas y la figura de Ed Kemper se iba empequeñeciendo conforme se alejaba de aquel condenado lugar, John Wayne Gacy se puso cómodo.

Era un largo viaje de vuelta hasta su Chicago natal.

Agradecimientos

En primer lugar, gracias a Hollie Deschanel. No solo me ha prestado su nombre para la protagonista femenina de esta historia —juro que le di mil oportunidades para cambiarlo, pero es que a mi Hollie le va la marcha—, sino que ha estado ahí mientras yo me tiraba de los pelos y me lamentaba de que me iban a cancelar por esta historia tan turbia. Gracias, beibi.

Gracias a Chorbo, que ha tenido que soportar encontrarme en el comedor viendo entrevistas de Richard Ramirez una y otra vez. Tiene el cielo ganado por infinidad de cosas, pero especialmente por mi obsesión por los asesinos en serie.

Gracias a Blanca Revenga por ocuparse una vez más de la corrección y maquetación de mis *American Killers*. Tengo una editora genial, no me canso de repetirlo.

Gracias a mi hermano y mi madre, que estará contenta de que le dé un nuevo asesino con el que obsesionarse —no preguntéis—.

Gracias a Roberto, Cristóbal, Cynthia, Marta, Sara, Irene, Mia, Sueco y toda la comunidad literaria de Twitter, Instagram y TikTok.

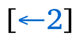
Y gracias a ti, lector o lectora, por leerme en cada nueva locura.

¿Nos vemos en el libro de John Wayne Gacy?

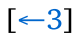
Notas

[←1]

El Asesino del Rock and Roll.



Jack El Cuchillo.



Niño rata.



Vientos aullantes siguen vociferando / Y la lluvia cae a cántaros / Las puertas están cerradas y atrancadas / Mientras la cosa se arrastra en la ciudad.


Directamente desde infierno / Único en su especie / Acechando a su víctima / No mires detrás de ti